100 HISTORIAS SECRETAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

JESÚS HERNÁNDEZ

La Segunda Guerra Mundial encierra todavía muchos secretos. Millones de documentos esperan todavía a ser desclasificados, pero poco a poco vamos conociendo historias impactantes y sorprendentes que se han mantenido ocultas durante décadas.

En esta obra, el lector podrá conocer los planes aliados para secuestrar a Hitler, asesinar científicos enemigos o atacar las ciudades alemanas con bombas bacteriológicas. También descubrirá los esfuerzos realizados para esconder de la luz pública accidentes y tragedias que se saldaron con centenares de muertos, así como el turbio pasado de colaboración con el régimen nazi de marcas comerciales que hoy gozan de un gran prestigio.

Un velo de silencio cayó también sobre la vida personal de los grandes protagonistas de la contienda; la imagen virtuosa de Roosevelt, Eisenhower o Patton quedó salvaguardada durante años al encubrir sus relaciones extramatrimoniales. Pero en otros casos menos frívolos, como las muertes de Mussolini o Himmler, el misterio sobre las extrañas circunstancias en que se produjeron —y que siguen archivadas bajo el sello de alto secreto— continúan alimentando todo tipo de especulaciones…

Jesús Hernández

100 historias secretas de la Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0
Titivillus 25.02.16

Título original: *100 historias secretas de la Segunda Guerra Mundial*
Jesús Hernández, 2008
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Por el mundo circulan un montón de mentiras, y lo peor es que la mitad de ellas son verdad.

Winston Churchill (1874-1965)

Introducción

Es probable que uno de los temas más tratados por los historiadores sea el de la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de otros capítulos de la historia universal más lejanos en el tiempo, los investigadores cuentan para analizarla con una cantidad ingente de fuentes y documentos, además de testigos directos. Todo ello haría pensar que el conflicto de 1939-1945 es uno de los acontecimientos históricos mejor conocidos, pero no es así.

Aunque ya han pasado más de seis décadas desde su final, surgen cada día nuevos descubrimientos que arrojan luz sobre aspectos poco conocidos de la contienda o que plantean nuevos interrogantes. La apertura de los archivos de la antigua Unión Soviética ha aportado informaciones valiosísimas que habían permanecido ocultas, pero en los archivos de las potencias occidentales también se guardan documentos que podrían modificar muchas de las páginas que se han escrito sobre el conflicto.

Hay que tener en cuenta que durante la guerra fue habitual que determinados incidentes fueran declarados secretos, y buena parte de ellos continuarían así en la posguerra. Las dificultades con que se encuentran los historiadores para acercarse al conocimiento de esos hechos, incluyendo en muchos casos la negativa de los gobiernos a desclasificar los documentos, conlleva que la cantidad de sucesos relevantes desconocidos por el gran público sea sorprendentemente alta, para tratarse del acontecimiento que sin ningún género de duda marcó la historia del siglo XX.

El lector se sorprenderá al saber que todavía hay, literalmente, millones de documentos secretos relativos a la Segunda Guerra Mundial, cuyo acceso está vetado para los investigadores. Además, es muy posible que la mayoría de ellos no lleguen a desclasificarse nunca. Existen varias razones para ello. Una, y no la menos importante, es la inercia burocrática; el titánico esfuerzo que supondría calibrar la importancia de cada uno de ellos, para decidir si es aconsejable o no que salga a la luz, unido a que no existe una necesidad apremiante de llevarlo a cabo, hace que las autoridades encargadas de su custodia no lo consideren prioritario.

La existencia de esa enorme cantidad de documentos, de los que ni siquiera se conoce el contenido hace que, en ocasiones, se den casos sorprendentes. No son pocos los archivos en los que la «desclasificación» se realiza sobre la marcha; cuando un investigador pregunta sobre un documento secreto del que intuye su existencia y éste es localizado, el funcionario del archivo estampa al momento el sello de «desclasificado» y lo entrega al investigador.

Pero la razón más relevante para que esos documentos no salgan a la luz es el peligro que pueden suponer para la reputación de las personas involucradas en esos asuntos, aunque la mayoría de ellas ya hayan fallecido. Por ejemplo, el gobierno

norteamericano no ha hecho público todavía el nombre del general que fue enviado a casa mientras se encontraba en Londres planificando el desembarco de Normandía, tras revelar algunos datos de esta operación durante un cóctel, después de ingerir una dosis nada moderada de alcohol.

Tampoco se han desclasificado todavía los documentos relativos a los generosos donativos que recibieron un buen número de empresas, asociaciones y colectivos norteamericanos por parte de los gobiernos de Alemania, Italia y Japón. El gobierno de Washington considera que la revelación de ese listado podría acarrearles consecuencias muy negativas, al quedar al descubierto su comportamiento contrario a la seguridad nacional, por lo que es probable que continúe siendo secreto durante muchos años.

Pero, afortunadamente para los historiadores y el público interesado en la Historia, desde el final de la Segunda Guerra Mundial se han ido desclasificando progresivamente una parte de esos documentos que en un primer momento fueron declarados como alto secreto.

Por ejemplo, parte de la información relativa a la máquina de cifrado alemana *Enigma* no sería desclasificada por los británicos hasta mediados de los años setenta; los enormes beneficios que supuso al bando aliado descubrir su código no quedarían revelados hasta ese momento. Sería también en los setenta cuando se conocerían los detalles de la operación británica para capturar a los agentes alemanes en suelo inglés y lograr que trabajasen para la causa aliada.

Pero serían los noventa los *años dorados* de la desclasificación de documentos, cuando se abrieron por fin las puertas de los hasta entonces impenetrables archivos soviéticos. El desplome de la URSS permitió a los historiadores occidentales indagar con casi total libertad por sus estanterías. Esta *glasnost* aplicada a los archivos rusos permitió, entre otros asuntos, arrojar luz sobre la masacre de Katyn, por la que unos 15 000 oficiales polacos fueron asesinados por los rusos, o sobre el paradero del diplomático sueco Raoul Wallenberg, ejecutado por orden de Stalin en 1947.

Los norteamericanos también han ido abriendo sus archivos, aunque con cuentagotas. En ocasiones, esta actitud ha tenido, paradójicamente, efectos contraproducentes en la seguridad nacional. Por ejemplo, los informes de la Marina advirtiendo de lo efectivas que pueden llegar a ser las minas navales permanecieron secretos hasta bien entrada la década de los setenta. A consecuencia de ello, al desarrollar el armamento de las fuerzas armadas estadounidenses durante las décadas posteriores, no se pudieron tener en cuenta esas valiosísimas referencias para planificar las mejoras. El coste de ese desconocimiento se haría patente incluso durante la Guerra del Golfo de 1991, cuando la Marina lamentó no contar con dragaminas suficientes.

Pero, ya entrados de pleno en el siglo XXI, continúa esa lenta apertura de archivos, que a buen seguro se prolongará durante las próximas décadas. Por ejemplo, los archivos alemanes que conservan la información relativa a 17 millones de

trabajadores forzados, y que constan de más de cincuenta millones de documentos, no quedaron abiertos a los investigadores hasta abril de 2006. Del mismo modo, la documentación relativa a los soldados germanos que permanecieron en campos de prisioneros de Alemania Oriental tras la guerra no vería la luz hasta 2007.

Como veremos en el centenar de historias secretas que se relatan a continuación, la historia de la Segunda Guerra Mundial no es en absoluto un libro cerrado, sino que se va escribiendo día a día. Gracias a la progresiva desclasificación de documentos, vamos conociendo aspectos insospechados del conflicto, pero aún quedan por analizar toneladas de documentos que, con toda seguridad, seguirán deparando sorpresas a los investigadores en los años venideros.

Capítulo 1

Planes y proyectos

Una verdad incontrovertible es que, en tiempo de guerra, el ingenio de los hombres alcanza sus cotas más altas. Con el estímulo de derrotar al enemigo, la imaginación se pone en marcha y logra pergeñar los planes más arriesgados o inverosímiles.

Durante la Segunda Guerra Mundial, proyectos de este tipo abundaron en ambos bandos.

Para las autoridades militares, ningún plan era lo suficientemente descabellado como para desecharlo de entrada. Alguno de ellos llegaría a ponerse en práctica, pero la mayoría quedarían varados en la fase de estudio. Lo que sí tendrían en común sería el secreto que les rodeó, no sólo durante la contienda, sino —lo más difícil de entender— mucho después de que ésta acabase.

La astrología, un arma contra Hitler

Según unos documentos secretos desclasificados por los Archivos Nacionales del Reino Unido en marzo de 2008, el espionaje británico llegó a recurrir a la astrología para adivinar los planes militares de Adolf Hitler. Concretamente, los británicos recurrieron a un astrólogo berlinés, que decía proceder de una familia aristocrática alemana, aficionado a los cigarros habanos y a disfrazarse de mujer, y con fama de charlatán. Su nombre era Louis De Wohl, pero según los documentos sacados a la luz su verdadero nombre era Lajos Mucsinyi Wohl.

Nacido en Berlín de padre húngaro y madre austríaca el 24 de enero de 1903, De Wohl vivió en Alemania hasta 1935. Como tenía antepasados judíos y era enemigo del nacionalsocialismo, la llegada de Hitler al poder le impulsó a iniciar una nueva vida en Inglaterra. De Wohl tenía un alto concepto de sí mismo, puesto que se decía descendiente del poeta alemán Heine, ostentaba el título de Caballero del Santo Sepulcro y no dudaba en presentarse como el «Nostradamus moderno». Podía mantener un alto nivel de vida gracias a que se dedicaba a confeccionar los horóscopos de la alta sociedad londinense, entre la que tenía mucho éxito.

Al revisar esa documentación por parte de la prensa, se comprobó que el gobierno de Londres fue convencido por De Wohl de sacar partido del hecho de que Hitler, cuyo signo astrológico era Tauro, era muy supersticioso, y que muchas veces actuaba según lo que le decían sus propios astrólogos. Adolf Hitler decía en voz alta que guiarse del consejo de los astros era «una estupidez propia de mentes infantiles», pero

en la práctica disponía de los servicios de un astrólogo, Karl Ernst Krafft[1], y hay historiadores que creen que el dictador cronometró el inicio de algunas de sus campañas de manera que los planetas estuvieran convenientemente alineados, aunque la mayoría de expertos cree que la astrología no afectaba sus decisiones.

Pero De Wohl aseguraba entonces que Hitler confiaba mucho en las predicciones de Krafft y sostenía que, más allá de creer o no en lo que decían las estrellas, lo que importaba era tomar en consideración las creencias del Führer. El astrólogo aseguró a los responsables de los servicios de espionaje británicos: «He observado que todas las grandes empresas de Hitler han sido efectuadas bajo buenos auspicios y estoy convencido de que las *intuiciones divinas* de Hitler no son más que un simple conocimiento de las conjunciones planetarias».

La Dirección de Operaciones Especiales británica (SOE), unidad creada por Churchill durante la guerra para ayudar a la resistencia en los países ocupados y perpetrar actos de sabotaje, fue la encargada de utilizar las supuestas habilidades del astrólogo. Al parecer, los movimientos militares alemanes eran tan desconcertantes que altos funcionarios de la Inteligencia británica decidieron recurrir al húngaro para intentar descifrar lo que las estrellas le recomendaban al Führer, lo que les permitiría conocer los próximos movimientos de los nazis.

El SOE lo reclutó para que trabajara en la sección de propaganda. Se le dio rango de capitán del Ejército británico, lo que al parecer molestó a muchos oficiales, y cuentan que se le veía pasear por las calles de Londres muy orgulloso de llevar su uniforme. Pero esta apuesta por la carta astral como método para vencer a Hitler fue recibida con sorna en los servicios de Inteligencia británicos, que consideraban a los miembros del SOE como adversarios más que como colaboradores. El MI5[2], según los documentos secretos desclasificados, consideró la fe en el astrólogo una «idiotez supina», e intentó minar la imagen del aristócrata como «un hombre afeminado de vanidad desmesurada, un propagandista nato cuya afición a los uniformes nazis sólo es superada por la afición a disfrazarse de travesti».

Los miembros del MI6 se mostraron igualmente horrorizados con la decisión de contratar los servicios del astrólogo húngaro; un comunicado de este organismo, también desclasificado, señalaba: «Uno de nuestros altos funcionarios comenta que no puede creer que alguien quiera emplear a este charlatán peligroso». Otro funcionario subrayaba que ninguna de las predicciones de De Wohl se habían concretado, con excepción de la entrada de Italia en la guerra, que anticipó —según el funcionario— «cuando había quedado clara para todo el mundo con un mínimo conocimiento sobre asuntos internacionales».

Algunos jefes del MI5 advirtieron que De Wohl era un charlatán y algunos militares con los que se reunió señalaron que se trataba de un bufón y un impostor. Pero el astrólogo supo contrarrestar esas opiniones desfavorables gracias a su innegable poder de persuasión, convenciendo a los que quisieran oírle de que Hitler creía firmemente en la astrología, y que no tomaba ninguna decisión sin antes

consultar su horóscopo. Entre sus partidarios se encontraba el director de la Inteligencia naval, John Godffrey, al que convenció de la importancia de adivinar, en función del horóscopo, si Hitler estaba eufórico o pesimista al emprender una determinada ofensiva.

El astrólogo logró incluso residir en un departamento del Gobierno británico en Grosvernor House, un lujoso barrio del oeste de Londres, al que bautizó Oficina de Investigación Psicológica. Allí, pese al carácter oficial del departamento, seguía leyendo la carta astral de muchos clientes de las altas esferas londinenses que pagaban por saber lo que les tenían reservado los astros, tal y como había venido haciendo desde que se instaló en Londres. Siempre según los documentos desclasificados en marzo de 2008, entre los clientes del estrafalario astrólogo se contaban varios oficiales británicos.

Los jefes de la Dirección de Operaciones Especiales estaban tan persuadidos de que tenían en los astros un arma importante para derrotar a los nazis que enviaron a De Wohl a Estados Unidos en 1941 para impulsar la entrada del gobierno de Washington en la guerra. Con ese objetivo pronosticó una invasión de Sudamérica por parte del Tercer Reich. Además, intentó convencer a los estadounidenses de que la obsesión de Hitler con la astrología lo volvía vulnerable.

La gira del astrólogo por Estados Unidos resultó todo un éxito, puesto que sus discursos y entrevistas recibieron una amplia cobertura de los medios estadounidenses, lo que ayudó a obtener el apoyo de la ciudadanía estadounidense a la entrada en la guerra. Por ejemplo, el rotativo *New York Sun* dedicó páginas enteras a las predicciones de De Wohl, destacando la de que «Hitler estaría derrotado antes de un año». Según revelaron los documentos, incluso el Comité de Inteligencia de las Fuerzas Armadas tomó en cuenta las afirmaciones del astrólogo.

Tras la contienda, De Wohl se dedicaría a escribir novelas, con las que alcanzaría cierto éxito. Sus primeras obras fueron historias de suspense o de aventuras, hasta que decidió poner sus cualidades de escritor al servicio de sus convicciones católicas. Escribió en inglés y sus obras disfrutaron de especial acogida en Estados Unidos; en ellas aparecían personajes históricos como Juana de Arco, Juliano el Apóstata, San Francisco de Asís o Atila. Fueron traducidas a doce idiomas y dieron origen a guiones para películas. La novela *Fundada sobre roca* surgió por un encargo del papa Pío XII, lo mismo que su libro sobre santo Tomás de Aquino, *La luz apacible*, fruto de la sugerencia que el mismo Papa le hizo durante una audiencia privada en 1948.

Louis De Wohl falleció el 2 de junio de 1961 en la ciudad suiza de Lucerna, extinguiéndose así la vida de uno de los personajes más estrafalarios, a la vez que enigmáticos, de la Segunda Guerra Mundial.

Chocolatinas explosivas

El 5 de septiembre de 2005 fueron desclasificados en Londres unos documentos secretos que revelaban un curioso plan de sabotaje contra Gran Bretaña, llevado a cabo por los servicios secretos alemanes. Según estos archivos de la Inteligencia británica, chocolates, pastillas para la tos, cadáveres de ratas y latas de lentejas rellenas de explosivos formaban parte de este plan ideado por los espías nazis. Del mismo modo, latas de té, pastillas de jabón, huevos, termos e incluso crucifijos fueron rellenados con explosivos para causar el pánico entre la población civil británica.

Según unas fotografías también dadas a conocer en la misma fecha, los nazis habían disimulado bombas de metal dentro de latas de ciruelas y aceite, baterías, plumas, suelas de zapatos e incluso en carbón. Los artefactos fueron interceptados por funcionarios de Inteligencia británicos en diferentes partes del mundo, entre ellas Turquía, pero no hay evidencia de que dichas bombas hubieran llegado a ser utilizadas alguna vez.

Los documentos incluían el dibujo de una barra de chocolate que en realidad era una bomba de metal recubierta de una capa de chocolate auténtico, diseñada para ser activada al cortar un pedazo de la golosina.

Aunque el objetivo de estas bromas de mal gusto era que el terror se extendiese entre los ingleses, expertos como Howard Davis, de los Archivos Nacionales, consideraron que el propósito de este plan era el «sabotaje industrial o militar». El plan nazi estaba destinado a llevar a Gran Bretaña explosivos para ser utilizados contra la industria, el transporte y las comunicaciones.

Sea como fuere, el plan se reveló un total fracaso, debido a la incompetencia de los expertos nazis en sabotaje. Los documentos revelaron que los servicios de inteligencia británicos estaban al tanto de este plan, y que los agentes nazis enviados para distribuir esas trampas fueron todos arrestados, o se entregaron.

Igualmente, otro plan nazi de propaganda, diseñado para causar miedo y confusión mediante noticias y diarios falsos preparados por Berlín para su distribución en Gran Bretaña, se saldaría también con un nuevo fiasco.

Los archivos divulgados ese día incluían una portada falsa del diario londinense *Evening Standard*, con fecha del 17 de febrero de 1940, con un artículo donde se «revelaban» las extensas y no declaradas pérdidas de la aviación británica, así como un supuesto plan para que la familia real británica abandonara el país. El plan diseñado por los servicios germanos incluía también una descabellada sección culinaria, escrita por un supuesto gastrónomo francés, Boulestin, donde se sugería que los británicos debían empezar a comer ranas para hacer frente a los problemas de escasez de víveres. «Hay millones de ranas de buen tamaño saltando alegremente en las islas británicas, su vitalidad debe ser frenada», afirmaba el estrafalario artículo.

Uno de los carteles que supuestamente estaban preparados para ser colocados por toda Gran Bretaña tras la proyectada invasión era tan burdo que ha hecho pensar a los

expertos que podía ser en realidad una parodia escrita por funcionarios británicos. Con el encabezado de *Naziministerium des III Deutsches Reiches*, el cartel decía:

«A los hombres de Gran Bretaña e Irlanda. Han demostrado ser una raza de abyectos cobardes sin ningún deseo de dejar las faldas de sus madres y esposas para combatirnos. Piojos, alimañas, engendros de prostitutas».

También se desclasificó otro ejemplar falso del *Evening Standard*, con un recuadro de publicidad en el que podía leerse: «Tomen laxante francés: le hará correr», en referencia al rápido colapso del Ejército francés ante el avance de los panzer alemanes. Otros panfletos resultaban un poco más sofisticados, como uno, divulgado antes de la guerra, que decía: «Querido lector inglés, puede sorprenderle recibir una carta desde Alemania. Yo soy un amigo del entendimiento germano-británico».

El hecho de que los artefactos no fueran utilizados, así como la baja calidad de la propaganda nazi, es un ejemplo más del fracaso de sus servicios de Inteligencia durante la guerra. El espionaje y los actos de sabotaje de los alemanes fueron totalmente incompetentes, un elemento que se demostraría clave en el desarrollo de la contienda.

Espías nazis en la Casa Blanca

Las misiones llevadas a cabo por los espías alemanes en Estados Unidos se saldaron todas con sendos fracasos. Muchos de los agentes nazis enviados allí fueron detenidos poco después de poner pie en Norteamérica, pero al principio, antes de que el gobierno de Washington declarase la guerra a Japón tras el ataque a Pearl Harbor, los espías alemanes pudieron actuar con una impensable libertad de movimientos. Dos de estos agentes fueron Karl Mueller y Kurt Frederick Ludwig.

Mueller había nacido en una pequeña aldea austríaca, pero había emigrado a Estados Unidos en 1936, obteniendo la ciudadanía norteamericana. En 1941 regresó a Austria, en donde recibió adiestramiento para espiar en su país de adopción.

Ludwig, por su parte, había venido al mundo en Fremont, Ohio, pero pasó su infancia en Alemania. De aspecto diminuto, tuvo éxito como hombre de negocios en Múnich y conoció a algunos dirigentes nazis, como el jefe de las SS, Heinrich Himmler. Poco después de estallar la guerra, Ludwig se ofreció a Himmler para llevar a cabo labores de espionaje, pues tenía nacionalidad norteamericana. Himmler le envió al otro lado del Atlántico con la misión de informar sobre los secretos militares norteamericanos. Dejando a su mujer y a su hijo en Múnich, Ludwig aprendió las técnicas del espionaje antes de zarpar a Nueva York, adonde llegó en marzo de 1940. Allí, en territorio estadounidense, tenía que crear su propia red de espías, y reclutó a Karl Mueller.

Ludwig compró un coche con dinero proporcionado por los servicios secretos

alemanes. Junto a Mueller, recorrió las autopistas recopilando información sobre instalaciones militares. En el interior del vehículo llevaban escondida una emisora de onda corta, con la que podían contactar con estaciones de radio emplazadas en Brasil, o a bordo de submarinos situados en el Atlántico. Ludwig llegaría a utilizar más de setenta nombres falsos durante estos viajes.

Cada uno llevaba su cámara fotográfica. Pese a su acento alemán, podían pasear con libertad por las plantas de producción, puertos o aeropuertos. En su *álbum de fotos* se encontraron posteriormente imágenes de las instalaciones portuarias del lago Erie en Cleveland o de depósitos de gas en el East River de Nueva York, además de barcos anclados en varios puertos o armamento exhibido en desfiles. Incomprensiblemente, en las zonas militares eran los propios guardias los que les ayudaban a tomar las fotografías. Incluso penetraron en la Academia Naval en Annapolis, Maryland, donde tomaron imágenes de los cadetes ejercitándose o desfilando, así como de los distintos edificios del complejo militar.

Ludwig también viajó con una compañera alemana de 17 años, llamada Lucy Boehmler. La muchacha se había prestado a colaborar con él para conseguir información. Por ejemplo, en una autopista de Pennsylvania alcanzó con su vehículo a un convoy de camiones del Ejército; Ludwig se puso en paralelo con los camiones y bajó la velocidad al mínimo para que Lucy pudiera flirtear con los soldados y averiguar así su destino.

En un viaje a Washington, en esta ocasión acompañado de Mueller, Ludwig logró introducirse en la Casa Blanca, aunque fue en una visita turística guiada. Ludwig disfrutó informando a Berlín de su incursión, remitiendo una detallada descripción del interior.

Pero el FBI iba tras la pista de estos espías. En una carretera del medio oeste, Ludwig se dio cuenta de que un automóvil les seguía. Aunque aceleró a 150 kilómetros por hora en un esfuerzo por perderles de vista, no logró escapar a sus perseguidores. Fue capturado y pasó el resto de la guerra en prisión.

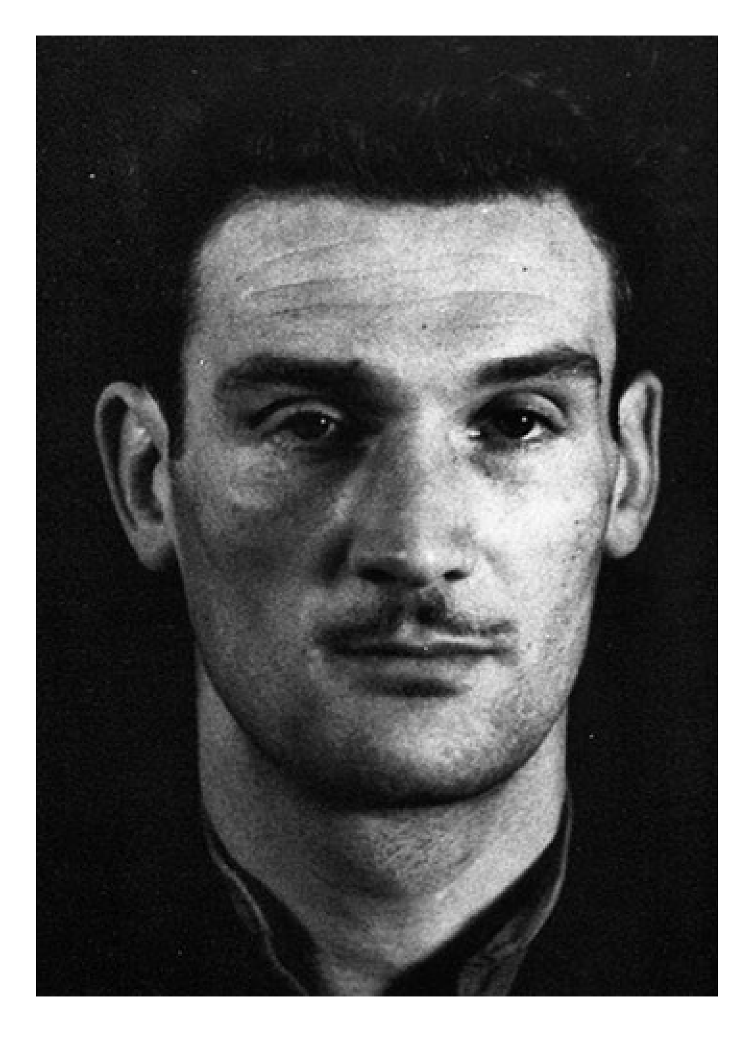
Un voluntario para matar a Hitler

El 9 de enero de 2007, el diario británico *The Times* reveló una información surgida de unos archivos recién desclasificados por el gobierno de Londres. Según esos documentos, el servicio secreto británico MI5 rechazó la propuesta de un espía británico que se ofreció a asesinar a Adolf Hitler en plena Segunda Guerra Mundial.

La oferta de llevar a cabo una misión suicida contra Hitler la formuló Eddie Chapman, un delincuente común que fue entrenado por los nazis como espía y que se convirtió posteriormente en uno de los más importantes agentes dobles británicos, conocido con el nombre en clave de Zig-zag.

Chapman estaba cumpliendo una condena por robo en una prisión de Jersey, una

pequeña isla británica situada en el canal de la Mancha, muy cerca de la costa francesa, cuando los nazis la invadieron. El espía fue reclutado por el servicio del contraespionaje alemán e introducido en paracaídas en el Reino Unido en diciembre de 1941. Poco tiempo después, Chapman se pasó al MI5.



Eddie Chapman, el agente Zig-zag, en una ficha policial de 1942. Se ofreció voluntario para asesinar a Hitler.

Al ser interrogado por los servicios secretos británicos, el hombre, que entonces contaba con 27 años, expresó su voluntad de ser enviado de regreso a Alemania como agente doble y asesinar al Führer mediante la explosión de una bomba en el transcurso de algún acto político de masas al que asistiese el dictador.

Entre las 1800 páginas de que consta el *dossier* que el MI5 dedicó a este asunto, se puede encontrar una conversación extraordinaria entre Chapman y uno de los oficiales que estaba adscrito a este caso, Ronnie Reed.

Reed destacaba que cualquier intento de asesinar a Hitler sería suicida:

—Tanto si tienes éxito como si no, serías liquidado inmediatamente —indicó el oficial.

—¡Ah, pero qué manera de morir! —respondió Chapman.

Chapman explicó que un oficial del servicio del contraespionaje alemán al que conocía sólo como el doctor Graumann le había prometido llevarle a un acto del partido nazi si completaba con éxito su misión en el Reino Unido y que lo colocaría

«en la primera o la segunda fila», cerca del estrado donde estaría Hitler.

Según los documentos desclasificados, Reed estaba convencido de que la oferta de Chapman iba en serio e informó al respecto a sus superiores en el MI5. Reed creía que Chapman estaba motivado también por un intenso patriotismo y un deseo de corregir su pasado delictivo.

El prestigioso rotativo consideraba que la oferta llamó seguramente la atención de Winston Churchill, quien pidió ser informado de la evolución del caso. Sin embargo, por razones que nunca han sido completamente explicadas, y que dan lugar a todo tipo de especulaciones, se desestimó aquella oportunidad inmejorable de asesinar a Hitler. Chapman volvió a Alemania como agente doble, pero se le exigió que «no llevara a cabo ninguna empresa disparatada».

El espía británico logró convencer a los alemanes de que había completado con éxito su misión en el Reino Unido y fue condecorado con la Cruz de Hierro, siendo el único británico que recibió esa medalla.

Las nuevas pruebas indicaban que el doctor Graumann, cuyo nombre real era Stephan von Groning, podría haberse querido servir de Chapman para llevar a cabo sus intenciones contra el Führer. Como muchos otros oficiales del contraespionaje alemán, era en secreto un opositor a Hitler y su oferta de introducirlo en un acto público en el que estuviese prevista la asistencia del dictador indica que conocía lo que Chapman tenía en mente.

Chapman sobrevivió a la guerra, y expresó su deseo de seguir al servicio de su majestad. Pero el gobierno británico, en tiempo de paz, prefería no mancharse utilizando a presidiarios con delirios de grandeza, por lo que, tras serle perdonados oficialmente sus delitos, se le mostró amablemente la puerta de salida.

Tras el paréntesis heroico de la contienda, Chapman pudo aplicar la experiencia adquirida para falsificar moneda, traficar con oro, estafar en la Costa Azul, exhibirse en Rolls Royce por los bajos fondos y comprar con sus ganancias un balneario y un castillo. Chapman se dedicó también a dar consejos para no ser víctimas de robos a los lectores del *Sunday Telegraph*.

Pero Chapman siempre quiso que se conociesen sus hazañas de la Segunda Guerra Mundial, algo que no pudo hacer en vida —falleció en 1997— debido a la ley de secretos oficiales. Su aportación a los servicios secretos británicos durante la guerra, encuadrado en la red de espionaje denominada *Triple Cross*, sería bien conocida, pero su insólita propuesta de atentado kamikaze contra Hitler sorprendió a los historiadores especializados en la guerra secreta[3].

La máquina secreta **Enigma**

La clave de todo el sistema de comunicación secreto alemán era un artefacto parecido a una máquina de escribir dentro de una caja de madera. Bajo su inofensivo

aspecto se ocultaba un sofisticado ingenio que tenía como misión enviar mensajes mediante un mecanismo que los convertía en indescifrables para el enemigo.

Gracias a este aparato, los submarinos alemanes destinados en el Atlántico podían comunicarse entre ellos y con su país, logrando una coordinación que estaba costando el hundimiento de muchos barcos a los aliados. La existencia de esta máquina era fundamental para la táctica empleada por los submarinos alemanes, conocida como la «jauría de lobos». Consistía en la presencia continua de unos quince submarinos en alta mar, colocados estratégicamente en las rutas que solían seguir los convoyes aliados. Estos submarinos estaban separados entre sí por largas distancias, con lo que conseguían cubrir zonas muy amplias.

Cuando uno de ellos avistaba una presa, ya fuera un convoy o un barco aislado, comunicaban a su base la ruta que estaba siguiendo. Desde allí se avisaba a todos los submarinos disponibles para que convergieran sobre el objetivo en un punto del océano, normalmente por la noche. Cuando llegaba el momento, todos los submarinos reunidos para la ocasión comenzaban a disparar sus torpedos. Si no se conseguía hundir el barco enemigo, lo seguían a una distancia prudencial y cuando llegaba la noche volvían a lanzar sus torpedos, hasta que lograban su hundimiento.

Esta táctica era tremendamente eficaz. Con esos pocos efectivos distribuidos por el inmenso océano se mantenía en jaque a toda la flota aliada, que se veía incapaz para proteger a todos los barcos que cruzaban el Atlántico. Para que esa técnica de «jauría de lobos» pudiese llevarse a cabo era necesario contar con el factor sorpresa.

Los aliados necesitaban contar con un sistema que pudiera localizar la posición de los submarinos nazis y conocer de antemano el lugar de reunión. En ese caso, los «lobos» caerían en una trampa mortal y se acabaría la amenaza. Ése era el objetivo, pero ¿cómo conseguirlo? Sólo había una respuesta: descubrir el significado de los mensajes enviados a través de la *Enigma*.

Era vital conseguir descifrar esos mensajes. De este trabajo se encargaría la Escuela de Códigos del Gobierno, radicada en una mansión victoriana llamada Bletchley Park, situada a 70 kilómetros de Londres y a 100 kilómetros de la playa de invasión más próxima, para que pudiera seguir operando aunque los alemanes hubieran desembarcado ya en las islas británicas. En unos barracones construidos al lado de la casa principal se encontraba un grupo de expertos cuya única misión era lograr la clave de funcionamiento de aquella misteriosa máquina. El heterogéneo equipo estaba formado por matemáticos, lingüistas, maestros de ajedrez e incluso expertos en crucigramas de las universidades de Oxford y Cambridge. Trabajaron durante meses, pero la *Enigma* seguía haciendo honor a su nombre; era virtualmente imposible descubrir la clave.

El origen de esa máquina hay que buscarlo en 1926, cuando unos ingenieros alemanes inventaron un artilugio que enviaba mensajes cifrados. Su utilización era muy sencilla, pero no tanto su funcionamiento. Aunque no es posible explicar con detalle cómo se codificaban los mensajes, es suficiente indicar que se trataba de un

artefacto similar a una máquina de escribir, en la que al pulsar una letra se accionaban tres ruedas internas con 26 contactos, las cuales, combinándose entre sí, acababan emitiendo una letra distinta a la que se había tecleado en un principio.

Este mecanismo aparentemente simple produce en realidad una cantidad astronómica de combinaciones —el número 403 seguido por 24 ceros—, que incluso se podían multiplicar aún más si se intercambiaban de posición las ruedas. Para alguien que interceptase el mensaje, las letras resultantes no tendrían ningún sentido, ya que mostrarían una apariencia totalmente aleatoria. Para descifrarlo era imprescindible estar en posesión del libro de claves.

Pero recordemos que estamos en los años veinte, antes de que Hitler llegase al poder en Alemania. Por lo tanto la utilidad de esta máquina diabólica era simplemente comercial y se vendía como un producto más. Una de estas unidades la compró el servicio secreto polaco. Según otras versiones, los espías polacos la robaron en una oficina de correos alemana. Unos años más tarde, tras la invasión de su país, los polacos entregaron esta primera versión de la *Enigma* a los Aliados para que la estudiasen. Así pues, los expertos reunidos en Inglaterra para descubrir su funcionamiento dispondrían al menos de ese prototipo.

A lo largo de la década de los treinta, los expertos alemanes perfeccionaron la máquina. Además de las tres ruedas antes referidas, añadieron cinco suplementarias, con lo que las seis posiciones iniciales de las ruedas —que ya producían aquel número astronómico de combinaciones— pasaron a ser 336. La versión definitiva de la *Enigma* no se contentaba con ese número de posibles posiciones y lo volvió a multiplicar mediante la incorporación de diez clavijas similares a las utilizadas en las antiguas centralitas de teléfonos. El resultado final fue que la endiablada máquina era capaz de ofrecer 150 trillones de combinaciones, una cantidad imposible de abarcar por la imaginación humana.

Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial se proporcionó una *Enigma* a todos los barcos y submarinos, ya que al navegar en alta mar y por el tipo de combate que llevaban a cabo era vital estar siempre en comunicación. Después se fue extendiendo su uso por el continente europeo, asignando unidades de la *Enigma* a las fuerzas terrestres y aéreas, así como a los servicios de información.

Las *conversaciones* que mantenían los alemanes mediante esa máquina eran interceptadas sin problemas por los servicios de Inteligencia aliados. Pero esas comunicaciones formadas por letras sin ningún orden sacaban de quicio a los agentes encargados de explorar las ondas. Era imposible descifrar aquellos mensajes, más aún cuando las claves eran modificadas cada veinticuatro horas y además cada fuerza militar germana tenía su propia combinación en la posición de las ruedas de la *Enigma*. En la marina alemana, incluso, cada tipo de unidad tenía la suya propia.

Tal como se indicaba al principio, los británicos necesitaban desentrañar los misterios de aquel artilugio. Pero el equipo de expertos que habían logrado reunir se mostraba impotente para resolver el misterio. Al final se llegó a una conclusión: el

modo más rápido de romper ese nudo gordiano era conseguir a toda costa una *Enigma* y su correspondiente libro de claves.

En efecto, ésa era la solución más fácil, pero ¿cómo se podía arrebatar una de aquellas máquinas a los alemanes? El modo que parecía más factible era conseguir alguna *Enigma* de las que viajaban a bordo de los barcos de guerra alemanes. Había que aprovechar los ataques de la armada británica a alguno de esos buques para penetrar rápidamente y apoderarse de ella, antes de que la tripulación la destruyese.

Los resultados de esa táctica no fueron muy espectaculares, al menos al principio. En febrero de 1940 se logró capturar un submarino alemán y se pudieron conseguir algunas piezas de la *Enigma*, concretamente tres de sus ruedas. En otros abordajes, en esta ocasión a barcos alemanes camuflados como inocentes buques pesqueros, los ingleses pudieron hacerse con otras piezas, pero la anhelada captura de la máquina completa seguía resistiéndose.

Sería el 9 de mayo de 1940 cuando se produjo el hecho que abriría las puertas a la comprensión del funcionamiento de aquella máquina que quitaba el sueño a todos los expertos que intentaban desentrañar su interior.

Un submarino alemán, el U-110, se hallaba en las frías aguas del Atlántico Norte patrullando en busca de algún convoy aliado para atacarlo. Al avistar un grupo de barcos lanzó sus torpedos, impactando en dos buques mercantes. En lugar de marcharse tras el ataque, el submarino se quedó para ver el efecto que habían producido sus torpedos. Esto lo aprovechó una corbeta británica para ir en busca del U-110 y atacarle con cargas de profundidad, algunas de las cuales afectaron al submarino.

El comandante del U-Boot[4], Fritz Julius Lemp, decidió descender hasta el fondo y esperar a que sus perseguidores se marchasen, pero los daños recibidos le obligaron a salir a la superficie. Al aparecer a plena luz del día, varios barcos británicos se dirigieron hacia él y dispararon sus ametralladoras contra los tripulantes del sumergible, que intentaban salir por la torreta.

Un destructor británico aceleró su marcha para embestir al submarino, pero casi en el último momento recordó la consigna de intentar hacerse con una *Enigma*. El destructor evitó la colisión y envió una lancha hacia el U-110, con un grupo de marineros dispuestos a irrumpir en el U-Boot para arrebatarles la valiosa máquina. Mientras tanto, los alemanes habían colocado cargas explosivas en el interior de su nave, precisamente para evitar que todos sus secretos cayesen en manos de sus enemigos, y habían saltado al agua.

En este punto de la historia es en donde aparecen dos versiones diferentes sobre la suerte que corrió el comandante alemán del submarino. Según los ingleses, el oficial levantó sus brazos mientras estaba en el agua y se suicidó ahogándose. Según otros testigos, se asegura que el alemán regresó nadando al sumergible al comprobar que las cargas no habían explotado, para volver a activarlas; cuando estaba trepando al casco del submarino recibió un balazo procedente de la lancha británica.

Sea como fuere, la verdad es que los marinos ingleses consiguieron entrar en el interior del U-110. Allí encontraron un ejemplar intacto de la *Enigma*, además de un libro de claves con una validez de tres meses. Durante cuatro horas se estuvo trasladando material y documentación secreta al destructor[5].

Unos días más tarde, el precioso cargamento llegó a la base escocesa de Scapa Flow, en donde los expertos, en un primer vistazo, confirmaron la trascendental importancia del hallazgo. No obstante, existía un peligro que podía dar al traste con buena parte del éxito cosechado. Este riesgo no era otro que el que los alemanes supieran que los Aliados ya contaban con una de aquellas máquinas.

Si la captura de la *Enigma* del U-110 llegaba a oídos germanos, no pasarían ni veinticuatro horas antes de que los alemanes variasen todos los códigos e incluso modificasen el funcionamiento interno de la *Enigma*. Así que la misión que se le encomendó a la armada británica fue conseguir que los aproximadamente cuatrocientos hombres que habían sido testigos de aquella operación permaneciesen en silencio sobre todo lo que habían visto u oído.

Evidentemente, muchos de ellos desconocían la importancia de aquel artefacto, pero aun así se logró que no trascendiese nada sobre lo que había ocurrido ese día en mitad del Atlántico. El éxito de esta consigna de silencio fue total, ya que ni uno solo de esos cuatrocientos marineros dijo nunca nada sobre el asunto mientras duró la guerra. Incluso un número importante de ellos se negaba a ofrecer cualquier tipo de información muchos años después de finalizado el conflicto.

Una vez lograda la posesión de la máquina, las comunicaciones de la flota alemana dejaron de tener secretos para los Aliados. Las pérdidas por ataques de submarinos cayeron en picado, ante el asombro de los alemanes, que no entendían el porqué de esa repentina falta de efectividad. Por éste o por otros motivos, a partir de febrero de 1942 cambiaron todos los códigos empleados en la utilización de la *Enigma*. No fue hasta finales de ese año cuando los criptógrafos reunidos en Bletchley Park consiguieron desentrañar el misterio de los nuevos códigos empleados en la máquina, aunque nunca se ha revelado exactamente cómo lo consiguieron. Aun así, algo tendría que ver la construcción por parte del servicio de inteligencia británico de uno de los primeros ordenadores del mundo, bautizado con el nombre de *Colossus*, para facilitar los trabajos del grupo de expertos.

Las dificultades no acabaron aquí. En marzo de 1943, un convoy de barcos aliados zarpó de Nueva York con destino a Gran Bretaña. Casi a la vez, los alemanes introdujeron un nuevo modelo de máquina, la *Enigma M4*. La diferencia fundamental con la anterior era que contaba con cuatro ruedas internas en lugar de tres, lo que elevaba el número de combinaciones a 2 por 10 elevado a 145. La imposibilidad de descifrar los mensajes confeccionados con este modelo evolucionado provocó que los submarinos pudieran volver a reunirse con facilidad para atacar a los convoyes que surcaban el Atlántico.

Los Aliados asistían impotentes al trágico espectáculo de sus barcos hundidos por

los torpedos alemanes. Había que actuar con rapidez para descubrir el nuevo sistema de códigos, pero hay que recordar que los secretos del anterior modelo no habían sido resueltos hasta casi un año después de estar en posesión de la máquina. Los expertos de Bletchley Park trabajaron día y noche y, ayudados por los conocimientos adquiridos en la resolución del reto anterior, necesitaron tan sólo dos semanas para descubrir cómo funcionaba la nueva versión de la máquina.

A partir de ese momento, los mensajes más sencillos comenzaron a poder ser descifrados. Esto fue suficiente para que los submarinos nazis fueran ya prácticamente incapaces de hundir un solo barco, mientras los Aliados no cejaban en su presión para localizarlos y destruirlos, fueran donde fuesen. Para los alemanes, el mes de mayo de 1943 sería conocido como «el mes de los submarinos perdidos».

Además del *Colossus*, los científicos crearon otra computadora, la máquina *The Bombe*, para ayudar descodificar los comunicados de la *Enigma M4*. La Bomba poseía más de 2400 válvulas, trabajaba a 5000 hertzios de velocidad, y comenzó a funcionar un día antes del desembarco en Normandía.

Todo lo que hace referencia a la *Enigma* permanecería en secreto hasta los años sesenta, cuando el gobierno británico permitió que se consultasen algunos documentos, aunque tuvieron que pasar casi treinta años para que se conociera la mayor parte de la historia.

Aunque cada vez se disponga de mayor información y se vayan conociendo más detalles sobre la ya famosa *Enigma*, esa máquina seguirá manteniendo su misterio y despertando la imaginación de los interesados en la Segunda Guerra Mundial.

A ello ayudó también la extraña historia que rodeó al ejemplar de la máquina que podía contemplarse en la mansión de Bletchley Park, el lugar en donde trabajaban los expertos criptógrafos. Esta casa, convertida en museo, podía visitarse dos sábados al mes sin necesidad de pagar entrada y no contaba con especiales medidas de seguridad.

Esta circunstancia fue aprovechada en abril del año 2000 por un ladrón que consiguió apoderarse de la preciada máquina, que ni tan siquiera estaba asegurada. La verdad es que aquel amigo de lo ajeno no tuvo que hacer un gran esfuerzo para llevársela; la *Enigma* se encontraba dentro de una sencilla vitrina y para acceder a la máquina únicamente era necesario levantar el cristal que la protegía. Parece ser que el robo se cometió a plena luz del día y que el ladrón, camuflado entre el centenar de visitantes que recibe el museo, se limitó a introducir el artefacto dentro de una bolsa y salir tranquilamente a la calle.

El nuevo propietario de la *Enigma* exigió una cantidad equivalente a unos 7000 euros por su devolución, cantidad muy moderada si se tiene en cuenta que estaba valorada en unos 150 000, aunque se considera que su valor histórico trasciende el valor monetario.

Pero una serie de circunstancias llevaban a pensar que existía alguna historia turbia en todo el asunto. En el mensaje en el que el ladrón pedía el dinero se refería

despectivamente a la directora de Bletchley Park como «esa mujer», sin aludir a su cargo. Ese detalle hizo pensar a los investigadores que el ladrón la conocía personalmente. A esto hay que añadir que la directora fue nombrada rodeada de una fuerte polémica interna, ya que hasta ese momento la institución venía siendo regida por un grupo de voluntarios, algunos de ellos exagentes secretos, defensores de la tradición y de mantener las antiguas costumbres.

En cambio, la nueva directora, de perfil netamente empresarial, llegaba con aires renovadores que no encajaban con el espíritu que hasta ese momento había reinado en la institución. La lucha por el poder llegó a tal punto que consiguieron que la directora fuera despedida, pero poco después no pudieron impedir que esa decisión fuera revocada.

Este tenso ambiente, aderezado también con anónimas amenazas de muerte a la directora, fue el escenario en el que se produjo el robo de la *Enigma*. Aunque se estaban haciendo esfuerzos para identificar al delincuente, la dirección del centro estaba dispuesta a entrar en negociaciones con el ladrón, debido a la gran importancia del objeto y al bajo precio del rescate exigido.

Como si el carácter de la máquina impregnase misteriosamente todo lo que la rodea, el 18 de octubre del 2000, el periodista de la BBC Jeremy Paxman recibió un extraño paquete por correo. En su interior, sorprendentemente, se encontraba la *Enigma* robada en Bletchley Park. Pero el misterio no quedaba resuelto; la identidad del ladrón seguía sin conocerse y, lo que es más grave, en la máquina faltaban las tres ruedas internas.

El caso volvió a la primera página de los periódicos un mes después. El 19 de noviembre del 2000, el *Sunday Times* aseguraba en su portada que dos de sus periodistas habían resuelto el caso del robo de la máquina. En esa información se aseguraba que, a finales de octubre, los redactores habían recibido una misteriosa carta sin remitente que contenía una palabra en clave, de la que sólo se dio a conocer que tenía ocho letras y que empezaba por «i». El autor de la misiva afirmaba que conocía el paradero de los tres rodillos desaparecidos.

Los periodistas, intrigados, decidieron publicar un anuncio por palabras en el *Times* con el siguiente texto: «(La palabra clave), encantado de recibir su comunicación, por favor, contacte con Nick». Estas palabras fueron insertadas en el diario durante tres días, hasta que el anónimo comunicante se puso de nuevo en contacto con los periodistas. En este caso, accedió a encontrarse con ellos; el lugar de la cita era un cementerio.

Los reporteros respondieron a esta propuesta afirmativamente, utilizando también la sección de anuncios por palabras del *Times*. Pero el 8 de noviembre recibieron una nueva carta en la que el autor expresaba su temor a ser acusado del robo de la *Enigma* y, por tanto, detenido por la policía en el caso de seguir adelante con el contacto previsto, así que el encuentro debía suspenderse.

Lo que ocurrió tras esa reunión frustrada es un misterio. El rotativo no explicó

con exactitud lo que ocurrió después. Sin entrar en detalles, afirmaba que la policía fue puesta al corriente de todo el caso. Es posible que al autor de las cartas se le tendiese una trampa. Lo único cierto es que el sábado 18 de noviembre, un hombre de 57 años fue detenido. El periódico anunció que las ruedas de la *Enigma* serían recuperadas, si bien desde entonces no se ha tenido ninguna noticia del paradero de esas históricas piezas.

En febrero de 2006, la *Enigma* volvió a centrar la atención del público, cuando se dio a conocer que un grupo de criptólogos ingleses había descifrado uno de los tres mensajes alemanes interceptados que, debido a su complejidad, no habían podido ser todavía descodificados.

Los mensajes descifrados por estos expertos fueron codificados mediante la *Enigma* de cuatro rotores, la M4. Para lograrlo, se recurrió a una aplicación de *software* de código abierto; desde la página web del proyecto, los internautas ayudaron a descifrarlo aprovechando los *tiempos muertos* del ordenador para realizar los cálculos.

En 1995 una revista criptográfica publicó tres mensajes codificados alemanes que nunca se habían podido descifrar hasta que Stefan Krah, un violinista aficionado a los criptogramas y a las nuevas tecnologías ideó ese programa freeware que permitía, uniendo varios ordenadores mediante internet, descodificar los mensajes secretos nazis.

El 20 de febrero del 2006 quedó descodificado el primero de los tres mensajes. El comunicado cifrado era como sigue:

«nczwvusxpnyminhzxmqxsfwxwlkj
ahshnmcoccakuqpmkcsmhkseinjusblkio
sxckubhmllxcsjusrrdvkohulxwccbgvli
yxeoahxrhkkfvdrewezlxobafgyujqukgr
tvukameurbveksuhhvoyhabcjwmaklfklm
yfvnrizrvvrtkofdanjmolbgffleoprgtf
lvrhowopbekvwmuqfmpwparmfhagkxiibg».

Gracias el trabajo de Krah y sus colaboradores, aquella información oculta durante más de seis décadas vio finalmente la luz:

«Obligado a sumergirme durante el ataque. Cargas de profundidad. Última posición enemiga 0830 en punto, AJ 9863. Curso 220 grados, 8 nudos. Impacto después. 14 mb cae. NNO visibilidad 10. Looks».

El 7 de marzo de 2006, poco después de que el primer mensaje fuera desvelado, se logró la traducción del segundo, cuyo formato original era éste:

«tmkfnwzxffiiyxutihwmdhxifzeqvkdvmqs

wbqndyozftiwmjhxhyrpaczugrremvpanwxgtkthn
rlvhkzpgmnmvsecvckhoinplhhpvpxkmbhokccpdp
evxvvhozzqbiyieouseznhjkwhydagtxdjdjkjpkc
sdsuztqcxjdvlpamgqkkshphvksvpcbuwzfizpfuup».

La traducción de esta combinación de letras es:

«No se ha encontrado nada en el rastro del convoy 55.º, moviendo a la cuadrícula ordenada. Posición naval AJ3995, SO 4, mar 3, 10/10 nublado, 28 mb subiendo, niebla. Visibilidad 1 sm. Schroeder».

El tercer mensaje, al ser más complejo, se esperaba entonces que fuera descifrado en un plazo de unos tres años.

Como vemos, la *Enigma* seguirá siempre unida al misterio que la rodeó antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. En los próximos años seguro que asistiremos a próximos Capítulos de su apasionante historia.

El doble de Stalin

El 27 de noviembre de 1943 era la víspera de la celebración de la Conferencia de Teherán. En esa ciudad se iban a reunir al día siguiente los máximos mandatarios de las tres principales potencias aliadas: Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética. Sus respectivos líderes —Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt y Josif Stalin— acudieron a la capital persa para establecer la estrategia destinada a derrotar al Tercer Reich.

Ese día, Stalin abandonó su despacho en el Kremlin y se dirigió en un vehículo oficial al aeropuerto. Allí le esperaba un avión que debía trasladarle a Teherán. Pero el dictador soviético, tras comparecer en el aeródromo, no subió a ningún avión y ocultamente regresó a Moscú. Horas más tarde, Stalin aparecía en Teherán, preparado para participar en la Conferencia. ¿Cómo se explica esta incongruencia?

Stalin, pese a sus notables aptitudes, especialmente para mantenerse en el poder, no gozaba del don de la ubicuidad. La explicación era más sencilla. En realidad, aquel hombre que llegó al aeropuerto, y que todos los presentes identificaron con Stalin, no era el *zar rojo*, sino Felix Dadaev, un exbailarín, escritor satírico, malabarista, prestidigitador y soldado del Ejército soviético. Aunque en ese momento Dadaev era un veinteañero, uniformado y maquillado a semejanza del dictador ofrecía un asombroso parecido con él.

En efecto, Dadaev era uno de los dobles con los que contaba Stalin para que le suplantasen cuando se consideraba necesario. En el caso de la Conferencia de Teherán, Stalin llevaba ya unos días en la capital iraní ocupado en los pormenores de la reunión, pero para mantener su poder omnímodo era desaconsejable su ausencia en Moscú, pues eso podría dar lugar a algún movimiento que escapase a su control. Así

pues, Stalin prefirió que todos pensasen que él seguía trabajando en su despacho hasta el último momento, consciente del terror que infundía tanto a sus colaboradores como a los escasos opositores. Y ahí entraba en juego Dadaev.

Pese a la gran diferencia de edad, Dadaev compartía la prominente nariz del dictador, sus cejas caucásicas y su robusta papada. Un poco más bajo, tan sólo dos centímetros le separaban de la altura del autócrata (1,72), una diferencia que era salvada aumentando el grosor de los tacones. Las facultades innatas de Dadaev para la danza, la interpretación y la solemne declaración de brindis —ineludible en cualquier banquete ruso— le permitieron calcar al personaje.

Pero Dadaev y Stalin no eran idénticos. Para un observador atento, había un detalle por el que podía descubrirse a su doble; los lóbulos de las orejas, que en el doble estaban más unidas a la cabeza. Sin embargo, nadie pudo distinguirlos cuando Dadaev llegó a suplantar a Stalin en el balcón del mausoleo de la Plaza Roja durante un desfile de atletas en 1945, que llegó a ser filmado por el noticiario soviético y proyectado en las salas de cine.

El parecido de Dadaev con Stalin había sido detectado en 1943 por unos agentes de la policía secreta del régimen, la NKVD, cuando Dadaev formaba parte de una brigada de artistas adjunta a la División 132. Sin recibir demasiadas explicaciones, aceptó trasladarse con aquellos agentes a Moscú en un vuelo secreto. Pero antes de que llegase ese día en el que cambió su vida, ésta se había desarrollado como la de cualquier otro joven soviético.

Dadaev era oriundo de Kazi-Kumuj, una remota aldea del Daguestán situada en las montañas del Cáucaso. Su nombre de pila era Gazavat, pero se lo cambiaría años después por Felix, en memoria de un comandante polaco que le enseñó bailes ucranianos y que murió en sus brazos en plena guerra. El pequeño Gazavat pasó sus primeros años cuidando el ganado junto a su padre, que le enseñó también el oficio de estañador. Estudió orfebrería, pero su auténtica vocación era la de la danza. En su adolescencia ya destacó como bailarín de danzas folclóricas en los grupos de baile en los que se enroló. Su familia dejó el Daguestán para emigrar a Ucrania; allí el joven Gazavat continuó dedicándose a la danza, su gran pasión.

Al estallar la Gran Guerra Patria —la denominación soviética de la Segunda Guerra Mundial—, Dadaev se alistó a una brigada de artistas que tenía como misión distraer a los soldados en la primera línea del frente. Pese a lo que pueda parecer, la labor que llevaban a cabo Dadaev y sus compañeros artistas no siempre era festiva. En más de una ocasión, debían tomar las armas y participar en operaciones contra el enemigo o incluso involucrarse en misiones de contraespionaje. Concretamente, gracias a la labor de Dadaev como espía, los rusos consiguieron dinamitar un puente que dejó incomunicados a los alemanes en la ciudad de Cherkesk, lo que le valió una condecoración.

Como es obvio, esas actividades tan alejadas de sus inquietudes artísticas no estaban exentas de riesgos. En 1942 resultó gravemente herido en una escaramuza

con unos soldados alemanes; se le trasladó a un hospital y allí fue dado por muerto, extendiéndose el correspondiente certificado de defunción, aunque para sorpresa de los doctores, Dadaev *revivió*. Uno de sus compañeros no tardó en apodarlo Felix de Hierro.

Ya desde joven era objeto de bromas por su asombroso parecido con Stalin. Dadaev se mostraba al principio descontento con esas observaciones, hasta que al final comenzó a amasar un cierto orgullo por su semejanza con el Gran Padre de los Pueblos. Como se apuntaba, ese parecido no pasó desapercibido para la NKVD, cuyos agentes lo trasladaron a Moscú para comprobar si era apto para desempeñar el trabajo de doble del dictador.

Dadaev fue conducido a una dacha de las afueras de la capital y pasó unos días comiendo a todas horas, pues debía engordar once kilos para lograr el parecido buscado. Después, el aspirante a doble fue llevado a la sala de recepciones de Stalin. El encuentro duró apenas cinco minutos y el líder soviético le observó minuciosamente, tras lo cual se limitó a dar secamente su aprobación. Dadaev, al superar ese examen, le dijo en georgiano: «Gracias, muchas gracias».

Comenzó así un intenso trabajo de pulido del aspecto externo de Dadaev, para acercarlo lo más posible al del dictador. Los tatuajes que el doble lucía en una mano fueron cubiertos con cremas especiales. Los maquilladores tuvieron también que emplearse a fondo para simular las marcas de viruela que Stalin presentaba en el rostro. Dadaev tuvo que aprender el modo de caminar, los ademanes y la entonación del líder soviético, para lo que contó con la ayuda de horas y horas de documentales en los que aparecía Stalin. Las excelentes dotes interpretativas de Dadaev, así como el dominio de sus movimientos físicos gracias a su aptitud para la danza, le permitieron en poco tiempo hacerse con el personaje.

No es necesario insistir en que la labor desempeñada por Dadaev era alto secreto. De hecho, su mujer, Nina Igorevna, nunca supo en qué consistía el trabajo de su marido. Es comprensible que Dadaev no le explicara nada, pues todos los que pertenecían al círculo de Stalin estaban perennemente aterrorizados, y es de suponer que él no quisiera dar ningún paso en falso.

Alguna equivocación, por ejemplo, tuvo que cometer otro de los dobles de Stalin, Yevsei Lubitski, un contable ucraniano de origen judío. Después de trabajar durante quince años como doble del dictador, cayó en desgracia por motivos desconocidos; se le rapó el pelo, le prohibieron lucir bigote y le enviaron al gulag de las islas Solovetski. Al parecer, Lubitski había sido sometido a varias operaciones plásticas para lograr un parecido total con Stalin y, después, todos los que habían participado en aquella metamorfosis habían sido fusilados, aunque es posible que en este caso se mezcle leyenda y realidad.

Tampoco ofrece visos de verosimilitud la historia de que Stalin se divertía mirando a hurtadillas cómo sus camaradas más cercanos, como el ministro de Asuntos Exteriores Vyacheslav Molotov o el jefe de la policía secreta, Lavrenti Beria,

acudían a su despacho y presentaban sus informes ante uno de sus dobles, sin darse cuenta del engaño.

Pero lo que no es leyenda es la historia de Felix Dadaev, y que aquí hemos tenido posibilidad de conocer. Él mismo se encargó de relatarla en abril de 2008 al *Komsomolskaya Pravda*, el diario ruso que eligió para confesarse. Quizá viendo próximo el momento de su muerte, Dadaev decidió desprenderse del peso de ese secreto con el que ha tenido que cargar desde aquel lejano 1943.

El tiempo pasado hasta que habló públicamente de la singular labor que desarrolló durante la Segunda Guerra Mundial denota que el miedo que se le inoculó entonces fue tan poderoso que se ha extendido a lo largo de más de seis décadas. Tras cumplir a la perfección su papel de clon del dictador, firmó un pacto de silencio del que no se sintió libre ni siquiera cuando algunos de los documentos sobre los dobles de Stalin salieron a la luz en 1996, tras la apertura parcial de los archivos de la antigua Unión Soviética.

Aunque existe el convencimiento de que Stalin dispuso de varios dobles más, sólo se conocen las identidades de Dadaev y Lubitski. Interpelado sobre la existencia de más dobles, Dadaev contestó: «No lo puedo decir». La larga sombra de Stalin sigue atemorizando a todos aquellos que le conocieron.

De todos modos, no sólo Stalin contó con dobles. Políticos y militares de ambos bandos recurrieron a este método de engaño. Por ejemplo, se conocen los nombres de algunos de los dobles más destacados del bando aliado. Winston Churchill era sustituido en ocasiones por un tal Alfred Chenfelts. El general norteamericano Dwight Eisenhower contaba para este cometido con un militar de Chicago, el teniente general Baldwin B. Smith, que solía rodar por las carreteras francesas en un *jeep* con banderín de cuatro estrellas para desconcertar a los espías alemanes.

El general británico Bernard Montgomery también dispuso de un doble, que participó activamente en un plan para engañar a los alemanes, aunque este episodio será tratado más adelante.

El caso de los dobles de Hitler es más confuso. Se ha especulado con que tenía tres; uno en Berchtesgaden, otro en Múnich y otro más en Berlín, supuestamente Ferdinand Beisel, miembro de las SA. Los rusos encontraron a este último muerto, cerca de la Cancillería, en donde el dictador germano se suicidó. En un primer momento pensaron que se trataba del auténtico Hitler, pero se dieron cuenta de que no podía ser él al comprobar que llevaba calcetines zurcidos, algo impropio del máximo dirigente nazi. La confrontación de su dentadura con las fichas dentales de Hitler confirmaron esa sospecha.

Por tanto, recurrir a un doble fue una práctica relativamente habitual en la Segunda Guerra Mundial, aunque no se conoce todavía con exactitud en qué momentos fueron empleados y con qué objetivos. Afortunadamente, el testimonio tardío pero elocuente de Felix Dadaev nos permite conocer algo más de aquellos que durante la contienda desempeñaron esa singular tarea.

La resistencia de la fábrica Peugeot

La empresa Peugeot es una de las empresas de automoción francesas más relevantes y con mayor expansión en el mundo. Durante la Segunda Guerra Mundial, esta fábrica, situada en Sochaux, atravesó sin duda el período más crítico de su larga trayectoria.

Tras la derrota del Ejército francés, y la capitulación del gobierno galo el 22 de mayo de 1940, los alemanes advirtieron de inmediato el papel que podía jugar el tejido industrial del país recién conquistado en el esfuerzo de guerra germano, y decidieron aprovecharlo. Una de las piezas fundamentales, por su gran valor estratégico, era la fábrica Peugeot, pero sus propietarios y sus trabajadores no compartían el criterio de los ocupantes nazis, por lo que éstos emprendieron un arriesgado juego del gato y el ratón.

Al frente de la empresa fue situado un comisario de producción del Reich, el ingeniero Von Guillaume pese a que, nominalmente, la familia Peugeot seguía siendo la propietaria. La primera decisión de los alemanes fue dejar de producir automóviles para particulares y centrarse en la fabricación de vehículos militares y piezas de repuesto para la Wehrmacht.

Ante la disyuntiva de colaborar con el esfuerzo de guerra nazi o de negarse a ello y exponerse a terribles consecuencias, tanto la familia Peugeot como el último obrero de cadena de montaje optaron por simular que se actuaba conforme a las directrices alemanas, mientras en realidad se llevaba a cabo una resistencia sorda. Por ejemplo, se utilizaban las máquinas más antiguas o se retrasaban las peticiones de materias primas para frenar así la producción. Fruto de esta estrategia, la productividad cayó a un 80 por ciento de la conseguida en 1939.

También se efectuaban discretas operaciones de sabotaje, como la colocación de piezas defectuosas en los motores o el debilitamiento de otros elementos de los vehículos, como los embragues. Estas artimañas, realizadas por obreros expertos, pasaban desapercibidas a ojos de los controladores alemanes, pero ese material, en cuanto era usado en su destino, era una fuente continua de averías, perjudicando así la movilidad de las tropas germanas.

La baja calidad de lo producido en la fábrica Peugeot no pasó desapercibida, obviamente, al Ministerio de Armamento alemán, pero el ingeniero Von Guillaume se mostró impotente para persuadir a los trabajadores franceses de que colaborasen con los objetivos germanos.

En 1943, Berlín entregó el control de las instalaciones al ingeniero Ferdinand Porsche, con una gran experiencia en la fabricación de vehículos. Éste decidió que Peugeot participase en la fabricación de un nuevo avión de caza, el Focke Wulf TA 154. Peugeot ya había fabricado aviones durante la Primera Guerra Mundial, así que esa transformación no suponía una novedad. Este nuevo aparato presentaba una

tecnología avanzada, lo que le permitía superar las prestaciones de sus antecesores. Su aparición masiva en los cielos alemanes podía resultar enormemente perjudicial para los bombarderos aliados, que en esos momentos ya soportaban numerosas pérdidas en cada de una de sus operaciones.

Los espías británicos no tardaron en enterarse de que la fábrica Peugeot fabricaría el nuevo aeroplano. Londres decidió que, mejor que combatir con ellos en el aire, era destruirlos antes de que pudieran estar listos para volar. La opción más fácil era bombardear las instalaciones, pero se prefirió enviar a un agente del SOE para que lograse de la familia Peugeot su colaboración con el fin de que ningún avión saliera de la fábrica. Si hasta ese momento había funcionado el sistema de sabotaje de baja intensidad, ahora era necesario que Peugeot no entregase ninguno de esos nuevos aparatos.

Con ese fin, el agente británico Harry Ree se infiltró en la región tras lanzarse en paracaídas durante un vuelo nocturno. Utilizando el nombre en clave de *César* logró contactar con Pierre Sire, un obrero de la fábrica que coordinaba la resistencia pasiva. Éste le condujo hasta Rodolphe Peugeot, miembro de la familia propietaria. Sin embargo, Rodolphe no se fiaba de *César*; sospechaba que pudiera tratarse de un agente de la Gestapo dispuesto a obtener la evidencia de que la familia Peugeot no era sincera en su sumisión a los designios nazis, algo de lo que albergaban sospechas fundadas. Rodolphe exigió de *César* una prueba de que era realmente un agente británico.

Harry Ree acordó entonces con Rodolphe que la BBC emitiría en los días siguientes este mensaje: «*La vallée du Doubs est belle en été*», (El valle del Doubs es bello en verano). En efecto, Rodolphe, mientras escuchaba la BBC, escuchó esa frase; *César* era un agente británico verdadero. Así pues, comunicó al inglés que hablaría con el resto de la familia para tomar una decisión.

Pero en Londres no estaban dispuestos a seguir perdiendo el tiempo. La eliminación de la capacidad productiva de la fábrica era una prioridad, y hasta ese momento Harry Ree, pese a sus avances, no lo había logrado. Por lo tanto, a última hora de la tarde del 15 de julio de 1943, un total de 137 bombarderos de la RAF despegaron de sus aeródromos en el sur de Gran Bretaña para dirigirse a Sochaux, en donde debían soltar su carga de bombas sobre la fábrica Peugeot.

Ya por la noche, los bombarderos llegaron a su objetivo, pero los cañones antiaéreos alemanes situados en la zona, pues habían previsto que los Aliados intentarían destruir la fábrica, les obligaron a volar a gran altura. Esta circunstancia llevó a que los aviones marcadores se confundieran a la hora de señalizar el objetivo, tomando como referencia una alta chimenea cercana. Debido a ese error, la fábrica no se vio prácticamente afectada; tan sólo el taller mecánico resultó dañado. Pero lo peor fue que algunas bombas cayeron sobre el barrio en el que residían los obreros de la Peugeot y sus familias, pereciendo 120 personas y dejando aproximadamente 250 heridos. Unas 400 casas quedaron destruidas, dejando sin hogar a 1200 damnificados.

Los Aliados fracasaron en su intento de frenar la producción del Focke Wulf.

En septiembre de 1943, Ferdinand Porsche y su sobrino Anton Piëch se reunieron con la familia Peugeot. Querían que la fábrica contribuyese a la producción a un nuevo proyecto alemán que presentaron con el nombre de «1144». Sin explicarles demasiados detalles, explicaron que Peugeot debía fabricar el fuselaje de un nuevo ingenio. En realidad, se trataba de la bomba volante V-1. Los dirigentes franceses intentaron ganar tiempo asegurando que no disponían de suficientes hombres para fabricar el nuevo fuselaje y que era necesario contratar nuevos obreros y formarlos, lo que requeriría varios meses.

Pero con Porsche no valían ese tipo de excusas; el ingeniero alemán afirmó que, en el caso de que se negasen a colaborar, se procedería a desmontar la fábrica y a trasladarla, conjuntamente con los trabajadores, a suelo alemán. Esa perspectiva no resultaba nada halagüeña, por lo que la familia Peugeot se avino a allanar las supuestas dificultades que se presentaban para la realización de ese proyecto.

En esa época, los británicos tenían conocimiento de que los alemanes estaban trabajando en alguna arma de ese tipo, pues disponían de fotografías aéreas en las que se podían ver rampas de lanzamiento en el norte de Francia. Sin embargo, no disponían de más detalles sobre lo que se estaba tramando. Esa falta de información sería subsanada precisamente por un ingeniero de la Peugeot, Cortelessi, que fue enviado a la fábrica Volkswagen para preparar la colaboración en la fabricación de las V-1. Una vez allí, Cortelessi copió los planos de la V-1 y a su regreso a Francia se los entregó a César, que seguía en contacto con la resistencia organizada en la fábrica, y le transmitió todos los datos relativos a la producción de la nueva bomba, especialmente el lugar de Alemania en el que estaba previsto que se realizaría el ensamblaje final de las piezas. El agente británico envió los planos y la información a Londres.

El trabajo de espía de Cortelessi permitió a la RAF bombardear, unos días más tarde, la fábrica de Fallersben, en donde debían ser ensamblados los fuselajes construidos en Sochaux. De este modo se logró retrasar unos meses el lanzamiento de las V-1 sobre Londres. Por otro lado, los obreros de la Peugeot sabotearon decididamente la producción de los fuselajes, lo que exasperó a Porsche. Pese a que los alemanes intentaron identificar a los responsables del boicot, eso fue misión imposible, puesto que nadie colaboró a la hora de localizarlos. Finalmente, Porsche se vio obligado a suspender la producción de las V-1 en Sochaux.

El fuselaje de las V-1 pasaría a fabricarse en el campo de concentración de Dora y en las minas de Tiercelet, por prisioneros rusos. Aunque este trabajo supuso un infierno para los que se vieron obligados a hacerlo, puesto que las condiciones eran extremadamente penosas —falta de iluminación y ventilación, alimentación escasa, jornadas extenuantes—, la calidad de este material bélico se resintió mucho, en comparación con lo que se habría podido fabricar en unas instalaciones adecuadas y por obreros cualificados como los de Peugeot.

Pero las dificultades para los trabajadores de la fábrica de Sochaux no habían terminado, más bien estaban a punto de agravarse. Aunque ya no debían producir los fuselajes de las V-1, la fabricación de material bélico continuaba. Los alemanes, muy enojados por el exitoso boicot a las V-1, no estaban dispuestos a que la historia se repitiera, así que extremaron las medidas de control sobre los trabajadores para que no llevasen a cabo más sabotajes. La vigilancia no dio resultados, pues era imposible colocar a un soldado germano detrás de cada uno de los obreros durante toda la jornada laboral, por lo que Porsche planteó un ultimátum a la familia; insistió en su amenaza de desmantelar la fábrica y trasladarla a Alemania, pero en esa ocasión no iba a tener tanta paciencia.

Si por un lado los alemanes estaban dispuestos a tomar medidas drásticas para impedir que se sabotease la producción, existía otra amenaza, en este caso la de los amigos. Londres hizo saber a los trabajadores de la Peugeot que si la empresa cumplía con las órdenes de los alemanes se verían obligados a bombardearla.

Ante esta disyuntiva, Rodolphe Peugeot convenció a la familia de que era necesario seguir con el sabotaje a la producción, afrontando los riesgos que eso conllevaba. No creía que la amenaza de trasladar la empresa a Alemania se llevase a cabo. En esos momentos toda la atención de los alemanes en Francia se centraba en evitar el previsto desembarco aliado en sus costas, por lo que proceder al traslado de una fábrica tan grande como la Peugeot no era la acción más oportuna.

Rodolphe, junto a César, diseñó un plan para incrementar el boicot. Entre el otoño de 1943 y la primavera de 1944 se llevaron a cabo catorce grandes sabotajes, en los que la familia Peugeot participó de manera decidida. No hay que descartar que la cercanía de la fecha en la que debía lanzarse el asalto aliado al continente supusiese a la familia propietaria un gran estímulo para esta inequívoca toma de posición, pues debía hacer méritos ante británicos y estadounidenses para mantener la propiedad tras la previsible retirada germana.

Durante este período, previo al desembarco, los alemanes estaban preocupados por asegurar la inexpugnabilidad del Muro del Atlántico, pero guardaban fuerzas también para combatir a la Resistencia. En Sochaux, la Gestapo se empleó a fondo para desarticular esos grupos, consciente de que estaban en connivencia con los trabajadores de la Peugeot. Sus pesquisas tuvieron éxito, pues dieron con César; cuando intentaron detenerlo, logró escapar, aunque resultó herido en la refriega. César pudo llegar a la frontera suiza y allí fue atendido de sus heridas.

La asfixiante presión de los alemanes hizo que los sabotajes en la fábrica disminuyesen. El aumento de la producción, detectado por los británicos, hizo que en marzo de 1944 decidiesen de nuevo bombardear las instalaciones, pese a los enormes riesgos que la operación de destrucción entrañaba. A Londres había llegado también la información de que los alemanes tenían previsto volver a utilizar a la Peugeot en la fabricación del fuselaje de las V-1, lo que acabó de decidirles a tomar esa dolorosa decisión.

Afortunadamente para los trabajadores y los propietarios de la fábrica, César regresó de Suiza, una vez restablecido, y pudo ponerse en contacto con Londres. Al serle comunicada la decisión tomada, César pidió algo de tiempo para buscar una solución menos traumática. Para ello puso en práctica una gran operación de sabotaje consistente en cortar toda alimentación eléctrica al sector en el que se hallaba fábrica. De este modo, la producción quedaría totalmente detenida, haciendo innecesario el bombardeo previsto.

Los contactos de César en la Resistencia funcionaron y unos días más tarde se volaron numerosas torres eléctricas. Todas las conexiones a la red quedaron destruidas. Aunque los desperfectos pudieron ser reparados en unas semanas, para los alemanes se hizo evidente que situar allí la producción de los fuselajes era muy arriesgado, pues todo el proceso de ensamblaje podía venirse abajo en caso de que se repitiese un nuevo sabotaje. Así pues, los alemanes renunciaron a proseguir con el plan, lo que fue conocido por los Aliados, que recibieron también fotografías de las instalaciones eléctricas destruidas. El bombardeo de la Peugeot fue cancelado, para alegría de sus obreros y de la familia propietaria.

Ya no hubo tiempo para más tribulaciones. La llegada a Sochaux de las tropas aliadas, tras el desembarco en Normandía el 6 de junio de 1944 y su veloz avance por tierras francesas, fue recibida con júbilo por todos aquellos que se habían jugado la vida para impedir que el fruto de su trabajo fuera aprovechado por el esfuerzo bélico germano. Su ingenio y su valor, desplegados a lo largo de cuatro largos años, les había permitido alcanzar el doble objetivo de sobrevivir a todas las amenazas y mantener su dignidad ante el opresor.

La tumba de Tamerlán

A principios de junio de 1941, las fuerzas alemanas estaban ultimando los detalles para lanzarse sobre la Unión Soviética, en la denominada Operación Barbarroja. Pese a las evidencias de que Alemania estaba procediendo a concentrar las tropas a lo largo de la frontera para llevar a cabo el asalto, Stalin no parecía contemplar esa posibilidad. El dictador soviético confiaba aún en el Pacto germano-soviético firmado en agosto de 1939 e ignoraba las advertencias de sus colaboradores sobre las verdaderas intenciones de Hitler.

Una prueba de esa imprudente confianza de Stalin en que su nación no sería atacada es su insólito interés por un asunto en el que se entremezclaba el interés histórico y la superstición. Se trataba de una expedición científica que en esos momentos estaba trabajando en Uzbekistán bajo la dirección del antropólogo Mikhail Gerasimov.

Este investigador llegó al mausoleo Gur-e Amir, en Samarkanda, el lugar de reposo eterno del emperador Timur, más conocido como Tamerlán. Este célebre

guerrero mongol vivió entre los años 1336 y 1405; conquistó extensas zonas de Asia central y occidental sobre las que asentó su vasto imperio. Sus dominios se extendían entre el río Volga y el golfo Pérsico, y entre los Dardanelos y el río Ganges, ocupando así los territorios que hoy conforman los estados de Turquía, Siria, Irak, Kuwait, Irán, Kazakstán, Afganistán, Rusia, Turkmenistán, Uzbekistán, Kyrgyzstan, Paquistán y la India.

A su muerte, el cadáver de Tamerlán fue embalsamado con almizcle y agua de rosas, y más tarde envuelto con paños de lino. Después, el cuerpo fue introducido en un ataúd de ébano y enviado a Samarkanda, donde fue enterrado en dicho mausoleo, que aún hoy existe. La sala donde se hallaba su tumba y la de alguno de sus hijos estaba decorada con oro, que brillaba cuando entraban los rayos del sol. Pero antes de la Segunda Guerra Mundial se descubrió que la enorme piedra de jade que se creía que escondía su cuerpo no era tal y que los restos de Tamerlán estaban en realidad en una cripta subterránea.

En aquel lugar había reposado el cadáver del emperador mongol durante más de cinco siglos hasta que Gerasimov, experto en la reconstrucción de restos humanos, llegó a Samarkanda con el objetivo de comprobar, mediante el análisis de los restos de Tamerlán, si fue un descendiente de otro mongol ilustre, Gengis Khan. Según afirmaba la leyenda, esa relación de parentesco existía, y ahora era el investigador ruso el que podía dilucidar la verdad.

Así pues, Gerasimov solicitó al mismísimo Stalin permiso para abrir el sepulcro de Tamerlán y exhumar su cadáver. En la lápida estaba grabada una maldición, en la que se anunciaban terribles desgracias si la tumba era profanada. Según decía la inscripción, «Aquel que abra esta tumba se enfrentará a un enemigo más cruel que yo». En varios textos islámicos se podía leer también que, si eso sucedía, se despertarían los demonios de la guerra y que, al tercer día, Tamerlán regresaría del más allá para traer la guerra y la devastación, tal como hiciera en vida. Ante la terrible advertencia, el antropólogo creyó que lo más conveniente era contar con la autorización del *zar rojo* y, finalmente, éste se la concedió.

Un anciano encargado de vigilar el mausoleo suplicó a Gerasimov que no abriese el sarcófago, recordándole la maldición grabada en la piedra, pero el antropólogo sólo pensaba ya en tener en sus manos los restos del emperador mongol.

La apertura del sepulcro se llevó a cabo el 19 de junio de 1941. Las cámaras filmaron a Gerasimov levantando el cráneo de Tamerlán y mostrándolo al objetivo con gesto triunfal. La película de la operación fue enviada de inmediato a Moscú para que pudiera ser vista por Stalin.

Tres días más tarde, el 22 de junio de 1941, daba comienzo la invasión de la Unión Soviética por parte del Ejército alemán. Coincidencia o no, la supuesta maldición que rodeaba el cadáver de Tamerlán se había cumplido al pie de la letra. Los restos de Tamerlán fueron trasladados a Moscú, en donde serían analizados detenidamente por Gerasimov.

El antropólogo fue capaz de reconstruir la cara de Tamerlán desde los restos de su calavera. Gracias al análisis del esqueleto, Gerasimov confirmó que el emperador mongol era bastante alto para su época, pues medía 172 centímetros, y que pudo haber caminado con una pronunciada cojera.

Cinco décadas después de estos acontecimientos, uno de los operarios de cámara que asistieron a la apertura del sepulcro de Tamerlán referiría los detalles del episodio en un documental de la televisión estatal rusa. Según este técnico, el equipo cinematográfico fue enviado al frente para seguir haciendo su trabajo, y sería allí en donde los operarios explicarían lo relativo a la supuesta maldición al general Gueorgui Zhúkov, quien escuchó la historia con mucha atención y prometió hacer lo que estuviera en su mano. Al parecer, Zhúkov logró convencer a Stalin de que lo mejor para el destino de la Unión Soviética era que los restos del emperador mongol descansasen en su sepulcro.

No sabemos de cierto si Stalin se dejó influir por Zhúkov, pero la realidad es que un año y medio después, en noviembre de 1942, el cuerpo de Tamerlán sería trasladado por vía aérea a Samarkanda y nuevamente enterrado en el sepulcro, de acuerdo con los ritos islámicos. También fruto de una coincidencia —o quizá no—, a partir de ese momento el VI Ejército alemán del general Friedrich Paulus, que estaba a punto de tomar Stalingrado, topó con una resistencia feroz en esa ciudad, hasta que dos meses después se rindió a las fuerzas soviéticas.

Objetivo: secuestrar a Hitler

En 1987 salió a la luz un extraño plan para secuestrar a Hitler. En el Archivo Nacional británico se había encontrado una carpeta de documentación marcada con el identificador AVN-16 y perteneciente al Ministerio del Aire, en la que figuraba una insólita información. El título ya revelaba su explosivo contenido: «1941. Proposición de secuestro de Adolf Hitler por su piloto personal».

Aunque los historiadores de la Segunda Guerra Mundial no se ponen de acuerdo sobre el grado de desarrollo que alcanzó el proyecto, no existen dudas sobre la autenticidad de los documentos. En ese *dossier* secreto se explicaba la operación destinada a capturar a Hitler, logrando que su avión aterrizase en un aeródromo inglés. Para ello se contaba supuestamente con la colaboración del teniente general Hans Baur, el piloto personal del Führer.

Baur era un experimentado piloto. Se había alistado en la Fuerza Aérea alemana durante la Primera Guerra Mundial, con tan sólo 18 años. Fue derribado en nueve ocasiones. Tras la Gran Guerra había trabajado como piloto comercial para varias compañías regionales, hasta que en 1926 pasó a formar parte de la media docena de pilotos que integraron las primeras tripulaciones de las líneas aéreas germanas, la Lufthansa. Poco después de cubrir su primer millón de kilómetros, recibió una

llamada de Hitler para convertirse en su piloto personal.

Baur era la pieza clave de toda la operación, pero no era este aviador el que se había puesto en contacto con los Aliados para ofrecer su colaboración. Tal y como explicaban los planes de secuestro, un búlgaro que respondía al nombre de Kiroff se había dirigido al agregado militar de la embajada británica en Sofía diciendo ser el suegro de Baur.

Según Kiroff, su yerno no estaba de acuerdo con la manera como Hitler estaba dirigiendo la guerra y estaba dispuesto a entregarlo a los ingleses para alcanzar así rápidamente la paz. Para ello, había ideado un plan mediante el que, durante algún vuelo rutinario, cruzaría el canal de la Mancha y aterrizaría en suelo británico para que Hitler fuera capturado. Kiroff sería el enlace entre Baur y los Aliados.

A cambio de su intermediación, el búlgaro no pretendía una recompensa en dinero, sino simplemente que le permitieran a él y a su familia escapar a Gran Bretaña antes del vuelo de Baur. Aunque los ingleses desconfiaron del hecho de que requiriese el pago de sus servicios por adelantado, Kiroff les convenció de que, debido a su supuesto parentesco con Baur, lo más probable es que fuera detenido después de la deserción de su yerno.

Los diplomáticos se pusieron en contacto con Londres. Aunque el gobierno de Churchill se mostró escéptico ante la insólita proposición del búlgaro, consideraron que no perdían nada con seguirle el juego y que, en cambio, el premio podría ser absolutamente trascendental para el desenlace de la contienda. En este caso fue decisivo el impulso de sir Arthur *Bomber* Harris, el general de la RAF que más tarde dirigiría los bombardeos aliados sobre las principales ciudades alemanes.

Una vez aprobado el plan, y con el apoyo del Foreign Office, se acondicionó un improvisado aeródromo en Lympne, en las proximidades de Folkestone, preparado exclusivamente para el recibimiento al avión del Führer, un cuatrimotor Focke Wulf Fw 200 *Kondor*.

En cuanto el aparato aterrizase, era fundamental trasladar lo más rápido posible a Hitler a un lugar seguro, puesto que se temía una reacción de su escolta en cuanto se diese cuenta del engaño, una intervención de la Luftwaffe, o incluso un intento de suicidio del dictador germano al verse atrapado. Por lo tanto, un vehículo estaba preparado para trasladar de inmediato a Hitler al Ministerio del Aire, en Londres. Según las propias palabras del general Harris en una carta que dirigió a un colaborador, era «esencial sacar el *premio* del escenario cuanto antes…».

Los aviones de caza británicos estaban avisados para no abrir fuego contra el *Kondor*. Se estipuló que la señal convenida para identificar el avión en el que viajaba Hitler fueran cuatro ráfagas luminosas de emergencia con intervalos de treinta segundos. Además, el aparato volaría con el tren de aterrizaje bajado. Más tarde, según quedó registrado en la documentación, se decidió modificar el método para localizar el avión y se optó por que arrojase unas pequeñas placas metálicas, para que así pudiera ser identificado por los radares.

De todos modos, si el *Kondor* entraba en el espacio aéreo británico, el general Harris no estaba dispuesto a que Hitler pudiera escapar con vida. En el caso de que su escolta se hiciera con el control del avión, ya fuera al aproximarse al aeródromo o una vez en él para intentar despegar, varios cañones antiaéreos estaban preparados para abatirlo en el aire.

En el informe secreto también se habla de la prevención de *Bomber* Harris contra unas supuestas armas secretas utilizadas por los guardaespaldas de Hitler. A los británicos les habían llegado rumores de que para proteger la vida de su Führer emplearían un dispositivo capaz de «paralizar» a los atacantes.

Para evitar alguna fuga de información que pudiera dar al traste con todo el plan, los dos pelotones de soldados que estaban apostados día y noche en el aeródromo no sabían que se esperaba la llegada del líder nazi, sino simplemente de un «desertor». La alarma se inició a principios de marzo de 1941.

El día fijado por Baur para la entrega de Hitler a los británicos fue el 25 de marzo. Según Kiroff, el piloto intentaría aterrizar en el aeródromo inglés a primera hora de la mañana o a última de la tarde. Ese día todo estaba preparado para capturar al dictador alemán, pero fueron pasando las horas y ningún avión germano se acercó a Lympne.

¿La operación había sido descubierta? ¿Se había producido un repentino cambio de planes en la agenda de Hitler? ¿El piloto se había arrepentido?

Nadie sabía lo que había ocurrido. De todos modos, el estado de alerta continuaría hasta el mes de mayo, cuando se llegó a la conclusión de que el avión de Hitler no aterrizaría nunca en aquel aeródromo. El plan fue cancelado.

El informe secreto no despeja esas dudas. Tampoco confirma si Kiroff se salió con la suya y consiguió, junto a su familia, refugiarse en territorio inglés antes de ese día, tal como era su intención.

Aunque las pruebas demuestran fehacientemente que el gobierno británico hizo todo lo que estuvo en su mano para secuestrar a Hitler de este modo, todo apunta a que los ingleses fueron víctimas de un ingenioso engaño.

El plan se basaba en la supuesta deslealtad de Baur hacia el Führer, pero el piloto personal de Hitler mantenía hacia él una fidelidad absoluta, formando parte de su círculo íntimo. Su relación con él se remontaba a los primeros tiempos del partido, por lo que era difícil imaginar que desease entregarlo a los Aliados. De hecho, permaneció con él en el búnker hasta el final[6].

Tampoco hay que descartar que este plan tuviera algún punto en común con el solitario viaje de Rudolf Hess del 10 de mayo de 1941, en el que el lugarteniente de Hitler saltó en paracaídas sobre Escocia para iniciar conversaciones de paz con los británicos. Según algunos investigadores, cabe la posibilidad de que el informe del supuesto plan de secuestro de Hitler fuera elaborado con informaciones de los servicios secretos relativos en realidad al rocambolesco vuelo de Hess, pero referidos al Führer para ocultar así su identidad.

El misterio seguirá rodeando durante mucho tiempo este insólito intento de

secuestro del dictador alemán. Lo más probable es que aquel enigmático búlgaro consiguiese su propósito de escapar a Gran Bretaña con su familia, aprovechándose de la ingenuidad mostrada por los ingleses, convencidos de que podían poner fin a la guerra capturando a Hitler.

Churchill planeaba invadir Cerdeña

Las historias secretas de la Segunda Guerra Mundial pueden aparecer en cualquier momento, incluso sin buscarlas. Eso es lo que ocurrió en el verano de 2005, cuando dos investigadores italianos estaban indagando en el Archivo Nacional de Londres sobre un documental filmado por los franceses en 1918 en el que aparecían tropas sardas en la Primera Guerra Mundial.

En sus pesquisas, estos dos historiadores se tropezaron con otra historia, también relativa a la isla de Cerdeña. Según los documentos que encontraron por sorpresa en la sección de los Archivos Nacionales dedicada a esa isla mediterránea, el primer ministro británico, Winston Churchill, ideó un plan para invadir Cerdeña en 1941[7].

La invasión, prevista en dos operaciones militares bautizadas *Yorker* y *Garroter*, planeaba la ocupación de la isla como paso previo para poder afrontar una ofensiva que vengara las derrotas inglesas contra las tropas del general Erwin Rommel y su Afrika Korps en el norte de África.

Yorker preveía el desembarco en la isla de 7500 hombres en la primera noche de luna llena entre abril y mayo de 1941, con la misión de conquistar un puente estratégico y esperar la llegada de más efectivos.

Esas nuevas tropas eran la base de *Garroter*, segunda misión con la que Churchill pretendía *estrangular* a las tropas italianas, para ocupar así la isla y controlar las baterías antiaéreas alemanas e italianas situadas en los alrededores de la capital de la isla, Cagliari.

En los documentos, que sorprendentemente estaban catalogados de «alto secreto» pese a estar al alcance de cualquier investigador, se detallaban los puntos débiles de la isla para poder invadirla con un contingente que no superase los 50 000 efectivos.

El plan, no obstante, no pudo seguir adelante ya que las tropas alemanas se adelantaron a la ofensiva británica y conquistaron la isla de Creta en mayo de 1941, obligando a las fuerzas británicas a enfocar toda su atención en ese punto estratégico para el control del Mediterráneo oriental.

El doble de Montgomery

Una vez acabada la contienda, comenzaron a conocerse los planes que llevaron a cabo los británicos para engañar a los alemanes. Uno de ellos consistió en utilizar a

un doble del general Bernard Montgomery para confundir al Cuartel General de Hitler en las fechas previas al desembarco de Normandía. El hombre que se encargó de interpretar ese papel fue Meyrick Edward Clifton James, quien revelaría los detalles de la misión en un libro publicado diez años después[8].

En la primavera de 1944, el teniente Clifton James desconocía por completo los planes que estaban reservados para él. Se encontraba en su oficina del cuerpo de pagadores del Ejército en Leicester cuando recibió una inesperada y sorprendente llamada telefónica; se trataba del célebre actor David Niven, que entonces estaba encuadrado en la sección cinematográfica del Ejército.





En estas dos imágenes se puede apreciar el extraordinario parecido entre el auténtico general Montgomery (izquierda) y su doble, el actor Meyrick E. Clifton James.

Clifton James, nacido en 1898 en la ciudad australiana de Perth, había sido actor durante veinticinco años, y al estallar la guerra se había ofrecido voluntariamente para prestar servicio en la sección de espectáculos y diversiones. Sin embargo, fue destinado al cuerpo de pagadores, un puesto en el que se sentía frustrado. Niven le ofreció figurar en alguna película del Ejército, para lo que le convocó a realizar unas pruebas en Londres. El veterano actor aceptó muy contento al creer que el Ejército enmendaba su error y marchó de inmediato a la capital británica.

Pero allí se llevaría una nueva y, si cabe, más grande sorpresa. Niven le recibió junto al coronel Lester, del servicio secreto del Ejército, y de inmediato le aclararon que no habían pensado en él para participar en ninguna película, sino para que se convirtiera, ni más ni menos, que en el doble del general Bernard Law Montgomery.

Tras unos segundos de confusión, Clifton James comprendió que la propuesta no era descabellada. No en vano, sus amigos solían comentarle su enorme parecido con

el militar inglés. Incluso, en una ocasión, su imagen apareció en un periódico londinense, con un pie de foto que decía: «Usted se equivoca, es el teniente Clifton James». Pero, aunque tenía asimilado su parecido con Montgomery, la propuesta de ser su doble le dejó estupefacto.

Fue precisamente al ver esa fotografía en la prensa cuando los servicios secretos británicos vieron la posibilidad de utilizar su enorme parecido para desorientar al enemigo. El coronel Lester le explicó en qué consistía el plan, denominado Operación Copperhead. Teniendo en cuenta que el día del desembarco en el continente se acercaba, y que los preparativos para el asalto eran imposibles de ocultar a ojos de los alemanes, se había elaborado un plan, con la aprobación del jefe supremo de las fuerzas aliadas, el general norteamericano Dwight D. Eisenhower, para intentar confundirles.

Había que hacer creer a los alemanes en la posibilidad de un golpe por sorpresa en otro escenario. Así pues, la idea era presentar pruebas de que Montgomery, el probable comandante de las fuerzas invasoras británicas, se hallaba en otro lugar, coordinando ese supuesto ataque secundario.

Clifton James aceptó el que, sin duda, sería el papel más importante de su carrera. En los días siguientes se dedicó a estudiar cientos de fotografías del famoso general y a observarlo con atención en los noticiarios cinematográficos. Para facilitar la imitación, a Clifton James se le permitió conocer personalmente al propio Montgomery. Durante unos días, el actor permaneció cerca de él, encuadrado entre la oficialidad del Estado Mayor del general, bajo la falsa identidad de un sargento del servicio secreto. Gracias a esta experiencia, lograría copiar a la perfección sus gestos más característicos, como su ligero saludo militar, el caminar con las manos entrelazadas a la espalda o el pellizcarse las mejillas mientras estaba concentrado en algún asunto.

Cuando el actor se vio ya preparado para ejecutar su difícil papel, se reunió a solas con Montgomery. Según recordaría Clifton James en su libro autobiográfico, el general le dijo: «Sobre sus hombros pesa una gran responsabilidad, ¿se siente seguro de lo que va a hacer?». Clifton James dudó, pero Monty añadió rápidamente: «Todo va a salir bien, no se preocupe».

Días después, al actor se le comunicó que el plan se iba a poner en marcha. El 26 de mayo, el falso Montgomery debía girar una visita a Gibraltar, visitando las diferentes instalaciones militares de la colonia británica, dando la impresión de que se estaban revisando los preparativos destinados a alguna inminente operación de importancia. Los ingleses se habían encargado de extender el rumor de que Montgomery iba a organizar una fuerza anglonorteamericana para invadir el sur de Francia.

El 25 de mayo llegó el esperado debut. Clifton James fue caracterizado como el general y se dirigió en automóvil hasta el aeródromo de Northolt. Allí fue despedido por una formación de altos jefes militares; algunos de los cuales conocían

personalmente al general, pero nadie se dio cuenta del engaño, tal como se comprobaría tiempo después. Curiosamente, uno de ellos llegaría a afirmar que, efectivamente, lo notó algo cambiado, aunque para bien, pues lo vio en mejor forma física.

Al día siguiente, el actor llegó al Peñón. Entre la multitud que se congregó para recibirle se encontraban unos cuantos trabajadores españoles que espiaban para los alemanes, por lo que la noticia de su llegada no tardaría en llegar a oídos de los nazis, tal como deseaban los Aliados. El falso Montgomery atravesó ostensiblemente las calles de Gibraltar en un automóvil descubierto para facilitar el trabajo de los espías y acudió a la residencia del gobernador, el general sir Ralph Eastwood, quien sí conocía la Operación Copperhead. Éste le recibió con todos los honores y, una vez a solas, le confesó que en un primer momento, al verle, creyó que el auténtico Montgomery había decidido venir en persona.

Dos horas después de que Clifton James hubiera llegado a Gibraltar, los agentes de Hitler en Madrid ya conocían todos los detalles de la visita. Cuando la información llegó al Cuartel General del Führer, ésta fue interpretada como la confirmación del rumor de la proyectada operación anfibia en el sur de Francia.

Pero el viaje del actor no acabaría ahí. Clifton James partió del aeropuerto de Gibraltar —de donde fue despedido con todos los honores— rumbo a Argel, donde ya se habían hecho circular rumores de que Montgomery llegaría para coordinar la invasión del sur de Francia. Allí fueron agentes franceses colaboracionistas los que se encargarían de trasladar de inmediato la noticia a los alemanes.

Tras unos días de estancia en Argel y visitar algunas instalaciones militares de los alrededores, Clifton James fue trasladado de forma secreta a El Cairo, en donde debía *desaparecer* hasta que pasara el día de la invasión. Con ese repentino y misterioso *mutis por el foro* su papel había concluido.

Según se le informó después de la guerra, su misión no había estado exenta de riesgos. Cuando la noticia de su visita a Gibraltar llegó a Berlín, el Alto Mando alemán ordenó que Montgomery fuera asesinado o que su avión fuera derribado en el viaje de regreso. Pero, siempre según la información proporcionada al actor, Hitler ordenó terminantemente que no asesinaran a Montgomery antes de descubrir exactamente dónde se produciría la invasión. Al no descubrirlo, pues todo era un engaño, Hitler no llegaría a autorizar la operación para acabar con la vida del falso Monty.

Pero de lo que no hay duda es de que los alemanes picaron en el anzuelo tendido por los siempre competentes servicios secretos británicos. Se desconoce si esa maniobra de distracción fue la que provocó la retirada de algunos efectivos de la costa normanda para reforzar el flanco sur, pero sin duda sí que esta misión cumplida por el doble de Montgomery contribuyó a aumentar la confusión entre los alemanes en las vísperas del Día-D.

Tras la guerra, el gobernador de Gibraltar, el general Ralph Eastwood, dejaría

constancia del éxito del plan:

«Como estratagema para despistar a los alemanes, el plan para hacer representar a otro oficial el papel del general Montgomery dio excelentes resultados. Yo mismo hubiera caído en el engaño si no hubiera conocido personalmente a Monty. En efecto, todos los que estaban cerca de mí, inclusive las autoridades españolas, quedaron convencidos de que el personaje que se nos presentó era en realidad el general. La ejecución del plan fue espléndida. Lo que se perseguía era hacer creer a los alemanes que la invasión se llevaría a cabo en otro punto, y el hecho de que se retiraran tropas del canal de la Mancha para situarlas más al sur es la mejor prueba de que la patraña surtió su efecto».

Clifton James, que no consiguió el reconocimiento público durante su larga carrera de actor, sí que obtuvo cierta notoriedad después de publicar su libro autobiográfico. Pero su labor de imitación del general Montgomery no había finalizado todavía. En 1958, John Guillermin dirigió una película basada en su historia, titulada *I was Monty's double*. En el film, el propio actor interpretaría el papel de falso Montgomery. Clifton James falleció en la ciudad inglesa de Worthing el 8 de mayo de 1963.

Palestina escapa al Holocausto

El general Montgomery no sólo frenó en el otoño de 1942 el avance de Rommel en El Alamein para salvar a El Cairo y el canal de Suez de caer en manos alemanas, sino que con su victoria impidió también la extensión de la Solución Final a los judíos de Palestina. Hitler no buscaba solamente eliminar a los judíos del continente europeo, sino que aspiraba a erradicarlos también de Palestina, donde se habían concentrado medio millón de judíos huidos de Europa.

Esta revelación surgió en 2001 tras la apertura de unos archivos de la CIA que hasta ese momento habían permanecido clasificados como secreto. Según estos informes, que servirían de base para un detallado trabajo del historiador alemán Martin Cüppers[9], un *Einsatzgruppe* especial —los temidos comandos móviles de ejecutores—, se había incorporado en la primavera de 1942 al Afrika Korps, con el teniente coronel Walther Rauff al mando.

El plan de Rauff era la extensión y aplicación del Holocausto en Palestina. Walther Rauff procedía del Instituto Técnico Criminal de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA o *Reichssicherheitshauptamt*), y era uno de los iniciadores del recurso al gas como método de exterminio. Existen documentos, como la carta de Willy Just a Rauff del 5 de marzo de 1942, y confesiones como la de Otto Ohlendorf ante el Tribunal Militar Internacional, que implican a sus cámaras de gas móviles en la aniquilación de 97 000 personas entre judíos y discapacitados, mujeres y niños, además de prisioneros en Mauthausen, así como en la persecución de las

comunidades judías norteafricanas.

En su plan para Palestina, Rauff se desplazó a la ciudad libia de Tobruk el 20 de julio de 1942 con una unidad de ejecuciones para ponerse a las órdenes del Afrika Korps, aunque días después sus siete oficiales y diecisiete suboficiales trasladaron su cuartel a Atenas, a la espera de la inmediata toma de Egipto por el mariscal Rommel.

Gracias a la firmeza de Montgomery en El Alamein, las puertas de Egipto permanecieron cerradas a las divisiones alemanas. Rauff ya no regresaría al Norte de África para cumplir su execrable misión; de este modo, el Holocausto nunca alcanzó a Palestina[10].

La propaganda alemana destinada a los árabes que incitaba a «destruir a los judíos y sus bienes» no deja ninguna duda sobre su intención de aplicar la llamada Solución Final —el exterminio físico— a los 400 000 judíos del norte de África y eventualmente a otros 450 000 en Palestina.

Tras la derrota en El Alamein, el Ejército alemán se replegó hacia Túnez, donde resistiría hasta mayo de 1943. Según el historiador Martin Cüppers, hasta el último momento se mantuvieron planes para deportar a los judíos por barco desde Túnez hacia Italia y de allí hacia los campos de exterminio en Europa. Si no se llevaron a cabo fue porque las fuerzas navales alemanas tenían otras prioridades y no disponían de suficientes barcos para emplearlos en este cometido. Aunque no fueron trasladados a Europa, millares de judíos tunecinos sufrieron la política de exterminio del Tercer Reich, al ser internados en campos de trabajo en el desierto en durísimas condiciones, lo que causó la muerte a muchos de ellos.

Desembarco aliado en España

Las presiones del Tercer Reich sobre Franco para que España interviniese en la Segunda Guerra Mundial son bien conocidas. En la reunión de los dos dictadores en Hendaya celebrada el 23 de octubre de 1940, Hitler intentó conseguir el compromiso de Franco para permitir el paso de las tropas germanas a través de la península, con el fin de apoderarse de Gibraltar y cerrar así el acceso de la flota británica al Mediterráneo. Pero Franco resistió los requerimientos perentorios de su homólogo alemán.

El gobierno de Berlín continuó presionando para conseguir que España entrara en la guerra, pero a partir de la primavera de 1941 este interés decayó, ya que las prioridades de Hitler habían pasado al este de Europa. La invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941 atrajo toda la atención del Führer, lo que supuso un respiro para el gobierno español.

La presión sobre España se había relajado, pero un acontecimiento inesperado para las fuerzas del Eje situaría a nuestro país, un año y medio más tarde, en el centro de atención de todos los países implicados en la guerra. El hecho en cuestión fue el

desembarco aliado en África del Norte.

El 8 de noviembre de 1942, las tropas aliadas desembarcaron en las posesiones francesas de África del Norte, bajo el control del régimen colaboracionista de Vichy, en la denominada Operación Torch (Antorcha). Los Aliados desconocían el recibimiento que iban a encontrar. Por un lado, los franceses deseaban sacudirse de encima el yugo alemán, pero por otro lado, debían guardar la lógica fidelidad al régimen oficialmente constituido, y éste era partidario de la colaboración con los alemanes[11].

La noticia del desembarco aliado supuso una desagradable sorpresa para Hitler. Pese a que los alemanes temían que se produjese ese ataque aliado a las posesiones francesas en África del Norte, no creían que se fuera a llevar a cabo en ese preciso momento. Aquél era un golpe decisivo en el escenario bélico del Mediterráneo y estaba muy claro que Alemania no podía quedarse cruzada de brazos. Los Aliados ya contaban con que se produciría una respuesta germana a este golpe de efecto. Así que tanto las miradas de los alemanes como de los Aliados convergieron en un punto: España.

La situación geográfica de la península Ibérica, de enorme valor estratégico, la convertía en la clave para el éxito o el fracaso de la Operación Torch. Si España permitía el paso de las tropas alemanas, éstas podrían atacar desde las cómodas posiciones del Marruecos español. Si se cumplía esta hipótesis, existía un riesgo grande de que los Aliados fueran expulsados al mar en el caso de que las cabezas de playa no estuvieran bien consolidadas. Además, los alemanes no hallarían ninguna dificultad para cerrar el estrecho de Gibraltar, ya que dominarían las dos orillas, e impedir así que llegasen refuerzos aliados a las playas norteafricanas.

Estas circunstancias ya fueron analizadas con anterioridad por los alemanes. El 29 de mayo de 1942, Hitler dictó una orden por la que se establecían las operaciones que había que llevar a cabo en Francia y España en el caso de un desembarco aliado en África del Norte o un eventual ataque a la península Ibérica. Las órdenes que hacían referencia a Francia tenían el nombre de «Anton» y consistían en la ocupación militar del territorio gobernado por el Régimen de Vichy. Al final, éste sería el único plan que se llevaría a cabo; nada más conocerse el desembarco, los alemanes penetraron en la Francia no ocupada. La operación no salió del todo bien, ya que los propios franceses se encargaron de hundir la armada fondeada en el puerto de Tolón para que no cayese en manos de los alemanes.

Las órdenes que hacían referencia a la ocupación de España se conocían como Operación Ilona. Según este plan, el ejército alemán entraría por la parte occidental de los Pirineos. Los blindados se dirigirían hacia Bilbao y Vitoria, mientras que la infantería lo haría en dirección a Pamplona. Cuando se consolidase esa línea, continuaría el avance hacia el sur. Todo este plan contaba con que Franco no pusiese ninguna objeción al paso de los soldados alemanes por territorio español. En septiembre, un descuidado oficial de la SS perdió una cartera en la que estaban los

planes de «Ilona». Por motivos de seguridad, el nombre de la operación se cambió por el de «Gisela».

Aunque los planes para el paso de las columnas alemanas por territorio español habían quedado archivados, los nazis siguieron trabajando en esa hipotética operación. Hasta ya entrado el año 1944, los expertos alemanes se dedicaron a recopilar toda la cartografía existente de la península Ibérica y en especial del estrecho de Gibraltar, y a elaborar nuevos mapas sobre las zonas de las que existía menos información. En la que debió ser una monumental tarea, los cartógrafos alemanes confeccionaron un perfil muy exacto, provincia a provincia y pueblo a pueblo, de España. Estos mapas fueron recuperados por los Aliados en Berlín y fueron trasladados a la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, en donde se encuentran en la actualidad, permaneciendo clasificados como secreto hasta mediados de la década de los noventa[12].

En noviembre de 1942, a los Aliados no se les escapaba la posibilidad de que los alemanes tuvieran ya preparado un plan para ocupar la península, así que no escatimaron esfuerzos para impedir la colaboración española con Alemania. La prueba de que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para lograr la neutralidad española fue la carta escrita por el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, que recibió Franco el mismo día del desembarco por la mañana, de manos del embajador estadounidense en Madrid.

En esa sorprendente misiva del máximo mandatario norteamericano dirigida a su homólogo español, encabezada por un afectuoso «Querido Generalísimo Franco», se explicaban los pormenores de la operación que se estaba llevando a cabo en esos momentos en las playas africanas. Además, lo que era más importante, se aseguraba al dictador español que los Aliados no tenían ninguna intención de atacar territorio español, ni en la península, ni en las islas ni en las posesiones africanas, y que podía estar tranquilo. El presidente norteamericano, en un ejercicio supremo de *realpolitik*, se despedía con la siguiente frase: «me reafirmo, apreciado general, como su amigo más sincero».

Pese a esta promesa de inviolabilidad del territorio español, los Aliados no querían dejarlo todo en manos de las veleidades de un general del cual, en el fondo, no se fiaban lo más mínimo pese a las «sinceras» palabras del presidente. Así pues, se confeccionaron los planes necesarios para responder en el caso de que la halagadora carta de Roosevelt no hiciese su efecto y Franco permitiese el temido paso del ejército alemán por territorio español.

La operación prevista para esta eventualidad se denominaba Backbone (Espalda). Consistía en apoderarse por la fuerza de las posesiones españolas en Marruecos y en instaurar un bloqueo marítimo del Estrecho de Gibraltar para impedir que los alemanes pudiesen trasladar tropas y material al continente africano. Este plan estaba ya confeccionado al detalle, pero existían otros proyectos menos elaborados aunque con la base suficiente como para ser puestos en práctica en poco tiempo si las

circunstancias así lo requerían.

Uno de estos proyectos era el de llevar a cabo un desembarco en España. Para ello se manejaron distintos lugares, pero los que tuvieron más probabilidades de llevarse a cabo fueron los previstos en Málaga y en la costa catalana. El plan que tenía las playas malagueñas como objetivo llegó a estar bastante adelantado, ya que se trataba de una posición estratégica muy importante para controlar el paso por el Estrecho y proteger las cabezas de playa aliadas en África.

El desembarco en Cataluña contaba con la ventaja de que así se cortaba el paso de los alemanes por la península y de que podría convertirse en un punto de apoyo crucial para la liberación de Francia. Los exiliados catalanes en Nueva York a consecuencia de la guerra civil española proporcionaron todo tipo de información a los servicios de inteligencia norteamericanos para elaborar los planes de desembarco. Estos refugiados propusieron realizar varias operaciones anfibias entre Badalona (Barcelona) y Rosas (Gerona). En las playas más próximas a la capital catalana esperaban aprovechar el presumible apoyo de los obreros de las zonas industriales y de la población civil en general, proclive en su mayoría a la causa aliada. El desembarco en Rosas impediría la entrada de tropas alemanas por la cercana frontera con Francia.

Los expertos norteamericanos analizaron detenidamente todas las características geográficas de la costa catalana. Para ello, los exiliados llegaron a aportar incluso fotos familiares y postales que mostraban detalles de las distintas playas que podían ser escenario del desembarco. Además, los expertos consiguieron reunir una impresionante colección de fotografías tomadas por aviones militares y un completo conjunto de mapas.

Otra actuación que los Aliados tenían prevista para el caso de que los alemanes entraran en España era la de lanzar en paracaídas grupos de guerrilleros españoles entrenados en Gran Bretaña. Este plan, que saldría la luz una vez acabada la contienda, fue ideado por el embajador británico en Madrid, en la primavera de 1941. Los ingleses, hasta ese momento, habían jugado un papel bastante contemporizador con el régimen de Franco. Creían que si mostraban una actitud agresiva con España ésta podría arrojarse en brazos del Eje. Por lo tanto, se negaron a prestar apoyo directo a las fuerzas antifranquistas para no enemistarse con el dictador español. Sin embargo, en mayo de 1941 el embajador británico consideró que la entrada de las tropas alemanas en la península era inevitable y que el entonces débil ejército español, en el improbable caso de que se opusiese a esa operación, no podría hacer frente a la formidable maquinaria de guerra germana.

El plan consistió en reclutar refugiados españoles con experiencia en el campo de batalla y prepararlos para combatir a los alemanes en las montañas españolas, especialmente en el Pirineo y el País Vasco. Se escogieron a los mejores hombres y se les sometió a un intenso entrenamiento. Como se ha apuntado, la invasión alemana de la Unión Soviética alejó la posibilidad de esa ocupación de la península Ibérica, pero

el desembarco aliado en África del Norte reavivó los planes que se habían elaborado con anterioridad.

Los guerrilleros españoles recibieron ropas de paisano y dinero español, y embarcaron en un avión británico para ser lanzados en paracaídas sobre suelo hispano. Durante dos días permanecieron dentro del aparato, preparados y dispuestos para despegar en cuanto llegase la orden que parecía inminente, pero ésta nunca llegó. Pasaron las horas y los días y fue quedando claro que las tropas de Hitler no cruzarían la frontera española.

El territorio español veía así alejarse el peligro de quedar involucrado en la guerra. A partir de ahí, las operaciones anfibias se desarrollarían únicamente en el sur de Italia y en el norte de Francia.

Atentado contra los Tres Grandes

El 20 de diciembre de 2000, un veterano del servicio de inteligencia soviético, Guevork Vartanian, reveló su participación en la frustración de un intento de atentado que tenía por objetivo acabar con la vida de los Tres Grandes —Stalin, Roosevelt y Churchill— durante la conferencia que celebraron en Teherán en diciembre de 1943.

En esa reunión se debía llegar a un acuerdo sobre la apertura del Segundo Frente en Europa. En esos momentos, el esfuerzo de guerra aliado recaía principalmente sobre los hombros de la Unión Soviética, y era necesario abrir un nuevo frente en Francia para atrapar a los alemanes entre dos fuegos. Aunque las fuerzas norteamericanas y británicas estaban por entonces avanzando a través de la península italiana, ese frente se encontraba prácticamente paralizado y sin expectativas de una progresión rápida, por lo que urgía proceder a un desembarco en tierras francesas con la vista puesta en la frontera occidental alemana.

Así pues, en ese encuentro previsto en Teherán se iba a decidir la estrategia que seguirían los Aliados hasta la presumible derrota del Eje. La importancia de esa reunión también fue advertida por Hitler, que encomendó al Abwehr —la organización de Inteligencia alemana— organizar un atentado contra los líderes de las potencias enemigas. Esta operación secreta figuraría bajo el nombre en código de «Salto Largo», y el encargado de idearla y desarrollarla sería el oficial de las SS Otto Skorzeny, especialista en acciones de este tipo y al que los Aliados distinguirían con el apelativo de «el hombre más peligroso de Europa».

Pero los alemanes no lo iban a tener fácil en su propósito. La protección de los asistentes a la Conferencia de Teherán corría a cargo principalmente de los órganos de seguridad soviéticos. A principios de la contienda, en Teherán abundaban los refugiados llegados de la asolada Europa, en su mayoría personas acomodadas que querían ponerse a salvo de los peligros de la guerra, y entre los que se contaban unos 20 000 alemanes. Entre esos refugiados se ocultaban también espías nazis, que tenían

muchas oportunidades de desarrollar su labor gracias al amparo que les ofrecía el Sha Reza Pahlevi, simpatizante no declarado de Hitler. Los servicios de Inteligencia alemanes en Irán, coordinados por Franz Maier, poseían allí una estructura sólida y eficaz.

Pero en agosto de 1941 tropas rusas penetraron en el norte de Irán a fin de poner coto a la infiltración alemana y proteger así el flanco sur del territorio soviético. De inmediato, más de cuatrocientos agentes alemanes fueron detenidos, puesto que se les venía siguiendo la pista desde febrero de 1941, gracias a la labor de un grupo de agentes soviéticos. Franz Maier pasó a la clandestinidad pero, tras una intensa búsqueda, fue descubierto; se había dejado barba y trabajaba de sepulturero en un cementerio armenio. En cuanto a la parte sur del país, se encontraba ocupada por las tropas británicas para garantizar los suministros anglo-americanos procedentes del golfo Pérsico.

La conferencia se celebraría en la sede de la embajada de la Unión Soviética. Para las negociaciones secretas de los tres líderes era difícil encontrar un lugar más seguro: se trataba de una gran finca rodeada de una alta tapia de piedra, y en la que se hallaban diseminados varios edificios de ladrillo blanco. Una de estas mansiones estaba destinada a la residencia del presidente norteamericano.

Roosevelt aceptó la invitación de Stalin de residir en el interior del complejo de la embajada soviética por razones de seguridad. La embajada de Estados Unidos en Teherán se encontraba en un suburbio, y Stalin advirtió a su homólogo norteamericano que en su camino hacia el centro de la ciudad podía convertirse en un objetivo fácil para cualquier agente alemán. En cambio, las embajadas soviética y británica se encontraban una enfrente de la otra, en la misma calle. Después de abrir brechas en las tapias, mediante unos muros de seis metros se bloqueó la calle para crear un paso provisional entre las embajadas. Al lado estaban emplazadas piezas de artillería antiaérea y ametralladoras.

Ya a mediados de septiembre de 1943, los servicios de Inteligencia alemanes se enteraron de cuándo y dónde se celebraría la conferencia, y se puso en marcha el diseño del atentado. Según se reveló en el año 2000, Moscú recibió la advertencia sobre la operación contra los líderes de las potencias aliadas en los bosques de Rovno, en Ucrania, donde actuaba un destacamento guerrillero al mando de Dmitri Medvedev y del que formaba parte el legendario agente de Inteligencia soviético Nikolai Kuznetsov.

Haciéndose pasar por el primer teniente alemán Paul Siebert, Kuznetsov logró caer en gracia al *Sturmbannführer* de las SS Ulrich von Ortel, quien hasta prometió a Kuznetsov presentarlo a Otto Skorzeny. Cuando estaba bebido, a Ortel se le escapó:

«Viajaré junto con Skorzeny a Irán donde van a reunirse los Tres Grandes. Repetiremos el salto de los Abruzzos[13]. ¡Pero éste será un “Salto Largo”! ¡Eliminaremos a Stalin y Churchill e invertiremos el curso de la guerra! Secuestraremos a Roosevelt para que nuestro Führer se ponga de acuerdo con

América. Partiremos formando varios grupos. Ahora ya se entrenan agentes en una escuela especial de Copenhague».

Después de recibir el informe de Nikolai Kuznetsov, Moscú dio las órdenes necesarias para impedir la operación germana, distribuyendo varios grupos de agentes por Irán con esa misión. Para ello confió, entre otros, en Guevork Vartanian, un agente que llevaba residiendo en Irán desde 1930, adonde había sido destinado su padre, por lo que conocía a la perfección la geografía del país persa. Además, Vartanian había comenzado a colaborar con los servicios secretos soviéticos a los quince años, por lo que era el candidato ideal para tratar de neutralizar los planes nazis.

El grupo encabezado por Vartanian fue el primero en detectar un grupo de agentes alemanes que desembarcaron cerca de la ciudad de Kum, a sesenta kilómetros de Teherán. Se componía de seis paracaidistas radiotelegrafistas. Los hombres de Vartanian los capturaron sin excesivas dificultades y los condujeron hasta Teherán, donde la estación de Inteligencia nazi les había preparado una finca como residencia.

El propio Vartanian relataría los detalles de su misión en una entrevista concedida a la agencia rusa Novosti el 16 de octubre de 2007:

«Tenían muchas armas, y todos los bultos los cargaron sobre camellos. Todo el grupo se mantenía bajo nuestra vigilancia. Supimos que habían establecido comunicación con Berlín e interceptamos todos sus mensajes. Logramos descifrarlos, y supimos que los alemanes se proponían enviar otro grupo de comandos encargados de eliminar o secuestrar a los Tres Grandes. Este grupo debía estar al mando del propio Otto Skorzeny, que ya había estado en Teherán y analizaba la situación sobre el terreno. Ya entonces vigilábamos todos sus desplazamientos en la capital iraní.

»Detuvimos a todos los agentes del primer grupo y los obligamos a trabajar bajo nuestro control, enviando mensajes falsos al servicio de Inteligencia alemán. Teníamos la gran tentación de atrapar al propio Skorzeny pero los Tres Grandes ya se encontraban en Teherán y, por lo tanto, no podíamos permitirnos correr mucho riesgo. Dimos deliberadamente al radiotelegrafista la posibilidad de enviar un mensaje sobre el fracaso de la operación. Ello surtió efecto, y los alemanes renunciaron a enviar a Teherán el grupo principal, con Skorzeny al mando. De modo que el éxito de nuestro grupo en detectar el primer grupo de sabotaje, acompañar y detenerlos e intercambiar mensajes falsos con el *Abwehr* previno el atentado contra los líderes de las Potencias aliadas».

Vartanian y su esposa Goar, quien también formaba parte de este grupo, se hicieron acreedores a tres condecoraciones: la orden de la Guerra Patria, la de la Bandera Roja por el valor en combate y la de la Estrella Roja. Posteriormente, Vartanian recibiría en 1984 la medalla Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética, en reconocimiento a sus méritos tanto durante la Segunda Guerra Mundial como en los años de la Guerra Fría, y para conmemorar su 80.º aniversario se le entregaría la orden «Por los Méritos ante la Patria».

Churchill y la guerra bacteriológica

Afortunadamente, las potencias involucradas en la contienda no hicieron uso de todo el armamento del que disponían. El vívido recuerdo de las penalidades padecidas durante la Primera Guerra Mundial por los soldados atacados con gases asfixiantes impidió que los países en lucha recurriesen a este tipo de armas, pese a disponer de ellas. La idea de que el gas venenoso pudiera ser utilizado masivamente contra la población era repugnante en extremo, y nadie se atrevió a dar ese paso decisivo, por temor a las represalias.

Los británicos poseían grandes reservas de gases asfixiantes. Pero lo que es menos conocido es que también disponían de bombas bacteriológicas, en las que habían comenzado a investigar en una fecha tan temprana como febrero de 1934.

Paradójicamente, los británicos tuvieron curiosidad por aprender acerca de la utilidad de las armas biológicas como consecuencia de un tratado internacional, el Protocolo de Ginebra, firmado en 1925, que tenía el objetivo de prohibir su uso.

El Departamento Biológico «Porton» (BDP), ubicado a poca distancia de Stonehenge, se estableció en octubre de 1940 en la ciudad de Porton Down, con el propósito de desarrollar y ensayar armas biológicas. Con la ayuda de científicos norteamericanos y canadienses, Gran Bretaña centró su investigación ofensiva en microbios que atacaran al ganado y que pudieran atomizarse para ser diseminados al explotar submuniciones o mediante aerosoles. Para el verano de 1942, el Departamento Biológico estaba listo para realizar pruebas de campo con ántrax a fin de determinar la viabilidad de una bomba biológica. El ántrax (*Bacillus anthracis*), conocido también como carbunco, es una enfermedad mortalmente contagiosa, tanto para personas como para animales.

Como escenario de estos primeros ensayos con ántrax se escogió la isla de Gruinard, un lugar remoto y pedregoso a 800 metros de la costa noroeste de Escocia. La isla, situada cerca de un pueblo de pescadores llamado Aultbea, es un crestón de roca cubierto de brezo, con 90 metros de alto, 2,4 kilómetros de largo, y 1,6 de ancho. El poco imaginativo nombre en clave que recibió la isla fue «Base X».

La primera arma con la que se realizó un ensayo en Gruinard empleaba una bomba química modificada de 11 kilos, y se cargaba con una «mezcla espesa y de color café», que era en realidad una masa de esporas de ántrax concentradas. Después de llenarse con esta pasta aguada, la bomba se transportaba de tierra firme escocesa a Gruinard, y luego se lanzaba desde un bombardero Wellington.

Los ensayos de Gruinard demostraron que los gérmenes podían producirse, transportarse y cargarse en submuniciones que se hacían explotar sobre las áreas objetivo sin destruir los frágiles organismos vivos que propagaban la infección. Sobrevivieron las esporas y continuaron los ensayos, pero los efectos sobre el medio ambiente de la isla no se hicieron esperar.

El cadáver de una oveja contaminada con ántrax fue arrebatado por las olas de su sepultura al pie de un acantilado y llegó flotando hasta tierra firme; una vez allí, posiblemente fue comido por un perro, lo que acabaría extendiendo la enfermedad a otros 63 animales. A los lugares en los que morían animales acudía rápidamente un grupo de miembros de la misión, enfundados en batas blancas, y se los llevaban con discreción y sin ofrecer ninguna explicación a los granjeros, preocupados ante la epidemia que estaba diezmando sus rebaños. Unos meses más tarde, ante el riesgo de que la operación trascendiese, los británicos decidieron detener sus ensayos con agentes biológicos en la isla[14].

Los avances en la investigación permitieron a primeros de 1944 presentar un proyecto viable al *premier* británico; ya se disponía de una bomba de 1800 gramos rellena con esporas de ántrax[15]. Este artefacto había sido diseñado en el Reino Unido, pero se había producido en un laboratorio estadounidense. Según el informe que recibió Churchill, «media docena de aviones Lancaster podría transportar una cantidad de bombas suficiente para aniquilar lo que se hallara en un radio de 2,5 kilómetros cuadrados y hacer dicha área inhabitable en lo sucesivo».

Churchill dio el visto bueno a la obtención en grandes cantidades de esa bomba bacteriológica y el 8 de marzo de 1944 encargó la fabricación en Estados Unidos de medio millón de unidades. «Háganme saber sin falta —escribió Churchill al comité para la guerra bacteriológica— en qué momento disponemos de ellas. Tenemos que considerarlas suministro prioritario».

El éxito del desembarco en Normandía y de los avances sucesivos por territorio francés, así como la oposición cada vez menor que encontraban los aviones aliados para bombardear las ciudades alemanas, seguramente hizo decrecer el interés por esa solución radical. Pero en una fecha tan tardía como diciembre de 1944, Churchill aún se planteaba la posibilidad de lanzar esas bombas bacteriológicas sobre Berlín, Hamburgo, Frankfurt o Stuttgart. El plan consistía en arrojar un millón de bombas con esporas de ántrax sobre cada una de esas ciudades.

Churchill expuso ese planteamiento al jefe de su departamento de guerra química, al que le pidió también que investigara los efectos de un hipotético empleo de gas mostaza contra esos grandes núcleos de población. Según el funcionario consultado, si el plan se hubiera llevado a la práctica, el número de muertes no hubiera bajado de los tres millones de personas que, dadas las circunstancias, hubieran sido mayoritariamente mujeres, niños, ancianos y prisioneros de guerra. Además, el experto advirtió que Berlín, por ejemplo, quedaría inhabitable durante más de tres décadas.

Sea cierta o no esa intención del primer ministro británico de lanzar un ataque bacteriológico contra la población civil germana, la verdad es que los Aliados contaban con los medios necesarios para llevarla a cabo. El desmoronamiento militar del Tercer Reich que se produjo a partir del verano de 1944 hizo innecesario recurrir a esa arma mortífera, pero no hay que descartar que, si el desembarco en Normandía

hubiera fracasado y la guerra, por tanto, se hubiera alargado, los Aliados hubieran jugado esa terrible carta.

Proyecto Orcon

En noviembre de 1999, la US Navy desclasificó la documentación relativa a un extravagante plan de dirección de bombas en vuelo, experimentado durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque desde 1959 ya se tenía conocimiento del mismo, no sería hasta casi entrado el siglo XXI cuando se harían públicos los detalles.

Este plan, denominado Proyecto ORCON (Organic Control), ideado por el psicólogo Burrhus Frederic Skinner (1904-1990), consistía en guiar un misil contra un buque enemigo por medio de palomas mensajeras especialmente entrenadas. La idea era evitar las contramedidas electrónicas empleadas por los alemanes para interferir a los misiles guiados mediante el empleo de animales, en este caso, palomas.

Skinner había trabajado desde 1936 en el estudio sobre el comportamiento de las palomas. Llegó a la conclusión de que eran unos animales extraordinariamente tercos, y que repetían sin cansancio un comportamiento establecido, siempre que tuvieran el más mínimo indicio de que éste les iba a reportar comida. Además, la capacidad de orientación de las palomas en vuelo, aprovechada desde tiempos inmemoriales por el hombre para enviar mensajes, le hizo ser el animal elegido para ese singular proyecto.

Antes de la misión, las palomas que iban a participar en ella eran entrenadas, proporcionándoles alimento cada vez que picaban en una imagen que representaba el objetivo, normalmente un acorazado. El día señalado, tres palomas eran colocadas dentro del misil, delante de una pantalla de vidrio cubierta con óxido de estaño, un semiconductor. Cada paloma disponía de su propia ventanilla, que le permitía ver una parte del exterior distinta.

Las palomas picaban en el lugar donde aparecía el blanco y como recompensa recibían un grano de maíz. Cuanto más rápido picaba la paloma, más granos recibía y si el misil se desviaba del rumbo, la hambrienta paloma picaba en la dirección donde estaba desapareciendo la imagen del blanco. En la pantalla conductora se generaba una señal eléctrica que corregía el rumbo del misil al ser aplicada al mecanismo de corrección del rumbo, reorientando los alerones del artefacto.

Según los experimentos que se realizaron, se calculó que las palomas conseguirían conducir el misil a su objetivo con un porcentaje de acierto del 55,3 por ciento. El Comité de Investigación de Defensa Nacional dispuso de una partida de 25 000 dólares para el proyecto, pero nunca fue tomado muy en serio por los altos mandos militares, lo que Skinner lamentaría amargamente.

El proyecto se canceló en octubre de 1944, cuando era evidente que la guerra iba a concluir favorablemente para los Aliados. La seguridad de ganar la contienda

contando con métodos convencionales hizo innecesario que la Armada norteamericana se arriesgase a emplear recursos en un proyecto tan heterodoxo.

De todos modos, el Proyecto ORCON fue reactivado en 1948 durante la Guerra Fría. Aunque las simulaciones realizadas con misiles consiguieron «sorprendentes buenos resultados» el plan sería definitivamente cancelado en 1953. A partir de entonces, los detalles del proyecto permanecerían archivados como alto secreto hasta su desclasificación, pero Skinner no participaría de esa ocultación. En 1959 publicó un libro en el que daba a conocer el plan[16] y en 1971 concedería una entrevista a la revista *Time*, en la que aseguraría que el gran problema al que se enfrentó su proyecto fue que «nadie se lo tomó en serio[17]».

Antropólogos en pie de guerra

Durante la Segunda Guerra Mundial, más de dos docenas de antropólogos norteamericanos trabajaron para la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), la predecesora institucional de la CIA[18], y realizaron una serie de tareas que iban desde operaciones clandestinas al análisis de propaganda.

Este asunto fue desvelado por David H. Price, profesor de Antropología en la Universidad de Saint Martin, en Olympia, Washington[19], tras un extenso trabajo de investigación, consiguiendo la desclasificación de documentos que han permanecido secretos durante medio siglo, amparándose en la Freedom of Information Act (Ley de Libertad de Información).

Según las investigaciones de Price, en 1943 la OSS elaboró un documento secreto titulado «Informe preliminar sobre antropología japonesa», con las conclusiones que ese grupo de antropólogos intentó establecer sobre las características propias de los japoneses, con el objetivo de matar a soldados y civiles de esta nacionalidad. El informe trató de determinar si existían «características físicas que diferencian a los japoneses de una manera que haga que esas diferencias sean significativas desde el punto de vista de la realización de la guerra».

En la actualidad sigue siendo confidencial quién escribió el informe, pero una lista de los eruditos consultados por la OSS incluye a antropólogos como Clyde Kluckhohn, Fred Hulse, Duncan Strong, Ernest Hooton, C. M. Davenport, Wesley Dupertuis y Morris Steggerda. Pero este trabajo científico no se desarrolló a título individual; las dos principales asociaciones norteamericanas de Antropología, la American Anthropological Association y la Society for Applied Anthropology, participaron en este programa de investigación.

El informe estudió una serie de características físicas y culturales japonesas para determinar si era posible producir armas que explotaran particularidades «raciales» identificables. El estudio examinó peculiaridades anatómicas y estructurales, atributos fisiológicos japoneses, la susceptibilidad japonesa a enfermedades y

posibles puntos flacos en la constitución japonesa o «debilidades nutricionales».

La OSS instruyó a los antropólogos y a otros asesores para que trataran de concebir medios que utilizaran estas diferencias detectables en el desarrollo de armas; se les animó a que consideraran el tema «en términos amorales y no éticos», aunque se les tranquilizaba a este respecto asegurándoles que «si alguna de las sugerencias incluidas son consideradas para la acción, todas las implicaciones morales y éticas serán cuidadosamente estudiadas».

La mayor parte de los antropólogos confiaron en la OSS y trabajaron dejando a un lado sus reservas éticas, en el convencimiento de que posteriormente la OSS cumpliría su compromiso. Sin embargo, dos antropólogos, Ralph Linton y Harry Shapiro, se negaron a considerar siquiera el encargo de la OSS, pero fueron la excepción a la regla general.

Como ha quedado señalado, la mayoría de los antropólogos no tuvo reparos en colaborar con la OSS. Un antropólogo de la Universidad de Harvard, Ernest A. Hooton, recomendó que se emprendiera un «estudio constitucional de prisioneros japoneses o de varones nativos de edad militar en los centros de traslado, para producir información útil respecto a los puntos débiles del físico japonés». Otro antropólogo de la misma universidad, Carl Seltzer, recomendó que fisiólogos, higienistas, psicólogos o sociólogos examinaran «especímenes» japoneses para hallar las debilidades deseadas. Los puntos de vista de Hooton y Seltzer correspondían a la antropología racial de Harvard en ese período.

Meses antes de este informe, el antropólogo Melville Jacobs escribió a la célebre antropóloga Margaret Mead y se quejó a propósito de sus dificultades para sumarse al esfuerzo de guerra —probablemente por su pasado comunista— diciendo que «me provoca alergia que miembros del grupo de Harvard, con sus inclinaciones racistas, puedan ingresar a algún servicio militar o gubernamental que haya sido establecido o pueda establecerse en el futuro con alguna relevancia racial».

Los antropólogos que se avinieron a ponerse a las órdenes de la OSS estudiaron datos médicos sobre las fundamentales diferencias físicas en la «raza» japonesa, y evaluaron las diferencias en las morfologías del oído interior, de las densidades de las papilas gustativas, las musculaturas laríngeas, las longitudes intestinales y los sistemas arteriales.

Para decepción de la OSS, este trabajo de análisis de las características propias de los nipones no dio el resultado apetecido, al no conseguir aislar diferencias morfológicas «útiles». Lo más cerca que se estuvo de la determinación de una diferencia racial entre norteamericanos y japoneses fue la detección de una cierta debilidad en el tracto respiratorio de estos últimos. En consecuencia, algunos de los antropólogos que participaron en el programa recomendaron la utilización de bacilos de ántrax, que atacan las vías respiratorias y que suponían que tendrían un efecto letal en pulmones japoneses.

Según la OSS, un profesor de la Escuela de Medicina de Harvard «pensó en voz

alta» sobre la posibilidad de introducir alguna enfermedad en los soldados enemigos, ante la que los soldados estadounidenses estuvieran bien protegidos. Descartó la mayoría de las afecciones causadas por trematodos o protozoos por no ser prácticos y pensó que el virus de la peste podía ser el idóneo. Para propagarlo entre los japoneses, el profesor propuso una medida insólita, como era lanzar en paracaídas ratas infectadas.

El profesor de Harvard valoró también la posibilidad de expandir el tifus entre las filas niponas haciendo que voluntarios cubiertos de piojos, pero inmunes, se dejaran capturar; al realizar esta propuesta seguramente el profesor no pensó en las dificultades para encontrar voluntarios dispuestos a emprender esta misión. Otra idea fue soltar garrapatas infectadas con fiebre de las Montañas Rocosas, aunque reconocía que la propagación de esta enfermedad era difícil, puesto que no se transmite por contagio de un hombre a otro.

Según el informe del OSS, este imaginativo profesor de Harvard se lanzó a una discusión espontánea del ántrax, cuya introducción consideraba totalmente práctica y altamente efectiva, a pesar de que el ántrax tampoco es contagioso de persona a persona. Además, afirmó que era posible engendrar especies altamente virulentas de *bacillus anthracis* y propagarlas con facilidad en cualquier concentración de tropas enemigas, ya que las esporas del bacilo son prácticamente indestructibles, lo que permitía esparcirlas utilizando bombas. Además, los efectos del ántrax son muy rápidos y peligrosos, ya que los bacilos penetran en cortes o abrasiones, impiden que las heridas cicatricen, y provocan neumonía.

El informe reconoció que un aspecto negativo de la diseminación del ántrax contra poblaciones japonesas era que podría propagarse fácilmente a poblaciones de ganado, y así regiones enteras «seguirían siendo peligrosas durante muchos años». La amenaza de semejante propagación del ántrax llevó a la OSS a advertir contra la utilización de armas de ántrax, pues podía dificultar considerablemente una hipotética ocupación de Japón por las tropas norteamericanas.

Al examinar la posibilidad de un colapso general de la red alimentaria de los civiles japoneses, la OSS informaba que «el grueso de la población japonesa vive al límite irregular de la deficiencia alimenticia». Por lo tanto, inducir el hambre podía ser un arma más, junto a los bombardeos sobre las ciudades, para quebrar la resistencia del frente interno. Para la OSS, podían infligirse aún más muertes por desnutrición con «un esfuerzo continuo y concertado por hundir a todo barco de pesca enemigo que sea avistado». Extender el hambre entre los soldados debía ser una prioridad, al disminuir así su capacidad de lucha, por lo que recomendaba explotar la vulnerabilidad de los japoneses en edad militar al beri-beri, una enfermedad del sistema nervioso provocada por la carencia de vitamina B1.

Finalmente, el informe de la OSS consideró la destrucción del suministro de arroz japonés, señalando que después de eliminar el acceso al pescado, sería igual de importante un ataque planificado contra los suministros de arroz. Ya que el arroz

almacenado tiende a perder gran parte de su vitamina B, los japoneses no podían acumular fácilmente grandes reservas, por lo que las energías debían orientarse hacia la destrucción de cultivos en crecimiento que estuvieran a punto de madurar. Además, el informe señalaba que se obtendrían mejores resultados si se atacaban los cultivos de arroz en el propio Japón cada vez que fuera posible, ya que eso obligaría al enemigo a depender más y más de arroz importado, incrementando sus crecientes problemas de transporte marítimo.

«Se pueden sugerir varios procedimientos para interferir en la producción de arroz —decía el informe del OSS—. Se pueden bombardear concentraciones de campos de arroz con misiles que caigan de lado y destruyan una gran superficie de suelo. Deberían destruirse igualmente los sistemas de regadío. La concentración de ácido más adecuada para el cultivo de plantas de arroz debe ser químicamente afectada siempre que sea posible y hay que considerar seriamente la introducción de enfermedades que destruyan el arroz».

El informe recomendaba la consideración de una especie de hongo, *Sclerotium oryzae*, que había atacado variedades japonesas de arroz a comienzos del siglo XX, ya que «es difícil de cuestionar la conveniencia de destruir sistemáticamente las plantas de arroz del enemigo, así como sus suministros de pescado».

Esa actuación destinada a extender el hambre entre los japoneses eliminando las fuentes de aprovisionamiento de arroz y pescado sí que parecía factible, pero el gran objetivo, identificar las diferencias «raciales» entre japoneses y norteamericanos, se saldó con un sonoro fracaso. Las conclusiones del informe reconocían «que no hay variaciones estructurales, fisiológicas o constitucionales significativas de los japoneses en comparación con otras razas. Es casi seguro que resultarán fútiles los intentos de explotar las diferencias menores que existen».

Hoy día, sólo es posible especular con las recomendaciones hechas al gobierno norteamericano si, efectivamente, se hubieran logrado aislar las características «raciales» de los japoneses, tal como buscaba la OSS. Afortunadamente para los nipones, en aquella época no se disponía de los conocimientos actuales sobre genética; de ser así, es posible que se hubiera detectado alguna diferencia, por pequeña que fuera, que hubiera permitido algún tipo de actuación discriminada contra ese segmento de población.

Se requiere no saber leer

Aunque es posible que para optar a un determinado trabajo no se requiera específicamente saber leer, lo que es insólito es una oferta para la que el hecho de saber leer invalide al candidato.

Esto es lo que sucedió durante la Segunda Guerra Mundial, en Oak Ridge, estado de Tennessee. En ese lugar, el gobierno estadounidense llevaba a cabo las

investigaciones secretas destinadas a fabricar la primera bomba atómica de la historia.

Los dispositivos de seguridad de estas instalaciones eran máximos, alcanzando también al enorme volumen de papel que generaban y que era necesario destruir. Pero cabía la posibilidad de que alguien pudiera fisgar entre estos papeles, por lo que había que eliminar esa posible vía de fuga de información.

Tal como se descubrió después de la contienda, los encargados de mantener la seguridad del proyecto decidieron poner la recogida de desperdicios en manos de trabajadores analfabetos, especialmente escogidos para esta comprometida tarea. De este modo, difícilmente podrían poner en peligro la seguridad del proyecto atómico, al no saber distinguir la información valiosa de la que no lo era.

Venganza, no justicia

Tras la Segunda Guerra Mundial y el exterminio de seis millones de judíos en toda Europa, los judíos supervivientes optaron mayoritariamente por no mirar atrás y pusieron todo su empeño en construir un nuevo futuro en Palestina. Pero hubo otros, como el *cazador de nazis* Simon Wiesenthal o el matrimonio formado por Serge y Beate Klarsfeld, que no se resignaron a contemplar cómo aquellos asesinatos masivos quedaban impunes y dedicaron toda su vida a conseguir que los culpables acabasen ante un tribunal para que sus actos fueran juzgados. El principio defendido por Wiesenthal era «Justicia, no venganza» y, efectivamente, fue el lema que impregnó toda su labor.

Pero inmediatamente después de finalizada la contienda, hubo judíos que no estaban dispuestos a esperar a que los asesinos de sus familiares y amigos compareciesen ante un tribunal. Los soldados hebreos que formaban parte de las tropas aliadas pudieron leer en las paredes de las sinagogas destruidas los mensajes de los asesinados por la política de exterminio del Tercer Reich: «Fuimos asesinados. Vengadnos y recordadnos».

Aunque la guerra había concluido, para muchos el conflicto no finalizaría hasta que sus familiares exterminados no fueran vengados. Para los supervivientes, la antigua ley bíblica del «ojo por ojo, diente por diente» recuperaba toda su vigencia. Este convencimiento tomaba cada vez más cuerpo al comprobar cómo las autoridades aliadas se mostraban a cada momento más indulgentes con los criminales de guerra.

Para los Aliados era evidente que si se decidían a juzgar a todos los alemanes que habían estado involucrados en la estrategia criminal del Tercer Reich, el sistema judicial militar aliado quedaría totalmente colapsado. Además, era conveniente no enemistarse con el conjunto de la población civil germana, pues mantener la posición estratégica de Alemania era fundamental para hacer frente a la expansión soviética. Por todo ello, para los Aliados no constituía una prioridad buscar, capturar y juzgar a

los culpables de crímenes de guerra. Esto provocó que muchos de estos criminales, pese a que todas las evidencias apuntaban a su culpabilidad, fueran ignorados o, en el caso de que estuvieran en manos aliadas, puestos en libertad.

Al cerrarse la posibilidad de que esos criminales pudieran responder ante la justicia, se abrió paso el deseo de vengar el dolor que habían ocasionado. El principal actor de esta misión recaería en la Brigada Judía, formada en julio de 1944 por cinco mil voluntarios que habían sido reclutados por los británicos en Palestina para combatir contra el Ejército alemán, y que fueron organizados en tres batallones de infantería y varias unidades de apoyo. Con la Estrella de David cosida en las mangas de sus uniformes, estaban dispuestos a demostrar al mundo que su pueblo estaba preparado para presentar batalla.

El 20 de septiembre de 1944, un comunicado oficial por la Oficina de Guerra anunció la creación de la Agrupación de Infantería de la Brigada Judía del Ejercito Británico. Bajo el mando del general de Brigada Ernest Benjamin, la Brigada Judía combatió contra los alemanes en Italia desde marzo de 1945 hasta el final de la guerra.

En mayo de ese mismo año fue destinada a Tarvisio, una localidad situada cerca de la frontera entre Italia, Yugoslavia y Austria. Sus miembros estaban deseosos de formar parte de las fuerzas de ocupación en Alemania, pero se les encargó otra misión, de carácter extraoficial. Debían encargarse de abrir y mantener operativo un *pasillo secreto* entre la Europa en ruinas y Palestina, para que los miles de judíos que huían de la Europa del Este pudieran llegar a esa nueva tierra de promisión. Esta acción sería conocida como Operación Brecha. Una parte de esos judíos habían conseguido regresar a sus lugares de residencia, pero se habían encontrado con la amarga sorpresa de que sus antiguos vecinos les ofrecían un recibimiento hostil. La mayoría hallaban sus hogares ocupados por otras personas, al pensar que nunca más iban a volver. Ante la perspectiva de padecer nuevas persecuciones, Palestina se presentaba como una única opción de futuro.

Los soldados de la Brigada Judía se pusieron manos a la obra. Pero lo que se acometió con ilusión y esperanza pronto se convirtió en una experiencia desoladora y muy dolorosa. Al escuchar los testimonios de los que habían sobrevivido a lugares infernales como Auschwitz-Birkenau, Mauthausen o Bergen-Belsen, y al conocer que muchos de sus familiares habían sucumbido a la implacable máquina de muerte nazi, el deseo de venganza surgió y creció entre los miembros de la Brigada.

Los jóvenes soldados hebreos decidieron que no se limitarían a abrir ese pasillo, tal como se les había encargado, sino que se tomarían la justicia por su mano con los que habían torturado y asesinado masivamente a su pueblo. Con ayuda de los servicios de inteligencia militar estadounidense y británico, que se avinieron a colaborar tras escuchar sus ruegos, se confeccionaron listas de miembros de las SS susceptibles de ser represaliados.

Esta operación secreta se puso en marcha en julio de 1945. La unidad actuaría

siempre en un radio de acción de cien kilómetros alrededor de Tarvisio. Un escuadrón de *Nokmin* (Vengadores) cruzó la frontera con Austria y se presentó en una casa que había sido un centro administrativo de la Gestapo. Los judíos detuvieron a una pareja que regentaba el lugar; la mujer reconoció que su trabajo era el de clasificar todas las pertenencias de valor confiscadas a judíos detenidos en Italia y Austria. Cuando la mujer iba a ser ejecutada de un tiro en la nuca, el hombre se ofreció a ayudarles si se comprometían a respetar la vida de ambos. De este modo, los ejecutores obtuvieron una lista de treinta nombres de residentes en la zona que habían sido miembros activos de la Gestapo y la SS, así como un informe detallado de las fechas de nacimiento, estudios, misiones realizadas y funciones desempeñadas durante la guerra.

Los *vengadores*, disfrazados de policías militares, se dedicaron a detener uno a uno a todos los hombres y mujeres que aparecían en la lista entregada por aquella pareja. El procedimiento era el mismo en todos los casos; tras capturarles y leerles los cargos contra ellos, eran ejecutados mediante estrangulamiento. El hecho de que en esa región abundasen los lagos, ríos y presas facilitaba la desaparición de los cadáveres.

La única meta de este grupo de *vengadores* era la de ejecutar al mayor número de criminales nazis. Las listas de los objetivos iban creciendo. Cada tarde, el jefe de los *Nokmin* proporcionaba a cada uno de los escuadrones la lista de las personas que debían ser ejecutadas esa noche. Cada grupo salía sin saber qué harían los otros. Nunca se llegaría a saber el número de nazis ejecutados por estos escuadrones.

Pero, tal como se apuntaba al principio, los Aliados comenzaron a mostrarse reacios a castigar a todos los alemanes que habían participado en aquellos crímenes. Los judíos entendieron que para las potencias vencedoras la guerra era ya un hecho pasado, pero no todos estaban dispuestos a pasar página.

Tuviah Friedman, Manus Yiaman y Alex Anilevich, hermano de Mordechai Anilevich, quien había liderado el levantamiento del gueto de Varsovia contra los alemanes en abril de 1943, decidieron durante un encuentro en Viena unir sus esfuerzos formando un grupo que tendría el significativo nombre de «Represalia». Los miembros de este grupo, al igual que los miembros de la Brigada Judía, también se dedicaron a capturar, juzgar sumariamente, condenar y ejecutar a antiguos miembros de las SS y la Gestapo. Las misiones llevadas a cabo por «Represalia» continúan también a día de hoy siendo un misterio, así como el número de nazis ejecutados por este procedimiento.

Pero el grupo de activistas hebreos que se mostraría más ambicioso en sus planes se crearía en Lublin, la primera ciudad polaca liberada. Su impulsor sería Beshalel Mihaeli, quien, antes de ver morir a su padre, le había prometido que sobreviviría para llevar a cabo su particular venganza contra los verdugos. En esa ciudad polaca, Mihaeli estableció contacto con otros judíos que ya habían cometido actos de venganza. Aunque procedían de ideologías distintas, se reunieron para compartir su

deseo de proporcionar una respuesta contundente a los que habían asesinado a sus familiares.

El nuevo equipo adoptó el nombre de *Nakam* o Venganza (*Dam Yehudi Nakam* o La sangre judía será vengada). El líder de la nueva unidad era el lituano —aunque nacido en Sebastopol— Abba Kovner (1918-1987), un poeta que había combatido a los alemanes como partisano en el frente ruso. Sus integrantes decidieron dividir las operaciones en dos fases. La primera, y más urgente, era la de identificar a los judíos que aún quedaban vivos en Europa y ayudarles a llegar hasta Palestina. La segunda sería la misión de vengarse del exterminio llevado a cabo por el régimen criminal nazi con la complicidad de la población alemana. Pero en este caso el castigo no sólo debía alcanzar a los que participaron directamente en el Holocausto, sino que el conjunto de los alemanes tenía que sufrir las consecuencias de ese castigo. Esa venganza terrible e indiscriminada debía ser una magnitud comparable al asesinato masivo llevado a cabo por los alemanes.

En una reunión celebrada en Bucarest, el grupo *Nakam* decidió acometer dos actos de venganza. El plan A, o prioritario, consistía en el envenenamiento del agua de varias ciudades alemanas, introduciendo una sustancia mortal en la red de consumo. Los activistas esperaban así causar una mortandad masiva, de centenares de miles de víctimas. Para ello se eligieron como objetivo dos ciudades germanas; una sería Nuremberg, cuna del Partido nazi y sede de su convención anual, y la otra, Hamburgo. El plan B, en el caso de que fallase el primero, tendría como objetivo a los prisioneros de las SS retenidos por los aliados en campos de prisioneros, mediante una operación de envenenamiento del pan que se suministraba a los internos.

El cuartel general del equipo se estableció en París. Kovner necesitaba ayuda para organizar esos atentados y decidió viajar a Palestina junto a un pequeño grupo de incondicionales, en donde intentó conseguir la gran cantidad de veneno necesaria para llevar a cabo el plan. El líder del *Nakam* sólo les habló del mortífero plan A; los líderes judíos en Palestina no apoyaron esa iniciativa, pues la prioridad era la creación y consolidación de un Estado judío. Provocar esa matanza de gente inocente no iba a ayudar precisamente a la consecución de ese ansiado objetivo. Ésa fue la opinión, por ejemplo, de David Ben Gurion, entonces cabeza de la Agencia Judía y después primer ministro de Israel, o de Zalman Shazar, que sería posteriormente el tercer presidente del Estado israelí. Kovner no lograba recabar la ayuda que esperaba recibir, por lo que el día de la venganza debía posponerse una y otra vez.

Finalmente, Kovner pudo hablar con Haim Weizman, quien sería primer presidente del Estado de Israel. Visto el rechazo que el plan A había recogido en otras esferas, sólo le habló del plan B, el envenenamiento de la comida de los miembros de las SS capturados por los Aliados. El futuro mandatario dio *luz verde* al plan y recomendó a Kovner un químico, quien le proporcionó el veneno.

El 14 de diciembre de 1945, el jefe del *Nakam* zarpó en un vapor rumbo a Francia, llevando consigo el veneno bajo la inocente apariencia de unos botes de

leche condensada. Sin embargo, Kovner no pensaba utilizar ese veneno para asesinar a los prisioneros de las SS, sino que tramaba emplearlo para cumplir el plan A, el envenenamiento de la red de agua de consumo de Nuremberg y Hamburgo.

Pero poco antes de llegar al puerto francés de Tolón, cuatro de los cinco miembros del equipo fueron llamados ante el capitán. Algo había salido mal; posiblemente, desde Palestina alguien había dado orden de detenerles, o quizás el espionaje británico había descubierto las apocalípticas intenciones de esos extremistas. Ante la posibilidad de que tuvieran que rendir cuentas, el quinto miembro del grupo se deshizo de todo el veneno arrojándolo por la borda.

Los jefes del *Nakam* decidieron entonces llevar a cabo el plan B. En un campo de prisioneros cerca de Nuremberg, el de Langwasser, se concentraban cerca de 15 000 antiguos miembros de las SS. Tan sólo el pan, que se hacía cada día en la empresa panificadora alemana Konsum, era el único alimento que no suministraba el Ejército estadounidense y, por lo tanto, con posibilidades de ser manipulado. Tres de los *vengadores* se hicieron pasar por panaderos y encontraron trabajo en la panadería que suministraba al campo. En París, un químico judío de Milán se dedicó a fabricar el veneno: dos kilos de arsénico sin refinar.

El 13 de abril de 1946, domingo de Pascua, los activistas se pusieron en movimiento. Durante toda la noche se dedicaron a impregnar con brochas el arsénico en los panes. Casi 3000 unidades fueron envenenadas. Si a cada miembro de las SS se le entregaba la cuarta parte de una hogaza de pan, eso suponía que cuatro SS morirían por cada unidad. Por tanto, los cálculos de los *vengadores* eran que unos 12 000 miembros de las SS resultarían muertos en la operación.

Al amanecer, el pan comenzó a ser repartido entre los internos del campo de prisioneros. Pasados unos minutos, el efecto del veneno comenzó a extenderse entre los que habían probado el pan. Los médicos estadounidenses hicieron todo lo posible para salvar la vida a los oficiales de las SS envenenados. Los prisioneros afectados ascendieron a varios miles, pero, al parecer, fueron pocos los que llegaron a fallecer.

Los Aliados jamás hicieron público el número de muertos. El suceso tuvo un débil reflejo en el diario *The New York Times*, en el que se informaba de una intoxicación que había afectado a 207 prisioneros nazis, sin ocasionar ninguna víctima mortal. En cambio, informes israelíes posteriores llegarían a hablar de unas trescientas bajas mortales. Igualmente, el resultado no dejaba de ser un tanto decepcionante para los activistas judíos, pero al menos su deseo de venganza pudo verse apaciguado.

Este intento de crimen masivo con pan envenenado fue conocido entonces, pero la justicia alemana no logró tener nunca pruebas ni sospechosos, más allá de que los autores del mismo podían pertenecer al grupo clandestino *Nakam*. En la década de los sesenta se reabrió el caso, pero sin éxito.

En 1996, una televisión entrevistó a dos de los activistas que se habían infiltrado en la panadería para cometer el atentado: Leipke Distel y Joseph Harmatz. El hecho

de que fueran entrevistados ocultando su identidad impidió actuar a la Justicia alemana. Pero, en el año 2000, la televisión local de Nuremberg les volvió a entrevistar, aunque esta vez con nombre y apellidos. Ante las cámaras confesaron lo que hicieron. El Tribunal Superior de Nuremberg, al ver cómo dos individuos reconocían el intento de asesinato de 2000 personas, siendo éste un tipo de crimen que no prescribe, no tuvo otra opción que iniciar los trámites para aclarar judicialmente el asunto.

Así pues, la fiscalía de Nuremberg requirió la presencia de aquellos dos miembros del equipo de activistas que llevó a cabo la operación. Pero Distel y Harmatz, que tenían en ese momento 74 y 77 años respectivamente, no residían en Alemania sino en Israel, lo que complicaba una cuestión ya de por sí bastante espinosa.

Como era de prever, la decisión del Tribunal de Nuremberg no estuvo exenta de polémica. La persecución judicial de esos dos judíos supervivientes del holocausto no sentó bien en algunos medios alemanes, que la consideraron algo desproporcionada frente al largo inventario de crímenes nazis. La fiscalía era consciente de que las posibilidades de que Distel y Harmatz acabasen sentándose en el banquillo de los acusados eran mínimas. Si la acusación se sustanciaba, el Gobierno alemán era el encargado de decidir si se solicitaba la extradición de los dos ancianos. Y, en último caso, Israel debía aceptar la extradición de los dos antiguos activistas, lo que resultaba altamente improbable.

Finalmente, en ese mismo año se canceló esa investigación preliminar. Las presiones para que las acciones contra los dos ancianos quedasen archivadas surtieron efecto y el fiscal decidió abandonar la causa. La razón admitida por el fiscal para aceptar cerrar el caso fue el concepto de *Verjährung* (código de limitaciones), debido a las circunstancias inusuales en que se desarrolló el suceso. De este modo, quedaba definitivamente cerrado un caso extremo en el que la venganza había sustituido a la justicia.

Capítulo 2

Desastres y tragedias

Durante la Segunda Guerra Mundial, todos los parámetros fueron desmesurados. El balance final de muertos, unos cincuenta millones de personas, ya marca el carácter absolutamente colosal de todo lo que hace referencia a ese crucial período histórico. Pero las cifras exorbitantes que describen ese conflicto han hecho que grandes tragedias ocurridas durante esos días quedasen disimuladas en la gran magnitud de la conflagración, hasta prácticamente desaparecer de la Historia.

En este Capítulo se ofrecen varios de estos sucesos trágicos, que de haber ocurrido en tiempo de paz hubieran copado la atención de los medios informativos, pero que, enmarcados en aquel conflicto global, no obtuvieron prácticamente ningún eco. Además, en algunos casos, esos episodios fueron ocultados por las autoridades militares y políticas para evitar consecuencias incómodas. Con el paso del tiempo y la desclasificación de los archivos, poco a poco vamos conociendo los pormenores de esos sucesos dramáticos.

***El hundimiento del* Lancastria**

El mayor desastre marítimo de la historia británica, cuyo balance de víctimas fue superior a la suma de los hundimientos del *Titanic* y el *Lusitania*, se produjo el 17 de junio de 1940. Sin embargo, esa sobrecogedora tragedia fue ocultada al conocimiento de la opinión pública del Reino Unido.

El *Lancastria* era un barco utilizado para el transporte de tropas, pero en su origen había sido un transatlántico de la mítica línea Cunard. Fue botado en el puerto escocés de Clyde en 1920, y tenía capacidad para transportar 2200 pasajeros. Hasta 1932 cubrió la línea Liverpool-Nueva York hasta que, a partir de ese año, fue reacondicionado para realizar cruceros por el Mediterráneo. En abril de 1940, con la Segunda Guerra Mundial ya en marcha, fue transformado en buque para el transporte de tropas, convirtiéndose en el HMS *Lancastria*.

Su primera misión fue la evacuación de tropas de Noruega, y posteriormente llevaría a cabo una operación similar durante la última fase de la campaña de Francia. Se trataba de la Operación Ariel, que tenía el objetivo de retirar a la Fuerza Expedicionaria Británica del continente. El *Lancastria* estaba encargado de recoger en el estuario del Loira a las tropas británicas que se encontraban en la Bretaña francesa. El 17 de junio de 1940, entre 3500 y 6000 soldados ingleses embarcaron en él.

En esa fase de la campaña, la aviación aliada prácticamente había desaparecido de los cielos franceses. La Luftwaffe podía operar con casi total tranquilidad. Y esa superioridad aérea alemana la pagaría el *Lancastria* en esa misma jornada.

Poco antes de las cuatro de la tarde de ese 17 de junio, cuando el *Lancastria* se hallaba en el canal de Charpentier, a unos quince kilómetros de Saint-Nazaire, un bombardero Junkers Ju-88 dejó caer cuatro bombas sobre el buque. Dos entraron por sendas escotillas de carga, otra por una chimenea y la última cayó al mar, pero estalló cerca del casco, abriendo un boquete.

Las tres bombas que alcanzaron de lleno al barco explotaron en el interior de éste, provocando daños funestos para la suerte del navío. El barco se inclinó hacia un lado, y desde el puente de mando se ordenó a los hombres que se movieran hacia la otra banda, hasta que lograron enderezarlo. Pero casi inmediatamente, el *Lancastria* comenzó a inclinarse hacia el lado en donde se habían aglomerado todos los soldados; los vehículos y el resto de material se deslizaron por la cubierta y arrastraron a los hombres al mar. El *Lancastria* se debatió durante veinte minutos entre la vida y la muerte, pero finalmente se fue a pique. Las circunstancias se agravaron con el derrame de 1400 toneladas de fuel, que comenzaron a arder. Centenares de hombres quedarían atrapados en ese infierno.

Como se ha indicado, se desconoce el número total de soldados que transportaba el *Lancastria*, que podían llegar a 6000. Lo que sí se sabe con exactitud es el número de los que se salvaron: 2447. El resto se hundió con el buque.

«En cuanto llegaron al Almirantazgo británico las primeras noticias de la catástrofe, éste decidió mantenerla bajo el más estricto secreto. La orden procedía del propio Winston Churchill. Los motivos para este ocultamiento podían ser muy variados. En primer lugar, la noticia del desastre podía desmoralizar aún más a la población británica, después del fracaso de sus tropas en el intento de ayudar a los franceses a resistir a las tropas de Hitler. Pero hay que tener también en cuenta que el hundimiento no sólo era achacable a la buena puntería del bombardero alemán, sino también a las facilidades con las que había contado. Por ejemplo, el capitán Rudolph Sharp, que estaba al mando del buque, zarpó sin la cobertura pertinente y, además, el barco cargaba con un número de soldados que triplicaba lo establecido para garantizar la seguridad del pasaje».

Pero las intenciones de Churchill de mantener secreto el hundimiento del *Lancastria* se verían poco después torpedeadas por los norteamericanos. El 26 de julio, el *New York Times* publicó unas fotografías del hundimiento del *Lancastria*, tomadas por un fotógrafo aficionado, Frank Clements, que se hallaba bordo del HMS *Highlander*, testigo impotente del desastre junto al RMS *Havelock*. Días después, la prensa británica se hizo eco de la información del rotativo neoyorquino y el gobierno de Londres no pudo hacer otra cosa que reconocer que se había producido la pérdida del barco, pero no se ofrecieron más detalles.

En sus *Memorias*, Churchill explicaría así lo ocurrido:

«Los alemanes realizaron intensos ataques aéreos a los transportes. Se produjo un horrible incidente en Saint-Nazaire el día 17: el buque *Lancastria*, de veinte mil toneladas, con cinco mil hombres a bordo, fue bombardeado cuando estaba a punto de zarpar. Murieron más de tres mil hombres y el resto fueron rescatados, bajo un ataque aéreo constante, gracias a la abnegación de las embarcaciones pequeñas.

»Cuando en el transcurso de la tarde recibí la noticia, en la tranquilidad del gabinete ministerial, prohibí su publicación diciendo: "Los periódicos ya han publicado suficientes desastres, al menos por hoy". Mi intención era darla a conocer unos días después, pero como se fueron acumulando las malas noticias con tanta rapidez, me olvidé de levantar la prohibición, de modo que pasó algún tiempo antes de que se hiciera público este horror[20]».

No obstante, dos años después de los hechos, el Gabinete de Guerra británico dio la orden de archivar toda la documentación sobre el hundimiento del *Lancastria*. Por ejemplo, los informes sobre los interrogatorios a los que fue sometido el capitán Sharp[21], que sobrevivió al ataque, permanecen aún hoy clasificados. Según quedó establecido entonces, y a menos que se derogue esa disposición, los informes no se harán públicos hasta el año 2042.

***El desastre del* Patria**

El conocido como Desastre del *Patria* ocurrió el 25 de noviembre de 1940, cuando el buque de pasajeros *Patria* sufrió una explosión y se hundió en aguas del puerto de Haifa, en Palestina, entonces bajo dominio británico, arrastrando con él a más de dos centenares de refugiados judíos.

En el momento del hundimiento, en el *Patria* había aproximadamente 1800 hebreos que habían escapado de la Europa controlada por los nazis y que tenían la esperanza de poder emprender una nueva vida en Palestina, pero que los británicos consideraban inmigrantes ilegales.

Antes de llegar a Haifa, sus pasajeros habían tenido que pasar por una auténtica odisea. La mayoría de ellos eran judíos procedentes de Viena, Danzig y Praga, que se habían acogido a la posibilidad que entonces se les ofrecía de emigrar de Europa. Los refugiados, unos 3600, fueron conducidos al puerto rumano de Tulcea, para partir rumbo a Palestina a bordo de tres barcos, el *Milos*, el *Pacific* y el *Atlantic*.

Con esta operación, los alemanes pretendían, además de reducir la población judía en Europa, desestabilizar a los británicos, pues sabían que éstos no estaban dispuestos a admitir más refugiados hebreos en Palestina, por temor a una revuelta árabe. El *Pacific* llegó a aguas palestinas el 1 de noviembre de 1940, y el *Milos* lo hizo unos días después.

El Alto Comisionado para Palestina, sir Harold MacMichael, decidió el 20 de noviembre la deportación de los refugiados que habían llegado al puerto de Haifa,

ordenando que fueran enviados a la isla Mauricio, en el Índico, y a la isla caribeña de Trinidad, ambas bajo dominio británico. Una parte de los refugiados fue trasladada entonces al *Patria,* cuyo destino sería Mauricio. Antes de ser requisado por los ingleses a los franceses, tras la derrota de estos últimos, tenía cabida para poco más de 800 pasajeros, pero a él se transferirían un total de 1770 refugiados procedentes del *Milos* y del *Pacific,* a los que hubo que añadir 134 del *Atlantic,* que llegó a Haifa el 24 de noviembre.

Pero el viaje a la isla Mauricio se vería truncado a las 9 de la mañana del 25 de noviembre, cuando una fuerte explosión se produjo en el *Patria,* abriendo un boquete de unos tres metros en el lateral de su casco. El buque tardó sólo quince minutos en hundirse por completo. La mayoría de los refugiados pudieron ser rescatados, pero 260 quedaron atrapados en el barco, hundiéndose con él. Posteriormente pudieron recuperarse 209 cuerpos, que serían enterrados en el cementerio de Haifa.

Los supervivientes del *Patria,* junto a los refugiados restantes del *Atlantic,* fueron llevados a tierra firme y quedaron internados en el campo de detención de Atlit. Sólo después de una campaña internacional, a los supervivientes se les concedieron permisos para residir legalmente en Palestina. Sin embargo, no se pudo impedir que los que se habían quedado en el Atlantic fueran deportados a la isla Mauricio el 9 de diciembre de 1940. Después de la guerra, a estos deportados se les dio a elegir entre quedarse en la isla o marchar a Palestina; cuatro de cada cinco optaron por entrar en Palestina, adonde llegaron en agosto de 1945.

El asunto del *Patria* pasó a ser solamente un trágico recuerdo, pero aún quedaba por dilucidar el origen de aquella misteriosa explosión. No sería hasta 1957 cuando quedó al descubierto la operación que había dado lugar a aquella acción. A la deportación de los refugiados del *Patria* se habían opuesto entonces los sionistas, que reclamaban la libre entrada a Palestina de todos los refugiados judíos. Entre ellos se hallaba el grupo clandestino paramilitar Haganah, que planeó colocar una bomba en el barco con la intención de averiarlo para que no pudiera hacerse a la mar, impidiendo así la deportación a las islas.

Sin embargo, los activistas del Haganah no calcularon bien la potencia del artefacto y la explosión causó el hundimiento del buque. La autoría del atentado quedó por fin desvelada cuando, diecisiete años después del desastre, la persona que colocó la bomba, Munia Mandor, reconoció por escrito su participación directa y el trágico error cometido.

***La tragedia del* Struma**

El 12 de diciembre de 1942, un barco griego con un capitán búlgaro al mando y bajo bandera panameña, el *Struma*, salió del puerto rumano de Constanza con rumbo a Palestina. En 1941, justo antes de su viaje final, se había registrado con la agencia

de la «Compañía Mediterránea de Vapores Limitada» en Bucarest.

El *Struma* tenía 46 metros de eslora, 6 de manga y un desplazamiento de 227 toneladas. Los 769 pasajeros que iban a bordo del buque habían pagado un precio exorbitante por el pasaje. Pero ese precio estaba más que justificado, pues suponía la diferencia entre la vida y la muerte. Todos ellos eran refugiados judíos que escapaban del Holocausto.

El navío se dirigía a Palestina, entonces bajo autoridad británica, pero antes debía hacer una breve escala en Estambul, para recoger sus certificados de inmigración. El *Struma* no era el barco que los judíos habían pensado encontrar, pues era viejo —había sido construido en 1867—, estaba destartalado y mal equipado para ese viaje. Su casco era de acero, pero la superestructura era de madera. En realidad se trataba de un buque destinado al transporte de ganado; por ejemplo, tan sólo había un baño para todos los pasajeros y no había cocina. Pero como los pasajeros habían puesto toda su esperanza en ese viaje hacia la libertad, esas incomodidades eran secundarias siempre y cuando lograsen su propósito de llegar a Palestina, en donde estarían por fin a salvo.

El viaje hacia Estambul no fue nada plácido, ya que el motor del barco se averiaba constantemente, pero en tres días de travesía por el mar Negro consiguieron llegar a la ciudad turca. No obstante, una vez allí, las autoridades otomanas no permitieron que los pasajeros desembarcaran. El *Struma* tuvo que permanecer anclado en una sección de cuarentena del puerto. Mientras trataban de reparar el motor del barco, los refugiados fueron forzados a quedarse a bordo, una situación que se alargaba día tras día.

Fue en esa situación cuando los pasajeros descubrieron que se enfrentaban a un problema muy serio: no había certificados de inmigración esperándoles, tal como les habían prometido al tomar el barco. Todo había sido parte del engaño para inflar los precios de los pasajes. Aunque ellos no lo sabían, estaban intentando efectuar una entrada ilegal en Palestina.

Los británicos, que desde 1939 sometían a un control estricto las entradas de judíos en Palestina, habían oído de la travesía del *Struma* y habían pedido al gobierno turco impidiera su paso por el estrecho de los Dardanelos, bloqueando así su acceso al Mediterráneo. Las autoridades británicas se mostraron categóricas en su rechazo a la llegada del buque cargado de refugiados, pues temían que muchos más barcos le siguieran, pero la excusa oficial era que sospechaban que hubiera agentes enemigos infiltrados entre los pasajeros. Hubo un intento conjunto de turcos e ingleses para que el barco fuera enviado de vuelta a Rumanía, pero el gobierno de Bucarest no lo permitió.

Mientras las cancillerías negociaban, los pasajeros estaban viviendo a bordo una existencia miserable. No había agua potable y las provisiones comenzaron a escasear. Tan sólo contaban con los víveres que les hacía llegar la Media Luna Roja y la comunidad judía de Estambul. El barco era tan pequeño que no todos los pasajeros

podían estar en la cubierta a la vez, así los pasajeros tuvieron que turnarse para poder respirar el aire puro del exterior.

Pese a la situación crítica de los judíos, las autoridades turcas se negaban a permitir el desembarco. Aunque muchos estaban enfermos, sólo a una mujer se le dejó ir a tierra para ser atendida, y eso porque se encontraba en avanzado estado de gestación.

Los turcos anunciaron que si no había un acuerdo para que el *Struma* continuase rumbo a Palestina o bien regresase a Rumanía, ellos enviarían, de un modo u otro, el buque al mar Negro. La fecha límite era el 16 de febrero.

Durante semanas, los ingleses se habían negado a aceptar en su territorio a los refugiados del *Struma*, pero al ver que el plazo dado por los turcos se aproximaba de forma inexorable, el gobierno de Londres accedió a permitir la entrada a Palestina a algunos de los niños, concretamente los de edades comprendidas entre once y dieciséis años. Pero este mínimo gesto de piedad de los británicos no contó con la colaboración necesaria de los turcos; el plan era que los niños desembarcaran y se dirigieran a Palestina por tierra, a través del país otomano. Desgraciadamente, los turcos no dieron su brazo a torcer en su decisión de no permitir a ningún refugiado en su tierra.

De todos modos, los ingleses eran conscientes de que su plan iba a provocar una situación dramática. Alec Walter George Randall, canciller en la Oficina Exterior Británica, resumió el problema de este modo:

«Aun si podemos hacer que los turcos accedan, debo imaginar que el proceso de seleccionar a los niños y tomarlos de sus padres en el Struma será en extremo estresante. ¿A quién propones para hacerlo?, ¿ha sido considerada la posibilidad de que los adultos rehúsen dejar ir a sus hijos?».

Al final, ningún niño salió del *Struma*.

El 16 de febrero llegó sin que se hubiera tomado ninguna decisión sobre el destino del buque. Los turcos esperaron unos días más. Pero en la noche del 23 de febrero de 1943 la policía otomana abordó el *Struma* e informó a sus pasajeros que serían expulsados de las aguas turcas. Los pasajeros suplicaron e imploraron, pero nada pudieron hacer para impedir que el barco fuera remolcado a aproximadamente diez kilómetros de la costa y abandonados allí. El *Struma* no tenía agua potable, comida, ni combustible, y los intentos de arreglar su maltrecho motor habían fracasado.

Después de tan sólo un par de horas a la deriva, el *Struma* explotó. Los turcos no mandaron botes salvavidas hasta la mañana siguiente; sólo pudieron recoger a un superviviente, David Stoliar[22]. Los 767 pasajeros restantes perecieron.

La tragedia del *Struma* sería objeto de acalorados debates. Fue la causa de múltiples protestas y levantamientos en Palestina; el ministro de Colonias lord Moyne sería asesinado por ello en el otoño de 1944, pues fue considerado el responsable de no haber otorgado los visados de entrada a Palestina a los pasajeros del *Struma*.

Durante años, la responsabilidad británica en el destino final del barco y sus pasajeros sería incuestionable. La documentación que fue apareciendo, procedente del Ministerio de Asuntos Exteriores, dejaba a las claras la presión a la que fueron sometidos los turcos para impedir que el *Struma* pudiera abrirse paso por los Dardanelos para salir al Mediterráneo y poner rumbo a Palestina.

Pero existía todavía una duda: ¿qué había producido la explosión y el posterior hundimiento del buque? En un primer momento se pensó que había sido a causa del ataque de un submarino alemán, y ésta fue la versión que permaneció durante dos décadas. Pero en 1964, el historiador alemán Jürgen Rohwer descubrió que el *Struma* se hundió tras el impacto de un torpedo procedente del submarino soviético SC-213.

Según Rohwer, el capitán del sumergible ruso, Dimitri Mahaelovitch Dantjko, ordenó a su oficial disparar un torpedo hacia el *Struma*, cumpliendo así con unas disposiciones secretas por las que cualquier barco navegando en el mar Negro debía ser hundido para impedir el abastecimiento de Alemania por este conducto.

La apertura de los archivos soviéticos en la década de los noventa confirmaría la veracidad de la tesis expuesta por el historiador germano. Pero en julio del año 2000 volvería a hablarse de la tragedia del *Struma*, puesto que un equipo de investigación turco encontró un barco hundido en la zona en la que fue atacado. Aunque durante unos meses se creyó que se trataba de este barco, unos investigadores británicos desecharon finalmente que pudiera tratarse de *Struma*, por lo que su localización continúa siendo un reto para los investigadores submarinos.

En septiembre de 2006 se celebró en ese mismo lugar una ceremonia en recuerdo de aquellas 767 víctimas inocentes. A ella acudieron sesenta familiares de los que allí encontraron la muerte, además de representantes de los dos gobiernos, el británico y el turco, que entonces no lograron ponerse de acuerdo para salvarles la vida. Significativamente, no acudió ningún representante del gobierno ruso[23].

La segunda destrucción de Pompeya

La ciudad de Pompeya quedó sepultada por las cenizas del Vesubio, quedando así preservadas sus ruinas para que podamos contemplarla tal y como era aquel lejano 24 de agosto del año 79, en el que el volcán entró en erupción.

Pero en el verano de 1943 los Aliados estuvieron muy cerca de destruirla por segunda vez. Durante esos meses, la aviación aliada bombardeó repetidamente casi toda la región de Nápoles, y el yacimiento arqueológico de Pompeya no sería una excepción. La campaña de bombardeos estuvo a punto de aniquilar el testimonio más importante de la vida cotidiana durante el Imperio romano.

Los arqueólogos llevan años discutiendo cuáles fueron los daños reales de aquel brutal bombardeo. En base a los testimonios y manuscritos de los pocos testigos que sobrevivieron a la lluvia de fuego que cayó en los alrededores de Nápoles, y a las

fotografías tomadas pocos días después de los ataques, la conclusión es que en los yacimientos de Pompeya cayeron unas 190 bombas, procedentes de la aviación norteamericana y británica.

Según algunos investigadores, como el español Laurentino García, el fuego aliado causó daños irreparables que hasta ahora han sido ocultados por motivos políticos y como parte de la campaña de *lavado de imagen* que los vencedores llevaron a cabo tras la Segunda Guerra Mundial.

Los restos de aquel salvaje bombardeo siguen brotando hoy en día, al ritmo de las nuevas excavaciones que se practican en los yacimientos. Por ejemplo, el 14 de julio de 2006, los arqueólogos encontraron una bomba de mortero en la llamada Casa del Quirurgo. Aquel día, el recinto quedó cerrado y las fuerzas de seguridad desactivaron el artefacto como si se tratase de una trampa terrorista. Las autoridades del museo decidieron exponer la bomba como recuerdo de la tragedia de aquel verano de 1943.

Otras casas de Pompeya también fueron afectadas por el bombardeo de manera evidente. Por ejemplo, la Casa de las Venus, cuyos daños aparecen detallados incluso en las guías turísticas que pueden comprarse a la entrada de los yacimientos.

Pero hay más. Según García, también quedó completamente destruido un museo con casi dos millares de objetos, entre ellos el fresco más grande que se conservaba, una representación del mito de Diana y Acteón que podría haberse convertido en la pintura romana original más importante de cuantas han sobrevivido hasta nuestros días. Según la misma hipótesis, también habrían resultado calcinados por las bombas varios de los famosos «cuerpos pompeyanos», las espeluznantes figuras creadas a partir de los huecos que dejaron los muertos en la lava solidificada.

Afortunadamente, el grueso del patrimonio artístico de Pompeya se salvó de milagro, ya que las bombas no alcanzaron los lugares más emblemáticos. Pero en la ofensiva aérea, que se extendió a lo largo de ocho interminables días, murieron decenas de civiles italianos, que no tuvieron tanta suerte.

Apocalipsis en Bari

Una de las tragedias menos conocidas de la Segunda Guerra Mundial fue la ocurrida en el puerto italiano de Bari el 2 de diciembre de 1943. Para desgracia de esta ciudad y de sus habitantes, Bari sería la única ciudad europea que experimentaría los horrores de la guerra química.

Bari, situada en el sureste de la península italiana y a orillas del Adriático, era entonces una ciudad mediana de unos 250 000 habitantes, cuya historia se remontaba a la Alta Edad Media. Durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial estaba resultando afortunada; tan sólo había sufrido daños menores por parte de los Aliados en el verano de 1943, ya que éstos tenían previsto contar con sus instalaciones portuarias en cuanto las ocupasen, y utilizarlas como almacén de munición para

abastecer la campaña que debía hacer retroceder a las fuerzas alemanas hacia el norte.

Una vez en poder de los Aliados, el puerto adquirió una gran importancia estratégica. A finales de 1943, la actividad era incesante en sus instalaciones, con barcos aliados entrando y saliendo de su puerto constantemente y un continuo tráfico de mercancías y suministros, llegando casi al cien por cien de su capacidad útil.

El puerto estaba bajo jurisdicción británica, pues era la base principal de suministros para el 8.º Ejército del general Montgomery. Pero la ciudad alojaba también el Cuartel General de la 15.ª Fuerza Aérea norteamericana. Todo ello hacía que, además del habitual material de guerra, los barcos anclados en Bari transportasen combustible de aviación, bombas y municiones.

En la mañana del 2 de diciembre de 1943, el teniente alemán Werner Hahn pilotaba un bimotor Messerschmitt Me210 sobre el puerto de Bari. Volando a gran altura, su vuelo pasó desapercibido a los observadores antiaéreos aliados, que sólo alcanzaron a escuchar un lejano zumbido. Pese a la altitud, Hahn tuvo posibilidad de comprobar que unos treinta barcos aliados se encontraban en el puerto. Una vez estudiadas las fotografías obtenidas en ese vuelo de reconocimiento, sus superiores de la Luftwaffe advirtieron que se presentaba una oportunidad única para lanzar un ataque a gran escala sobre el puerto.

Por su parte, los Aliados no consideraban la posibilidad de un ataque aéreo alemán sobre el puerto de Bari. En el frente italiano, la Luftwaffe se encontraba muy debilitada y dispersa, por lo que los Aliados no creían necesario tomar medidas especiales de prevención. De vez en cuando, como en el caso del avión del teniente Hahn, algún aparato germano sobrevolaba la ciudad, pero esas incursiones eran tomadas más como una molestia que como una seria amenaza.

Sin embargo, esas relajadas medidas de seguridad fueron objeto de algunas críticas, lo que forzó al vicemariscal del aire británico, sir Arthur Coningham, a convocar una conferencia de prensa en la que afirmó a los reporteros que la Luftwaffe había sido prácticamente derrotada en Italia. Coningham estaba convencido de que los alemanes nunca podrían atacar Bari, y llegó a decir que «consideraría como una afrenta personal y un insulto que la Luftwaffe pudiera intentar cualquier acción de importancia en este área».

No eran pocos los oficiales del Ejército británico que estaban en desacuerdo con Coningham y que creían que las medidas dispuestas para repeler un ataque no eran las adecuadas. Por ejemplo, las luces del puerto permanecían encendidas durante toda la noche para facilitar así las tareas de carga y descarga, que se prolongaban las veinticuatro horas del día, lo que era una invitación a la aviación enemiga para que efectuase un devastador ataque nocturno. Pero estas protestas con sordina no tuvieron ningún efecto y se siguieron pasando por alto las más elementales medidas de seguridad como era, en este caso, el oscurecimiento de los objetivos militares.

Ese 2 de diciembre, varios cargueros esperaban su turno para ser descargados. Uno de ellos era el SS *John Harvey*, un buque de la clase Liberty[24], bajo el mando

del capitán Edwin F. Knowles. Aparentemente no se distinguía del resto de buques Liberty anclados en el puerto. La mayor parte de su carga era también muy convencional: municiones, comida y equipamiento. Pero el barco también transportaba una carga secreta: cien toneladas de bombas de gas mostaza.

Este gas venenoso había sido utilizado por todos los ejércitos contendientes durante la Primera Guerra Mundial. Se disparaba dentro de proyectiles de artillería y, al ser más pesado que el aire, se posaba en el suelo, evaporándose lentamente. Este gas resulta dañino al mero contacto físico con él, para lo que es suficiente una concentración en el aire de 0,1 partes por millón. Aunque no es necesariamente letal, el sufrimiento que ocasiona es atroz; ataca los tejidos blandos, como los ojos y los genitales, y, si la concentración de gas es importante, la piel se quema hasta el hueso. Además, a los gaseados no se les puede ofrecer un alivio a su sufrimiento, puesto que hasta los vendajes están contraindicados.

La presencia de bombas de gas mostaza en el arsenal de los Aliados era una precaución ante la posibilidad de que Alemania recurriera a la guerra química. Los informes de la Inteligencia aliada sugerían que Alemania estaba almacenando armas químicas, y no era descabellado pensar que Hitler, al comprobar cómo la antes invencible Wehrmacht se iba retirando en todos los frentes, recurriese a esa arma terrible para intentar dar un vuelco desesperado al desarrollo de la contienda.

El presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, había publicado un comunicado político en el que condenaba el uso del gas por parte de cualquier nación civilizada, pero se reservaba el derecho, como máximo mandatario de Estados Unidos, a responder del mismo modo si el enemigo se atrevía a utilizar esas armas primero. Ante la eventualidad de que ello pudiera ocurrir, el SS *John Harvey* había sido elegido para transportar el gas venenoso a Italia.

Cuando las bombas de gas mostaza fueron cargadas a bordo del barco, su aspecto era absolutamente convencional. El embarque se mantuvo en secreto, e incluso el capitán Knowles no había sido informado sobre la letal carga, pero para los miembros de la tripulación no era un secreto la naturaleza de lo que transportaban en la bodega, debido a la presencia de un grupo de expertos en el manejo de materiales tóxicos. Un oficial de la 701.ª Compañía de Mantenimiento Químico, junto a un destacamento de seis hombres, serían los encargados de que el peligroso material llegase a Europa sin novedad.

El barco efectuó su ruta sin incidentes, deteniéndose en Oran, Augusta y, finalmente, poniendo rumbo a Bari. El oficial de seguridad del barco, el teniente Thomas R. Richardson, era una de las pocas personas a bordo que oficialmente conocía la carga de gas mostaza, de hecho figuraba claramente en su manifiesto una carga de «2000 proyectiles M47A1 de gas mostaza». Obviamente, Richardson deseaba desprenderse de la carga cuanto antes, pero cuando el barco llegó a Bari, el 26 de noviembre, sus esperanzas se desvanecieron, ya que el puerto estaba colapsado, atestado de barcos esperando ser descargados, y todavía se esperaba la llegada de otro

convoy más.

Como la presencia del gas no era oficial, el SS *John Harvey* no recibiría ningún trato preferente y tendría que esperar como los demás. Durante cinco días el barco permaneció amarrado en uno de los muelles, mientras el capitán Knowles intentaba sin éxito conseguir que el buque fuera descargado lo antes posible. No podía revelar nada de la carga especial de su barco, ya que oficialmente no existía dicha carga y, en teoría, él tampoco sabía de su existencia.

Mientras tanto, el informe del teniente Hahn estaba siendo analizado por los expertos de la Luftwaffe. De inmediato se llegó a la conclusión de que un ataque aéreo sobre Bari era factible, teniendo en cuenta las escasas medidas de protección que habían adoptado los Aliados. Si la operación se saldaba con éxito, el avance del 8.º Ejército británico se frenaría y lo mismo sucedería con el despliegue de la fuerza aérea norteamericana. Así pues, los alemanes llegaron a la conclusión de que valía la pena intentarlo.

Para el ataque se podría contar con un total de 105 bombarderos Ju-88 A4, procedentes de campos de aviación italianos. También se emplearían algunos aparatos procedentes de bases en Yugoslavia, para confundir a los Aliados sobre la procedencia de la incursión y desviar así los posibles ataques de represalia hacia los Balcanes. Además, se ordenó a los pilotos iniciar el vuelo poniendo rumbo este, hacia el Adriático, para después virar al sureste, para aumentar aún más la confusión respecto a la base de origen de los aparatos.

Confiando en el elemento sorpresa, el ataque se realizaría tras la puesta del sol, a las siete y media de la tarde. En primer lugar se lanzarían bengalas que señalarían los blancos para los aviones atacantes. Éstos llegarían volando a baja altitud, con el fin de permanecer por debajo de los radares aliados.

Los alemanes llegaron a Bari puntuales. El teniente Gustav Teuber, que lideraba la primera oleada, no podía dar crédito a sus ojos; los muelles estaban iluminados y todo el puerto estaba repleto de barcos. Con la ayuda de las bengalas y de las propias luces del puerto, los Ju-88 se abalanzaron sobre sus blancos.

Las primeras bombas cayeron sobre la ciudad, pero muy pronto le llegó el turno al puerto. Alrededor de treinta barcos se encontraban anclados aquella tarde, entre naves de bandera británica, norteamericana, noruega, holandesa o polaca, y aunque las tripulaciones intentaron responder a las alarmas, la sorpresa fue total. Inmediatamente se puso en marcha la defensa antiaérea, intentando crear una barrera de fuego, pero sería inútil.

Los buques comenzaron a sufrir el impacto de las bombas germanas. Hubo alguno, como el SS *Joseph Wheeler*, que recibió un impacto directo y explotó entre violentas llamaradas. Otros muchos resultaron alcanzados; las tripulaciones intentaban salvarse saltando a tierra o tratando de huir en los botes salvavidas. Los que transportaban carga de municiones sabían que tenían poco tiempo antes de que su barco saltase por los aires. Los que vieron alcanzados sus depósitos de munición

estallarían con tal virulencia que llegarían a hallarse fragmentos de cristal a once kilómetros de distancia. En pocos minutos, todo el puerto se encontraba en llamas, el agua cubierta de combustible y aceite, y al cielo ascendían densas columnas de humo negro.

Mientras tanto, la tripulación del *John Harvey* intentaba a toda costa salvar su barco. Todavía se encontraba intacto y no había recibido el impacto de ninguna bomba, pero se había declarado un incendio y la situación era muy peligrosa teniendo en cuenta su carga secreta. Tanto el capitán Knowles como el resto de la tripulación se negaron a abandonar su puesto, pero su heroísmo sería finalmente en vano. De repente, el *John Harvey* estalló, desintegrándose en una gigantesca bola de fuego con forma de hongo. Todo el mundo a bordo murió instantáneamente, y a lo largo del todo el puerto se pudo sentir la onda expansiva.

Tras la explosión del *John Harvey*, un extraño olor se extendió por las instalaciones portuarias. Algunos de los supervivientes recordarían que comenzaron a tener problemas para respirar y que notaban un «olor a ajo», sin darse cuenta que esa apreciación era uno de los signos inequívocos del gas mostaza. El gas se había mezclado con el aceite que flotaba en el puerto, e impregnaba el humo que envolvía el área.

Ahora el gas no sólo era respirado sino que también impregnaba los cuerpos de los marineros que se encontraban en el agua. Y no sólo ellos, también cientos o miles de civiles italianos respiraban la mezcla letal.

El ataque alemán había durado poco más de una hora, pero el éxito de la operación había sido mucho mayor que el esperado. Las pérdidas propias habían sido muy limitadas y el balance de pérdidas del enemigo era de un total de diecisiete barcos aliados hundidos y otros siete dañados, lo que llevaría a la incursión aérea de Bari a ser conocida como «El Segundo Pearl Harbor».

Cuando los aviones germanos se retiraron, los supervivientes se enfrentaron a una escena de total devastación. Extensas áreas de la ciudad de Bari habían quedado reducidas a escombros, sobre todo la antigua ciudad medieval. Partes de la ciudad y del puerto se hallaban todavía en llamas, y una cortina de humo negro cubría el cielo.

Hubo más de un millar de bajas entre militares y tripulaciones de la marina mercante, de los cuales alrededor de 800 fueron ingresados en hospitales locales. La cifra total de bajas civiles nunca podrá ser conocida con exactitud, pero las cifras más conservadoras las estiman en aproximadamente mil personas, aunque probablemente fueron muchas más.

Los heridos comenzaron a saturar los hospitales militares y civiles, y casi inmediatamente comenzaron a quejarse de escozor de ojos, reaccionando negativamente a los tratamientos clásicos para sus heridas convencionales. Los ojos se irritaban cada vez más y aparecían erupciones y lesiones en la piel. Desconociendo el origen de tales síntomas, la mayoría de ellos permanecieron con las mismas ropas empapadas en gas que vestían durante el ataque.

Las erupciones en la piel dieron paso a quemaduras y complicaciones respiratorias, pero nadie en los hospitales sabía cómo salir al paso del empeoramiento de los enfermos. Los heridos comenzaron a morir, y los que sobrevivían debían enfrentarse al abrasante dolor provocado por las quemaduras y a episodios de ceguera temporal, lo que provocaba una terrible angustia, tanto física como mental.

Ante estos cuadros clínicos poco habituales, los doctores comenzaron a sospechar que podía haber relación con algún tipo de agente químico. Algunos culparon a los alemanes, especulando que habían iniciado los ataques con armas químicas. Se envió un mensaje a Argel al responsable de Sanidad aliado, el general Fred Blesse, mencionando que los pacientes estaban falleciendo por una «misteriosa enfermedad». Para resolver el misterio, Blesse envió a Bari al teniente coronel Stewart Francis Alexander, un experto en tratamiento contra armas químicas.

Alexander examinó a los pacientes y conversó con ellos. Para el doctor, los síntomas eran los resultantes de una exposición a gas mostaza, pero no estaba seguro. Sus sospechas fueron confirmadas cuando un fragmento de bomba fue recuperado del fondo del puerto. El fragmento fue identificado como una bomba norteamericana M47A1, la cual estaba diseñada para alojar una carga de gas mostaza. Los alemanes quedaban así fuera de sospecha, recayendo ésta sobre los propios Aliados.

Pero Alexander no sabía aún cuál era el foco exacto de la efusión del gas mostaza. El doctor contabilizó el número de muertos debidos al gas en cada barco y posteriormente marcó las posiciones que los buques habían ocupado en el puerto en el momento del ataque. La mayoría de las víctimas procedían de barcos anclados en las proximidades del SS *John Harvey*, por lo que éste parecía ser la fuente del gas venenoso.

Finalmente, las autoridades portuarias británicas admitieron ante Alexander, aunque tan sólo de forma oficiosa, que el *John Harvey* transportaba una carga de gas mostaza. Alexander concluyó su informe detallando sus descubrimientos, y éste fue enviado a Eisenhower, quien lo aprobaría.

Sin embargo, el secretismo seguiría envolviendo el incidente. Aunque los ciudadanos norteamericanos y británicos tuvieron cumplida noticia del devastador ataque de la aviación alemana sobre Bari, no se mencionó en absoluto la incómoda presencia del gas mostaza. Churchill presionó de forma insistente para que este aspecto de la tragedia permaneciera en total secreto, ya que consideraba que ese episodio, sucedido en un puerto de jurisdicción británica, sería convenientemente aprovechado por la propaganda nazi, lo que podría minar la moral de victoria británica. También cabía la posibilidad de que los alemanes creyesen que los Aliados se disponían a emplear el gas venenoso, lo que podía provocar su uso por parte germana.

Aunque el gas fue mencionado en los informes oficiales norteamericanos, Churchill insistió en que los informes médicos británicos sólo hicieran referencia a

«muertes por quemaduras debidas a la acción del enemigo». Los intentos británicos de ocultar la presencia del gas tóxico acabarían causando más muertes, ya que, sin la información correcta, las víctimas, especialmente los civiles italianos, no pudieron acceder al tratamiento adecuado.

Sin embargo, no se sabe por qué medios, aunque tampoco es de extrañar existiendo tal cantidad de testigos, los alemanes sí que llegaron a conocer la verdad. La propaganda radiofónica nazi intentó utilizar el episodio para desmoralizar a las tropas aliadas. Una locutora se dirigió a ellas diciendo: «Sé, chicos, que estáis siendo gaseados con vuestro propio gas venenoso».

En total, hubo 628 bajas debidas al gas entre militares aliados y personal de la marina mercante. De ellos, 69 murieron a las dos semanas, y la mayoría de las víctimas nunca llegaron a recuperarse completamente. Pero las cifras no incluyen a los incontables civiles aliados que estuvieron expuestos al gas. Hubo un éxodo masivo de civiles de la ciudad después del ataque. Algunos de ellos pudieron ser también víctimas del gas, falleciendo posteriormente al no ser sometidos a un tratamiento adecuado.

Dejando a un lado la terrible tragedia producida por el gas mostaza, el ataque a Bari supondría un desastre para los Aliados. Tras la incursión aérea, el puerto tuvo que estar completamente cerrado durante tres semanas, lo que quizá fue determinante para el fracaso de las operaciones lanzadas por el general Mark Clark en enero de 1944, puesto que no pudo contar con el aporte necesario de suministros. La Fuerza Aérea norteamericana sufrió también retrasos en su despliegue, lo que provocó el aplazamiento de una ofensiva combinada contra Alemania.

Por tanto, el bombardeo de Bari fue un golpe contundente para las fuerzas aliadas desde el punto de vista militar, pero también representó un fracaso en el control de un arma tan peligrosa como el gas venenoso, con trágicas consecuencias. Como hemos visto, el secretismo que rodeó a esos hechos tan sólo serviría para acrecentar el número de víctimas.

Una vez acabada la guerra, el general Eisenhower hizo mención a este episodio en su obra *Cruzada en Europa* en unos términos que hoy sabemos que no reflejaban la realidad de lo sucedido, puesto que minimizaban el incidente:

«El 2 de diciembre de 1943 ocurrió un lamentable y penoso contratiempo en el puerto de Bari. Utilizábamos sus instalaciones para ayudar al Octavo Ejército y a las numerosas fuerzas de Aviación que estábamos reuniendo rápidamente en Italia. El puerto se hallaba constantemente abarrotado de buques, y demasiado próximo a alguna de las bases enemigas situadas junto a la opuesta orilla del estrecho Adriático.

»Una noche sufrió un fuerte ataque aéreo, que nos ocasionó el mayor daño derivado de una acción de esta clase durante toda nuestra campaña en el Mediterráneo y en Europa; perdimos dieciséis barcos, algunos con cargamento de mucho valor, y lo peor fue que de una motonave alcanzada por las bombas se derramó el petróleo, dando origen a la destrucción completa de muchos de los barcos

próximos, que ardieron. El caso pudo tener repercusiones gravísimas.

Uno de los buques alojaba cierta cantidad de gas mostaza, que nos veíamos obligados a llevar siempre con nosotros ante la inseguridad de las intenciones alemanas respecto al empleo de este agresivo químico. Por fortuna, el viento soplaba hacia el mar, y no hubo bajas; si hubiera soplado hacia tierra, la catástrofe habría sido espantosa, y muy difícil de explicar, aun cuando fabricábamos y llevábamos ese material sólo para efectuar ensayos por si el enemigo nos sorprendía con un ataque de este género.

A consecuencia del desgraciado accidente, se estableció un sistema mucho mejor de información y control de defensa antiaérea entre las fuerzas de mar, tierra y aire. Fue aquél el más rudo golpe que las tropas de mi mando recibieron de la Aviación enemiga en el Mediterráneo[25]».

Pese a esta referencia de Eisenhower, la documentación norteamericana relativa a este incidente no sería desclasificada hasta 1959, aunque los detalles permanecerían oscuros hasta 1967, cuando el Instituto Naval de Estados Unidos publicó un completo informe. Este documento sirvió de fuente principal para un trabajo del historiador Glenn B. Infield, publicado en 1971 con el título *Disaster at Bari*[26].

Durante este tiempo, los británicos negaron tener ningún conocimiento del singular cargamento del SS *John Harvey*. Pero en 1986 el gobierno de Londres admitió oficialmente que las víctimas del *raid* aéreo habían estado expuestas al gas mostaza; mediante la concesión de indemnizaciones económicas con efectos retroactivos a seiscientos marineros supervivientes a los efectos del gas se daría por cerrado este trágico suceso.

Tren de la muerte en Italia

La Segunda Guerra Mundial deparó infinidad de tragedias colectivas. Como estamos comprobando, la mayor parte de ellas sobrevinieron a consecuencia directa del conflicto, pero otras pueden calificarse de fatales accidentes, enmarcados en el alud de acontecimientos provocados por la contienda.

Uno de estos casos fue el que se dio el 3 de marzo de 1944, en el sur de Italia. En esos momentos, los Aliados intentaban avanzar hacia el norte a través de la península italiana, encontrándose con numerosas dificultades para superar las defensas alemanas. El eficiente mariscal alemán Albert Kesselring, con unos medios limitados, logró disponer una serie de sólidas fortificaciones que convirtieron el avance aliado en una sangría sin fin.

En esos momentos, el centro de la lucha estaba situado en Montecassino, donde los alemanes resistían denodadamente, cerrando así el paso hacia Roma, mientras que las tropas aliadas desembarcadas en Anzio, más al norte, se encontraban cercadas en la playa sin posibilidad de realizar ningún movimiento.

Mientras tanto, la población del sur de Italia se sentía feliz por la liberación. No obstante, las consecuencias de la guerra se seguían viviendo cada día. El problema más importante era el de la comida. Con los campos de cultivo arrasados y después de pasar un frío invierno, el panorama no podía ser más incierto.

Además, las vías de comunicación se encontraban prácticamente destruidas. Los Aliados se pusieron de inmediato manos a la obra para volver a abrir las carreteras y las vías férreas con el objetivo de poder trasladar rápidamente tropas hacia el norte.

En medio de este caos, uno de los pocos recursos de la población era acudir al mercado negro. Al poco tiempo se instauró un ágil sistema de trueque, empleando los cigarrillos y el chocolate de los soldados aliados como moneda e intercambiándolos por huevos o carne. Nápoles se convirtió en el centro de este mercado. Cada día, miles de personas se dirigían a la ciudad del Vesubio para vender o comprar alimentos, al margen de toda legalidad.

El medio de transporte para llegar a Nápoles era el tren, especialmente la línea que salía de Potenza y pasaba luego por Salerno. Era conocido como el *Espresso della Borsa Nera* (Expreso del Mercado Negro). Como la mayoría de la gente no tenía dinero para pagar su billete, lo abordaban cuando éste se desplazaba lentamente en alguna subida.

De vez en cuando, la policía militar o los *carabinieri* se encargaban de hacer bajar a todos aquellos que se dedicaban al estraperlo, pero pocos kilómetros más adelante otros polizones les tomaban el relevo.

Al final, los trenes que circulaban hacia Nápoles iban atestados de pasajeros, todos ellos cargados con los productos que esperaban vender en la ciudad. Por la tarde, regresaban hacia el interior de la región, rumbo a Potenza, para poder repetir la operación al día siguiente.

En el viaje de vuelta también se llenaba el tren de viajeros, en unas condiciones igualmente penosas, aunque solían realizar el trayecto dormidos. Precisamente, esta circunstancia ocasionaría una tragedia que aún hoy sigue planteando algunos enigmas.

A última hora de la tarde del 2 de marzo de 1944, un tren compuesto por 47 vagones, de los que la mitad eran de carga o simples plataformas, salía de Nápoles cargado con unas 700 personas, de las que tan sólo un centenar había pagado su billete. Ya por la noche, el tren, que en total tenía una longitud de 500 metros, empezó a atravesar las montañas de Romagnano. Debido a las fuertes pendientes, en este tramo se sumaba otra locomotora al frente del convoy para poder superar esos empinados tramos.

El tren pasó por la estación del pueblo de Balvano a la una de la madrugada del 3 de marzo y su jefe de estación telegrafió a la siguiente estación, la de Bella-Muro, indicando que el paso se había realizado sin novedad.

Poco después de Balvano, la vía entraba en un túnel llamado Galleria delle Armi. Ese túnel tenía una extensión de casi cuatro kilómetros y seguía una trayectoria en

forma de letra S, siempre en ascenso. Posteriormente llegaba a Bella-Muro, tras un recorrido de veinte minutos desde Balvano. Al cabo de una media hora, el jefe de estación de Bella-Muro comenzó a preocuparse al ver que el tren no llegaba, por lo que telegrafió a Balvano para comprobar que, en efecto, la hora de paso por esa estación había sido la prevista.

Ambos dedujeron que, con toda seguridad, se había producido alguna avería, pero el hecho de que esa noche no tuviera que pasar ningún otro tren por la vía les tranquilizó, así que decidieron esperar al amanecer para acudir en ayuda de los maquinistas.

Sin embargo, a las cinco de mañana, un hombre llegó a la estación de Balvano informando de un terrible drama que había ocurrido en el túnel de la Galleria delle Armi. Su atropellada descripción hizo pensar a la policía que estaba exagerando, pero poco más tarde los propios *carabinieri* comprobaron que la tragedia superaba todo lo imaginable.

A la luz de linternas y antorchas, se adentraron en el interior del túnel y contemplaron asombrados cómo se amontonaban cientos de cadáveres, con signos evidentes de haber muerto por intoxicación de monóxido de carbono.

Hubo pocos supervivientes, pero nadie pudo establecer la cifra exacta. La razón era que, al ser la mayoría de ellos estraperlistas, prefirieron desaparecer rápidamente para no tener que dar explicaciones a la policía. Los que habían escapado de la muerte eran sobre todo los que viajaban en los últimos tres vagones, que se encontraban a poca distancia de la entrada del túnel y así pudieron respirar un poco de aire fresco.

Las versiones de lo que ocurrió en el interior del túnel son diversas. Como no sobrevivió ningún maquinista, lo único que se puede hacer son conjeturas. Alguno de los pasajeros que no iba dormido recordaba que hubo un momento en el que el tren se detuvo y retrocedió unos pocos metros, como si estuviera resbalando por la vía. Esa circunstancia hace pensar que había hielo en los raíles y que ése pudo ser el motivo de que el tren se paró.

También pudo haberse dado el caso de alguna avería en una de las dos locomotoras. Pero algunos apuntan la posibilidad de que, en la confusión de la oscuridad del interior del túnel, se produjera una falta de compenetración entre los dos maquinistas. Parece ser que uno de ellos decidió soltar los frenos y dar marcha atrás para salir del túnel. Sin embargo, la otra locomotora aumentó su rendimiento para empujar al tren a través del túnel, creyendo que ésa era la intención del otro maquinista.

El humo y los gases tóxicos producto del sobreesfuerzo de ambas locomotoras se extendieron por el interior del túnel en poco tiempo. El hecho de que la mayor parte del pasaje fuera dormido acabó por consumar la tragedia. Sin tiempo para reaccionar, los viajeros murieron intoxicados sin ni siquiera llegar a despertarse.

El balance final de víctimas es enormemente confuso. Como mínimo fueron entre

quinientas y seiscientas, aunque pudo ser bastante más elevada[27]. Las pocas personas que fueron encontradas aún con vida fueron trasladadas de inmediato a hospitales próximos. Uno de ellos, por ejemplo, había bajado en Balvano para desentumecerse y, para protegerse del frío, cubrió su rostro con una bufanda, volvió a su asiento sin quitársela y tan pronto comenzó a toser, apretó la bufanda contra su nariz y boca, descendió nuevamente y trastabilló hacia la salida. Increíblemente, volvió a subir al tren, esta vez al último vagón, y allí fue encontrado desmayado.

Del mismo modo que no se conoce el balance de víctimas mortales, tampoco se sabe cuántos pasajeros sobrevivieron al accidente. La razón de esta falta generalizada de datos es que las fuerzas aliadas decidieron mantener el trágico accidente en secreto. En unos momentos en los que era más necesario que nunca mantener la moral de la población alta, el conocimiento de la triste noticia del «tren de la muerte» podía tener consecuencias negativas.

Pero los investigadores plantean la posibilidad de que exista otra razón de peso para cubrir con un espeso telón este drama. La clave era el carbón proporcionado por los Aliados a los ferrocarriles italianos. Al parecer, se trataba de un tipo especial de carbón que no era ya empleado en Gran Bretaña o Estados Unidos por su carácter especialmente tóxico al entrar en combustión, y que se decidió entregarlo a Italia en grandes cantidades por su bajo precio.

La tragedia fue ignorada por todos y no se llevó a cabo ninguna investigación. Nadie planteó la posibilidad de estudiar lo ocurrido y, de hecho, la población italiana sólo supo del accidente seis meses más tarde. Los detalles del suceso se fueron conociendo con cuentagotas una vez acabada la guerra. La única consecuencia positiva es que, al menos, sirvió para que las autoridades italianas aumentaran a partir de entonces la seguridad de los trenes a su paso por los túneles.

De todos modos, se trataba de un triste consuelo para todos aquellos que perdieron la vida en aquella catástrofe ocurrida en la Galleria delle Armi y que las autoridades aliadas intentaron ocultar a los ojos de la Historia.

Explosión en el puerto de Bombay

¿Es posible mantener en secreto una explosión que provoca la destrucción de 27 barcos, con un saldo de más de mil muertos?

La respuesta es que sí, tal como lo demuestra el velo de silencio que cubrió el incidente sufrido por el *Fort Stikine*, en el puerto de Bombay, el 14 de abril de 1944.

En esas fechas, la *perla* del Imperio Británico, la India, se encontraba bajo la amenaza de la invasión nipona. Los japoneses se encontraban en retirada en la mayoría de frentes, presionados por el avance de las tropas norteamericanas en el Pacífico, pero a principios de 1944, decidieron atravesar la frontera india desde sus bases en Birmania.

Los británicos comprendieron que ése era un momento crucial para la defensa de la India. Si los japoneses lograban rebasar las posiciones inglesas, no tendrían por delante ya ningún obstáculo para extenderse como una mancha de aceite por las llanuras del golfo de Bengala y apoderarse del puerto de Calcuta. Si eso sucedía, los ingleses tendrían los días contados en la India.

Desde Londres se decidió prestar todo el apoyo necesario para impedir que sus posesiones más preciadas pasasen a manos del Imperio japonés. Para ello se enviaron varios buques cargados con todo tipo de pertrechos con el fin de sostener el esfuerzo de guerra en aquel extenso país. Uno de ellos era el *Fort Stikine*, un barco de la serie Liberty, idéntico al *John Harvey*, el buque que explotó en Bari cargado de gas mostaza.

El *Fort Stikine* partió de Liverpool el 24 de febrero de 1944 rumbo a Bombay. Para evitar las acciones de los submarinos alemanes, formaba parte de un convoy formado por una veintena de barcos, al que se fueron sumando otros buques hasta llegar a los cincuenta. En sus bodegas había 1395 toneladas de explosivos, incluyendo torpedos, minas y munición, además de alimentos y harina de pescado.

Al mando del *Fort Stikine* estaba el capitán Naismith, quien, ocultando la naturaleza del cargamento del barco, navegaba en medio del convoy del resto de buques Liberty sin respetar la reglamentación vigente, ya que un barco con carga peligrosa como era el caso estaba obligado a navegar al margen del grupo para evitar que, en caso de ataque enemigo, la explosión del barco alcanzase al resto de integrantes del convoy. No obstante, el viaje a través del Mediterráneo, el canal de Suez y el océano Índico transcurrió sin problemas.

En una escala que el barco había realizado en Karachi se habían descargado doce aviones Spitfire desmontados, y su espacio había sido ocupado por una partida de algodón. Pero su cargamento más precioso eran varias cajas de lingotes de oro por valor de dos millones de libras, destinados a mantener las tasas de cambio, afectadas por la economía de guerra, y que tenían como destino las cámaras acorazadas del Banco de Bombay.

Tras siete semanas de viaje, el barco llegó a su destino el 14 de abril. Una vez en las inmediaciones del puerto de Bombay, Naismith continuó incumpliendo las más elementales normas de navegación internacionales, al entrar junto con el resto del convoy, no exhibiendo la preceptiva bandera roja indicando la naturaleza de la carga y atracando junto a otros barcos en la bahía y no en un apartadero.

Aquel viernes 14 de abril se convertiría en una fecha fatídica en la historia de la colonia británica pero, a primera hora de ese día, nada hacia presagiar la catástrofe que tendría lugar. En esa mañana de primavera en Bombay, entonces importantísima base de suministros en la guerra contra Japón, el puerto aparecía atestado de buques de todas las banderas aliadas. Multitud de soldados europeos, asiáticos y norteamericanos deambulaban por las calles comprando como recuerdo *saris* de seda o elefantes de marfil.

A las 12.30 horas, de uno de los extractores de aire del *Fort Stikine* comenzó a salir humo, siendo advertido por uno de los marineros que, sin embargo, no le dio ninguna importancia. El equipo de estibadores del barco, que en ese momento estaban vaciando la carga de sus bodegas, se percató igualmente del humo, pero era la hora establecida para ir a comer y así lo hicieron, volviendo una hora más tarde para continuar con la labor de descarga de las bodegas del barco.

A las 13.30, el fuego se había incrementado tanto que en el casco metálico del barco comenzó a verse la pintura burbujeando por efecto del calor. El foco del incendio era el lugar en el que se hallaban las balas de algodón que habían sido cargadas en Karachi. Los estibadores acudieron rápidamente con mangueras e intentaron extinguir el incendio, pero el humo era cada vez más espeso.

Los estibadores dieron por fin la voz de alarma y trataron de ponerse en contacto con la estación de bomberos del puerto a través del teléfono sin hilos del barco, pero éste estaba averiado. Fue necesario ir a tierra y usar un teléfono de emergencias, desde el cual se pudo contactar con el jefe de bomberos del puerto, quien, ignorando que las bodegas del barco contenían explosivos, envió solamente dos camiones con bombas de agua para tratar de sofocar el fuego.

Mientras tanto, el capitán del *Fort Stikine* se encontraba lejos de su barco y no sabía nada del incidente; no fue hasta una hora más tarde cuando por fin fue advertido de lo que estaba ocurriendo, desplazándose hasta el buque junto con el jefe de la brigada de bomberos de Bombay y el jefe del puerto. Este último, ante el peligro de que el incendio se propagase por las instalaciones portuarias, sugirió hundir el barco dentro del mismo fondeadero.

Los tripulantes del *Fort Stikine*, agotados por el viaje, así como los marineros de los barcos colindantes, eran ajenos al peligro que estaban corriendo, y contemplaban la actividad de los bomberos con más desdén que preocupación.

Las deliberaciones sobre lo que había que hacer con el barco prosiguieron, y al final se desestimó hundir el *Fort Stikine* en la bahía, aduciendo que ésta no poseía el suficiente calado. Así pues, se recomendó al capitán Naismith que soltase amarras y condujese su buque a mar abierto para hundirlo en aguas más profundas. Pero Naismith era remiso a hundir su barco, por lo que antes de tomar una decisión prefirió contactar telefónicamente con el asegurador del barco en Estados Unidos. Ésta era una decisión muy poco adecuada pues, obviamente, establecer esa comunicación transoceánica requería un tiempo del que en ese momento de emergencia no se disponía.

En esos instantes de dudas y deliberaciones, el humo que salía del *Fort Stikine* cambió súbitamente de negro a amarillo, lo cual era una indicación de que ya no era algodón lo que estaba quemando, sino materia explosiva. Sin embargo, los trabajadores del puerto y los bomberos no advirtieron el cambio en el tipo de fuego, pero el tripulante de un buque próximo, el mercante noruego *Belray*, dio la voz de alarma.

El marinero había colaborado en la defensa civil de Londres durante los bombardeos alemanes y conocía perfectamente el color amarillento de las llamas que en ese momento surgían del interior del barco incendiado. No tenía ninguna duda; allí dentro había explosivos. De pronto, alguien recordó que, imprudentemente, el algodón se había almacenado encima de las cajas de explosivos. La tripulación salió bruscamente de su sopor y se dispuso a colaborar en los trabajos de extinción.

Increíblemente, la descarga del barco no había comenzado por estas materias peligrosas, con el fin de ponerlas en un lugar seguro, sino que se había dado prioridad a la harina de pescado. Además, los trabajos de descarga de la harina proseguían mientras los bomberos trataban de controlar el fuego.

El incidente ya tomó un cariz terrible. Podía producirse una enorme explosión en cualquier momento. Se imponía una solución drástica si se quería evitar que el barco entero estallase en pedazos de un momento a otro. Un oficial de la armada británica exigió al capitán Naismith que hundiera el barco lo más pronto posible para que el agua se encargase de inutilizar la carga explosiva. Sin embargo, la confusión era ya generalizada y poner en práctica cualquier decisión se antojaba como poco menos que imposible.

Para redondear los preparativos de la tragedia que estaba a punto de producirse, los barcos situados en las inmediaciones del *Fort Stikine* no fueron avisados del peligro de explosión, por lo que sus tripulaciones seguían observando el humo con más curiosidad que temor.

En medio de esta confusión generalizada, una violenta llamarada encendió el buque como si se tratase de un fósforo y casi en el mismo momento se oyó una terrible explosión. Los testigos aseguraron que el fuego alcanzó en un instante unos cincuenta metros de altura. La explosión mató al instante a las dos brigadas de bomberos que se afanaban en apagar el fuego, pereciendo también, o resultando gravemente heridas, todas las personas que se encontraban a menos de cien metros del buque. Eran exactamente las cuatro y cuatro minutos de la tarde, tal como atestiguaba el reloj del muelle, que quedó parado justo en ese momento. La explosión fue de tal magnitud que incluso llegó a ser detectada por un sismógrafo emplazado en el norte de la India.

El caos se apoderó de todo el puerto. Las bombas y la munición almacenadas en las bodegas del *Fort Stikine* seguían estallando, lo que hacía imposible acercarse al barco para intentar atajar el incendio. Pero a la media hora se produjo otra gigantesca explosión, tan violenta como la primera, arrojando al aire fragmentos de metal, madera y restos humanos, arrasando por completo la zona en un radio de unos trescientos metros. Todo se vio afectado a unos dos kilómetros de distancia; el humo ascendió en una columna de varios cientos de metros, mientras que fragmentos de algodón ardiendo caían sobre los perplejos habitantes de Bombay, provocando pequeños incendios.

Los barcos que estaban anclados en el mismo muelle comenzaron a verse

afectados por el incendio, como fichas de dominó. El primero fue el mercante *Jalapadma*, al que le siguió el *Baroda*, el *Chantilly*, el *Chirala*… Algunos de los capitanes de estos barcos murieron a bordo de ellos. Los numerosos incendios que salpicaban todo el puerto no podrían ser controlados hasta la mañana siguiente. Además, varios barcos pequeños que estaban atracados en el puerto se hundieron al zozobrar por las olas provocadas por las dos explosiones. En total, 27 barcos resultaron destruidos o quemados.

Pero la explosión no sólo afectó a los buques situados en las proximidades, sino también a los edificios del puerto, agujereados por la metralla y los fragmentos de las bombas. Varios de ellos quedaron en un estado tan ruinoso que obligó a su completa demolición. Los tres puentes levadizos que permitían el paso a los muelles quedaron inutilizados.

Para hacerse una idea del rastro de destrucción que dejó el estallido del *Fort Stikine*, basta anotar que tuvieron que emplearse 350 camiones para despejar los escombros, que sumaron cerca de un millón de toneladas. También fueron necesarios unos diez mil hombres, entre soldados británicos y civiles indios, trabajando durante seis meses, para poner en funcionamiento de nuevo las instalaciones portuarias.

Pese al carácter trágico del suceso, hubo lugar para una anécdota. Como el oro que viajaba en el *Fort Stikine* no había sido aún descargado, también saltó por los aires en el momento de la explosión. Algunos lingotes se perdieron al caer al mar, pero otros quedaron desperdigados por el puerto. Uno de ellos, el que tenía marcado como número de serie el ;Z13 256, cayó sobre un edificio, rompiendo el tejado y cayendo en el interior de un almacén. Allí lo encontró un sorprendido trabajador indio llamado Motiwala; lo entregó inmediatamente a la policía, recibiendo una recompensa de exactamente 999 rupias.

El balance de víctimas de la explosión es una incógnita. Aunque se registró un total de 231 muertos entre marineros británicos y personal del puerto, incluyendo 23 bomberos, alrededor de medio millar de civiles perdieron también la vida. Para determinar la cantidad de víctimas mortales se tuvo que recurrir a un macabro método: contar el número de cabezas encontradas entre los cuerpos mutilados. A estas cifras hay que sumar 476 heridos entre los trabajadores portuarios y cerca de 2500 heridos civiles. No se sabe cuántos de estos heridos pudieron recuperarse y cuántos murieron. Se calcula que la cantidad total de muertos pudo ser de unos 1200, aunque es posible que superase claramente esta cifra.

Pese a la enorme magnitud del incidente, los ingleses optaron por silenciarlo. El *apagón informativo* sobre el suceso fue casi total. Por ejemplo, el diario *The Evening News of India* del 15 de abril tan sólo dejaba constancia en una página interior de que se había producido un incendio en el puerto de Bombay, mientras que la portada destacaba algo tan lejano de la actualidad de la India como el avance de las tropas alemanas en Crimea.

Nunca se llevaría a cabo una investigación sobre las causas de la tragedia. Se

desconocen las razones que llevaron a los británicos a tomar esta decisión, aunque es posible que fuera una mezcla de varias motivaciones.

En primer lugar, estaba claro que la revelación de los detalles de la catástrofe no iba a beneficiar en nada al esfuerzo de guerra aliado, y más concretamente en la India, en un momento en el que los japoneses se encontraban en la misma frontera y era necesario mostrar seguridad y confianza en las propias posibilidades.

También cabe la posibilidad de que los ingleses prefiriesen evitar que quedase al descubierto la alarmante falta de medidas de seguridad en el *Fort Stikine*. Hay que tener en cuenta que los cargamentos de algodón debían contar con una vigilancia extrema, debido a su inflamabilidad. Las normativas de la época obligaban a mantener el algodón alejado de cualquier tipo de sustancia susceptible de arder, incluso de la pintura fresca. Además, durante los trabajos de almacenaje siempre tenían que estar presentes varias mangueras dispuestas a entrar en acción en cualquier momento. Estas medidas básicas fueron ignoradas.

Pero también hubo quien planteó la hipótesis de que el incendio del barco no se produjese por accidente, sino que se tratase de una acción de sabotaje. Hay que tener en cuenta el hecho de que existían grupos de saboteadores locales contrarios a la presencia inglesa en la India, y que consideraban a los japoneses como liberadores. De todos modos, una vez acabada la guerra, se prefirió no avanzar en esta especulación para no poner en riesgo las relaciones del gobierno de Londres con la India, en unos momentos en los que el proceso de independencia era ya imparable y no era conveniente añadir focos de tensión innecesarios.

En la actualidad, lo único que recuerda la explosión del *Fort Stikine* es un Memorial en el cuartel de los bomberos de Bombay, representando una escena en la que unos bomberos rescatan a las víctimas en los muelles.

A la izquierda del monumento se descubre una placa en la que está cincelada la siguiente dedicatoria:

> Erected by Public Subscription in sacred memory of
> The Officers and Men of the Bombay Fire Services
> who lost their lives in the Bombay Dock explosions
> while on duty on 14th April 1944[*].

Ése es el testimonio solitario de una tragedia que quedaría olvidada en un rincón de la historia. Las necesidades impuestas por la guerra se encargaron de ocultarla.

La masacre de Oradour

En el pueblo francés de Oradour-sur-Glane se cometió una de las masacres más espantosas de toda la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose para siempre en ejemplo del terror nazi que asoló Europa durante la contienda.

Tras la guerra se decidió que el pueblo, arrasado por los alemanes, no fuera reconstruido, como recordatorio perpetuo de la tragedia. En la actualidad, se puede visitar Oradour, convertido en un pueblo fantasma, en el que casi pueden oírse los gritos de espanto de los que allí murieron a manos de las Waffen SS.

Pero lo sucedido aquel trágico día en Oradour, así como los motivos que llevaron a los alemanes a ejecutar esa aborrecible venganza, está todavía sujeto a muchas incógnitas. Las versiones que circulan sobre la masacre son innumerables, y la que se relatará a continuación no es más que una de ellas, sin que se pueda garantizar su veracidad. A esta confusión no es ajeno el hecho de que toda la documentación relativa a la masacre se encuentra protegida por la ley de secretos oficiales francesa, que no permitirá su publicación hasta el año 2058.

El origen de la masacre hay que buscarlo en la respuesta alemana al desembarco en Normandía. Para evitar la penetración aliada, era fundamental hacer llegar a esa zona las temibles divisiones SS Panzer lo más rápidamente posible. Una de ellas, la 2.ª División SS Panzer Das Reich, al mando del general Heinz Lammerding, se encontraba en esos momentos en el sur de Francia.

El mismo 6 de junio de 1944, los 20 000 hombres que integraban esta fuerza de élite, junto a sus 75 cañones autopropulsados y sus 163 carros blindados, se puso en marcha para llegar lo más pronto posible al lugar de la invasión, desde su cuartel en Montauban, al norte de Toulouse, hacia Normandía, en un recorrido de más de 700 kilómetros. El plazo previsto para atravesar toda Francia era de 48 horas.

Pero el camino no sería nada fácil para la 2.ª División SS Panzer. Los Aliados se habían encargado de coordinar una serie de acciones por parte de la Resistencia para obstaculizar el avance de las tropas alemanas, que comenzaron a encontrarse con carreteras cortadas, continuas emboscadas y ataques de francotiradores. El ingenio de los guerrilleros franceses les llevó incluso a ocultar minas en excrementos de vaca.

Además, aviones británicos y norteamericanos realizaban constantes misiones de bombardeo sobre la columna de Lammerding, retrasando una y otra vez la llegada de los blindados alemanes a las costas normandas, un tiempo que era eficazmente aprovechado por los Aliados para consolidar sus posiciones en las playas.

La desesperación cundió entre los alemanes. Habían transcurrido ya tres días y desde Berlín no paraban de llegar mensajes instándoles a llegar de una vez a Normandía, mientras ellos se veían empantanados en un penoso avance por carreteras impracticables.

La solución de utilizar la red ferroviaria tampoco era posible; la mayor parte de las vías habían sido saboteadas. Varios trenes cargados de soldados alemanes rumbo al norte habían sufrido ya descarrilamientos provocados por las acciones de la Resistencia.

En este tenso ambiente, cargado de odio y frustración, llegaron confusas noticias que hacían referencia a la muerte de un oficial alemán, muy estimado por la tropa. Todavía no se sabe exactamente lo que sucedió; unos aseguran que fue tiroteado en

una aldea mientras otros afirman que fue raptado por un comando de la Resistencia, ocultado en una casa del pueblo y posteriormente ejecutado. Hay quien aseguró haber visto su cadáver carbonizado en el horno de un panadero. Sea como fuere, la muerte de ese hombre se convertiría en la espoleta que despertó el instinto asesino de los SS.

A la mañana del día siguiente, un fatídico 10 de junio de 1944, un grupo al mando del general Heinz von Brodowsky se presentó en Oradour-sur-Glane, una aldea de la región de Limousin. Aunque el propósito aparente era pedir la documentación de sus habitantes para localizar a los sospechosos y registrar el pueblo en busca de armas y explosivos, eso no era más que una excusa para llevar a cabo una fría y cruel venganza.

Para detallar lo que sucedió a continuación, lo mejor es transcribir un extracto del informe que se leyó ante el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg el 31 de enero de 1946:

«La unidad de las SS ocupó el pueblo, que previamente había rodeado, y ordenó a la población que se reuniera en la plaza del mercado. Les dijeron que, según un informador, alguien había escondido explosivos en la localidad y que iban a comprobar la identidad de los presentes y a registrar las casas. A los hombres les ordenaron que se dividieran en cuatro o cinco grupos, y encerraron a cada grupo en un granero. A las mujeres y a los niños los llevaron a la iglesia y también los encerraron. Eran aproximadamente las dos de la tarde.

»Poco después —continúa relatando el informe—, se oyó el sonido de las ametralladoras, incendiaron todo el pueblo y las granjas cercanas (…). Soldados alemanes entraron en la iglesia a las cinco de la tarde e instalaron un equipo de emisión de humos en el altar. El aire se volvió irrespirable en poco tiempo, pero alguien consiguió derribar las puertas de la sacristía y pudieron reanimar a las mujeres y a los niños afectados. Los soldados alemanes empezaron entonces a disparar por las ventanas de la iglesia, entraron en el edificio para matar a los supervivientes con sus pistolas y derramaron una sustancia altamente inflamable en el suelo (…)».

Tan sólo pudieron escapar de la masacre seis adultos y un niño, simulando estar muertos hasta que los SS abandonaron el pueblo. Otros veinte habían logrado huir en cuanto aparecieron los alemanes. Menos suerte tuvieron algunos ciclistas que pasaban en ese momento por Oradour y que, tras ser también apresados, sufrieron la misma suerte que sus habitantes.

En cuanto al número total de víctimas, las diversas fuentes no se ponen de acuerdo, al ser imposible fijar el número de personas que había allí en aquel momento. Mientras que el informe leído ante el Tribunal de Nuremberg afirma que podían ser entre 800 y 1000, estudios posteriores rebajan esta cifra pero, de todos modos, la cantidad de personas asesinadas fue muy elevada. Los números oficiales hablan de 240 mujeres, 205 niños y 197 hombres.

Los ecos de la masacre se extendieron por todo el mundo. Los Aliados se

quedaron horrorizados al conocer los detalles de la matanza de Oradour, aunque los menos impresionados fueron los soviéticos, que, desgraciadamente, habían sufrido numerosas acciones de este tipo durante la ocupación alemana.

Pero Oradour no fue el único lugar en el que los nazis llevaron a cabo venganzas indiscriminadas sobre la población civil francesa. Según el acta de acusación del Tribunal de Nuremberg, hubo fusilamientos en masa por «represalias» en París, Burdeos, Nantes, Rennes, Nimes, Niza o Chateaubriand. La expedición «punitiva» de Oradour se repitió en otras pequeñas poblaciones, como Ascq, Golpau, Busé-sur-Tern o Pluvigner, entre abril y julio de 1944[28].

No obstante, como detrás de cada desgracia siempre hay un elemento tragicómico, Oradour no fue una excepción. Los investigadores comprobaron que la orgía de sangre y destrucción de los SS fue producto de un error, seguramente inducido por las atropelladas declaraciones de algún confidente presionado. Si lo que deseaban era proporcionar un escarmiento a los aldeanos que supuestamente habían colaborado en la muerte de su compañero, no lo consiguieron; el pueblo involucrado en esa acción de la Resistencia no fue Oradour-sur-Glane, sino otro con un nombre casi idéntico, Oradour-sur-Vayres, que gracias a esa confusión se libró de la desmedida crueldad nazi.

Pero, tal como se indicaba al principio, desconocemos muchos detalles de lo acaecido aquel trágico día. Si los historiadores pudieran consultar los documentos que aún hoy permanecen clasificados como secreto en los archivos franceses, seguramente se podría averiguar la verdad, pero eso todavía no es posible.

La razón de que aún no se haya decidido la desclasificación de esos documentos que aclararían lo ocurrido allí podría ser el deseo francés de no reabrir heridas en su relación con Alemania, en una época en la que las disputas históricas aparecen muy lejanas en el pasado.

Pero en esa decisión podría tener mayor peso un aspecto más inquietante; el hecho de que una parte de los miembros de las SS que participaron en la matanza fueran, paradójicamente, franceses alsacianos. Esos soldados galos que sirvieron bajo las armas de las SS llegarían después a distinguirse luchando en Indochina en las filas del Ejército francés, desplegando un gran valor, por lo que podría ser incómodo poner de relieve esa ambivalencia de los franceses. La colaboración con el ocupante alemán supone un trauma indeleble en el país galo, al minar el mito forjado en torno a la Resistencia, y la masacre de Oradour no escapa a ese fantasma que aparece periódicamente para agitar la conciencia histórica de los franceses.

Fuga suicida en Australia

La fuga más numerosa, y a la vez más trágica, de la Segunda Guerra Mundial, se produjo en el campo de prisioneros de guerra de Cowra, situado en valle Lachlan de

Nueva Gales del Sur, en Australia. La denominación oficial del recinto era *Prisoner of War camp N.º 12*, y encerraba entre sus alambradas a soldados nipones, además de un grupo de italianos.

Durante la noche del 4 al 5 de agosto de 1944, un total de 1104 prisioneros japoneses emprendieron una fuga masiva, saltando las alambradas. Los vigilantes, sorprendidos, dispararon al aire, conminándoles a que regresasen a sus barracones, pero los nipones prosiguieron con su huida. De inmediato los guardias comenzaron a disparar a los japoneses, sin que ello les hiciera vacilar en su propósito. Las ametralladoras instaladas en las torres de vigilancia segaron la vida de 231 nipones, quedando 107 heridos.

Por su parte, los prisioneros italianos, horrorizados por la acción suicida de sus compañeros de infortunio, prefirieron no participar en ella y acudieron rápidamente a ponerse bajo el control de los vigilantes, para evitar verse inmersos en semejante carnicería.

Pero los japoneses no se limitaron a intentar la huida, sino que atacaron también a los guardias de forma desesperada; con sus propias manos y algunas armas improvisadas mataron a cuatro de ellos y dejaron la misma cantidad de heridos. Finalmente, 324 prisioneros japoneses lograron escapar del campo de Cowra, aunque en los días posteriores todos ellos serían capturados, al no disponer de ningún tipo de apoyo en el exterior. Durante la batida llevada a cabo por los soldados australianos, 25 nipones se quitaron la vida antes de ser apresados.

La naturaleza de esta fuga masiva encajaba perfectamente con la mentalidad de los soldados nipones. Teniendo en cuenta que para ellos el caer prisionero era un oprobio de imposible remisión, la huida se convirtió prácticamente en un suicidio, acorde con las cargas *banzai* llevadas a cabo durante la guerra. Una prueba es que los propios nipones prendieron fuego a 18 de los 20 barracones en los que se alojaban y que una veintena de prisioneros optó por quedarse dentro de ellos, pereciendo entre las llamas[29].

El propio primer ministro australiano, John Curtin, se estremeció ante la descripción de la sangrienta fuga, y expresó su incomprensión hacia «semejante desprecio por la propia vida», teniendo en cuenta que la acción de los japoneses no tenía ninguna posibilidad de saldarse con éxito.

Temiendo represalias contra los soldados australianos que se encontraban recluidos en los campos japoneses, las autoridades australianas decidieron declarar secreto este incidente. Los informes sobre la fuga de Cowra no serían desclasificados hasta 1950.

En la actualidad, el Cementerio Japonés de Cowra reúne las tumbas de 522 soldados nipones que murieron en Australia durante la Segunda Guerra Mundial, incluidos los que fueron abatidos durante la huida del campo de prisioneros. En esta localidad australiana se inauguró en 1979, con motivo del 35 aniversario, un jardín japonés que conmemora aquel intento de fuga que no fue más que un suicidio

masivo.

La mayor explosión en suelo británico

El 27 de noviembre de 1944 se produjo en la localidad de Fauld, en el condado de Staffordshire, la mayor explosión que se ha dado nunca en suelo británico, aunque ese hecho, aparentemente tan difícil de ocultar, permaneció secreto hasta después de la guerra.

El depósito de munición de la RAF allí emplazado, en el que había 3700 toneladas de bombas, estalló cuando pasaban once minutos de las once de la mañana de ese trágico lunes. Las bombas estaban almacenadas en unos búnkeres subterráneos que se extendían en un sector de unos 17 000 metros cuadrados. Al parecer, la explosión fue causada por unas bombas que fueron sacadas de su almacén sin serles extraídos los detonadores antes de ser manipuladas, según un informe que no se haría público hasta treinta años después, en 1974.

El cráter que se formó tenía treinta metros de profundidad y una extensión de cinco hectáreas. Todo quedó completamente arrasado en un círculo de unos 1200 metros. Se formaron dos gigantescas columnas de humo que ascendieron cientos de metros. El accidente también produjo una gran inundación en la zona, al romperse un depósito que contenía cerca de medio millón de metros cúbicos de agua.

En la deflagración murieron 78 personas, entre miembros de la RAF, prisioneros italianos y empleados civiles, y hubo que contar varias decenas de heridos y afectados por la inhalación de humo. Sin duda, este balance puede calificarse de afortunado para el enorme daño que hubiera podido ocasionar la explosión, de no contar con unas instalaciones tan fortificadas y profundas.

Ese accidente pasaría a la Historia como «*The RAF Fauld Explosion*», pero permaneció oculto hasta después de la guerra. En un primer momento se creyó que se trataba de un ataque de bombas volantes V-2 o del sabotaje de un agente enemigo, pero pronto se averiguó que se había tratado de un accidente. Aun así, se decidió no hacer público el suceso para que la moral de victoria, en un momento en el que ésta parecía estar próxima, no se viera afectada, y para que los alemanes no se atribuyesen la autoría de la explosión.

Sorprendentemente, las autoridades militares no depuraron responsabilidades por ese gravísimo error en el cumplimiento de las medidas de seguridad que debían tomarse. El comandante del depósito no sólo no fue reprobado sino que incluso sumaría después un ascenso en su carrera. Posiblemente, el motivo de esta ausencia de reacción fue el deseo de tapar discretamente el asunto, un objetivo que no se hubiera podido cumplir de abrir un proceso de búsqueda y castigo de los responsables.

A pesar de los daños causados en las instalaciones, la RAF seguiría utilizando el

depósito de munición hasta 1966. Entre 1967 y 1973, el recinto fue cedido al Ejército norteamericano para almacenar explosivos, trasladados desde Francia después de que el gobierno galo decidiese abandonar la estructura militar de la OTAN. Después, la zona fue abandonada.

Actualmente, el área es de acceso público. Han crecido árboles en el interior del cráter y éste casi llega a confundirse con el agradable paisaje de Staffordshire, pero todavía hay artefactos explosivos enterrados en el lugar de la deflagración, lo que es advertido con las señales correspondientes. Pese al peligro que entraña esta munición sin estallar, se ha renunciado a extraerla y desactivarla debido al altísimo coste que esta operación entrañaría. El visitante puede encontrar también un monolito en el que están grabados los nombres de las personas que perdieron la vida en aquella explosión.

Capítulo 3

Las divisiones del Papa

Pese a su obvia insignificancia como potencia militar, el Vaticano jugó un papel destacado durante la Segunda Guerra Mundial. El dictador soviético, Josif Stalin, intentó restar importancia a su influencia, preguntando de forma retórica en una ocasión que «con cuántas divisiones contaba el Papa», pero la verdad es que la Iglesia católica dispuso durante el conflicto de una enorme capacidad de influencia en el desarrollo de éste.

Por un lado, gracias a sus acrisolados servicios secretos, el Vaticano pudo mantenerse puntualmente informado de todo lo que ocurría, tanto en las esferas oficiales como en las áreas en lucha y, por otro, las Iglesias locales gozaron de un potencial de acción que se extendía prácticamente por toda Europa.

Sin embargo, el aprovechamiento de esas capacidades por parte del papa Pío XII para salvaguardar los principios humanitarios ha sido puesto en tela de juicio por los historiadores. Especialmente controvertida fue la actitud del sumo pontífice en relación a la persecución y el exterminio de los judíos. Mientras el debate continúa, su solución queda a expensas de que algún día se desclasifiquen los documentos secretos relativos al polémico pontificado de Pío XII.

¿Colaboró la Iglesia católica con Hitler?

Para cualquier historiador, el gran *objeto de deseo* es el archivo secreto del Vaticano. A buen seguro, en él se encuentran documentos que trastocarían por completo las verdades históricas comúnmente aceptadas. En lo que hace referencia a la Segunda Guerra Mundial, no sería una excepción.

No obstante, las peticiones de los historiadores para bucear en los archivos vaticanos en busca de respuestas a las numerosas cuestiones polémicas de la contienda de 1939-1945 son sistemáticamente ignoradas. Por el momento, los investigadores deben conformarse con los documentos correspondientes al papado de Pío XI, que abarca desde el 6 de febrero de 1922 al 10 de febrero de 1939, y que fueron desclasificados en septiembre de 2006. Durante ese turbulento período se produjo el auge del fascismo, la génesis de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil española.

En total fueron 30 000 los documentos desclasificados pertenecientes a esos años cruciales. El papa Juan Pablo II había anunciado ya la apertura de esos archivos, pero se necesitó más de un año y medio para que un equipo de expertos hiciera posible el

acceso a los documentos correspondientes a este período. En su primer día de apertura, medio centenar de investigadores acudieron en busca de revelaciones que arrojasen luz sobre esa etapa histórica.

En estos archivos se encuentran cartas y documentos para analizar por ejemplo el comportamiento de Pío XI durante la guerra española y su relación con el general Franco, así como durante el fascismo en Italia y las leyes raciales contra los judíos.

Uno de los acontecimientos más destacados del papado de Pío XI, un ferviente anticomunista, fue la firma del Tratado de Letrán (1929) con el régimen de Mussolini, acuerdo que puso fin a las diferencias de la Santa Sede con el Estado italiano y que supuso la creación del Estado del Vaticano. Pero, con ser ese período histórico muy interesante, la esperanza de los investigadores es hallar las claves para desentrañar una controvertida cuestión que ha hecho correr ríos de tinta: la relación entre la Iglesia católica y el régimen nazi y su actitud ante el exterminio de los judíos. Para ello son decisivos los documentos relativos a la figura del cardenal Eugenio Pacelli, el secretario de Estado y *brazo derecho* de Pío XI, y que le sucedería en la silla de san Pedro con el nombre de Pío XII.

A la espera del día en el que se abran los archivos pertenecientes al polémico pontificado de Pío XII, los historiadores han de conformarse con los del papado anterior. Pero el Vaticano, para contrarrestar las acusaciones de colaboración entre Pío XII y los regímenes nazi y fascista, decidió en 2005 abrir a los investigadores el fondo de la *Oficina de informaciones vaticana para los prisioneros de guerra*, que comprende documentos de 1939 a 1947 sobre 2.100 000 prisioneros de la Segunda Guerra Mundial. También se procedió a la apertura de los archivos de las nunciaturas de Múnich y de Berlín, pero en este caso solamente de los documentos fechados hasta 1939.

Hasta que se desclasifiquen los documentos pertenecientes al período de la Segunda Guerra Mundial, las relaciones de la Iglesia católica con el régimen nazi continuarán sujetas a una gran controversia. Como se ha apuntado, uno de los asuntos más espinosos es dilucidar si el Vaticano estaba al corriente del asesinato masivo de judíos en los campos de exterminio. Todo parece señalar en esa dirección, pues hay constancia de un buen número de testigos que acudieron a diferentes instancias reclamando una acción del Vaticano para poner fin a la matanza a gran escala que se estaba llevando a cabo.

Obviamente, los que dieron la voz de alarma de lo que estaba ocurriendo en el interior de esos campos fueron los escasos prisioneros que lograron escapar. Pero también hubo testimonios procedentes de la propia maquinaria de guerra nazi, como por ejemplo el doctor Kurt Gerstein. Este médico alemán entró en las Waffen SS en 1941 con el grado de teniente, y se le nombró «*técnico para la higiene*». Si al principio el doctor Gerstein pensaba que sus competencias servirían para purificar el agua para los soldados, pronto se dio cuenta de que sus trabajos con el gas venenoso Zyklon B estaban de hecho destinados a la exterminación de judíos y gitanos en los

campos de Auschwitz, Belzec, Treblinka y Sobibor.

Desde que Kurt Gerstein tuvo conocimiento del genocidio que estaba en marcha, intentó prevenir al Vaticano reclamando ser recibido por el nuncio del Papa, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Logró sin embargo prevenir, entre otros, al encargado de asuntos suecos, el barón Von Otter, a la jerarquía de las diversas Iglesias protestantes alemanas opuestas al régimen nazi, a algunos miembros de la resistencia holandesa y al diplomático suizo Paul Hochstrasser. Teniendo en cuenta que el Estado Vaticano es seguramente el que dispone de una red mayor de informadores en todo el mundo, y su vasta experiencia en relaciones internacionales, acuñada a lo largo de muchos siglos, es impensable que no conociese las atrocidades que en esos momentos estaban cometiendo los nazis.

Las alertas llegaron también desde el interior de la propia Iglesia. En junio de 1942, el arzobispo de Friburgo informó a la Santa Sede de las masacres de judíos en los países del Este. El mismo año, el obispo de Osnabrück se expresó así al Papa: «La eliminación total de los judíos subsiste claramente, ¿qué puede suceder? Los obispos, ¿pueden lanzar desde su cátedra una protesta pública?». Se desconoce la respuesta papal.

El nuncio apostólico de Suiza, monseñor Bernardini, tuvo contacto con Gerhart Riegner, miembro del Congreso Judío Mundial, que había elaborado un censo de las persecuciones contra los judíos en toda Europa. También se desconoce si el Vaticano emprendió alguna iniciativa.

En 1942, un resistente católico polaco, Jan Karski, fue solicitado por judíos del *ghetto* de Varsovia para que trasladase al Vaticano la descripción de los detalles de lo que allí venía ocurriendo. Estos resistentes judíos pensaban que los otros judíos no se dejarían arrastrar a los campos de exterminio si estaban al corriente de lo que sucedía. Muchos pensaban que el destino de los trenes a los que subían eran centros de trabajo en el este. La Iglesia católica era bastante influyente para prevenir a todo el mundo de las atrocidades que se estaban cometiendo, lo que podía alentar la resistencia de los judíos.

El resistente polaco volvió y partió clandestinamente del gueto, en el que pudo ver las condiciones del trato dado a los judíos. Luego éste atravesó Europa para entrevistarse con el presidente polaco exiliado en Londres. Este último tuvo acceso al Papa para relatarle las barbaries perpetradas con los judíos en Polonia. La única acción que llevaría a cabo el pontífice sería una velada referencia en su discurso de Navidad de 1942, en el que expresó sus votos «por los que, por la simple cuestión de raza, son condenados». Para los que esperaban que Pío XII reaccionase decididamente a favor de que en esos momentos estaban sufriendo a manos de los nazis, supuso una enorme decepción.

Tras la ocupación de Italia por las tropas alemanas en septiembre de 1943, después de la deserción del Ejército italiano, el Papa se vio forzado a tomar decisiones. El 16 octubre 1943, 1259 judíos de Roma fueron deportados; Pío XII

perdió una oportunidad única para posicionarse de manera inequívoca contra la persecución de que eran objeto los judíos, simplemente acudiendo a la estación para evitar la salida de los trenes que les iban a conducir a los campos de exterminio. Sin embargo, se limitó a mandar abrir las puertas de los conventos de Roma para salvar, al menos, algunas centenas de judíos, una actitud que sus partidarios califican de valiente mientras que sus detractores la consideran muy poco heroica.

Pero los testimonios procedentes del horror seguirían llegando al Vaticano. El 20 junio de 1944, el nuncio apostólico de Checoslovaquia recibió a Rudolf Vrba, un evadido de Auschwitz, quien le describió la situación en este campo y le explicó que una nueva línea de tren acababa de crearse para aumentar las capacidades de exterminio. El informe de esta reunión debe hallarse también en los archivos vaticanos.

Los historiadores católicos han reconocido que Pío XII nunca condenó públicamente la política antisemita de los nazis. Una de las excusas a esta actitud es que el Papa no contaba con recursos para combatir el afán exterminador del Tercer Reich. Pero los hechos demuestran que esa percepción es, como mínimo, discutible. El Vaticano habría podido excomulgar a los nazis y llamar a los católicos a que resistieran.

Esta *arma*, la excomunión, sólo fue empleada una vez, contra Léon Degrelle, jefe de los fascistas belgas y miembro de las SS, quien fue excomulgado por haber agredido a un sacerdote. Los otros jefes nazis católicos aceptaron esta sentencia sin atreverse a expresar sus quejas a la jerarquía católica, lo que prueba que el Papa tenía un margen de maniobra más grande de lo que él podía suponer.

Si el Papa hubiera excomulgado a los nazis en su conjunto, el Tercer Reich hubiera tenido más dificultades para controlar Europa, al tener a los católicos en su contra. En un país de mayoría católica como Francia, esa condena papal hubiera puesto en serios aprietos al colaboracionista régimen de Vichy y, probablemente, las deportaciones de judíos franceses se hubieran visto obstaculizadas. Sin embargo no se hizo nada; la única protesta pública de la Iglesia fue la que Pío XII dirigió al presidente húngaro, Miklós Horthy, contra los sufrimientos infligidos a los judíos, pero ésta se produjo a finales de 1944, cuando estaba claro que la Alemania nazi había perdido la guerra.

Otro ejemplo de que la Iglesia católica contaba con muchas más cartas en su mano de las que creía tener sería lo ocurrido con el programa de exterminio llevado a cabo contra los enfermos mentales en Alemania. Se trataba de la acción denominada «T4», por la que se acabó con la vida de entre 70 000 y 90 000 pacientes mediante inyección letal o inhalación de gas carbónico.

Éste era un programa organizado para asesinar en masa a los alemanes no judíos que padeciesen una enfermedad mental grave. Hitler entendía que el plan T4 era «razonable», puesto que se podía hacer un uso más eficaz de hospitales, médicos y personal sanitario en una situación de guerra a cambio de aniquilar a personas

improductivas que sólo generaban gastos al Estado. Uno de los impulsores de este proyecto, el doctor Joseph Mayer, reconoció que el plan T4 era contrario a la doctrina de la Iglesia católica, pero comunicó a Hitler que no esperaba una oposición militante. En consecuencia, el plan T4 se puso en marcha en 1939.

Pero Mayer erró en su apreciación. Entonces estaba vigente el Concordato entre Alemania y la Santa Sede[30] —aunque era sistemáticamente vulnerado por Hitler—, por el que la Iglesia católica no podía inmiscuirse en la política del régimen, pero aun así la Iglesia se opuso de manera frontal a este plan de exterminio, mediante la publicación de cartas pastorales. El principal altavoz de la postura de la Iglesia sería monseñor Von Galen, quien, con una oratoria clara y contundente, denunció sin ambages las consecuencias criminales del nazismo, haciendo también una referencia clara al trágico destino del pueblo judío. Ante la extensión de las protestas desde los púlpitos, el 24 de agosto de 1941 Hitler decidió cancelar el plan T4. Los católicos habían ganado esa batalla, pero el Papa prefirió no emplear esa fuerza para denunciar los otros abusos que estaba cometiendo el Tercer Reich, una fuerza que se había demostrado sorprendentemente eficaz.

Según los historiadores católicos, el silencio del Papa se explicaría por la voluntad de no agravar la situación y proteger así a los católicos que vivían tanto en Alemania como en los países que se hallaban bajo dominio germano, pese a que, tal como se ha visto, Hitler rehuyó el combate contra la Iglesia católica cuando ésta se mostró contraria a sus designios. Posiblemente, la protección del patrimonio de la Iglesia católica también pudo tener su peso para adoptar esta actitud. El Papa había sido durante varios años el nuncio apostólico en Alemania, por lo que conocía a la perfección la situación de la Iglesia en ese país, además de conocer personalmente a muchos católicos alemanes. Según sus defensores, Pío XII tenía miedo de que, si excomulgaba a los nazis, los veintidós millones de católicos alemanes fueran perseguidos.

Otro aspecto importante a tener en cuenta es el hecho de que la Alemania nazi estaba combatiendo a la Unión Soviética. En esos momentos, el gran enemigo de la Iglesia católica era el comunismo, y Hitler era quien estaba luchando contra él. El silencio del Papa también hay que entenderlo desde ese punto de vista. Un dato que vendría a abonar esta circunstancia es que el Papa condenó públicamente la agresión de Finlandia por la Unión Soviética en 1939, una condena que no se daría con motivo de las agresiones militares del Eje a otros países. Es posible que el declarado antibolchevismo de los nazis les hubiera salvado de esa condena papal, pues es lógico que Pío XII no desease debilitar a quien estaba luchando contra el que era considerado desde hacía dos décadas el gran enemigo de la Iglesia católica.

Si el Vaticano nunca apoyó de manera oficial a los regímenes nazis y fascistas, lo que es innegable es que estos regímenes ejercían una cierta seducción en muchos clérigos y en el propio papa Pío XII. Por ejemplo, en agosto de 1936, los obispos alemanes publicaron una declaración en la que imploraban «*la bendición del Cielo*

para la obra del Führer». Por otro lado, la prensa católica francesa mostró claramente su apoyo al régimen colaboracionista. Otro ejemplo lo constituye el régimen político de Eslovaquia, presidido por un sacerdote, Jozef Tiso, quien ejerció el poder gracias a la protección de los nazis. En contrapartida a este apoyo, el líder eslovaco entregaría un total de 60 000 judíos a los alemanes.

No obstante, los historiadores no se ponen de acuerdo sobre el papel jugado por Pío XII. Los favorables al pontífice han destacado que el *New York Times*, en su editorial de Navidad de 1941, elogió al Papa por «situarse plenamente contra el hitlerismo» y por «no dejar duda de que los objetivos de los nazis son irreconciliables con su propio concepto de la paz cristiana».

Varios historiadores judíos han documentado los esfuerzos del Vaticano en favor de los hebreos perseguidos, señalando que en septiembre de 1943 Pío XII llegó a ofrecer bienes del Vaticano como rescate de judíos apresados por los nazis. El Congreso Judío Mundial agradeció en 1945 la intervención del Papa, con un generoso donativo al Vaticano. En el mismo año, el gran rabino de Jerusalén, Isaac Herzog, envió a Pío XII una bendición especial «por sus esfuerzos para salvar vidas judías durante la ocupación nazi de Italia». Israel Zolli, gran rabino de Roma, quien pudo apreciar los esfuerzos del Papa por los judíos en la *Ciudad Eterna*, al terminar la guerra se hizo católico y tomó en el bautismo el nombre de pila del Papa, Eugenio, en señal de gratitud. Con posterioridad, Zolli escribiría un libro dejando constancia de numerosos testimonios sobre la actuación de Pío XII.

También a favor de Pío XII se pueden esgrimir las informaciones desveladas tras la apertura de los archivos de la *Stasi*, la policía política de Alemania oriental. Esos archivos, además de contener informes sobre la actitud del Vaticano durante la Guerra Fría, incluían documentación relativa al período de la Segunda Guerra Mundial. Según unos documentos que habían permanecido en esos archivos de la República Democrática de Alemania, a los que había tenido acceso el diario italiano *La Repubblica* en abril del 2007, la Santa Sede era contemplada por los nazis como uno de los mayores enemigos del Tercer Reich, concentrando ese carácter hostil en el Papa. Los servicios secretos germanos tenían en el Vaticano un objetivo de primer orden; habían establecido una tupida red capaz de interceptar correspondencia importante, como una carta del secretario de Estado, Luigi Maglione, en la que contaba que «el Papa se ha construido un refugio antiaéreo al que se puede acceder en ascensor».

Otro tema que irritaba profundamente a los dirigentes alemanes era la actitud de Pío XII a favor de la Polonia ocupada: «La Santa sede no se ha limitado a ayudar a los polacos prófugos en varios países, sino también a los que han quedado en la patria», se puede leer en uno de los informes del archivo de la *Stasi*, donde además se asegura que el Vaticano ayudaba a los judíos polacos.

El estudio de esos documentos ofrece la imagen de un Pío XII hábil y decidido. Según el padre Giovanni Sale, historiador de la revista *Civiltá Cattolica*, a finales de

1945 se inició una campaña anti-Pacelli cuyo origen estaba en Radio Moscú y en el diario *Pravda*, que crearon la «leyenda negra» sobre el pontífice. Los documentos encontrados en los archivos de la Stasi confirmarían esta idea, ya que tampoco para el gobierno comunista de Alemania oriental el Papa sería una persona grata.

La tesis de que el cuestionamiento de la actitud del Papa durante la guerra tiene su origen en una campaña alentada por la Unión Soviética supuestamente se confirmó en enero de 2007, cuando un exespía de la KGB denunció que el Kremlin y los servicios secretos soviéticos, la KGB, orquestaron una campaña en los años sesenta contra la Iglesia católica, en donde el principal objetivo era hacer que calase en la opinión pública la idea de que Pío XII simpatizaba con el régimen nazi.

En la revista norteamericana *National Review Online*, Ion Mihai Pacepa, exespía de la KGB de origen rumano, explicó que «en febrero de 1960, Nikita Khrushchev aprobó un plan secreto para destruir la autoridad moral del Vaticano en Europa occidental. Pío XII fue escogido como el principal objetivo de la KGB, su encarnación del mal, porque ya había dejado el mundo en 1958. "Los muertos no pueden defenderse" fue el lema de la KGB entonces». El nombre clave de esta campaña fue «Asiento 12».

Pacepa indicó en su artículo que la KGB basó sus difamaciones en que el entonces arzobispo Pacelli había servido como Nuncio Apostólico en Múnich y Berlín. Según el antiguo agente, «la KGB quería presentarlo como un antisemita que había alentado el holocausto de Hitler», y dijo que para lograrlo la KGB quería «modificar levemente» algunos documentos originales del Vaticano y para eso lo llamaron a él, cuando trabajaba en el servicio de inteligencia rumano.

Entre 1960 y 1962, el espía envió cientos de documentos a la KGB relacionados con Pío XII. Según explicó, ninguno incriminaba al Pontífice, pero de igual modo los enviaba para su posterior modificación. Esos documentos alterados fueron utilizados luego para producir una obra de teatro en la que se atacaba al Pontífice; se estrenó en la Alemania de 1963 bajo el título de *El Vicario, una tragedia cristiana*, y proponía que Pío XII apoyó a Hitler, alentándole a seguir adelante con el holocausto judío. A su vez, el director de la obra argumentaba falsamente que tenía 40 páginas de información que sustentaban lo que la obra mostraba. Un año después fue estrenada en Nueva York y traducida posteriormente a veinte idiomas, convirtiéndose luego en referencia obligada para una oleada de libros y artículos en donde se acusaba a Pío XII de connivencia con el nazismo.

«Hoy en día, mucha gente que nunca escuchó nada de *El Vicario* está sinceramente convencida de que Pío XII fue un hombre frío y despiadado que odiaba a los judíos y que ayudó a Hitler a eliminarlos», explicó entonces Pacepa y añadió que «como jefe de la KGB, Yuri Andropov, el incomparable maestro del engaño soviético, solía decirme que las personas están más dispuestas a creer la maldad que en la santidad». Pacepa también destacó que la verdad se conociese en un momento en el que el proceso de canonización de Pío XII estaba en marcha. «Los testigos de

todo el mundo prueban que Pío XII era enemigo y no amigo de Hitler», sentenció el antiguo espía del KGB.

Fue precisamente a consecuencia de ese proceso de beatificación del papa Pacelli que salieron a luz otros documentos que vendrían a abonar la tesis de que el pontífice, pese a la imagen de una cierta connivencia con el nazismo, en realidad era enemigo del Tercer Reich y trabajaba en la sombra a favor de los perseguidos por ese régimen. En enero de 2005, el diario italiano *Avvenire* se hizo eco de unos documentos recogidos durante el proceso de beatificación. Se trataba del testimonio del general de la Waffen SS, Karl Friedrich Otto Wolff, que aparece en una declaración escrita en 1972 en Múnich. Según su trascendental testimonio, Wolff afirmó haber recibido «de Hitler en persona la orden de secuestrar al papa Pío XII». El general alemán afirmó entonces que Hitler planeó el rapto del Pontífice porque era «antinazi y amigo de los hebreos» y con el objetivo más amplio de «cancelar el cristianismo y sustituirlo con la nueva religión nazi».

El plan del secuestro fue meditado por el Führer «durante años», estudiado en todos sus detalles y solicitado insistentemente desde 1944, llegando a dar una suerte de ultimátum a Wolff para que lo pusiese en práctica. En mayo de ese año, el general alemán se reunió en audiencia con Pío XII y le confió las intenciones de Hitler. Wolff le pidió estar en guardia porque, aunque él no iba a cumplir la orden, «la situación era confusa y estaba llena de peligros».

Como prueba de su buena fe, el Papa pidió al general Wolff la liberación de dos líderes de la resistencia condenados a muerte. El general aceptó la petición el 3 de junio.

Según el periódico, las SS se habrían encargado de secuestrar al Papa, mientras el *Kunsberg-Kommando*, la organización nazi especializada en la catalogación de los documentos, se habría hecho cargo de los valiosísimos archivos vaticanos. En virtud del plan elaborado por Hitler, el Pontífice debía ser conducido al castillo de Lichtenstein, en Württemberg[31].

Según este diario, ya desde 1941 se temían en el Vaticano eventuales intervenciones nazis contra el Papa. En aquel año, algunos importantes documentos sobre las relaciones con el Tercer Reich fueron microfilmados y enviados al delegado apostólico en Washington, Amleto Cicognani. Además, Pío XII había mandado esconder sus cartas personales, mientras otros documentos de la secretaría de Estado fueron puestos a salvo en escondites de los archivos secretos para que no cayeran en manos de los nazis.

Pero a pesar de estos testimonios favorables sobre la actitud del Papa, son mayoría los historiadores que consideran que le faltó valor para denunciar el régimen criminal nazi y que estuvo en su mano haber hecho mucho más para salvar vidas humanas. La prueba más clara de ello es que Pío XII nunca proclamó una condena formal del nazismo, teniendo la oportunidad.

Sea cual sea la realidad de los hechos, esta polémica relación entre la Iglesia

católica y el régimen nazi ha supuesto una presión enorme para el Vaticano. Sin embargo, decisiones como las beatificaciones del cardenal Schuster —amigo de Mussolini— en mayo de 1996 y del arzobispo Stepinac, entonces jefe de la Iglesia católica de Croacia —bajo un régimen colaborador de los nazis—, no han servido precisamente para clarificar el papel de la Iglesia católica en aquella etapa.

Con el objetivo de aliviarse de esta presión, el Vaticano decidió en octubre 1999 la creación de una comisión internacional de historiadores judíos y católicos «con el fin de acabar con las polémicas sobre el papel del Vaticano durante la guerra». Esta comisión entregó su informe en octubre de 2000; en él, los miembros de la comisión explicaron que los trabajos históricos de la Iglesia sobre este tema eran incompletos y reclamaron la apertura de los archivos del Vaticano del período 1939-1945. El Vaticano rechazó esta petición, lo que provocó la dimisión de los miembros judíos de esta comisión. Ésta quedaría definitivamente disuelta en julio de 2001.

Es significativo también que, un mes después de la entrega del informe de la comisión, el Vaticano se opusiera a las acciones judiciales emprendidas para conocer la procedencia de unas cantidades importantes de oro —por valor de varios millones de dólares— que permanecen en su banco, y que parecen tener su origen en el expolio a las víctimas del nazismo, aduciendo su calidad de Estado independiente.

Esta actitud obstruccionista contrasta con las posiciones comprensivas respecto a la magnitud del Holocausto expresadas por el papa Juan Pablo II en su carta apostólica del 26 de julio de 1939, en la que, con ocasión del cercano cincuenta aniversario del estallido de la Segunda Guerra Mundial, se expresó en los siguientes términos:

«Debe hacerse una mención especial de los prisioneros de guerra que, aislados, ofendidos y humillados, pagaron también, después de las asperezas de los combates, otro pesado tributo. Hay que recordar, por fin, que la creación de Gobiernos impuestos por los invasores en los Estados de la Europa central y oriental estuvo acompañada por medidas represivas y también por una multitud de ejecuciones para someter a las poblaciones reacias.

»Pero de todas estas medidas antihumanas, una de ellas constituye para siempre una vergüenza para la Humanidad: la barbarie planificada que se ensañó contra el pueblo judío. Objeto de la “solución final”, imaginada por una ideología aberrante, los judíos fueron sometidos a privaciones y brutalidades indescriptibles. Perseguidos primero con medidas vejatorias o discriminatorias, más tarde acabaron millones en campos de exterminio.

»Los judíos de Polonia, más que otros, vivieron este calvario: las imágenes del cerco del gueto de Varsovia, como lo que se supo sobre los campos de Auschwitz, de Majdanek o de Treblinka, superan en horror lo que humanamente se pueda imaginar (…).

»Deseo repetir aquí con fuerza que la hostilidad o el odio hacia el judaísmo están en total contradicción con la visión cristiana de la dignidad de la persona humana».

Como se ha comprobado, estas encomiables palabras no llegarían a plasmarse en hechos concretos. De todos modos, la Iglesia ha dado alguna muestra de transparencia sobre el período de la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, en el año 2000, la Iglesia reconoció haber participado en el uso de empleo forzoso en la era nazi, lo que le llevó a aceptar el pago de 1,5 millones de euros en compensaciones a trabajadores extranjeros. En abril de 2008 la Iglesia publicó un informe relativo a este asunto, titulado «Trabajo Forzoso y la Iglesia Católica 1939-1945». Según ese documento, la Iglesia católica alemana explotó a casi 6000 trabajadores forzosos en la época de Hitler. Estos trabajadores desarrollaron su labor sobre todo en hospitales, hogares y jardines monásticos. No obstante, el número de empleados forzosos para la Iglesia fue una fracción mínima del total de trece millones de víctimas que se cree tuvieron que trabajar para los nazis, además de que está comprobado que sus condiciones no fueron tan malas como en otras organizaciones.

En las más de setecientas páginas de ese documento oficial se relata la suerte de los 1075 prisioneros de guerra y 4829 civiles que fueron obligados a trabajar para los nazis en casi 800 instituciones católicas para reforzar el esfuerzo bélico. La Iglesia protestante, que tiene en Alemania una dimensión aproximada a la de la católica, también admitió que recurrió a trabajadores forzosos aportados por el régimen.

Pero aunque pueda parecer que la Iglesia católica colaboró con el régimen nazi, es un hecho también que el temido cuerpo de las SS expropió más de 300 monasterios e instituciones católicas entre 1940 y 1942 y que miles de católicos fueron enviados a campos de concentración. Por lo tanto, la estrategia de la Iglesia católica alemana bajo el Tercer Reich fue en sí mismo contradictoria; uno de los autores del informe, Karl-Joseph Hummel, la definió con el término «antagonismo cooperativo».

Ese concepto serviría también para definir la estrategia seguida por el Vaticano durante la contienda. Esa cooperación desde el antagonismo inspiró muchas de las actuaciones del papado, una actitud que a la luz de los acontecimientos se presenta hoy como difícilmente defendible. De todos modos, no hay que olvidar que la Iglesia católica es una institución que permanece incólume desde hace veinte siglos, lo que demuestra que su estrategia global de supervivencia no ha sido desacertada.

Lo que desconocemos es hasta qué punto ese antagonismo con el régimen nacionalsocialista fue real, y hasta dónde llegó la colaboración. Como se ha indicado, los archivos relativos al controvertido pontificado de Pío XII no han sido todavía desclasificados. El Vaticano tiene la potestad de mantenerlos en secreto durante cien años, en función de su relevancia, por lo que no es descartable que aún no hayan nacido los afortunados historiadores que podrán acceder a los documentos que podrán despejar las brumas que rodean a la actitud de la Iglesia católica durante la Segunda Guerra Mundial.

El apoyo a los fascistas croatas

Cuando el 6 de abril de 1941 Hitler ordenó la invasión de Yugoslavia, los fascistas croatas declararon la independencia de su país. El día 12, Hitler expuso su plan basado en un estatus «ario» para la nueva Croacia independiente, que estaría regida por Ante Pavelic. Los hombres de Pavelic, los ustachis, habían sido contrarios a la formación de Yugoslavia desde el final de la Primera Guerra Mundial, y ahora podían disfrutar por fin de una Croacia libre de su atadura con los serbios.

El papa Pío XII veía desde hacía años a los croatas como la vanguardia de la Iglesia católica en los Balcanes, por lo que se sintió satisfecho de la situación. Sin embargo, los fascistas croatas no cumplirían precisamente con los preceptos católicos; entre 1941 y 1945, los ustachis pusieron en práctica una auténtica estrategia del terror, basada en el asesinato sistemático de serbios ortodoxos. Pero no se limitarían a intentar acabar con sus enemigos históricos, sino que también se conjuraron para eliminar a todos aquellos considerados enemigos del régimen, como los gitanos, los judíos y los comunistas. La idea de Ante Pavelic era la de crear una Croacia católica pura mediante deportaciones y asesinatos masivos.

El 25 de abril de 1941 se decretó la prohibición de publicar textos en cirílico. Un mes después se aprobarían unas leyes antisemitas similares a las que regían en Alemania después de la Leyes de Nuremberg promulgadas en 1935. A finales de mayo, los primeros judíos de la capital, Zagreb, ya sufrían la deportación rumbo a los campos de exterminio.

Sobre la personalidad de Pavelic se ha escrito mucho, mezclándose la leyenda con la realidad. Por ejemplo, El conocido escritor y periodista italiano Curzio Malaparte (1898-1957) —pseudónimo de Kurt Erick Suckert, de padre alemán y madre italiana —, que en esos momentos era corresponsal de guerra del *Corriere della Sera*, relataría en una de sus obras una significativa y escalofriante anécdota sucedida durante una reunión con el líder croata:

«Mientras Pavelic seguía hablando, yo observaba una cesta de mimbre colocada sobre su mesa de despacho. Me pareció que estaba llena de marisco. Parecían ostras; pero sólo el bicho, sacado de su concha (…). Casertano —ministro plenipotenciario de Italia en Zagreb— me miró y me guiñó un ojo:

»—¡Se podría hacer una buena sopa de marisco!, ¿verdad?

»—Son ostras de Dalmacia, ¿no? —pregunté a Pavelic.

»Mostrándome los moluscos, que formaban una masa gelatinosa, me dijo con una afable sonrisa:

»—Es un regalo de mis fieles ustachis: ¡Veinte kilos de ojos humanos!»[32].

Las torturas y asesinatos de este grupo ultranacionalista serían tan terribles que incluso algunos miembros de las unidades alemanas que les daban apoyo llegaron a

enviar informes a Berlín escandalizados por los excesos de los hombres de Pavelic.

Desde los comienzos del régimen fascista croata, Pío XII le mostró su apoyo público. Para él, los ustachi eran «la gran avanzadilla de la cristiandad». El pontífice premiaba así la lealtad demostrada por los croatas al papado durante trece siglos, sostenida en unas condiciones durísimas, teniendo por vecinos a los serbios, que habían tratado siempre de arrebatarles partes de su territorio para convertirlas en ortodoxas.

Pero el Papa tuvo que plantearse que su apoyo a los ustachis no podía ser tan incondicional cuando comenzaron a llegarle noticias de los abusos que se estaban produciendo. Los informadores del Vaticano en tierras croatas alertaron de masacres de población y civil y sacerdotes ortodoxos. Sin embargo, la Secretaría de Estado vaticana no tomó ninguna medida y se limitó a pedir a sus agentes en la zona que evitasen cualquier roce con las autoridades.

A partir del verano, el grado de brutalidad en la Croacia independiente aumentaría aún más. A indicación de Pavelic, quien se hacía llamar *Poglavnik* (el equivalente en croata de la palabra Führer), el Ministerio de Justicia croata reunió a los obispos para informarles de que era necesario tomar medidas drásticas para erradicar la presencia de ortodoxos, por lo que lanzó la consigna de que sólo les podía esperar la deportación y el exterminio. El mensaje caló de inmediato en los ustachis, que se lanzaron sin freno a una orgía de sangre y destrucción.

Los agentes del Vaticano continuaron documentando las masacres. En uno de estos informes se aseguraba que una banda de ustachis había detenido a 250 habitantes de un poblado, se les había obligado a cavar una zanja y, después de atarles las manos con alambre, se les había enterrado vivos.

En otro informe se relataba el caso de la detención de un sacerdote ortodoxo y su hijo de nueve años. Según el agente del Vaticano, el clérigo fue obligado a contemplar cómo despedazaban a su vástago con un hacha y después fue torturado, arrancándole la barba, reventándole los ojos y despellejándole vivo.

A pesar de estos datos concluyentes sobre el abyecto carácter del régimen fascista croata, Pío XII no dudó en mantener un encuentro secreto con Ante Pavelic mientras éste visitaba Italia para firmar un pacto con Mussolini. La reunión discurrió por cauces amistosos y el pontífice permitió que el dictador croata besase su anillo en señal de sumisión a la voluntad papal. No hubo ningún gesto de reprobación y Pavelic regresó a Croacia dispuesto a continuar por la senda sangrienta que había transitado.

Pío XII no disimuló en ningún momento su simpatía por los ultranacionalistas croatas. En julio de 1941 recibió al jefe de la policía de Zagreb, que tras la guerra sería acusado de crímenes contra la humanidad. En febrero de 1942, el pontífice recibió en audiencia a un pequeño grupo de las Juventudes Ustachis; con ellos se mostró disgustado, pero no por sus ignominiosas acciones, sino porque «a pesar de todo, nadie quería reconocer al único y verdadero enemigo de Europa: no se ha

iniciado una auténtica cruzada militar común contra el bolchevismo[33]».

Hasta el final de la contienda serían asesinados en Croacia cerca de medio millón de serbios ortodoxos, 27 000 gitanos y unos 30 000 judíos de los 45 000 de los que constaba la comunidad hebrea.

Después de la guerra, los investigadores hallaron en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia las pruebas de que el Vaticano estuvo desde el primer momento al corriente de lo que sucedía en Croacia. Allí se encontraban informes descodificados de los agentes del servicio de espionaje papal que informaban a Roma del exterminio de pueblos enteros cuyo único crimen era ser mayoritariamente de religión ortodoxa.

La cuestión para la que no se encuentra respuesta es cómo fue posible que el papa Pío XII no hiciera nada para tratar de impedir esas matanzas. Posiblemente, el pontífice colocó en una balanza los aspectos negativos y los positivos para el catolicismo y creyó que apoyar el régimen de Pavelic, pese a su brutalidad, suponía dar un espaldarazo decisivo a la creación de un potente bastión católico en la convulsa zona de los Balcanes.

El Plan Tisserant

Cuando Hitler lanzó la Operación Barbarroja contra la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, el papa Pío XII vio ante sí la gran oportunidad de penetrar en el interior de quien él consideraba el gran enemigo del catolicismo. La entrada de la Wehrmacht en territorio soviético podía así facilitar la evangelización de un país en el que la religión había quedado arrinconada desde la Revolución de 1917. Y el pontífice no estaba dispuesto a dejar pasar esa ocasión.

Así pues, Pío XII llamó al cardenal Eugène Tisserant y al principal responsable de los agentes del Vaticano en el exterior, Robert Leiber, y les ordenó que pusieran en práctica un plan para enviar a territorio soviético misioneros católicos, con el fin de ir ganando para el catolicismo las zonas que iban siendo *liberadas* por las tropas germanas. El cardenal Tisserant se puso manos a la obra y, junto a Leiber, diseñó esa operación, que sería conocida como el «Plan Tisserant[34]».

Eugène Tisserant había nacido en la ciudad francesa de Nancy en 1884. Era especialista en lenguas orientales —ejerció como profesor de asirio— y fue conservador de los manuscritos orientales en la Biblioteca Vaticana. Obispo de Ostia, fue nombrado cardenal en 1936. Hombre de la máxima confianza de Pío XII, sería el encargado de llevar a cabo las misiones más delicadas.

La expansión del catolicismo en la Unión Soviética al compás de las tropas hitlerianas era una de esas misiones que requería de una especial discreción y eficacia. Una vez que el plan estuvo diseñado, Robert Leiber quedó fuera de la fase de ejecución; el enlace con los agentes vaticanos, que eran los que a la postre debían

poner en práctica la operación, sería Nicolás Estorzi, conocido como *Il Messagero* (El Mensajero).

Estorzi era uno de los mejores espías con que contaba el Vaticano. Tenía un conocimiento exhaustivo de todo lo que ocurría en el interior del Tercer Reich, incluidas las mejoras armamentísticas o los planes de guerra, y luego se había encargado de trasladarlas puntualmente al papado, por lo que se había ganado algunos enemigos en Alemania. *Il Messagero* había demostrado ser un agente extraordinariamente eficaz y con escasos reparos morales, si creemos las versiones que aseguran que estuvo detrás de la desaparición de algunas personas que resultaban incómodas para los intereses del Vaticano.

Por lo tanto, el tándem Tisserant-Estorzi sería el encargado de acometer esa ambiciosa penetración católica en la Unión Soviética. La base del plan era la de reclutar capellanes, ayudados por sacerdotes españoles e italianos, para acompañar a las unidades que luchaban en el frente ruso. Estorzi se encargó de reclutar a los sacerdotes que llevarían a cabo el plan; para ello se dedicó a entrevistar uno por uno a los candidatos. Los encuentros se desarrollaron en varios lugares de Italia, Bélgica y Moravia.

Evidentemente, no hubo ningún tipo de convocatoria pública para cubrir esas plazas, sino que los capellanes que acudieron a esos centros de reclutamiento eran agentes que trabajaban para el Vaticano en sus países y que estaban deseosos de participar en esa misión para expandir la influencia de la Iglesia católica. Pero cuando las noticias de esta operación llegaron a oídos alemanes, las autoridades nazis la contemplaron con recelo, pues suponía la entrada en liza de un participante que no estaba sometido a su control.

El 2 de julio de 1941, el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, Reinhard Heydrich, pasaría a ocuparse personalmente de frenar los planes del Vaticano. Él se encargó de que circulase entre las altas jerarquías nazis un documento titulado «Nuevas tácticas en la labor del Vaticano en Rusia», en el que se revelaba el plan para infiltrar sacerdotes católicos en las zonas que iban siendo controladas por el Ejército alemán.

En el informe de Heydrich se podía leer:

«Es necesario impedir que el catolicismo se convierta en el principal beneficiario de la guerra en la nueva situación que se está creando en el área rusa conquistada con sangre alemana. Los agentes del Papa se están aprovechando de esta situación y hay que acabar con ello[35]».

La reacción de los nazis para neutralizar el Plan Tisserant continuó el 6 de septiembre, cuando se emitió una orden que exigía a los comandantes de las unidades informar al alto mando del ejército sobre cualquier «signo de la activación de las operaciones del Vaticano y sus servicios de Inteligencia en Rusia».

Los agentes del Vaticano ya estaban en el frente. Viajaban disfrazados de comerciantes y con crucifijos plegados en el interior de plumas de escribir, o incluso

haciéndose pasar por mozos de cuadra en la retaguardia alemana. Cuando consideraban que se encontraban en una zona adecuada para ser convertida al catolicismo, se separaban de las filas alemanas y seguían por su cuenta y riesgo. La suerte que corrían estos sacerdotes era desigual. Unos encontraban un buen recibimiento por parte de la población civil, que veía en la aparición de los religiosos la avanzadilla de aquellos que supuestamente les iban a librar de la opresión y el hambre provocados por la dictadura de Stalin. Pero, en otros casos, simplemente eran ejecutados por partisanos comunistas, o detenidos y enviados a campos de trabajo en Siberia.

Pese a que no existe ninguna cifra oficial, pues la documentación sobre esta operación se halla clasificada como secreto en los archivos vaticanos, se calcula que unos doscientos agentes de los que participaron en el Plan Tisserant pudieron haber muerto a manos de los soviéticos. Se desconoce el grado de éxito que alcanzaron los agentes vaticanos durante su avance por tierras rusas, pero es de suponer que éste no sería muy alto.

Tras la derrota alemana en Stalingrado, en febrero de 1943, el avance continuado de las tropas de Hitler pasaría a convertirse en una cadena de retrocesos. La invasión de la Unión Soviética había fracasado y, por tanto, el Plan Tisserant dejaba de tener sentido. El sueño de Pío XII de una Rusia convertida al catolicismo se desvanecía.

Pablo VI, agente al servicio de Estados Unidos

Los servicios de Inteligencia norteamericanos contaron durante la Segunda Guerra Mundial con un destacado agente en el Vaticano. Se trataba de monseñor Giovanni Montini (1897-1978), el futuro papa Pablo VI.

Montini había sido ordenado sacerdote en 1920 y tres años después se fue destinado a la nunciatura en Varsovia, iniciando una fructífera carrera en la diplomacia vaticana. En 1937, el papa Pío XI lo nombró sustituto de la Secretaría de Estado, pero cuando el Papa siguiente, Pío XII, se reservó la titularidad de ese dicasterio, Montini pasó en la práctica a desempeñar la máxima autoridad. En esos momentos, la figura de Montini no era conocida, pero su nombre alcanzaría renombre universal al alcanzar el pontificado en 1963 con el nombre de Pablo VI, sustituyendo a Juan XXIII.

Al parecer, el futuro sumo pontífice facilitó la fuga de criminales nazis, cumpliendo con los deseos de los estadounidenses y con la necesaria aquiescencia de Pío XII, con quien colaboraba estrechamente. De manera paradójica, los servicios secretos norteamericanos buscaban proteger a algunos agentes nazis, pues deseaban aprovechar su experiencia en su lucha contra los soviéticos. A nadie se le escapaba la posibilidad de que finalmente estallara un conflicto entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética, por lo que los norteamericanos deseaban contar con una red de

agentes que conociera a la perfección al enemigo.

Pero esos elementos no podían ser empleados nuevamente por las administraciones estatales de Europa, debido a su llamativo pasado criminal, por lo que se decidió facilitarles la huida a países seguros, como Argentina, para poder ser reclamados si las circunstancias lo hacían necesario. Y aquí era donde el Vaticano podía ofrecer su singular eficacia en este tipo de operaciones que deben mantenerse alejadas de la atención pública.

En diciembre de 2005, un antiguo espía norteamericano, William Gowen, que operó en Roma después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, declaró ante el tribunal federal de San Francisco que el Vaticano facilitó la huida de los nazis. Concretamente, Gowen señaló a Pablo VI como coordinador de una red ligada al otorgamiento de salvoconductos a criminales de guerra croatas y con el robo de propiedades a víctimas judías, serbias, rusas, ucranianas y rumanas en Yugoslavia[36].

La actuación del futuro Papa fue determinante en la fuga a Argentina del líder de los ultranacionalistas croatas, Ante Pavelic, quien ya hemos visto que contaba con las indisimuladas simpatías de Pío XII. Según la declaración de Gowen ante el tribunal de San Francisco, «el reverendo Krunoslav Draganovic habría estado cooperando con la red ustachi. Draganovic tenía un puesto en el Vaticano como visitador apostólico de los croatas, lo que significa que reportaba directamente a monseñor Giovanni Battista Montini (Pablo VI)».

Al finalizar la guerra, Pavelic huyó a Austria, donde recibió ayuda de la Inteligencia británica. Con la protección de Londres, Pavelic pudo transportar en diez camiones todas las joyas y obras de arte robadas a la zona de Austria ocupada por Gran Bretaña. Al parecer, los británicos lo hicieron porque tenían la intención de usar a Pavelic como espía en la Yugoslavia socialista.

Seguidamente, con la ayuda del Vaticano, trasladaron los tesoros a Roma, donde fueron puestos en las manos de Krunoslav Draganovic. El religioso también se ocupó de esconder a Pavelic y a varios de sus asistentes en instituciones vaticanas o en casas seguras en Roma.

Según un documento secreto escrito por Gowen en julio de 1947 que fue presentado ante el tribunal, el espía recibió la orden de «dejar las manos libres» a Pavelic. Fue una orden de la embajada norteamericana porque Pavelic, vía Draganovic, estaba recibiendo protección del Vaticano. De allí el croata huyó a Argentina.

Gowen estuvo trabajando como agente especial de Inteligencia en la embajada norteamericana en Roma, en una unidad secreta conocida como Operación Círculo. El antiguo espía aseguró también ante el tribunal que «un hombre clave en el Colegio Pontificio Croata era Draganovic. Y esta institución proporcionaba pasaportes falsos a criminales de guerra, entre ellos Pavelic».

Por tanto, pese a que las pruebas no son concluyentes, todo hace pensar que, efectivamente, el futuro papa Pablo VI pudo estar implicado en esa red de huida de

criminales nazis de Europa, impulsada por los servicios secretos norteamericanos[37]. Con toda seguridad, los archivos vaticanos deben albergar la respuesta definitiva.

Capítulo 4

En el interior del Tercer Reich

Los entresijos del Tercer Reich siempre han despertado el interés de los historiadores. Resulta incomprensible cómo un país puntero en la civilización occidental pudo arrojarse en manos de un personaje de claro perfil patológico como Adolf Hitler, y precipitarse a una suerte de suicidio masivo.

Ese proceso autodestructivo, del que sus propios protagonistas parecían no ser conscientes, ha motivado una innegable fascinación entre los aficionados a la Historia, lo que ha hecho que todo lo relativo a la Alemania nazi levante un gran interés. También de este período van apareciendo nuevas revelaciones, gracias a la apertura de archivos, que ofrecen una nueva y sorprendente visión de esos años terribles.

Los disputados royalties de **Mein Kampf**

En el mes de noviembre de 1996, el diario israelí *Jewish Chronicle* desveló que los servicios secretos americanos habían descubierto cuentas corrientes de personas muy cercanas al régimen nazi. Específicamente, mencionaba una cuenta abierta en Suiza donde están depositados los *royalties* de la obra *Mein Kampf* (Mi Lucha) de Adolf Hitler. Esta cuenta fue abierta por Max Amman, el editor del libro, a nombre de Hitler en la sucursal en Berna de la Unión de Bancos de Suiza[38].

El dinero depositado en el país helvético en aquellos años, y los intereses que ha producido en más setenta años, debía ascender a una cantidad sustanciosa, ya que, por ejemplo, sólo en 1940 se vendieron seis millones de ejemplares de *Mein Kampf*. Hay que tener en cuenta que a partir de 1936 el libro escrito por Hitler reemplazó a la Biblia como regalo oficial de bodas para las parejas alemanas.

Los derechos económicos que devenga la publicación del libro han estado sometidos a una intensa disputa. Durante los años sesenta y setenta, las dos ramas supervivientes de la familia Hitler, los Schmidt y los Raubal, se enfrentaron agriamente por hacerse con ellos, lo que impidió que hicieran causa común para reclamar sus derechos. En la actualidad, ya sólo los Schmidt continúan luchando por obtenerlos, pero es difícil que los beneficios que proporciona su venta dejen de ser destinados a obras de caridad y a compensar a las víctimas del régimen nazi, tal como ocurre hoy día.

El *copyright* de *Mein Kampf* es controlado por el Ministerio de Finanzas de

Baviera. Las únicas excepciones son las ediciones norteamericana y británica —publicadas por Houghton Mifflin y Pimlico, respectivamente—, a quienes Eher Verlag, la editorial del partido nazi, vendió los derechos en 1933. También existe una traducción al hebreo, que fue permitida para uso académico en Israel. Aunque el Ministerio de Finanzas bávaro se encarga de evitar que el libro se traduzca y se edite, existen por lo menos cuarenta traducciones ilegales.

El bosque de la esvástica

En 1992, un equipo de cartógrafos de la agencia Reuters se llevó una sorpresa mayúscula cuando analizaba unas fotografías tomadas desde el aire de los bosques que rodean a Zernikow, una pequeña aldea situada en Brandeburgo, a 110 kilómetros de Berlín.

Para su asombro, en ese bosque de grandes abetos podía distinguirse claramente una esvástica de 60 60 metros, dibujada por las hojas de decenas de arces de hoja caduca. En efecto, el color anaranjado de sus hojas contrastaba claramente con las verdes de los abetos circundantes, de hoja perenne, por lo que una enorme esvástica resaltaba en la masa arbórea.

Las investigaciones posteriores a este descubrimiento revelaron que en 1937 un hombre de negocios de la región decidió llevar a cabo ese original homenaje al criminal régimen de Hitler. Así pues, hizo plantar 57 arces formando el símbolo del nazismo, en una composición que tan sólo podía ser advertida desde el aire. Durante la primavera y el verano, la cruz gamada no podía ser vista al ser las hojas verdes, pero en otoño, al cambiar las hojas de color, aparecía progresivamente como si del revelado de una fotografía se tratase.

El sorprendente descubrimiento de los cartógrafos alteró la tranquilidad de los habitantes de Zernikow, que temían que el bosque se convirtiese en un lugar de peregrinación para nostálgicos del nazismo. La solución más drástica era talar los arces, pero las disputas por la propiedad del bosque dificultaron esta acción. En 1995, no obstante, se cortaron algunos árboles para desdibujar la esvástica, aunque al poco tiempo las ramas de los arces restantes habían ocupado ese terreno libre y el símbolo seguía siendo visible.

Finalmente, en 2001, las autoridades forestales de Brandeburgo talaron 27 árboles, con lo que la esvástica perdía buena parte de su visibilidad, pero aún hoy día se distingue claramente en el bosque el símbolo de aquella ominosa ideología.

Una biblia a la medida de Hitler

El odio visceral de Hitler hacia los judíos le llevó a promover la reescritura de la

Biblia con el objetivo de eliminar en lo posible las referencias al judaísmo y a su cultura.

Según una investigación periodística realizada por el diario alemán *Bild-Zeitung*[39], en mayo de 1939 el Führer impulsó la fundación de una institución con el fin de «limpiar los textos sagrados de la influencia no aria», tal como constaba en sus objetivos. El encargado de este trabajo sería un grupo de teólogos evangélicos de la ciudad de Eisenach.

Uno de los frutos de esta operación fue la publicación de la *versión nazi* de la Biblia, titulada «Los alemanes con Dios. Un libro de fe alemán». En ella se desarrollaban las leyes y principios que debían guiar el espíritu germano bajo el nazismo. Además, estos expertos publicaron otro volumen de cantos religiosos titulado «Gran Dios, nosotros te alabamos».

Al parecer, Hitler quedó entusiasmado por el trabajo de *limpieza* llevado a cabo por el grupo de teólogos, premiando al director de la institución, Walter Grundmann (1906-1976), con el título de «profesor».

En la conocida como «Biblia de Hitler», los teólogos nazis introdujeron, entre otras cosas, un compendio de doce mandamientos, dos más que los tradicionalmente conocidos, entre los que destacaban la obligación de «honrar a tu Führer», «mantener la sangre pura y el honor sagrado», «mantener y multiplicar la herencia de tus ancestros» y «servir alegremente a la gente con trabajo y sacrificio».

En el texto se excluyeron las palabras de origen judío como *Jehová* y *Aleluya*. Pasajes enteros de las Escrituras fueron reelaborados en clave antijudía y se extrajeron también los sentimientos de compasión.

De esta Biblia a la medida del dictador germano se imprimieron y repartieron 100 000 copias a más de un millar de iglesias alemanas en 1941. Se cree que la mayor parte de ellas fueron destruidas por los fieles, que preferían la *versión original* del Libro Sagrado. No hay que olvidar, tal como quedó referido en el Capítulo anterior, que los cristianos constituyeron un sector de resistencia pasiva al régimen nazi y que Hitler no consiguió integrarlos en su sistema totalitario, un objetivo que quizá pretendía lograr con la publicación de esta Biblia de nuevo cuño.

Los que optaron por conservarla, probablemente se deshicieron del comprometedor texto tras la caída del Tercer Reich. De hecho, en la actualidad tan sólo se conserva un ejemplar, en una iglesia de Hamburgo.

El escurridizo Edmund F. Draecker

Durante la guerra, los espías aliados refirieron en algunos informes la existencia de un misterioso diplomático alemán que, al parecer, estaba involucrado en los asuntos más turbios del Servicio Exterior germano. Aunque los Aliados intentaron obtener información de este escurridizo personaje, cuyo nombre era Edmund

Friedemann Draecker, no lograron saber nada de él. Su nombre llegó a aparecer en la prensa alemana en varias ocasiones, por lo que parecía sencillo realizar las averiguaciones pertinentes, pero no fue así.

De él se decía, por ejemplo, que había sido marinero en un buque corsario alemán durante la Primera Guerra Mundial. También se sospechaba que el ubicuo señor Draecker parecía estar presente en los lugares en los que la diplomacia germana más se jugaba, pero éste siempre conseguía zafarse de los que trataban de aproximarse a él.

De hecho, nadie lograría nunca ver a Edmund F. Draecker porque no existía. Este personaje había sido una creación de Hasso von Etzdorf, vicecónsul en Roma, quien en 1936 decidió incluir en sus informes referencias a ese supuesto diplomático, como venganza personal contra la lenta y pesada burocracia alemana.

Von Etzdorf se divirtió mucho con las pesquisas de los burócratas alemanes sobre el paradero del personaje y, finalmente, su nombre trascendería la broma personal para convertirse en un *arma secreta* del ministerio de Asuntos Exteriores del Reich con el fin de desorientar a los agentes aliados[40].

Una traducción demasiado literal

El 23 de enero de 1943, Roosevelt y Churchill se entrevistaron en la ciudad marroquí de Casablanca. Según revelaría en 1949 el intérprete de Hitler, Paul Schmidt, en sus memorias[41], con anterioridad a la reunión los servicios secretos alemanes tuvieron noticia de que iba a celebrarse, gracias a los contactos que tenían en España.

Según Schmidt, los documentos en español se tradujeron en el Servicio de Idiomas y en dicha traducción se incurrió en un desgraciado error; al realizarse una traducción excesivamente literal, el lugar de la conferencia, Casablanca, se tradujo por *Wiesses Haus* (Casa Blanca), por lo que el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores, en la habitual conferencia de prensa, y con el mayor aplomo, aseguró que Roosevelt y Churchill se encontrarían dentro de poco en la Casa Blanca, en Washington. De este modo, Berlín deseaba lanzar a los Aliados el mensaje de que todos sus planes eran escuchados por atentos oídos nazis, para causarles así la lógica desazón.

Con gran sorpresa del jefe de prensa, algunos días más tarde la conferencia tuvo lugar en el norte de África, ciertamente muy lejos de la Casa Blanca, lo que seguramente le sumió en el peor ridículo de su carrera. Aunque en realidad el bochorno fue de los servicios secretos alemanes, al haberse mostrado incapaces de tratar esa valiosísima información del modo más adecuado.

La Protesta Rosenstrasse

El 27 de febrero de 1943, y a lo largo de una semana entera, las mujeres berlinesas llevaron a cabo la única protesta pública que se produjo en Alemania contra la deportación de los judíos. Este hecho fue ocultado durante el Tercer Reich y sólo se conoció una vez acabada la contienda.

Antes del amanecer del sábado 27 de febrero, los SS de la Leibstandarte Adolf Hitler, encargados de la seguridad personal del Führer, ocuparon sus lugares en camiones cubiertos con lonas. Su misión era detener en su casa o en su trabajo, con ayuda de la Gestapo y de la policía municipal, a los últimos judíos de Berlín. Unos trabajaban en fábricas vitales para la Wehrmacht y otros estaban casados con cónyuge alemán, lo que les había evitado hasta ese momento ser absorbidos por la máquina de muerte del Holocausto. Pero el ministro de propaganda y *gauleiter* (jefe regional del Partido Nacionalsocialista), Joseph Goebbels, deseaba poner término a esas excepciones, lo que esperaba conseguir mediante esa ambiciosa acción combinada que debía arrestar a unos 10 000 judíos.

Los detenidos fueron apiñados en camiones que los llevaron a puntos de reunión designados previamente. Tras la recolección inicial, los nazis separaron un grupo integrado por unos 1700 detenidos, que fue seleccionado para ser alojado en otro lugar: eran los judíos casados con no judíos y los hijos de estos matrimonios mixtos (*Mischlinge*). Se los separó para hacerles creer a las familias que ellos no correrían la misma suerte que los demás.

Cuando se corrió la voz de que sus cónyuges y sus hijos habían sido arrestados, muchos alemanes, en su mayoría mujeres, llegaron rápidamente al lugar donde permanecían los detenidos, el local de una oficina de asistencia social de la comunidad judía situado en el número 2-4 de la *Rosenstrasse* berlinesa.

El lugar del emplazamiento daría el nombre a esta manifestación no violenta, que sería conocida como la «Protesta *Rosenstrasse*». Las esposas de estos judíos no se hacían ilusiones respecto al destino que les aguardaba, por lo que comenzaron a gritar consignas como «¡Devolvednos a nuestros maridos!». El hecho de que el servicio de asuntos judíos de la Gestapo tuviera su sede a un centenar de metros de distancia, en la Burgstrasse, no les impidió hacer ostensible su queja.

El historiador David Bankier relataría, basándose en un testigo, cómo varias mujeres se enfrentaron a los agentes de la Gestapo y «se atrevieron a decirles que deberían ir ellos mismos al frente del Este y dejar en paz a los viejos judíos», pero «la mayoría de los peatones —agrega Bankier— miraban la escena con total indiferencia[42]».

El grupo de concentrados rápidamente se transformó en una multitud de familiares que exigían poder hablar o ver a sus seres queridos. Con la determinación

de evitar la deportación, los manifestantes —en su mayoría, mujeres— gritaban, cantaban o simplemente permanecían en la calle. Para impedir la inusual protesta, teniendo en cuenta el férreo control que la máquina represiva del Tercer Reich ejercía sobre la población, un grupo de soldados de las SS las rodeó, emplazando visiblemente unas ametralladoras. Pero este gesto amenazante no arredró a las concentradas, que continuaron exigiendo la puesta en libertad de sus esposos, despreciando el miedo a que abrieran fuego contra ellas.

Aunque los accesos al centro de detención fueron cortados para aislar la zona y evitar la propagación de la noticia de la protesta, los dirigentes nazis consideraron enormemente peligroso que ese descontento pudiera extenderse a otras zonas de la ciudad. Hay que tener en cuenta que en esos momentos la población se encontraba en estado de *shock* por la catastrófica derrota del VI Ejército en Stalingrado, y que los bombardeos de la aviación aliada eran cada vez más frecuentes.

En su *Diario*, con fecha 2 de marzo, Joseph Goebbels ignoraba estos acontecimientos y dejaba escrito: «Estamos echando definitivamente a los judíos fuera de Berlín. Los atrapamos a todos en una redada el pasado domingo y vamos a embarcarlos hacia el Este de inmediato». Pero el ministro no podía llamarse a engaño, minimizando de este modo la protesta.

El 5 de marzo, el régimen intentó unas últimas maniobras intimidatorias. La Gestapo desplazó por la fuerza a decenas de manifestantes. Luego, un vehículo ocupado por cuatro miembros de las SS con uniforme y casco de acero, blandiendo sus armas, arremetió contra la multitud efectuando sus ocupantes varios disparos al aire. Las mujeres se dispersaron corriendo, para regresar a los pocos minutos. Algunas de ellas, estimuladas por el poder de su movimiento, se animaron incluso a ir a pedir a la Gestapo noticias de sus esposos. Otras llegaron a introducirse por la fuerza en el edificio de la *Rosenstrasse*: «Conservábamos la esperanza de que nuestros maridos volverían a casa y no serían deportados», declararía años después una manifestante.

Visto que la protesta sólo podía reprimirse con un baño de sangre, que habría resultado contraproducente para mantener el orden, Goebbels creyó conveniente acabar rápidamente con esa delicada situación liberando a los judíos detenidos. Hitler aceptó la propuesta de Goebbels.

Según un estrecho colaborador del ministro de Propaganda, el alto funcionario Leopold Gutterer (1902-1996), «Goebbels liberó a los judíos con la pretensión de eliminar para siempre toda protesta». «Para evitar que otros saquen una enseñanza o sigan el ejemplo de esa manifestación —aseguraba Gutterer—, había que eliminar toda razón de protestar[43]».

Tras la concesión de Goebbels, las mujeres concentradas consiguieron su ansiado objetivo, pudiendo reunirse de nuevo con sus maridos e hijos el 6 de marzo. Pero para no perder el principio de autoridad, el ministro de Propaganda advirtió que las deportaciones se reiniciarían en pocas semanas.

Esta declaración de intenciones resultó ser verdadera sólo en parte. Si bien continuaron las redadas de judíos y Goebbels declaró a Berlín como *judenfrei* (libre de judíos) en mayo de 1943, a los judíos de matrimonios mixtos se les permitió permanecer con sus familias. Goebbels incluso inició el trámite de regreso de un grupo de treinta y cinco judíos de matrimonios mixtos que habían sido deportados a Auschwitz anteriormente.

Ernst Kaltenbrunner, sucesor de Heydrich al frente de la Oficina Central de Seguridad del Reich, siguió esta línea con una orden de no deportar judíos de matrimonios mixtos y de liberar a aquellos que estuvieran detenidos en custodia y contra quienes no hubiera cargos delictivos. Oficialmente, la Gestapo de Berlín había cometido simplemente un abuso de poder secuestrando y deportando a judíos casados con alemanas.

La Protesta *Rosenstrasse* constituyó una prueba para la endeble moral de los tiempos de guerra en Alemania, riesgo que el régimen nazi no estaba dispuesto a correr nuevamente. Aunque periódicamente volvió a haber acciones contra los judíos de matrimonios mixtos, y algunos fueron víctimas de la Solución Final, casi todos los liberados en *Rosenstrasse* sobrevivirían a la guerra.

Aproximadamente, un noventa por ciento de los hebreos casados con no judíos se libraron de ser enviados a los campos de exterminio. La Protesta *Rosenstrasse* fue la primera y única manifestación abierta para evitar las deportaciones en masa desde Alemania y logró, contra todo pronóstico, doblegar a los gobernantes nazis.

Sin embargo, esta manifestación espontánea contra esa injusticia no pasó de ser un episodio aislado y casi anecdótico, pero demostró que si la población alemana hubiera mostrado su oposición a la política criminal del Tercer Reich, defendiendo a sus vecinos judíos del mismo modo que había hecho con sus familiares, probablemente el Holocausto hubiera podido ser impedido.

Vista desde la perspectiva que da la historia, la victoria de las mujeres de la *Rosenstrasse* contradice a todos aquellos alemanes que, conociendo los abusos del régimen nazi, aseguraron tras la contienda que «no había nada que hacer» contra ese régimen basado en el terror. El éxito de la Protesta *Rosenstrasse* prueba que la acción, lejos de ser un testimonio meramente simbólico, podía llegar a hacer retroceder a los nazis.

En el Berlín actual, surgido de la capital en ruinas, ya no existe la Rosenstrasse. Pero en memoria de los hechos allí sucedidos se erigió un grupo escultórico en un parque cercano a la zona, en cuya placa puede leerse: «La fuerza de la desobediencia civil y el vigor del amor pasaron por encima de la violencia de la dictadura».

El fútbol bajo la esvástica

En 2005, sesenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial, y un año

antes de la Fase Final del Mundial de Fútbol que se celebraría en Alemania, la Federación Alemana de Fútbol (DFB) admitió su estrecha cooperación con el régimen nazi.

La DFB encargó en 2002 al historiador alemán Nils Havemann que escribiera un libro sobre el Capítulo más oscuro de la organización. Bajo el título *El fútbol bajo la esvástica. La DFB entre el deporte, la política y el comercio*, la obra de cerca de quinientas páginas recogía información de medio centenar de archivos del país y del extranjero, y en ella quedaba en evidencia que la Federación de Fútbol se convirtió durante el Tercer Reich en un elemento más de la estrategia nacionalsocialista.

No obstante, el libro revelaba que la mayoría de los funcionarios del fútbol alemán tenía poco en común con los planteamientos nazis. Pero, salvo un par de excepciones, hicieron poco para resistirlo y se dejaron utilizar por la dictadura para que el gobierno no pusiera fin a su privilegiada posición.

En los primeros años, la dictadura apoyaba fuertemente al fútbol. En muchos casos, los directivos acabaron por ello convirtiéndose en simpatizantes del régimen, consiguiendo así puestos más altos. Por ejemplo, Kurt Landauer, un hombre de negocios judío, había sido presidente del Bayern de Múnich en 1933, pero, cuando llegó Hitler al poder, fue obligado a renunciar por los nazis pese a la resistencia del club.

Después de los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín en 1936, la Federación de Fútbol tenía una influencia todavía mayor por parte del régimen. Según el investigador, más tarde la organización se convertiría incluso en cómplice de todo lo que siguió —represión, persecución, guerra y destrucción—, debido a una mezcla de «irreflexión, ignorancia, oportunismo y ambición profesional».

En el trabajo de Havemann se hacía también referencia a la candidatura frustrada de Alemania para organizar la Fase Final del Campeonato Mundial de Fútbol de 1942. En el congreso de la FIFA de 1936, Alemania se presentó como única candidata a ser la sede del torneo. En los años siguientes, el delegado alemán en la FIFA, Peco Bauwens, trabajó con denuedo para obtener la confianza del organismo aunque, teniendo en cuenta el éxito organizativo de los Juegos Olímpicos berlineses, es evidente que la FIFA no debía tener dudas sobre la capacidad germana para llevar el proyecto a buen puerto.

Sin embargo, no existía unanimidad para otorgar a Alemania el campeonato, probablemente debido a las implicaciones políticas que entrañaba la decisión. Los Juegos Olímpicos habían servido como inmejorable escaparate mundial para los éxitos de la Alemania nazi y muchos temían que el nuevo evento iba a convertirse también en un nuevo acto de propaganda.

En 1939, antes de que estallara la guerra, las autoridades alemanas requirieron al secretario del organismo internacional, Ivo Schricker, que adoptase la decisión final. Pero cuando la FIFA estaba a punto de elegir a Alemania como organizadora, Argentina presentó inesperadamente su candidatura, lo que llevó a postergar la

decisión.

Al comenzar la contienda, en septiembre de 1939, la FIFA proclamó que «el fútbol debe continuar». La neutral Argentina seguía decidida a organizar la Copa del Mundo, y obtuvo el apoyo de las federaciones inglesa y francesa, pero desde el organismo internacional no se veía con buenos ojos esta opción, al tener en cuenta los problemas de seguridad inherentes a los abarrotados estadios sudamericanos.

La FIFA decidió que la elección del anfitrión del Mundial de 1942 se efectuaría en un congreso a celebrar en Luxemburgo en junio de 1940. A principios de ese año todavía existía la esperanza de que se pudiera alcanzar la paz antes de esa fecha puesto que, desde la invasión alemana de Polonia, las fuerzas aliadas y del Eje permanecían apostadas en una tensa calma. Esa ingenua expectativa se mantendría incluso después de que los alemanes invadieran Noruega y Dinamarca el 9 de abril de 1940. Pero cuando las tropas germanas irrumpieron en Francia, Bélgica, Holanda y la propia Luxemburgo el 10 de mayo, la FIFA canceló el congreso y no tuvo otro remedio que admitir que la edición de 1942 no se celebraría.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial había dinamitado las competiciones internacionales, pero la selección alemana seguiría disputando sus partidos con una aparente normalidad. El 24 de setiembre de 1939, mientras los panzer germanos estaban aplastando la última resistencia polaca, se celebró el primer partido durante la guerra, en el que el equipo de Alemania perdió en Budapest ante la selección húngara por 5-1. Obviamente, entre 1939 y 1942 los rivales de la selección germana sólo podían ser los que eran aliados del Eje, por lo que se sucedieron los encuentros contra combinados como el de Italia, Bulgaria, Finlandia o Rumanía, aunque la selección de la neutral Suiza también accedió a enfrentarse a los alemanes. La selección teutona siguió sumando partidos internacionales hasta el 22 de noviembre de 1942, cuando jugó su último encuentro, enfrentándose al combinado eslovaco.

La guerra tampoco alteraría el calendario doméstico germano. Como se venía haciendo desde 1933, cada temporada se disputaba una veintena de campeonatos regionales, y los vencedores se enfrentaban entre sí en eliminatorias hasta decidir el campeón. Los territorios ocupados durante la expansión nazi de antes de la guerra e incorporados al Reich, como la región checa de los Sudetes o Austria, también estaban encuadrados en el torneo. Así, un club austríaco, el Rapid de Viena, lograría ganar el campeonato alemán en 1941 en un épico partido, tras remontar un 3-0 adverso ante el gran favorito, el Schalke 04.

El club de fútbol que, al parecer, más simpatías despertaba en Hitler era el Dresdner, pese a que el Führer no solía mostrar mucho interés por los deportes. Este conjunto de la ciudad de Dresde, fundado en 1898, fue el ganador de la liga de 1943 y 1944 y de las copas de 1940 y 1941. Pese a ser un club modesto, sería el único que disputaría la primacía del potente Schalke 04, que logró proclamarse campeón en tres ocasiones durante la guerra. Entre los jugadores del equipo de Dresde destacaba un centrocampista, Helmut Schoen, que tres décadas después se convertiría en el

seleccionador que llevaría a Alemania a imponerse en el Campeonato del Mundo de 1974, que disputó como anfitrión.

Los triunfos del Dresdner durante la guerra no fueron bien encajados por sus rivales, que advertían un cierto favoritismo de las autoridades deportivas, por lo que fue tachado de *equipo del régimen*. Quizá por esa etiqueta, al acabar la Segunda Guerra Mundial el club entró en decadencia y desde hace años se debate por sobrevivir en las divisiones inferiores del fútbol alemán.

El fútbol fue contemplado por las autoridades nazis como un elemento muy importante para mantener la moral y proporcionar algo de diversión en esos años tan difíciles. Por ejemplo, el Ejército de Tierra (el Heer) y la Fuerza Aérea (la Luftwaffe) tenían sus propios equipos, que participaban en el campeonato en igualdad de condiciones con los equipos civiles. Los aviadores demostraron que el fútbol se les daba muy bien, puesto que su equipo, el Hamburgo LSV, llegaría a la final en 1944, aunque no logró hacerse con el trofeo.

El éxito del equipo de la Luftwaffe en el penúltimo año de la guerra se entiende mejor si tenemos en cuenta que buena parte de los jugadores de los otros equipos habían sido movilizados. Algunos equipos tuvieron que alinear jugadores muy jóvenes o incluso veteranos de más de cincuenta años. La infraestructura en esa última fase de la contienda ya no permitía que el campeonato se disputase con normalidad. Muchos estadios habían quedado destruidos a consecuencia de los frecuentes bombardeos y no era raro tampoco que los campos de fútbol fueran utilizados como improvisados huertos, para mitigar la escasez de alimentos. El material deportivo tampoco era ya fácil de conseguir y los desplazamientos a otras ciudades para competir encontraban cada vez más obstáculos.

El 2 de agosto de 1944, de acuerdo a las instrucciones para la Guerra Total y como medida de seguridad por los bombardeos, se suspendieron todos los campeonatos deportivos en Alemania. Aun así, se continuaron jugando partidos amistosos hasta muy poco antes del final de la conflagración. Por ejemplo, el 23 de abril de 1945 el Bayern de Múnich derrotó al TSV 1860 por tres tantos a dos. El 29 de abril de 1945, mientras al sur de Hamburgo la línea del frente era escenario de duros combates, en la ciudad hanseática se celebraba un partido de fútbol amistoso en el que el Hamburgo derrotaría al Altona 93 por 4-1. Al día siguiente, Adolf Hitler se suicidaría en su búnker de Berlín y una semana más tarde, Alemania aceptaba la rendición incondicional.

Pero la derrota germana no sería más que un breve paréntesis en el devenir del fútbol alemán. En el mes de junio de 1945, varios equipos comenzaron de nuevo a jugar entre ellos, y al llegar el otoño ya se había organizado un nuevo campeonato en el sur de Alemania, la *Oberliga Sued*.

También se celebraron varios partidos entre equipos alemanes y otros formados por soldados integrantes de las fuerzas de ocupación; el 25 de agosto, el equipo reserva del Hamburgo se enfrentó a un equipo formado por miembros de la Fuerza

Aérea británica, la RAF. Al encuentro asistieron más de seis mil personas, que pudieron ver cómo su equipo se imponía a los ingleses por 3-1.

El 1 de septiembre se celebró el primer encuentro oficial después de la guerra, entre el Hamburgo y el St. Pauli. Como bien había proclamado la FIFA en 1939, «el fútbol debe continuar».

El Salón Kitty

Aunque los burdeles estaban oficialmente prohibidos en el Tercer Reich, a uno de estos establecimientos, que ostentaba el poco llamativo nombre de Pensión Schmidt, no sólo se le permitió funcionar sin ningún tipo de trabas, sino que se convirtió en una valiosa herramienta de control policial.

Esta casa de citas estaba situada en el tercer piso del número 11 de la Giesebrechtstrasse, en el barrio berlinés de Charlottenburg y había iniciado sus actividades a mediados de los años treinta bajo la dirección de una *madame* llamada Kitty Schmidt. Nacida en Berlín en 1882, se había dedicado desde muy joven al oficio más viejo del mundo. En 1922 ya había ahorrado un pequeño capital producto de sus actividades, especialmente durante los años de la guerra, y estableció un salón en el número 70 de la Budapesterstrasse. Schmidt reclutó a varias chicas que le entregaban la mitad de sus ganancias. Diez años después prosperó, sofisticó su presencia y su catálogo de chicas adquirió cierta fama al contar con mujeres jóvenes, hermosas y educadas.

Entonces cambió de dirección a una casa más discreta y menos llamativa, en el citado lugar de la Giesebrechtstrasse. La razón fue meditada, ya que, por la calidad y el renombre de la mayoría de sus clientes, el salón debía ser menos llamativo y ostentoso para que sus visitas pasasen más desapercibidas.

El salón era estrechamente vigilado por la policía, cosa usual en el entorno de las «buenas costumbres» que debían regir en la capital germana y así, Arthur Nebe, jefe de la policía criminal, informó a la Gestapo que en aquella casa se recibía a políticos, militares, diplomáticos y a judíos ricos y otros hombres de negocios.

Se cree que la idea de convertir este burdel de lujo en un instrumento del aparato de represión del Reich partió de la mujer de Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Según decía jocosamente Heydrich, era más fácil interrogar a un hombre en posición horizontal que en posición vertical.

El encargado de poner en práctica el plan fue el siempre eficaz Walter Schellenberg, el hombre que estaba al mando del contraespionaje alemán. Para conseguir que la señora Schmidt colaborase, se le amenazó con enviarla a un campo de concentración, puesto que la Gestapo averiguó que enviaba dinero a un banco de Gran Bretaña para ayudar a los refugiados que escapaban de la Alemania nazi. El 28 de julio de 1939, Schmidt huyó de Berlín rumbo a la frontera holandesa, con el

objetivo de dirigirse a Londres y emigrar junto a un amigo a Estados Unidos, pero fue detenida por los agentes de la Gestapo antes de salir del país y conducida a la presencia de Schellenberg. En esa desventajosa situación, ya no pudo rechazar la oferta. Así pues, Kitty Schmidt se avino a colaborar con el régimen.

Por ese motivo, en abril de 1940 la pensión fue cerrada para ser remodelada completamente, con el fin de servir a los intereses de la Seguridad del Reich. Cámaras y micrófonos fueron cuidadosamente disimulados en las paredes de las habitaciones. El centro de control de este complejo sistema de grabación estaba situado en el sótano del cercano edificio situado en el número 10 de Meineckestrasse.

Una vez reabierto, los visitantes habituales tuvieron una agradable sorpresa cuando se encontraron con una veintena de nuevas muchachas. Todas ellas eran políglotas, para atender mejor a los diplomáticos extranjeros, y destacaban por su gran atractivo. Los clientes no podían sospechar que en realidad eran agentes de la policía política; su denominación secreta era «auxiliares femeninos de la Gestapo». Las chicas habían sido entrenadas durante siete semanas en el arte de la seducción y en cuestiones prácticas, como reconocer los uniformes militares y las diferentes insignias. Después de cada encuentro con sus clientes, debían elaborar un informe completo. Estas chicas debían mantener en secreto su labor, si no querían sufrir represalias.

Entre otros clientes, asistieron el ministro de Asuntos Exteriores español, Ramón Serrano Suñer, y su homólogo alemán, Joachim von Ribbentrop, a quien se le había ocultado el carácter del establecimiento.

Uno de los clientes habituales era el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, el conde Galeazzo Ciano, yerno de Benito Mussolini. Von Ribbentrop, que era hombre de mundo e intuía con acierto el entretenimiento que podía atraer a cada persona, había invitado a su homólogo italiano al salón «para que se relajase», reconociendo que era un sitio discreto y seguro, y a partir de ahí el italiano no necesitó que se le insistiese para acudir a él, cada vez que visitaba la capital alemana.

En uno de aquellos encuentros, Ciano dijo a la chica que le atendió: «Hace unos meses mi acompañante —refiriéndose a Von Ribbentrop— me hizo una terrible revelación. Me habló de la decisión alemana de prender la mecha en Europa. Me lo hizo saber como si se tratara de un asunto administrativo sin importancia. “Bien, Ribbentrop”, le dije, “¿qué quieren? ¿El pasillo de Danzig?”. “Nada de eso”, me contestó. “Queremos la guerra”. Comprendí que aquella decisión era irrevocable y, como un relámpago, vi la tragedia que amenazaba a la humanidad y ya ha comenzado».

La chica tranquilizó a Ciano, hizo su tarea con todo profesionalismo y el conde le obsequió su reloj: «Cada vez que el reloj marque las once de la noche, la hora en que estamos juntos hoy, recuérdame».

El acto no fue filmado, pero sí se anotaron puntualmente sus palabras y se grabaron en disco. El disco resultante fue entregado a Schellenberg, éste lo entregó a

Heydrich y él a Himmler. Finalmente llegó a manos de Hitler. Según se desprende del contenido de otras grabaciones efectuadas durante las visitas de Ciano, la opinión del italiano sobre Hitler no era muy favorable.

Una visita sonada fue la del general de las Waffen SS Joseph *Sepp* Dietrich, quien reclamó los servicios de las veinte muchachas para una orgía que duraría toda una noche, aunque ninguna de ellas lograría arrancarle ninguna palabra comprometedora.

Reinhard Heydrich visitaba regularmente el local para, oficialmente, cumplimentar una «gira de inspección», aunque en este caso se aseguraba bien de que las cámaras y los micrófonos estuvieran apagados. Se cree que el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, también fue espiado durante las visitas que hizo al burdel, aunque no existe confirmación de este extremo.

Otro cliente habitual era el secretario de prensa rumano Ljubo Kolchev. Sin embargo, bajo esta identidad se ocultaba un agente británico, Roger Wilson. Este espía demostró una gran habilidad y una mayor sangre fría, ya que logró desviar uno de los cables a otro edificio para poder grabar también las conversaciones que allí se mantenían y trasladar luego la información relevante a Londres. Para ello contó con una de las prostitutas, a la que logró convencer para que colaborase con él. Pero, finalmente, Wilson fue descubierto y enviado a un campo de concentración.

El salón regentado por Kitty Schmidt fue el escenario de una confidencia que costaría cara a quien la pronunció. El hecho sucedió la noche del 9 de mayo de 1940, cuando Kitty recibió en su local a diplomáticos belgas y holandeses. Se trataba del vizconde Henri Davignon, embajador de Bélgica, y Johan de With, embajador de Holanda, quienes habían asistido antes a un acto oficial junto a otros miembros de legaciones extranjeras. Acabado éste, atendieron la sugerencia de alguien y acudieron al burdel poco antes de las diez de la noche. Kitty había sido avisada y los recibió. Esa noche, los clientes creían que la alarma de que Hitler invadiría Bélgica había pasado, por lo que el champán frío corría por todo el salón y todos se mostraban distendidos. Pero en mitad de la celebración se presentó Rudolf von Scheliha, primer secretario de Asuntos Exteriores de Alemania. Éste pidió silencio y luego, en tono confidencial, dijo que el ultimátum a Bélgica ya estaba en marcha y que al texto, preparado desde enero, se le había incorporado la fecha del día siguiente, 10 de mayo. Preocupados por la sombría confidencia, y sin ánimos para proseguir la fiesta, los clientes la dieron por concluida y se marcharon a sus casas. Mientras, en el sótano, el personal de guardia registró todo lo dicho y el subteniente de servicio llevó el disco a Schellenberg y éste a Heydrich. La detención de Scheliha se llevó a cabo una hora más tarde y fue interrogado por la Gestapo en la sede de ésta, en el número 8 de la Prinz-Albrecht-Strasse[44]. A las 5.30 de la madrugada, tal como había anunciado Scheliha, el Ejército alemán cruzó la frontera belga. El disco en el que quedó grabada la imprudente revelación se conserva en la *Documenten-Zentrale* de Berlín[45].

En enero de 1941, el sistema de control fue transferido a la Gestapo, que pasaría a monitorizarlo desde su cuartel general. Después de que la Pensión Schmidt resultase

dañada durante un bombardeo el 17 de julio de 1942, las actividades se trasladaron al primer piso del inmueble. Este cambio de emplazamiento vino acompañado de un cambio de nombre; a partir de entonces sería conocido como Salón Kitty, en honor de la dueña.

Con el transcurso de la guerra, el número de clientes fue descendiendo, quizá debido a los rumores que circulaban sobre el auténtico carácter del lupanar, hasta que en el verano de 1943 la Gestapo decidió abandonar el trabajo de espionaje que se venía realizando allí. El establecimiento fue devuelto a Kitty Schmidt, quien siguió regentándolo junto a las muchachas que habían sido reclutadas por los nazis, no sin antes ser amenazada para que no revelase nada de lo que allí se había desarrollado. Kitty Schmidt no hablaría nunca del papel que jugó en este período, ni siquiera una vez finalizada la contienda, y falleció en Berlín en 1954.

En 1976, una película dirigida por Tinto Brass —coproducida entre Italia, Alemania y Francia— titulada *Salón Kitty* y basada libremente en su historia, popularizaría el conocimiento de esta singular operación de espionaje[46].

El perfil psicológico de Hitler

En el año 2000 apareció un informe sobre la personalidad de Hitler entre documentos de la *Donovan Nuremberg Trials Collection* de la Biblioteca de Derecho de la Universidad de Cornell, en Ithaca, Nueva York. El texto había estado clasificado como documento secreto durante más de cuatro décadas, hasta que pasó a los fondos de la universidad, pero ningún investigador había reparado en él hasta ese momento. Fue un psiquiatra, Jerrold Post, quien dio por primera vez con el texto íntegro del informe cuando investigaba para su propio libro, *La evaluación psicológica de los líderes políticos*.

El perfil fue elaborado en 1943 por el psiquiatra Henry Murray, de la Universidad de Harvard, a petición de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), para ayudar a los Aliados a entender el carácter de Hitler. El doctor Murray trabajó en un equipo capitaneado por el psiquiatra Walter Langer, cuyo cometido consistía en trazar perfiles psicológicos de los líderes mundiales. El papel de Murray en el cuadro psicológico de Hitler había pasado hasta ahora casi desapercibido. Casi todos los méritos se los había adjudicado Walter Langer, que en 1972 aprovechó gran parte del material para escribir *La mente de Adolf Hitler*.

El documento confeccionado por Murray llevaba por título: *Análisis de la personalidad de Adolf Hitler con predicciones sobre su futuro comportamiento y sugerencias para tratar con él ahora y después de la rendición alemana*.

Según este informe de 250 páginas, que ha permanecido lejos de la luz pública durante más de sesenta años, Hitler era «rencoroso, con baja tolerancia a la crítica, tendencia a menospreciar a las personas y a buscar venganza». Según el psiquiatra, el

dictador germano «era incapaz de aceptar una broma, se mostraba perseverante frente a la derrota y mostraba una fuerte obstinación y confianza en sí mismo».

Murray describía la personalidad de Hitler como la de un criminal compulsivo. Pero lo más destacable es que el trabajo de Murray predecía, entre otras cosas, el posible suicidio de Hitler. El psicólogo anticipó que, si Alemania perdía la guerra, Hitler podría suicidarse de forma dramática y explosiva, pero si le mataban podría convertirse en un mártir. Murray llegaría a concretar de forma asombrosamente exacta las circunstancias en las que se podía producir ese suicidio: «Retirándose a su búnker y pegándose un tiro».

El psicólogo norteamericano afirmaba que había un gran componente femenino en la constitución de Hitler, que tenía muchas debilidades, que nunca hizo trabajos manuales o practicó deportes y que de soldado era «desagradablemente sumiso, presto siempre a plegarse con un servilismo irritante a las órdenes de sus superiores».

En el terreno sexual, le describió como un masoquista pasivo, aunque ése no era el único modelo, y también se caracterizaba por su homosexualidad reprimida. El psicoanalista estimaba que las pesadillas que le perseguían entonces «permiten sugerir que sufría pánico homosexual», es decir, terror ante la atracción sexual que sentía hacia otros hombres. Murray creyó apreciar también en Hitler síntomas de sifilofobia (miedo a contaminarse con la sangre en el contacto sexual con una mujer). Además, era propenso a la histeria y a las tendencias edípicas y con «una capacidad infinita para la autodegradación».

El doctor Murray estimaba que los crímenes que cometió pudieron deberse en parte al desprecio ante sus propias debilidades y como venganza por los abusos sufridos durante su infancia. Según Murray, la etapa infantil marcó dramáticamente el destino de Hitler, víctima de las humillaciones y del sadismo de su padre. En su opinión, el pequeño Adolf se debatió entre «el odio y el respeto» a su padre y «el amor y el desprecio» a su madre.

En el informe se podía leer: «Las acciones conspicuas de Hitler fueron una imitación de su padre y no de su madre. Tenía sentimientos ambivalentes hacia ambos… Sentía envidia y admiración por el poder masculino de su padre, y despreciaba la sumisión y la debilidad de su madre». El «poder masculino» y la «sumisión femenina» libraron una guerra a muerte en el interior de Hitler, de acuerdo con el psicoanalista norteamericano. Su afán de dominio y su crueldad manifiesta fueron una manera de superar el yugo, emulando a su propio padre, y de rebelarse contra la debilidad heredada de su madre.

A Murray también le correspondió asesorar al Gobierno norteamericano sobre qué hacer con Hitler en el supuesto de encontrarlo con vida. Murray y su equipo recomendaron llamarle «Falso Profeta», «Falso Mesías», «Satán encarnado» o «Criminal de Guerra número uno», por este orden. Entre otros castigos, sugería que a Hitler se le encerrara en una celda y se le martirizara con sonidos desagradables a todo volumen, bajo la mirada implacable de una cámara secreta que filmara su

sufrimiento y se lo hiciera ver a todo el mundo.

Las circunstancias obligaron a Murray a psicoanalizar al dictador desde la distancia, para lo que reunió información de segunda mano, como su genealogía, su historial escolar y militar, informes públicos de acontecimientos en la prensa y filmados, la información de la OSS, y los propios escritos del dictador y de sus biógrafos.

Pese a las dificultades obvias para estudiar al *paciente*, el diagnóstico final de Murray[47] fue que Hitler sufría neurosis, paranoia, histeria y esquizofrenia, entre otros males.

Según los expertos, este diagnóstico está mediatizado por especulaciones y teorías que no han resistido el paso del tiempo. Para ellos, el estudio expone una serie de malinterpretaciones y prejuicios propios de la psiquiatría de esos años. Hay que tener presente que el doctor Murray no tenía a su alcance herramientas como los estudios genéticos o la catalogación de enfermedades mentales que llegaría tiempo después. Algunos consideran que la falta de datos científicos y el contexto en el que se elaboró el estudio psicológico, durante la Segunda Guerra Mundial y en plena eclosión del psicoanálisis, restan valor al cuadro clínico de Adolf Hitler.

Aun así, los expertos coinciden en que algunas de las conclusiones de Murray siguen siendo tan válidas hoy día como lo eran entonces, y lo que nadie puede negar a Murray es su acierto al avanzar cómo podía ser la muerte del dictador.

El indomable Material-N

Como es bien sabido, la ciencia alemana logró unos grandes avances tecnológicos durante la Segunda Guerra Mundial, mostrándose en algunos campos muy superior a la de los Aliados.

Un ejemplo sería el descubrimiento por parte de los científicos germanos de una sustancia tan novedosa como peligrosa. El que sería conocido como «Material-N» o, en alemán, *N-Stoff*, era un compuesto químico que una vez puesto en ignición no había posibilidad de apagarlo por los medios comunes de extinción del fuego. Esa propiedad lo hacía extremadamente peligroso, no sólo para su empleo sino para su almacenamiento y manejo.

La existencia del *N-Stoff* fue un secreto militar durante la guerra y después de ella. Las referencias a esta sustancia eran sólo conjeturas, al situarla junto al resto de inventos que formaban parte del grupo de *armas maravillosas* que le permitirían a Alemania ganar la guerra.

El *N-Stoff* fue un secreto celosamente guardado por el Instituto Ost, radicado en el complejo químico de Falkenhagen. Esa zona fue elegida debido a su proximidad relativa a los laboratorios experimentales de la Wehrmacht en Kummersdorf, cerca de Wünsdorf y a 45 kilómetros de Berlín. El complejo fue construido en 1938, después

de una demostración ante Hitler, en el que el fuego producido por ese combustible hizo desaparecer literalmente un ladrillo. Ahí, el Führer pudo comprobar en persona cómo una vez encendido el *N-Stoff*, nada era capaz de apagarlo. En esas instalaciones se construyó un enorme búnker con su propia línea de ferrocarril, cuya entrada se encontraba disimulada con planchas de acero pintadas de camuflaje. El Material-N procedente de varias plantas de producción fue depositado en ese búnker desde 1938.

Toda la información relativa a esa sustancia permanecería secreta, pero hoy se sabe que el *N-Stoff* era trifluoruro de cloro (C1F1), descubierto por los científicos Ruff y Krug en 1930. El C1F1 es un gas licuado comprimido casi incoloro, que desprende un olor dulzón característico. En estado líquido es de color amarillo-verdoso y en estado sólido es blanco. La característica más importante de este compuesto es la violencia con que reacciona, destruyendo al instante la materia orgánica y pudiendo deshacer el vidrio o el cuarzo. El trifluoruro de cloro es capaz de hacer arder el cemento, el asfalto y los ladrillos. Una sola gota de ese Material-N enciende el papel, la tela o la madera.

El intentar apagar con agua el fuego producido por el *N-Stoff* es inútil, puesto que la sustancia reacciona violentamente, desalojando el agua. Por esa razón, la única forma que los científicos alemanes encontraron para extinguir su combustión era mediante su anegamiento en agua a altísima presión, en un compartimiento herméticamente cerrado para que el líquido elemento no pudiera ser desalojado por la fuerza de repulsión de la sustancia. También reacciona de forma violenta con la arena o el amianto y reacciona de forma menos virulenta con todos los plásticos, el caucho y las resinas. El trifluoruro de cloro sólo es inerte al oxígeno, al nitrógeno, los gases raros y los compuestos fluorinados, pero esos elementos tampoco apagan su combustión. El entrar en contacto con aleaciones que contienen carbón o silicio hace al C1F1 particularmente peligroso y desprende humos altamente tóxicos en contacto con ácidos. En cambio, curiosamente, en contacto con el hierro reacciona formando una película que recubre y protege al metal, en la que es la única reacción pacífica de este irascible compuesto[48].

Como es de imaginar, el efecto que el *N-Stoff* podía producir en el ser humano era devastador, pues la inhalación de los gases tóxicos —compuestos de cloro y flúor— que produce tras descomponerse por encima de 220 °C, ataca la boca, la nariz y la garganta, con efectos asfixiantes. El contacto con la piel provoca graves quemaduras y causa daños irreversibles en los ojos.

Ante estas atemorizadoras características, Hitler decidió que la producción y el almacenamiento del trifluoruro de cloro debían ser puestos bajo el control de la rama científica de las SS y que no fuera usada durante la guerra, excepto como combustible.

El Material-N era almacenado en los niveles inferiores del búnker del complejo de Falkenhagen. Para ello se utilizaban pesados recipientes que contenían cada uno una tonelada de producto. Los recipientes tenían una abertura superior para poder

introducir agua en caso de emergencia, y se cerraban herméticamente. Se cree que el personal destinado a la manipulación del *N-Stoff* constaba de unos cuatrocientos hombres.

En el complejo de Falkenhagen se producían unas cincuenta toneladas mensuales de *N-Stoff*, cuando estaba capacitada para fabricar unas quinientas. Esa producción se reduciría aún más, hasta unas diez mensuales, deteniéndose en el otoño de 1944, pero se desconoce la producción total.

De haberse utilizado como arma en la Segunda Guerra Mundial, el C1F1 hubiera sido un arma letal y quién sabe si decisiva. Para conocer todo el alcance de su poder, se planteó su utilización como combustible de torpedos al no dejar rastro en el agua, como material explosivo en todo tipo de bombas o en los lanzallamas, en los que se hubieran obtenido temperaturas de más de 2400 °C.

Sobre el uso que se hizo de esta sustancia no se sabe prácticamente nada, y todo son especulaciones. Se ha asegurado que llegó a utilizarse de forma experimental contra las defensas de hormigón de la Línea Maginot, y que los resultaron fueron tan espectaculares que llegaron a amedrentar a los que asistieron a esas prácticas. Se hicieron tan evidentes los riesgos de su manipulación y transporte que se intentó reducir al mínimo su uso. Gracias a las estrictas medidas de seguridad que requería el Material-N, no se registraron accidentes durante el proceso de fabricación, el transporte o el almacenamiento.

A principios de 1945, cuando las tropas soviéticas se aproximaban a Berlín, las instalaciones de Falkenhagen fueron completamente evacuadas y todo el material de interés fue trasladado al oeste. Los documentos relativos a este complejo acabarían en manos estadounidenses, quienes los mantendrían en secreto. Cuando los rusos ocuparon Falkenhagen ya no encontraron ni rastro de las avanzadas investigaciones que allí se llevaron a cabo. El Ejército Rojo utilizaría el complejo como cuartel hasta noviembre de 1990, cuando iniciaron el desmantelamiento del mismo, que se completaría en 1992.

Por los documentos en poder de los norteamericanos, y que fueron desclasificados tras unas revelaciones hechas por el que fue ministro de Armamento Albert Speer, ahora sabemos que las SS planeaban usar esa sustancia como combustible en unos motores de cohete de mayores dimensiones que la V-2, y que para esas investigaciones construyeron unas instalaciones específicas en las proximidades del complejo de Falkenhagen. Esos motores llegarían a la fase de prueba; para los ensayos se construyó un búnker de 15 metros de alto.

Los científicos norteamericanos extrajeron fructíferas conclusiones de los trabajos de sus colegas alemanes. Durante la carrera espacial, la NASA llegaría a utilizar el trifluoruro de cloro como combustible para sus cohetes, debido a sus singulares características.

Conversaciones intrascendentes

Las nuevas tecnologías han conseguido desentrañar algunos secretos del pasado, aunque sean tan intrascendentes como, en este caso, las conversaciones entre Hitler y su amante, Eva Braun.

En noviembre de 2006, gracias a un nuevo *software* de lectura de labios, se pudo dar voz a las cintas domésticas en las que el Führer aparecía departiendo relajadamente con Eva Braun. Confiado en la ausencia de sonido de esas filmaciones, el dictador germano dirigía a su amante un amplio catálogo de cursilerías y lanzaba despectivas expresiones hacia los jerarcas nazis.

Las cintas, filmadas en su mayoría por la propia Eva Braun, recogen momentos intrascendentes en el retiro alpino en Berchtesgaden. Un desarrollo informático de la tecnología de lectura automática de labios (ALR), aplicada por Frank Hubner, experto en reconocimiento del habla, logró descifrar las conversaciones. El ordenador puede así reconocer las formas que dibujan los labios, incluso desde ángulos oblicuos, las transforma en sonidos y éstos son confrontados con un diccionario.

Por ejemplo, sobre el jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, el autócrata nazi decía: «Le miré a través de la mesa del comedor y entonces supe que lo que dicen es cierto, que los cerdos comen la carne de los suyos». Pero Hitler resultaba menos áspero con su compañera: «¿Para qué estás filmando a un hombre viejo? Yo debería filmarte a ti». En otra ocasión, le dijo: «Hablas de un vestido que no te sienta bien… imagina mis problemas».

Hitler, un entusiasta del cine norteamericano, comentaba que «cada familia alemana debería tener una cámara, cada aspecto del crecimiento de la nación debería ser capturado». Luego, leyendo a unos niños y jugando con ellos, dice al más cercano: «Eres un niño valiente. Un día serás un buen soldado».

La trivialidad de muchos diálogos no deja de producir escalofríos, como cuando Heinrich Himmler habla con Reinhard Heydrich, su segundo en el aparato policial nazi: «Estoy muy ocupado con ese proyecto». Es posible que se refiriese a un asunto prosaico, pero también cabe la posibilidad de que estuvieran hablando de la Solución Final, por la que iban a ser asesinados millones de judíos.

Las siniestras inversiones del Deutsche Bank

Bajo el decisivo impulso de Hermann Josef Abs, desde el puesto de director de relaciones exteriores que ocupaba desde 1938, el Deutsche Bank financió el trabajo esclavo empleado por gigantes de la producción industrial, como Siemens, BMW, Volkswagen, IG Farben, Daimler Benz y otros. Pero no sólo esta entidad financiera

sacó jugosos dividendos de su colaboración con el Tercer Reich; se calcula que los bancos alemanes cuadriplicaron sus ganancias durante los doce años que Hitler estuvo en el poder.

Aunque no fue nunca miembro del partido nazi, Hermann Abs fue arrestado por los británicos nada más acabar la guerra, acusado de crímenes de guerra. Afortunadamente para Abs, el Banco de Inglaterra intervino para que fuera liberado, como así sucedió. El motivo aducido por esa alta instancia financiera del Reino Unido fue que era necesario restablecer la confianza en el sistema bancario germano para garantizar la estabilidad económica de la zona de Alemania bajo control británico. Esta decisión causó graves fricciones con los norteamericanos, que no estaban dispuestos a acudir al rescate de los bancos alemanes después de que éstos hubieran colaborado tan activamente con el ascenso y la consolidación del nazismo, además de su apoyo al esfuerzo de guerra teutón.

Finalmente, en 1948 se decidió que el Deutsche Bank fuera desmembrado en diez entidades, obligadas a operar únicamente en sus respectivos ámbitos regionales, aunque en 1957 quedaría fusionado de nuevo, escogiendo Frankfurt como sede central.

La depuración de Abs fue tan breve que casi de inmediato se le confió la gestión de la ayuda del Plan Marshall que llegaba a Alemania procedente de Estados Unidos. Abs llegaría en 1952 a ser el jefe de la delegación germana en la Conferencia de Londres, donde consiguió unos acuerdos muy ventajosos para el pago de la deuda de la República Federal Alemana.

Hermann Abs acabaría convirtiéndose en asesor económico del primer canciller de la RFA, Konrad Adenauer, y accedería a la presidencia del consejo de administración del nuevo Deutsche Bank resultante de la fusión, manteniéndose durante una década en esa alta responsabilidad. Abs falleció en 1994 a la edad de 92 años.

En febrero de 1999, el Instituto de Historia del propio Deutsche Bank reveló que la entidad ayudó a financiar la construcción del campo de concentración de Auschwitz, en donde fueron asesinados unos dos millones de personas. El banco concedió créditos a diez empresas constructoras para que levantaran el recinto. Este dato se pudo conocer gracias a más de mil actas internas procedentes de una antigua filial del Deutsche Bank en la ciudad de Katowice, en Polonia, ocupada por los nazis. Los documentos, que puestos en fila ocuparían nueve kilómetros y medio, habían permanecido olvidados en un sótano de una sucursal del banco en Hannover.

Según Manfred Pohl, director del Instituto de Historia del Deutsche Bank, el banco estaba al tanto del destino del dinero que prestaba a empresas relacionadas con las SS, y con IG Farben, fabricante del gas Zyklon B, utilizado en las cámaras de gas. Con el dinero del Deutsche Bank se construyeron incluso las cámaras de gas y el casino militar de las Waffen SS adjunto al campo de exterminio.

Esa información surgió en un momento en que los gigantes industriales alemanes

tenían que hacer frente a una ola de demandas de indemnización en Estados Unidos por haber utilizado trabajadores forzosos durante el régimen nazi, y el Deutsche Bank tuvo que enfrentarse a acusaciones de haber ocultado premeditadamente los documentos que le implicaban en la financiación de la construcción de Auschwitz.

La Cruz Roja y el nazismo

El Comité Internacional de la Cruz Roja fue creado en 1863 en Suiza con objetivos humanitarios, especialmente para socorrer a víctimas de guerra, sin distinción de nacionalidad ni uniforme. Como es bien sabido, su ámbito de actuación se extendió luego a paliar los efectos de las catástrofes, el bienestar social y la defensa de derechos humanos.

Sin embargo, la Cruz Roja Alemana jugó un papel infausto durante el nazismo. Esta constatación quedó clara tras un estudio realizado por las historiadoras germanas Brigitte Morgenbrod y Stephanie Merkenich, presentado en junio de 2008. El estudio demostró que, durante esos años, esta organización se alejó de sus principios humanitarios y colaboró activamente con el Tercer Reich.

Según esa investigación, desde 1933 hasta 1945 la Cruz Roja Alemana socorrió exclusivamente a soldados, prisioneros y civiles alemanes, sin hacer nada para ayudar a las víctimas y los perseguidos del régimen. Ya desde 1933, este organismo se plegó a los dictámenes de las autoridades nazis, al expulsar a todos sus miembros judíos. El estudio demostraba que varios miembros del organismo médico eran conscientes de las atrocidades del régimen pero callaron. Sin dejar lugar a dudas, la Cruz Roja conocía las deportaciones, los fusilamientos y los campos de concentración.

Las historiadoras pusieron en relieve distintos casos de complicidad, como cuando en 1944 los miembros de la Cruz Roja Alemana guiaron a visitantes de la Cruz Roja Internacional a través del campo de concentración de Theresienstadt, emplazado en una fortaleza del siglo XVIII cercana a Praga. Theresienstadt era el campo utilizado para dar una imagen engañosa de la terrible realidad de los campos de concentración. Durante estas visitas en las que la Cruz Roja local actuaba de cicerone, a los internos se les permitía acceder a la biblioteca o la piscina del recinto, se servía abundante comida con pan blanco o asistían a bailes con orquesta. Estas farsas eran rodadas por el Ministerio de Propaganda del Reich para ofrecer una imagen idílica de los campos de concentración, en contraposición con escenas que plasmaban la dura vida de los soldados en el frente. La Cruz Roja Alemana no dudó en participar de semejante engaño.

Los que sí consiguieron algo positivo fueron los miembros de la Cruz Roja Danesa, que se interesaron por los judíos de su nacionalidad internados en Theresienstadt. Allí acudieron en julio de 1944, acompañados por un representante de la Cruz Roja Internacional, Maurice Rossel. La Cruz Roja Alemana intentó también

engañar a los daneses, pero éstos no quedaron convencidos de las bondades exhibidas ante sus ojos y mostraron un insistente interés por el destino de sus compatriotas, lo que evitaría que éstos fueran enviados a la cámara de gas.

En septiembre de 1944, Maurice Rossel intentó entrar en Auschwitz y se entrevistó con su comandante, pero sólo pudo visitar una sección con prisioneros aliados occidentales. Allí comprobó que estos prisioneros recibían regularmente paquetes y que se les proporcionaba en líneas generales un buen trato, por lo que su informe sobre Auschwitz no revelaba los horrores que allí ocurrían.

Aunque la Cruz Roja Internacional fracasó en la detección de los crímenes cometidos por los nazis, a nivel individual algunos de sus miembros tuvieron algunos éxitos humanitarios. Por ejemplo, Friedrich Born[49] fue responsable de la salvación de unos 7000 judíos húngaros de caer en las redes que conducían a los campos de exterminio, y Charles Kolb y Vladimir von Steiger hicieron, por su parte, un enorme esfuerzo a favor de los judíos rumanos, aunque no tuvieron tanto éxito como Born.

Pero la relación entre la Cruz Roja y el régimen nazi parece ser mucho más profunda de lo que indicaba este estudio. En septiembre de 1996 salió a la luz un informe secreto de los servicios secretos norteamericanos en el que se revelaba que la Cruz Roja Internacional fue infiltrada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. El documento en cuestión constaba de 15 páginas, estaba fechado el 11 de enero de 1944 y había sido elaborado por un agente de la Oficina del Servicio Estratégico (OSS).

El informe desclasificado presentaba una lista de delegados de este organismo calificados de «agentes enemigos» y otros con el nombre raspado. Según señaló entonces François Bugnon, subdirector del Comité Internacional de la Cruz Roja, con sede en Ginebra, se trataba simplemente de un «informe de espías», pero la realidad es que ponía en entredicho el comportamiento de este organismo internacional durante el nazismo.

La Cruz Roja Alemana calló en esa época negra, pero la Cruz Roja Internacional también guardó silencio, a pesar de que es de suponer que tendría que llegarle alguna información desde la sede del organismo en Alemania. Un ejemplo de colaboración entre el organismo internacional y su delegación germana es que el primero aceptó en 1942, a petición de la Cruz Roja Alemana, llevar por separado los casos de los «arios» y de los «no arios».

El informe secreto estadounidense también refería el caso de un delegado en Turquía que envió por valija diplomática bienes robados a los judíos. El presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja en 1996, Cornelio Sammoruga, manifestó al conocerse los detalles del informe que el organismo estaba muy sorprendido por esas revelaciones y que esperaba conocer todos los detalles de esa supuesta connivencia con el régimen nazi. De todos modos, esa relación no debe suponer ninguna sorpresa, puesto que la Cruz Roja Internacional estaba muy ligada al gobierno suizo, y éste no se mostró precisamente contrario a los intereses de Berlín.

Una reliquia improbable

En noviembre de 2003 apareció una noticia en Rusia que al principio parecía una broma macabra, pero su protagonista, Ivan Zudropov, el hijo de uno de los integrantes del Ejército Rojo que entró en Berlín en mayo de 1945, aseguraba que era totalmente cierta.

Zudropov hizo público que se hallaba en posesión de una *reliquia* única; se trataba del pene modificado de Adolf Hitler. Para demostrar su autenticidad, afirmó que estaba dispuesto a que se le practicasen las pruebas necesarias de identificación del ADN.

El origen de su singular pertenencia había que buscarlo en el padre de Zudropov, Vasiliy, que fue uno de los soldados que entró en el búnker del Führer. Vasiliy explicaría años más tarde a su hijo que, junto a un grupo de soldados, encontró el cadáver de Hitler. Llevados por la ira, al tener ante sus ojos el causante de tantas desgracias para su país, desnudaron el cuerpo y le golpearon.

Vasiliy, ante esa oportunidad histórica, decidió llevarse un *souvenir* a casa; la cabeza del dictador germano. Sin embargo, finalmente optó por otra parte de su cuerpo más fácil de transportar; le cortó el miembro viril y se lo metió en el bolsillo. A su regreso al hogar pudo mostrar orgulloso el trofeo a su familia.

Casi sesenta años más tarde, su hijo decidió poner a la venta este recuerdo familiar. El precio que fijó fue de 18 000 dólares, aunque el apéndice carnoso en cuestión, según él, no mide más de seis centímetros.

Éste es el relato y las pretensiones del hijo del soldado Vasiliy, pero su historia no ha sido verificada por los historiadores. En primer lugar, el cadáver de Hitler no fue localizado hasta varios días después de la toma del búnker, y fue tras una intensa búsqueda ordenada por el propio Stalin. Cuesta creer que, sabiendo de la vital importancia que tenía la localización de los restos mortales del dictador germano, alguno de los soldados escogidos para esta misión se atreviese a dañarlo y, aún más, tuviera la ocurrencia de mutilar alguna parte del cuerpo. Por otro lado, el hecho de que el cadáver fuera quemado con gasolina inmediatamente después de su muerte, aunque fuera parcialmente, resta veracidad al testimonio del antiguo soldado soviético.

De todos modos, el secretismo que rodea el destino final que corrió el cadáver del dictador alemán permite otorgar el beneficio de la duda a las pretensiones del hijo de Vasiliy Zudropov.

Los discos secretos de Hitler

El 6 de agosto de 2007, el diario alemán *Der Spiegel* publicó una sorprendente

noticia. Se trataba del descubrimiento en una casa de veraneo cercana a Moscú de una colección de cerca de un centenar de discos que perteneció a Adolf Hitler.

La música era una de las pasiones del dictador germano, junto con la arquitectura. En su época vienesa acudía al teatro de la ópera casi a diario para escuchar a Ludwig van Beethoven, Richard Wagner, Franz Liszt o a Johannes Brahms. Aparentemente, para él sólo contaba la música alemana. Sin embargo, lo más impactante del hallazgo fue que entre la colección no sólo se encontraban las grabaciones de los compositores favoritos del autócrata, sino también autores de origen judío y rusos. Por ejemplo, entre las piezas musicales se contaban obras de los rusos Peter Tchaikovsky, Alexandre Borodin y Sergei Rachmaninoff. La mayor sorpresa la proporcionó uno de los discos de Tchaikovsky que incluía una obra del violinista polaco Bronislaw Huberman quien, debido a su origen judío, debió abandonar Europa tras la invasión nazi.

Los discos pertenecían a la colección que Hitler guardaba en Berlín. Aprovechando la confusión reinante en la capital germana inmediatamente después de la derrota alemana, en los primeros días de mayo de 1945, Lew Besymenski, capitán del servicio de exploración militar del frente bielorruso, se llevó la colección como *souvenir*.

Besymenski había recibido la orden de inspeccionar la Cancillería del Reich. Fue en este lugar en donde hizo el hallazgo. Según dejó escrito décadas después, «ante nuestros ojos se ofreció una imagen insólita. En cada una de las estancias había varias hileras de sólidas cajas de madera numeradas, pegadas unas a otras». El personal de servicio alemán había explicado que estas cajas estaban preparadas para su traslado a la residencia alpina de Hitler, en Berchtesgaden, pero al final no habían llegado a enviarlas. Estaban llenas de vajillas y enseres domésticos. El comandante soviético que estaba a cargo de la vigilancia del edificio le ofreció la posibilidad de llevarse algún recuerdo. Besymenski no dejó escapar la oportunidad y reunió un montón de objetos en una caja que más tarde se llevó consigo a Moscú a bordo de un tren especial.

Después de la guerra, Lew Besymenski se convirtió en un prestigioso historiador, pero nunca mencionó en sus libros lo que se llevó consigo de Berlín en 1945: parte de la colección de discos del cuartel general del Führer. Desde entonces, los discos permanecieron arrinconados en el oscuro desván de una dacha de Nikolina-Gora, donde los Besymenski pasaban los veranos, sin que nadie de la familia, excepto Lew, supiera nada del tesoro que se hallaba oculto en la planta superior de la casa.

Pero en agosto de 1991, durante una comida familiar con invitados, el secreto saldría inesperadamente a la luz. Después de comer, llegó el momento de relajarse y Besymenski pidió a su hija Alexandra que subiera al desván para coger unas raquetas de bádminton. Según declararía su hija, mientras rebuscaba entre unas cajas de libros, «mi pierna tropezó con algo duro, era una pila de discos. Tenían unos adhesivos rectangulares con un dentado muy fino en los bordes. En ellos ponía: Cuartel general

del Führer».

Tras la sorpresa inicial, Alexandra bajó al comedor y preguntó: «Papá, ¿qué es esto?, ¿qué hace esto en el desván?». «Ya lo ves, son discos de pasta. Pero desde hace años yo sólo escucho CD», respondió malhumorado el anciano de setenta años, que no parecía dispuesto a revelar nada más.

La existencia de la colección continuó siendo un secreto. Pero la presión de su hija finalmente surtiría efecto, si no para que su padre permitiese que saliera a la luz el hallazgo, al menos para que dejase por escrito sus recuerdos, lo que hizo en 2003. En esas páginas relataba la sorpresa que se llevó al escuchar los discos: «Eran grabaciones de música clásica, interpretadas por las mejores orquestas de Europa y Alemania con los mejores solistas de la época, me sorprendió encontrar también música rusa».

Besymenski, que murió en junio de 2006 a los 86 años, siempre sintió temor de ser considerado un ladrón, pero su hija aseguró que él había tomado las cajas con discos simplemente porque era un amante de la música. Ella sería la encargada, un año después de su fallecimiento, de hacer público el preciado tesoro que había conservado su padre durante más de seis décadas.

Alexandra permitió al *Spiegel* examinar la colección de casi cien discos de pasta. La mayoría estaban guardados en álbumes rojos y azules, que contenían una docena de discos cada uno. La mayoría de los discos estaban bien conservados, aunque algunos aparecían rayados o rotos.

El primer álbum no contenía nada especialmente sorprendente: las sonatas para piano *Opus 78* y *90*, de Beethoven, o la obertura del *Holandés errante*, de Wagner, interpretada por la orquesta del Festival de Bayreuth. Pero tras el número de inventario *Cuartel general del Führer 840* se escondía una grabación de la discográfica Electrola con la etiqueta «Bajo en ruso con orquesta y coro». Su contenido era el aria de la *Muerte de Boris Godunoff*, del compositor ruso Modest Mussorgski, cantada por el bajo ruso Fiodor Schaliapin.

Otro de los álbumes contenía exclusivamente obras de Tchaikovsky con el astro del violín Bronislaw Huberman, un judío polaco, como solista. Al respecto, la hija de Besymenski, que era también judío, afirmó al *Spiegel* que esa insólita selección le parecía «un completo absurdo, teniendo en cuenta que millones de eslavos y judíos perdieron la vida víctimas de la ideología nazi».

Paradójicamente, pese a la política de acoso y exterminio desatada contra la población de origen judío durante el Tercer Reich, el dictador y otros jerarcas nazis disfrutaban sin reservas del talento de los artistas hebreos. Por ejemplo, en la colección de discos también aparecía como intérprete el judío austríaco Artur Schnabel.

Ahora, gracias a la revelación de la hija de Besymenski, sabemos que Hitler era consciente del enorme talento musical de aquellos que él consideraba seres inferiores, una evidencia que, al parecer, no logró cuestionar sus execrables convicciones.

El milagro alemán de Grundig

La empresa alemana Grundig es, desde hace más de seis décadas, toda una referencia en la fabricación de equipos de audio, televisión y radio. Surgida después de la Segunda Guerra Mundial, simbolizó el llamado *milagro alemán*, por el que la economía germana resurgió de sus cenizas para situarse en la vanguardia mundial. En 1955 Grundig, que contaba con más de 10 000 trabajadores, se convirtió en el mayor fabricante europeo de receptores de radio; su primer éxito había sido el televisor Zauberspiegel (1952) el primer televisor fabricado en serie en el mundo.

Al crearse ya en la posguerra, la historia de Grundig está aparentemente desligada de la Segunda Guerra Mundial y libre de la alargada sombra del Tercer Reich, pero en realidad los comienzos de la marca estuvieron marcados por este negro período.

Su fundador fue Max Grundig (1908-1989), nacido en Nuremberg. Grundig fue un ejemplo de emprendedor precoz. Sólo tenía catorce años cuando junto a un amigo de su misma edad, Gustav Schikedanz, se dedicó a vender aparatos de radio en la vecina población de Fürth. Para ello crearon la compañía Radio-Vertrieb Fürth Grundig & Wurzer OHG.

En 1934, Max Grundig se estableció por su cuenta. Además de aparatos de radio, vendía discos, baterías y accesorios. En 1938 pasó a fabricar pequeños transformadores, que encontraron una fuerte demanda en la entonces pujante industria de armamento. Al comenzar la guerra, el Ejército alemán le encomendó la reparación de equipamiento militar del cuerpo de señales.

Grundig recibió la citación para alistarse en la Wehrmacht, pero logró quedar exento; debido a la importancia militar de su pequeña industria, fue declarado «indispensable» en su profesión civil. A causa de la amenaza de los bombardeos, trasladó la producción de Fürth a la cercana localidad de Vach, alojando la maquinaria en la gran sala de baile de un restaurante, cuyas instalaciones habían sido puestas al servicio de la fabricación de componentes esenciales para el esfuerzo de guerra germano.

En ese inusual lugar, Grundig produjo transformadores, fusibles y mecanismos de control. Para ello contó con unos 150 trabajadores forzosos ucranianos, que obtuvieron un buen trato. Nunca les faltó comida, y Grundig hizo todo lo posible para que sus condiciones de trabajo no fueran tan penosas como las de los miles de obreros extranjeros que trabajaban en suelo alemán en régimen de esclavitud.

Al acabar la guerra, Grundig fue detenido e interrogado por la policía militar norteamericana. Afortunadamente para él, los trabajadores ucranianos intercedieron por él y declararon en su favor. Gracias a ese emotivo salvoconducto, a los tres días Grundig fue liberado.

Todavía no había pasado un mes del final de la contienda cuando Grundig reabrió su negocio de venta de aparatos de radio. Pero el testimonio de los ucranianos no fue

suficiente para que Grundig quedase libre de toda sospecha, por lo que en varias ocasiones fue interrogado por las autoridades militares norteamericanas para ofrecer explicaciones sobre su colaboración con el régimen nazi.

Max Grundig negó en todo momento haber servido su producción al Ejército alemán; en realidad tenía razón, puesto que su producción era vendida a grandes empresas, como Siemens o AEG, y eran éstas las que proveían a la Wehrmacht. Grundig aseguró a sus captores que él no conocía el destino final de sus productos y que trabajaba por encargo. Aunque se tenía constancia de que sus mecanismos de control habían sido incorporados a las bombas volantes V-1 y V-2, Grundig logró salir airoso del trance y pudo dedicarse en cuerpo y alma a reiniciar su carrera empresarial, interrumpida por la guerra.

Pero ese reinicio de sus actividades tampoco sería fácil. Para la fabricación de aparatos de radio era necesario contar con una autorización especial de las autoridades aliadas y, a su vez, era necesario que los potenciales clientes contasen con otro permiso para poder comprar una radio. Pero estos inconvenientes no fueron un obstáculo para el animoso Grundig, que logró sortearlos con habilidad y diplomacia. Utilizando piezas que tenía almacenadas, en diciembre de 1945 ideó una radio sin tubos, que él mismo calificó de *juguete*, pero que tendría un gran éxito. El *milagro alemán* había dado comienzo, y Grundig se convertiría en uno de sus abanderados[50].

Adidas, de lanzacohetes a zapatillas deportivas

La mundialmente conocida marca de material deportivo Adidas nació oficialmente el 18 de agosto de 1949. El nombre de la empresa procedía del nombre de su fundador, «Adi», diminutivo de Adolf, y «das», la primera sílaba de su apellido, Dassler.

Pero la historia de esta marca se remonta a comienzos de la década de los veinte, cuando Adolf Dassler y su hermano Rudolf comenzaron a confeccionar zapatillas en la pequeña población de Herzogenaurach, un tranquilo rincón de Baviera a medio camino entre Nuremberg y Würzburg. Esa localidad tenía ya una arraigada tradición en la fabricación de calzado, como lo demuestra el que en 1922 se pudieran contar 122 fabricantes en un pueblo de sólo 3500 habitantes.

La empresa originalmente se llamaba Gebrüder Dassler Schuhfabrik. En 1926 se decidieron a fabricar de forma artesanal calzado con clavos para los practicantes del atletismo. Los hermanos Dassler se repartieron los papeles; mientras que *Adi* asumía el de artista introvertido, Rudolf se revelaba como un convincente relaciones públicas. De él surgió la idea de abreviar el nombre de la marca y tomar sólo la «Ge» de Gebrüder y la «Da» de Dassler; a partir de entonces, su calzado llevaría el sello «Geda».

La buena calidad en los materiales y su cuidadosa manufactura, lo que

proporcionaba a las zapatillas Geda una resistencia extrema, llegaron a oídos de Josef Waitzer, entrenador del equipo alemán de atletismo. Para satisfacción de los Dassler, los mejores atletas se convirtieron en clientes suyos. Ya en los Juegos Olímpicos de 1932, celebrados en la ciudad norteamericana de Los Ángeles, un *sprinter* alemán ganó una medalla de bronce calzando unas zapatillas Geda.

En los Juegos Olímpicos de 1936, celebrados en Berlín, las zapatillas Geda adquirieron un protagonismo insospechado. Un atleta norteamericano de raza negra rompería el mito de la superioridad de la raza blanca, promovido por los nazis. Era Jesse Owens, quien calzaba unas zapatillas de clavos obra de *Adi* Dassler cuando consiguió sus cuatro medallas de oro. Paradójicamente, la técnica alemana había servido precisamente para dejar en evidencia a los dirigentes nazis.

El éxito de Owen ayudó decisivamente a hacer despegar a la pequeña empresa familiar de los Dassler. Pero el estallido de la Segunda Guerra Mundial pondría un repentino fin a esa progresión. Por orden de las autoridades germanas, la factoría se reconvirtió en taller de tanques y repuestos de lanzamisiles.

Los dos hermanos, de caracteres contrapuestos, ya habían colisionado más de una vez sobre el criterio para conducir la empresa, pero durante el período de guerra estas desavenencias se recrudecerían. *Adi,* que no se mostraba demasiado entusiasta con el régimen nazi, consiguió librarse de empuñar las armas para hacerse cargo del nuevo cometido de la empresa. Por su parte, Rudolf, convencido de la causa nazi y confidente de las SS, se unió a las tropas en Sajonia y desde allí escribió una *afectuosa* misiva a su hermano: «No dudaré en pedir el cierre de la fábrica para que tengas que asumir una ocupación que te permita jugar a ser jefe y, como deportista de élite que eres, tengas que llevar un arma».

De la fábrica de los hermanos Dassler salieron miles de unidades de un lanzacohetes de 88 milímetros conocido como Panzerschreck (el terror de los tanques); sus proyectiles de tres kilos eran capaces de perforar una coraza de más de diez centímetros de espesor desde una distancia de 150 metros. Este lanzacohetes, similar al *bazooka* norteamericano, constaba de un largo tubo metálico (lo que le hizo recibir el apodo de *Ofenrohr,* o tubo de estufa en alemán) que tenía aparte un escudo, cuya finalidad era proteger al tirador tanto del fuego enemigo cuando se asomara como de la llamarada que provocaba el disparo. De las instalaciones de los Dassler saldrían unidades del Panzerschreck hasta los últimos días de la guerra.

A pesar de que en la zona se concentraban numerosas fábricas de armamento y de que en las proximidades existía un campo de aviación, las instalaciones de la fábrica no resultaron alcanzadas por los frecuentes bombardeos que pretendían destruir esos objetivos estratégicos.

Una vez llegada la paz, los tubos empleados en la fabricación de los lanzacohetes, y que habían quedado almacenados en grandes cantidades en la fábrica de los Dassler, fueron utilizados por los habitantes de Herzogenaurach como simples tuberías o postes de vallado.

El entendimiento entre los dos hermanos saltaría definitivamente por los aires al acabar la contienda. Tras un juicio celebrado por los Aliados para evaluar su nivel de compromiso con el nazismo, *Adi* fue eximido de colaboración con los nazis y pudo retener el control de la empresa. En cambio, Rudolf, tras haber sido denunciado por su propio hermano y haber sido hecho prisionero por los Aliados, tuvo que trasladarse, con su mujer y sus dos hijos, al otro lado del río Aurach para empezar de cero en una pequeña fábrica en la Würzburgerstrasse.

Aunque tan sólo les separaban unos pocos kilómetros, la distancia entre los dos hermanos era ya insalvable. La mitad de los empleados —los técnicos— se quedaron con *Adi*; la otra mitad —los de ventas— se enrolaron con Rudolf. El río marcó la linde entre los adeptos de uno u otro hermano. De este cisma nacería la marca de calzado deportivo Puma en 1948, fundada por Rudolf. Un año después, tal como se apuntaba, Adolf registró su propia compañía; había nacido Adidas[51].

El último soldado de Hitler en América

En 1985, un hombre que respondía al nombre de Dennis Whiles acudió a un prestigioso periodista de la cadena de televisión norteamericana NBC, Bryant Gumbel, para ofrecerle una increíble primicia. Su revelación consistía en que él era en realidad Georg Gaertner, un antiguo soldado alemán fugado en 1943 de un campo de prisioneros del estado de Nuevo México, y que nunca había sido atrapado pese a que el FBI siguió su pista durante casi dos décadas.

En un primer momento, el periodista creyó que se trataba de una broma, pero posteriormente comprobó que la increíble historia relatada por aquel hombre era cierta. En efecto, tras la identidad falsa de Dennis Whiles se escondía Georg Gaertner, el prisionero que había mantenido la fuga más larga de la Segunda Guerra Mundial.

Gaertner había nacido en 1921 en Schweidnitz, una pequeña localidad de la Baja Silesia. Durante la guerra sirvió en el Afrika Korps del mariscal Erwin Rommel. Tras ser capturado por los Aliados en Túnez en 1943, fue trasladado a Estados Unidos, quedando confinado en un campo de prisioneros.

Además de él, en suelo norteamericano había un total de 435 000 soldados germanos, distribuidos entre otros campos, que gozaron de buen trato a lo largo de todo su encierro. El excelente comportamiento de los alemanes llevó a que las autoridades militares les ofreciesen la posibilidad de trabajar fuera de los recintos vigilados, ayudando a los civiles en las faenas del campo o en granjas, por lo que no era extraño que llegasen a integrarse plenamente en algunas comunidades rurales, en donde estos prisioneros eran siempre bien recibidos.

En septiembre de 1945, con la guerra ya terminada, muchos soldados germanos permanecían aún en esas instalaciones esperando el momento de ser enviados de

vuelta a casa. Al parecer, Gaertner no tenía ningún deseo de regresar a su país, pues temía acabar en manos de los rusos; su lugar de residencia, en la Baja Silesia, había quedado bajo control soviético, y tenía miedo de que fuera obligado a ir allí. Por lo tanto, prefería quedarse a vivir en el continente americano e iniciar una nueva vida en esa tierra de oportunidades. Sin embargo, sus captores no ofrecían a los alemanes esa opción y ya estaban llevando a cabo los preparativos para trasladar a él y a sus compañeros a Europa.

Gaertner no estaba dispuesto de ningún modo a correr el riesgo de ser hecho prisionero por los rusos, por lo que prefirió correr el riesgo de emprender una fuga. Así pues, en un descuido de los vigilantes, Gaertner logró saltar la valla del campo de prisioneros en el que se encontraba, en la Base Aérea de Deming, Nuevo México, el 21 de septiembre de 1945, y adentrarse en el desierto, sin que pudiera ser apresado de nuevo.

La pista del soldado alemán se esfumó para siempre. A lo largo de los años siguientes, el FBI llevó a cabo todo tipo de pesquisas para encontrar alguna pista que condujese hasta el fugado, pero fue inútil. Finalmente, en 1963 el FBI dejó de buscarlo, aunque permaneció en la lista de las «personas más buscadas».

Pero, tal como se indicaba, fue en 1985 cuando Georg Gaertner, deseoso de librarse del peso que le suponía arrastrar ese secreto, o quizá buscando la fama y el dinero que le podría reportar, se entregó voluntariamente. A favor de esta segunda tesis estaría el hecho de que, antes de ponerse en contacto con el periodista de la NBC, Gaertner ya contrató un abogado y un asesor en relaciones públicas.

Gaertner reveló que tras pasar unos años vagabundeando por el país, finalmente se había establecido en la ciudad de Boulder, Colorado. Allí se casó y desempeñó varios trabajos, desde instructor de esquí y tenis a contratista de obras. En Boulder llevó una vida tranquila hasta que decidió desvelar su identidad. Su fuga había durado cuarenta años.

A las autoridades norteamericanas se les planteó entonces un problema legal. En principio, debían actuar contra él al encontrarse fuera de la ley y estar reclamado por el FBI, pero Gartner no podía ser acusado de inmigración ilegal, puesto que había sido llevado a Estados Unidos contra su voluntad. Por otro lado, tampoco se le podía castigar por haberse fugado, pues el deber de todo prisionero de guerra es escapar de su cautiverio. Así pues, todos los cargos contra él quedaron retirados. Tras quedar resuelta su compleja situación legal, a Gaertner se le concedió la ciudadanía estadounidense en 1989.

Con su flamante pasaporte, Gaertner viajó a Alemania, en donde pudo comprobar los espectaculares cambios que había experimentado el país que él dejo en plena guerra mundial. Allí le dieron una buena noticia; tenía derecho a una compensación económica del Estado alemán por el tiempo que había estado prisionero, una cantidad que le fue satisfecha con la correspondiente actualización.

El mismo año en que se entregó, Gaertner publicó un libro de memorias titulado

Hitler's last soldier in America (El último soldado de Hitler en América), que disfrutó de una buena acogida[52]. Gartner continuó residiendo en Boulder, continuando con su vida tranquila, pero con la diferencia de que por fin podía mostrar a todos libremente y sin miedo su verdadera identidad.

Capítulo 5

Personajes singulares

Aunque para algunos teóricos el devenir histórico lo conforman casi en exclusiva los procesos sociales y económicos, siendo los individuos tan sólo la consecuencia y el mero reflejo de esos condicionantes, para otros la Historia no sería la misma sin la participación activa de las personas. Para entender la Segunda Guerra Mundial es necesario conocer la realidad en la que ésta tuvo lugar, pero no hay duda de que, sin la iniciativa personal de algunos individuos, ésta hubiera sido muy diferente.

Se ha estudiado ampliamente la influencia en el conflicto que tuvieron personalidades del calibre de Hitler, Churchill o Stalin, así como de los principales líderes militares, pero fueron muchos más los hombres y mujeres que, anónimamente, lograron pequeños pero sustanciales cambios en el desarrollo de la guerra. Algunos de ellos consiguieron confundir al enemigo, u obtener una información preciosa, pero los que merecen más nuestro respeto y admiración fueron aquellos que pusieron en riesgo sus carreras y sus vidas con el objetivo de salvar vidas humanas, sin esperar a cambio ningún reconocimiento. Gracias a la información que ha ido apareciendo desde el final de la contienda, ahora podemos honrar su memoria.

Albert, el hermano bueno de Göring

Aunque resulte sorprendente, Albert Göring, el hermano pequeño del mariscal del Reich, Hermann Göring, era un activo opositor al régimen nazi. Fue arrestado en varias ocasiones por la Gestapo, librándose de mayores consecuencias gracias a la correspondiente y oportuna intervención de su hermano mayor.

Albert, nacido en 1900, llegó a ser un hombre de negocios de éxito, y fue nombrado director de exportación de la empresa Skoda cuando Checoslovaquia fue anexionada por el Tercer Reich. Durante la época nazi ayudó a muchos judíos a escapar de los horrores del Holocausto, falsificando la firma de su hermano en salvoconductos de viaje. La esposa judía del compositor Franz Lehar fue una de las personas a las que Albert ayudó. Durante su estancia en Checoslovaquia llevó a cabo pequeñas acciones de sabotaje en su propia empresa, que era utilizada para fabricar armamento, y mantuvo una relación fluida con los opositores checos a la ocupación nazi.

Se conocen valientes gestos de solidaridad de Albert con los judíos. Por ejemplo, en una ocasión, caminando por la calle, se topó con un grupo de judíos que estaban siendo obligados a limpiar la calle con cepillos de dientes. Albert se puso también de

rodillas y comenzó a realizar esa humillante tarea. Cuando un oficial de las SS exigió ver su documentación se quedó de piedra al ver su apellido; Albert le confirmó su parentesco con el Reichsmarschall, por lo que el oficial prefirió permitir a los judíos que se marchasen para evitarse complicaciones innecesarias.

Tras la guerra, Albert fue investigado por las autoridades aliadas, pero el testimonio de aquellos a los que ayudó le libraron de ser juzgado. Sin embargo, fue entregado a las autoridades checoslovacas, aunque de nuevo quedó libre tras conocerse sus actividades antinazis. Regresó a Alemania, aunque su parentesco directo con el que había sido número dos del régimen le ocasionó muchos inconvenientes en sus intentos por abrirse paso en la nueva realidad de su país.

Albert, que se dedicó a la escritura y a la traducción, acabó recibiendo un subsidio del gobierno y viviendo en una modesta pensión. Una semana antes de morir, en 1966, se casó con la dueña de la pensión como gesto de gratitud, para que ella pudiera seguir recibiendo esa paga tras su fallecimiento.

Pese a que existen pruebas inequívocas de su lucha contra el régimen del que su hermano fue uno de los principales jerarcas, la encomiable actitud de Albert Göring aún no ha recibido el reconocimiento que merece.

La Carrera de las Burlas

El 31 de marzo de 1970, la edición dominical del diario italiano *Corriere della Sera* desvelaba los detalles de una de las evasiones más sorprendentes y meritorias de la Segunda Guerra Mundial. Se trataba de la fuga protagonizada por un grupo de soldados italianos, con el teniente Giovanni Corsini al frente, huidos de los campos de prisioneros británicos en Kenia. Pero antes de conocer esta aventura, es necesario explicar brevemente cómo llegaron a esas tierras africanas.

En 1936, los italianos se apoderaron de Etiopía por la fuerza, cumpliendo así las aspiraciones imperiales de Benito Mussolini. Siendo éste un país orgulloso pero muy atrasado, los italianos dedicaron muchos esfuerzos a modernizarlo, construyendo edificios, carreteras, hospitales, etc. Para llevar a cabo estos proyectos, cerca de 50 000 italianos emigraron a Etiopía.

Uno de estos emigrantes era Giovanni Corsini. Nacido en Florencia en 1911, pertenecía por parte de padre y madre a dos de las más antiguas familias toscanas de la nobleza. Contaba entre sus ascendientes con un Grande de España e incluso un Papa. Estudió ingeniería y Derecho. Casado en 1937, decidió establecerse en Etiopía tras buscar el capital necesario para fundar una sociedad maderera, de la que fue nombrado director.

La empresa de Corsini fue progresando y pronto dio trabajo a millares de nativos, creando almacenes y aserraderos y abriendo un centenar de kilómetros de pistas forestales. Satisfecho con el éxito de su empresa, residía con su mujer e hijos en

Addis Abeba, pero pronto todo iba a cambiar.

El 10 de junio de 1940, Italia entró en guerra. Los colonos, la mayoría de ellos movilizados, acogieron la noticia con alegría y esperanza de victoria. Muchos vieron la oportunidad de crear un enorme imperio colonial que llegase desde Gibraltar a Somalia. Al menos, esperaban que se pudiera establecer el enlace entre las tropas italianas de Libia con las de Etiopía.

Pero los británicos interfirieron en estos megalómanos deseos y frenaron a los italianos, que pretendían llegar al Canal de Suez. Una vez que el peligro en Egipto había pasado, los británicos se dirigieron contra las fuerzas italianas en Etiopía. Aislados de su metrópoli, los italianos rindieron la capital, Addis Abeba, el 6 de abril de 1941.

Los británicos se habían apoderado de Etiopía. Los soldados italianos y muchos de los civiles que allí vivían fueron internados en campos de prisioneros. Los británicos no disponían allí de medios para hacerse cargo de un número tan alto de personas, así que decidieron el traslado a campos situados en Kenia o la India.

En septiembre de 1941, el gran protagonista de esta historia, el teniente Corsini, fue internado en un campo de prisioneros que estaba instalado en el hipódromo de la capital etíope. Desde aquí fue enviado a otro campo, situado en la Somalia británica. En ese lugar comenzó a pensar en la posibilidad de una fuga, teniendo en cuenta la proximidad de la Somalia francesa, que entonces era neutral.

Para conseguir escapar, Corsini contaba con un factor muy importante. Su aspecto físico era muy parecido al del típico anglosajón; alto, rubio y de ojos azules. Además hablaba inglés a la perfección. Consiguió unos pantalones cortos del ejército británico y confeccionó artesanalmente unas estrellas de oficial para ir preparando el engaño.

Sin embargo, no pudo emplear estos trucos, ya que alguno de sus guardianes, con buen ojo, lo catalogó como sospechoso de poder intentar una fuga y fue trasladado en un barco mercante hasta Kenia. Allí fue internado en otro campo de prisioneros. En total eran más de 150 000 los italianos recluidos en este país. El ambiente entre esos hombres era de gran compañerismo y todos colaboraban para que los intentos de fuga tuvieran éxito. Pero, a pesar de la ilusión con la que estos planes eran abordados, casi siempre se saldaban con un fracaso.

Los ingleses no sometían a los prisioneros a una intensa vigilancia. De hecho, en muchos casos les permitían entrar y salir libremente del campo para realizar trabajos variados. La razón era la dificultad que entrañaba recorrer centenares de kilómetros por aquellas tierras salvajes. El hambre, la sed y los animales salvajes acabarían rápidamente con el que lo intentase. Además, había que tener en cuenta que era muy difícil pasar desapercibido entre una población de raza negra.

En su nuevo campo, Corsini comenzó a elaborar su plan de huida. Estaba claro que la única posibilidad de escapar era apoderándose de algún vehículo y tratando de llegar a la frontera en unos pocos días. Aun siguiendo este método de fuga, había que tener presente la necesidad de conseguir gasolina. Los ingleses mantenían un control

estricto sobre el carburante y cuando a un italiano se le permitía trasladarse en un vehículo, tan sólo se le proporcionaba la gasolina necesaria para ir y volver del lugar de destino. Pero los italianos sabían cómo escatimar pequeñas cantidades de combustible, unos litros que eran almacenados por los prisioneros en los lugares más insospechados, como por ejemplo una fosa del cementerio.

Aprovechando su facilidad para hacerse pasar por un oficial británico, Corsini esperaba conducir ese vehículo tranquilamente por las carreteras keniatas, sin despertar sospechas. Sus compañeros de fuga no tendrían que interpretar ningún papel; serían prisioneros italianos en un viaje de traslado.

El plan tenía un gran inconveniente. La utilización de un uniforme enemigo era considerado como un delito que podía ser castigado con la muerte. Aun así, Corsini confió en que los ingleses se tomasen el asunto con actitud deportiva y viesen en el uso del uniforme británico una simple estratagema.

El equipo completo se formó con Corsini como oficial al mando, un sargento también «inglés» y tres prisioneros. En principio el plan consistía en apoderarse de un camión y ponerse en ruta en dirección al sur, hacia la colonia portuguesa de Mozambique. Pero hubo un cambio fundamental. Temían que los ingleses se lanzaran inmediatamente a la captura del camión robado, así que Corsini ideó un plan tan arriesgado como genial.

La huida con el camión no sería en dirección a la frontera, sino a la capital, Nairobi. Allí abandonarían el vehículo y robarían otro más veloz. Mientras que los ingleses les estuvieran buscando por Nairobi, ellos ya estarían rumbo a Mozambique. Pero la pregunta era: ¿Dónde se esconderían mientras intentaban hacerse con otro vehículo? La respuesta a esta incógnita era impensable: se «alojarían» en el campo de prisioneros de Nairobi, haciéndose pasar durante unos días por internos. Consiguieron enviar un mensaje clandestino a ese campo de prisioneros, avisándoles de su llegada y pidiéndoles que tuvieran a punto un vehículo y gasolina suficiente para emprender una larga huida.

Llegó el día. Aprovechando la salida habitual para ir a trabajar al exterior del campo, se apropiaron de un camión y llegaron a Nairobi. Allí lo abandonaron, cambiaron sus ropas y entraron en el campo de prisioneros mezclados con el resto. Pero una vez dentro, comprobaron que sus compañeros no habían conseguido nada de lo que les habían pedido. Tuvieron que esperar más de veinte días, ocultos entre la masa anónima de prisioneros. Mientras los ingleses les buscaban por los alrededores de Nairobi, no podían sospechar que en realidad los fugados se encontraban vigilados por guardianes ingleses.

Por fin pudieron contar con un vehículo, que alguien había logrado sacar del taller. Intentaron la fuga, pero no pudieron conseguir más que una poca gasolina, así que tuvieron que regresar. Esto se repitió en otra ocasión. Unos días más tarde, se apoderaron de un viejo camión Chevrolet con escasos litros de combustible; gracias a la colaboración de otros campos pudieron emprender la ansiada huida, ya que éstos

les iban proporcionando bidones de gasolina que tenían «ahorrados». Los prisioneros los ocultaban en bosques y cuevas situadas a lo largo de la ruta y Corsini iba repostando con normalidad.

El problema ya no era el combustible, sino la mecánica del viejo cacharro. Continuamente debían parar en la cuneta para hacer pequeñas reparaciones de urgencia o colocar parches en las ruedas. Para evitar que otros vehículos militares se detuviesen para ayudarles, cuando veían acercarse algún vehículo simulaban que habían hecho una parada para orinar.

Los fugados fueron pasando controles de carretera hasta que llegaron a la frontera con Tanganika, también bajo dominio británico. Quedaban todavía 2000 kilómetros hasta Mozambique. Ya no podían contar con la colaboración desinteresada de los prisioneros italianos, pues en esa zona no existían campos. Así que para conseguir la gasolina fue necesario que Corsini exprimiese al máximo sus dotes de persuasión a fin de convencer a los oficiales británicos que iban encontrando por el camino para que les cediesen combustible. En una ocasión en que recibió una rotunda negativa por respuesta, Corsini le aseguró enfadado que pertenecía al Departamento de Investigación Criminal. El oficial, asustado, le ofreció de inmediato unos barriles de gasolina para evitar meterse en problemas.

Otro detalle anecdótico fue el que se dio con motivo del encuentro de Corsini con un mayor inglés. Éste le pidió al italiano que, aprovechando su viaje, le llevase una carta personal a un comisario. Corsini accedió sin poner ninguna objeción. Cuando pasaron cerca del poblado en el que residía el comisario, Corsini entregó la carta a un colono inglés para que se la llevase a su destinatario, ya que no querían apartarse de su ruta ni correr ningún riesgo innecesario.

En otra ocasión, un sargento indígena le pidió que le trasladase a él y a tres presos comunes en su camión, ya que se dirigían también hacia el sur. Corsini le hizo el favor con mucho gusto e incluso compartió la comida que llevaban con el grupo del sargento. Al llegar al poblado de destino se despidieron amablemente.

Tras una semana de viaje, se encontraban a unos 40 kilómetros escasos de la frontera. Al salir de una curva se encontraron de bruces con una columna del ejército británico, parada a un lado de la carretera. Si la sobrepasaban, el teniente Corsini estaba obligado a presentarse al oficial al mando y explicar la naturaleza de su viaje. El nerviosismo cundió entre los fugados, pues no podían quedarse con la miel en los labios estando tan cerca del triunfo. Pero la suerte se alió con los italianos; el capitán que mandaba la columna, sin hacer ninguna pregunta, se disculpó ante Corsini e hizo apartar la columna para dejar paso a los fugados.

En unas horas llegaron al puesto fronterizo. Allí, Corsini se dirigió despreocupadamente al comandante del puesto. Hizo ver que no tenía ninguna prisa, pero en cuanto el oficial levantó la barrera subió de un salto al vehículo y dijo al conductor que apretase el acelerador a fondo. Cuando el jefe del puesto reaccionó, Corsini y los suyos ya habían atravesado la frontera. Lo habían conseguido, eran

libres. Ya en territorio mozambiqueño, Corsini se quitó el uniforme británico y las insignias; la comedia había terminado.

Cuando llegaron al puesto militar de la población de Teté se presentaron a las autoridades coloniales portuguesas como lo que en realidad eran, oficiales italianos huidos de un campo de prisioneros. Para impresionarles, Corsini lo hizo como Príncipe Giovanni Corsini, aunque este título existente en su familia no le correspondía a él. Gracias a las gestiones del cónsul italiano, el ingeniero Umberto Campini, pudieron obtener de las autoridades lusas un permiso de residencia, fijando su residencia en la ciudad de Lourenço Marques, con la obligación de presentarse cada día a la policía.

Desgraciadamente, la victoria de estos cinco héroes no fue completa. Su deseo era viajar enseguida a Italia para seguir luchando por su país. No obstante, las autoridades de Roma tenían muchas más preocupaciones en que pensar, que en facilitar el traslado de esos leales soldados a su país. Así que se vieron obligados a permanecer en la colonia portuguesa hasta el final de la guerra.

En 1946, Corsini pudo por fin regresar a su país. Pero ante el desolador panorama que ofrecía Italia tras la guerra, prefirió volver a Mozambique, en donde ya había iniciado con éxito actividades comerciales. Allí viviría durante treinta años.

En 1976, al proclamarse la independencia de Mozambique, Corsini trasladó su residencia a Florencia. Los otros fugados también pasaron unos años trabajando en la colonia portuguesa, regresando finalmente a su país natal.

Así acababa la aventura de aquellos soldados italianos que habían logrado engañar a sus guardianes británicos. Pero, al parecer, esta «carrera de las burlas» —el nombre con el que este episodio es conocido en Italia— no sintió demasiado mal a los ingleses, que supieron encajar con *fair play* la aventura de los transalpinos. Este espíritu deportivo de sus captores y, después, perseguidores, se refleja en las declaraciones de Corsini al *Corriere della Sera*:

«En realidad, la aventura no fue demasiado importante. Divertida, eso sí, sobre todo por las carcajadas producidas ante la burla conseguida a expensas de los ingleses. Incluso los propios ingleses —los que no estaban implicados en el suceso— fueron los primeros en divertirse deportivamente».

Pero Corsini, continuando con esa reflexión favorecida por la perspectiva que daba el paso de casi tres décadas, también era consciente de que las esperanzas italianas acabaron desembocando en una triste decepción, y que la heroicidad desplegada en esa aventura no fue más que una nota curiosa e intrascendente dentro de ese fracaso colectivo:

«Aquellas carcajadas y aquella publicidad hicieron que me diera cuenta del amargo sabor de la derrota: eran el aplauso prodigado a una troupe de valientes saltimbanquis al finalizar el espectáculo, la constatación de que todo terminaba allí, que Italia marchaba hacia la derrota y que habíamos soñado en vano».

Inútiles para el servicio

Tras la Segunda Guerra Mundial, la documentación relativa al alistamiento en el Ejército norteamericano vio la luz. En la mayoría de casos, esta información no presentaba demasiado interés, puesto que se limitaba a detallar el peso y medidas de los alistados, así como, en su caso, los motivos por los que el recluta quedaba exento del servicio.

Sin embargo, algunas de esas fichas ofrecían un innegable atractivo, puesto que se referían a las estrellas de Hollywood. Así pues, gracias a esa documentación se pudo saber que Marlon Brando no pudo cumplir con sus deberes militares debido a una rodilla lesionada cuando jugaba a fútbol americano en la High School. Otra víctima de la práctica del deporte era Gregory Peck, que todavía tenía una vértebra rota de cuando practicaba atletismo en la escuela.

El dolor crónico en la espalda fue el motivo de que Danny Kaye y Dean Martin se librasen de tomar las armas. En la ficha de Gary Cooper aparecía el dato de que tenía la cadera desplazada, y «falta de peso» en la de James Stewart. Montgomery Clift presentaba diarrea crónica, mientras que a Errol Flynn se le detectaron problemas de corazón.

Lo más sorprendente es que en las fichas de John Wayne, Richard Widmark y Frank Sinatra aparecía la misma dolencia: tímpano perforado.

Ian Fleming, el contemporizador

En ocasiones, las historias secretas se encuentran a la vista de todo el mundo. Eso es lo que ha sucedido durante décadas con una carta *comprometedora* escrita por el novelista Ian Fleming (1908-1964), el creador del personaje de James Bond.

Fleming envió una carta a la sección de Cartas al Director del diario británico *The Times*, en la que defendía la política de apaciguamiento con Adolf Hitler promovida por el primer ministro británico de la época, el conservador Neville Chamberlain. Esa carta fue publicada el 28 de septiembre de 1938, un año antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, y ha estado a disposición de cualquiera que quisiera bucear en la hemeroteca del diario. Sin embargo, nadie reparó nunca en la misiva, hasta que fue detectada durante los trabajos de digitalización del archivo del *Times*, en junio de 2008.

El día que la carta apareció en el diario, Chamberlain se reunía con Hitler en el marco de la Conferencia de Múnich, celebrada para tratar la crisis de los Sudetes, y que se saldaría con la desmembración de Checoslovaquia. En la carta de Fleming, refiriéndose a las negociaciones que se habían entablado para librar a Europa de una nueva guerra, se podía leer: «No habrá paz, ni retorno de la prosperidad ni felicidad en Europa hasta que Inglaterra y Francia accedan al cumplimiento del programa

indicado por Herr Hitler a cambio de un pacto de desarme vinculante».

En su misiva, Fleming argumentaba que si las ambiciones territoriales de Hitler se limitaban a las manifestadas en 1920 —unir los pueblos alemanes en una Gran Alemania, rechazar el Tratado de Versalles y obtener nuevos territorios para la población germana—, el Reino Unido debía dar un paso hacia atrás en sus planes bélicos. Pero —añadía Fleming— si Alemania pretendía rearmarse para objetivos agresivos, «como hizo en 1914», entonces el Reino Unido debía prepararse para la guerra.

Esta actitud contemporizadora con la política agresiva del Tercer Reich hoy día puede sorprender, pero en aquellos momentos eran muchos los británicos, con el primer ministro al frente, que creían que las ambiciones territoriales de Hitler podían contenerse con negociaciones diplomáticas.

Pese a que Fleming, según la opinión vertida en la carta, era partidario de apaciguar a Hitler, de lo que no existe duda es que después se convenció de que había que combatir a él y a su régimen totalitario por todos los medios. Una vez declarada la guerra, el futuro novelista serviría como oficial para los servicios secretos navales, y evidenció en todo momento su odio por el nazismo.

La prueba de que combatió con ardor a los alemanes es que puso todo su ingenio e imaginación en ese propósito. Con ocasión de la celebración del centenario de su nacimiento salieron a la luz documentos que hacían referencia a los planes que Fleming había ideado para engañar a los alemanes.

Por ejemplo, en 1940 concibió un imaginativo plan para hacerse con el código secreto de la Marina de Guerra germana; los encargados de descifrar ese código habían llegado a la conclusión de que no lo lograrían sin obtener las tablas de conversión del enemigo, tal como quedó indicado en el Capítulo dedicado a la máquina secreta *Enigma*. Fleming tuvo la idea de utilizar un bombardero capturado a la Luftwaffe y fingir que había caído al mar; su idea era atraer a una de las embarcaciones alemanas dedicadas al rescate de los pilotos de aviones derribados sobre el canal de la Mancha, capturar a sus ocupantes y arrebatarles el código secreto. El piloto del bombardero, según precisaba el futuro novelista, tenía que ser «soltero y buen nadador».

Sus superiores consideraron el plan de Fleming como «muy ingenioso» y encargaron que se le proporcionase un bombardero tipo Heinkel He 111 y uniformes alemanes. Fleming reunió al equipo encargado de la misión y lo condujo a Dover, en la costa del canal de la Mancha, pero el plan fue finalmente abandonado, por motivos que se desconocen.

El novelista, que como vemos estaba dotado de una gran imaginación, concibió también otros planes, como hundir barcas cargadas de cemento en el Danubio para bloquear la navegación alemana por esa importante vía de agua o falsificar marcos para crearle al Reich una crisis económica, un plan que, curiosamente, también se le ocurrió a los alemanes, en este caso para hundir la economía británica con la emisión

de libras falsas.

El antagonismo de Fleming con los nazis se trasladaría posteriormente a su obra literaria. Así, muchos de los villanos en sus novelas tienen nombres alemanes o pasados nazis, como Hugo Drax, en *Moonraker* (1955), que era realmente el exoficial nazi Hugo von der Drache.

Elvira Chaudoir, una heroína peruana

En septiembre de 2005 fueron hechos públicos unos documentos del servicio secreto MI5 conservados en el Archivo Nacional británico. Según esta documentación desclasificada, la hija de un diplomático peruano que trabajaba para el espionaje británico frustró el avance de una división acorazada de las Waffen SS e impidió que llegara a tiempo a las playas de Normandía, una vez que las fuerzas aliadas desembarcaron allí el 6 de junio de 1944.

La muchacha peruana figura en los documentos desclasificados como Elvira Chaudoir. Sin embargo, el apellido no es el verdadero, pues las leyes británicas prohíben divulgar la identidad de personas involucradas en actividades oficiales sin su autorización, para preservar así el honor de las familias.

Poco antes del desembarco aliado en las costas francesas, Elvira envió un mensaje cifrado a la sucursal de un banco portugués en Madrid pidiéndole que hiciera una transferencia de cincuenta libras a su dentista en Londres. La joven sabía que el mensaje llegaría a poder de los alemanes, que interpretarían la cifra de cincuenta libras en el sentido de que la invasión aliada no se produciría en Normandía sino en el golfo de Vizcaya.

El contraespionaje alemán creía que Chaudoir trabajaba para Berlín, cuando en realidad era una doble agente encargada de diseminar informaciones falsas como parte de la Operación Fortitude, destinada a ocultar el lugar del desembarco aliado. Los alemanes cayeron en la trampa y cuando las tropas aliadas desembarcaron en las playas de Normandía, éstas no se toparon con la resistencia que les habría ofrecido la división Das Reich, integrada por quince mil hombres.

En efecto, la división acorazada no fue movilizada hasta tres días después, el 9 de junio, y algo parecido ocurrió con otras divisiones alemanas que también se encontraban en suelo francés, ya que los Aliados lograron ocultarle a Berlín el lugar elegido para el desembarco. Cuando la división Das Reich comenzó su marcha hacia el norte, su avance fue obstaculizado por operaciones de sabotaje a cargo de la resistencia francesa y por los ataques de la aviación aliada.

La muchacha que frustró los planes germanos y que facilitó la consolidación de la cabeza de playa aliada no era, aparentemente, la persona más indicada para asumir un papel de tanta relevancia. Según los informes de los servicios secretos, Elvira era una gran aficionada a los juegos de azar, aunque sin demasiada fortuna, lo que le llevó a

acumular cuantiosas deudas en varios casinos. Su vida social era muy animada y sabía desempeñarse con soltura entre la alta sociedad. En los informes se asegura que la joven era tremendamente atractiva, aunque no muy brillante, pero lo suficientemente lista como para saber lo que le convenía hacer o decir, y con muy buena memoria. Sobre su relación con los hombres, flirtear era una diversión, pues sus cambios de pareja eran muy frecuentes. Por otro lado, los agentes de ese servicio de inteligencia tenían evidencias suficientes de que Elvira también tenía relaciones con algunas damas de la sociedad londinense. Pero tras su fachada frívola y despreocupada, Elvira Chaudoir llevaba a cabo actividades muy serias.

Elvira había sido reclutada en Londres por el teniente coronel Claude Dansey, subdirector del servicio de espionaje exterior británico, quien le encargó en 1942 una misión secreta en Vichy, la sede del gobierno colaboracionista francés, en donde su padre trabajaba como encargado de negocios de Perú.

En la capital de la Francia ocupada, la peruana fue presentada a uno de los agentes del mariscal Hermann Göring, conocido sólo por el nombre de Biel, de quien se hizo «amiga personal». El alemán le ofreció cien libras al mes a cambio de que Elvira le proporcionase informaciones secretas desde Gran Bretaña. Esa aportación económica no le venía mal a la joven pues en ese momento acumulaba deudas por valor de más de mil libras.

Con Biel, Elvira recibió entrenamiento sobre los métodos alemanes del Abwehr para transmitir información codificada y todos los pormenores sobre su nueva actividad. El agente Biel dio instrucciones a Elvira sobre la forma como debía ponerse en contacto con agentes del Abwehr en España mediante telegramas, puesto que el uso de un aparato de radio que tuviera que llevar a Londres era un asunto de demasiado riesgo, al cual Elvira no estaba tampoco dispuesta a exponerse. Para el efecto, Biel la puso en contacto con Antonio de Almeida, gerente general del Banco Espirito Santo de Madrid, una organización financiera relacionada entonces con la banca alemana.

De regreso en Londres, Elvira informó a los servicios secretos británicos de la proposición que le había hecho el agente nazi. Los ingleses advirtieron la excelente oportunidad que se les abría y decidieron que actuase como agente doble.

Los informes que Elvira comenzó a pasar a los alemanes eran al principio de poca trascendencia, relacionada con asuntos económicos o de tipo político, sin mayor relevancia, pero útiles para irse ganado poco a poco su confianza. Pero al acercarse el momento de la invasión aliada, Biel le pidió que averiguase datos concretos sobre el lugar donde se realizaría el desembarco.

Fue entonces cuando los británicos planificaron la participación de su agente en la operación destinada a hacer creer a los alemanes que el desembarco de los Aliados en Francia se realizaría más al sur, en el área del golfo de Vizcaya. Elvira fue enviada nuevamente a Vichy, en donde informó a Biel que tenía acceso a algunas fuentes fiables que le podían proporcionar informes sobre los planes de la invasión. Se

pusieron de acuerdo sobre el sistema de comunicación en clave que emplearían, que consistía en asignarle un valor en libras esterlinas a diferentes puntos de la costa francesa. Por ejemplo, al golfo de Vizcaya le correspondía el monto de 50 libras esterlinas.

Elvira regresó a Londres y explicó la clave que debía utilizar para comunicar el lugar de desembarco a los alemanes. Cuando el servicio secreto británico vio llegado el momento de actuar, a finales de mayo, se procedió a enviar un telegrama al gerente del Banco Espirito Santo en Madrid. En el mensaje, tal como se apuntaba al principio del Capítulo, Elvira solicitaba el envío de 50 libras esterlinas para pagar a su dentista en Londres. Ese tipo de transferencias era habitual en aquellos momentos, pues las únicas vías de comunicación para hacer transacciones bancarias entre los países neutrales y Francia eran España, Portugal y Suiza.

Cuando el telegrama llegó a la sucursal del Banco Espirito Santo en Madrid, el gerente Antonio de Almeida se puso en contacto de inmediato con los agentes del Abwehr en Madrid, entregándoles el mensaje. Los alemanes habían picado en el anzuelo dispuesto hábilmente por los servicios británicos con la inestimable colaboración de la joven peruana.

Según el informe desclasificado, el engaño surtió efecto, pues toda una división Panzer fue retenida a la espera del supuesto ataque aliado en la costa de Burdeos, mientras las fuerzas de desembarco consolidaban su posición en la costa normanda.

Tras el éxito conseguido por mediación de Elvira, los británicos intentaron repetirlo transmitiendo mensajes relativos a supuestas defensas contra las bombas volantes V-1 y V-2 para reducir la cantidad de estos artefactos que caían sobre Londres. Pero, según los informes, los datos enviados por la muchacha no fueron tenidos en cuenta por los alemanes, que quizá sospechaban que se trataba de un ardid.

Al terminar la guerra, las relaciones con el servicio secreto británico también concluyeron y Elvira Chaudoir se retiró a vivir anónimamente un pueblecito del sur de Francia, según señalaban los documentos de los servicios secretos.

Helen Duncan, la última bruja británica

En enero de 2007, Mary Martin, una mujer británica de 72 años, impulsó una campaña pública con el fin de obtener el perdón póstumo para su abuela, Helen Duncan, encarcelada durante la Segunda Guerra Mundial por considerársele una amenaza para la nación.

La señora Duncan había sido condenada a nueve meses de prisión en enero de 1944. En 1941 había violado las leyes de seguridad cuando anunció la pérdida de un buque de guerra británico antes de que el hecho se hiciera público. Durante los preparativos del desembarco en el continente europeo que tendría lugar en Normandía, Duncan fue detenida para evitar nuevas filtraciones. Pero, aunque pueda

parecer que el caso de Duncan tenía que ver con el espionaje, en realidad se trataba de un caso de brujería.

Helen Duncan había nacido en Escocia el 25 de noviembre de 1898. Sus supuestas facultades para contactar con el más allá fueron muy solicitadas durante la década de los treinta. Viajó por toda la geografía británica realizando sesiones de espiritismo en domicilios privados y en iglesias espiritistas. Llegó a convencer a miles de personas de que los muertos podían regresar bajo una apariencia física; en las sesiones que protagonizaba de repente regresaban del otro mundo los seres queridos de algunos de los presentes, estableciéndose diálogos en los que los difuntos hablaban de su nueva vida.

Para muchos, esas apariciones no eran más que el fruto de la sugestión provocada por la médium. Sin embargo, también había quien estaba convencido de que las materializaciones de Helen Duncan eran un burdo engaño. En 1931, el London Spiritual Alliance estudió su caso con criterios científicos, sin llegar a ninguna conclusión válida, en parte por la escasa colaboración ofrecida por la médium.

Se decía que para contactar con los difuntos contaba con la ayuda del espíritu de una niña, pero en una causa seguida contra Helen en Edimburgo, en mayo de 1933, se afirmó que la «niña» no era sino un camisón de mujer que una policía consiguió arrebatarle en el transcurso de una sesión. Tras descubrirse el truco, Duncan fue declarada culpable de estafa y castigada con una multa de diez libras o un mes en prisión, escogiendo la sanción económica.

Pero ese veredicto desfavorable no hundió su prestigio. Siguió encontrando personas dispuestas a participar en sus sesiones espiritistas. El gran impulso a su carrera llegó con la Segunda Guerra Mundial; sus servicios fueron insistentemente requeridos por aquellos que tenían un familiar en el frente y, especialmente a lo que habían perdido a un ser querido, necesitados de entrar en contacto con él.

Durante una sesión celebrada en Portsmouth en noviembre de 1941, supuestamente un marino se materializó frente a su asombrada madre. Él dijo a los participantes que su barco, el acorazado HMS *Barham*, que se encontraba navegando por el Mediterráneo, había sido hundido recientemente y que él había fallecido en el ataque, algo que la madre desconocía. Es de imaginar la reacción de la madre al conocer de este modo el fallecimiento de su hijo.

A requerimiento de la madre, el editor de la revista de espiritismo *Psychic News*, Maurice Barbanell, telefoneó al Almirantazgo británico para preguntar si eso era cierto y, si lo era, quería saber por qué el Almirantazgo no había notificado a la madre la pérdida de su hijo. Ante esa dramática petición de información, el Almirantazgo no tuvo otro remedio que confirmar a la madre la muerte de su hijo, pero no proporcionó más detalles. La Inteligencia militar se puso furiosa porque, por razones de seguridad y para no golpear la moral de la población civil, la noticia del hundimiento del HMS *Barham*, ocurrido en aguas de Egipto por el ataque de un submarino alemán, había sido silenciada y clasificada como máximo secreto.

El acorazado, de 31 000 toneladas, estaba encuadrado en la Flota del Mediterráneo de la Royal Navy, y se desplazaba junto a otros dos acorazados por la costa egipcia para dar cobertura a distancia a un ataque contra un convoy italiano. Como medida de precaución, los tres acorazados navegaban en zigzag, y además contaban con una escolta de ocho destructores, pero los buques británicos no pudieran evitar que, en la tarde del 25 de noviembre de 1941, un solitario submarino alemán lograse acercarse lo suficiente como para tenerlos a su alcance. Se trataba del U-331, capitaneado por Hans-Diedrich von Tiesenhausen.

Con el mar en calma, el U-Boot se introdujo entre los destructores sin ser advertido y disparó cuatro torpedos contra el HMS *Barham*. Tres de ellos impactaron de lleno en el acorazado, lo que no le dio ninguna oportunidad de sobrevivir. De inmediato quedó cortado el fluido eléctrico y a los cuatro minutos de recibir el primer torpedo hubo una tremenda explosión al estallar la santabárbara del buque. La terrible escena pudo ser filmada desde el HMS *Valiant*. Un total de 861 marineros y oficiales perdieron la vida en el ataque —entre ellos el marinero que supuestamente se apareció a su madre en la sesión espiritista—, mientras que 395 sobrevivieron y pudieron ser rescatados.

Por su parte, la eyección de los cuatro torpedos comprometió la estabilidad del U-Boot, que se vio obligado a sumergirse rápidamente, antes de poder observar por el periscopio el efecto de su ataque. Pero el HMS *Valiant* pudo advertir la presencia del submarino, por lo que comenzó a dispararle. Von Tiesenhausen ordenó descender todo lo posible para escapar del bombardeo, bajando hasta los 265 metros, cuando la profundidad máxima aconsejable para un U-Boot de este tipo era de unos 170 aproximadamente. La proximidad de los náufragos del HMS *Barham*, que intentaban permanecer a flote, impidió que pudieran emplearse cargas de profundidad para tratar de acabar con el submarino. Eso permitió que el U-331 pudiera escapar hacia el norte.

Las maniobras en las que se vio envuelto el sumergible alemán no le permitieron comprobar los daños causados en su ataque, y ni siquiera saber a qué barco le habían disparado. Eso se pudo saber gracias a los descifradores de los mensajes que intercambiaban los submarinos con las estaciones de radio. La única información que llegó a Berlín fue que un acorazado británico no identificado había sido atacado, y que había sido alcanzado con toda seguridad, ya que los tripulantes del U-331 sí que escucharon el impacto de los tres torpedos. Pero los caóticos minutos que siguieron al ataque ya no les permitieron determinar el resultado de su ataque.

Así pues, los alemanes desconocían el hundimiento del HMS *Barham*, por lo que reconocer públicamente la pérdida del acorazado era proporcionar al enemigo una información de la que no disponían y que podía serles de utilidad. Además, esa información era una inyección de moral para la *Kriegsmarine* —la Marina de Guerra germana—, además de suponer un nuevo golpe para la opinión pública británica, en un momento en el que la confianza en la Royal Navy estaba bajo mínimos, al

mostrarse ésta incapaz de hacer frente con éxito a la amenaza de los U-Boot.

La conclusión a la que llegó el Ministerio de la Guerra fue que era aconsejable mantener en secreto la pérdida del acorazado, al menos hasta que la situación fuera más favorable. El suceso fue incluso ignorado en las estadísticas internas del Ministerio, por lo que, semanas más tarde, el *Barham* seguía oficialmente navegando por el Mediterráneo, pese a no existir ya. Pero la revelación del hundimiento del *Barham* en la sesión espiritista de Helen Duncan truncó este objetivo.

A principios de enero de 1942, el Ministerio se vio obligado a comunicar la muerte de los tripulantes del *Barham* a sus familiares, aunque con la petición expresa de que no lo dijeran a nadie, lo que seguramente hizo aumentar aún más el dolor por la pérdida del ser querido. A finales de ese mes de enero, los alemanes conocieron el hundimiento del acorazado, quizá gracias a algún espía residente en Gran Bretaña, lo que hacía innecesario seguir manteniendo el secreto. El 27 de enero, la prensa pudo por fin publicar la noticia de la tragedia del *Barham*. Curiosamente, esa confirmación le supondría al capitán del U-331, Von Tiesenhausen, la Cruz de Hierro.

El secreto sobre el destino del *Barham* había podido mantenerse a duras penas dos meses, pero la revelación protagonizada por Helen Duncan había supuesto un contratiempo tan extraño como perjudicial. El incidente puso nervioso al Ministerio de Defensa, temeroso de que Duncan dispusiera de algún *topo* en las altas esferas militares que le proporcionase esa información secreta o de que, efectivamente, ella fuera poseedora de esa capacidad para establecer algún tipo de contacto con el más allá. La explicación más plausible a este misterio es que a oídos de la astuta Duncan hubiera llegado algún rumor de los muchos que circulaban por Portsmouth, base de la Armada británica, en donde el tráfico de barcos y marineros era continuo.

Sea como fuere, el Ministerio de Defensa colocó a Duncan en su *lista negra*. Pese a que la médium continuó con sus actividades, incluso en Portsmouth, una zona especialmente sensible en cuanto a los secretos militares, fue sometida a vigilancia para impedir que se volviera a producir un caso como el del *Barham*.

A finales de 1943, cuando se estaban acometiendo los preparativos del crucial desembarco aliado en el continente europeo, se hacía necesario neutralizar cualquier elemento desestabilizador, por pequeño que fuera. Había que garantizar el absoluto secreto de todo lo que hacía referencia a la operación, y el que de nuevo se produjeran inesperadas revelaciones en las sesiones de Helen Duncan que afectasen a la seguridad nacional era una posibilidad que había que cortar de raíz.

Con ese objetivo, el Almirantazgo consiguió introducir a uno de sus oficiales, el teniente de navío R. H. Worth, en el círculo de seguidores de la señora Duncan. A una sesión espiritista protagonizada por la médium en Portsmouth, el 19 de enero de 1944, el teniente Worth acudió junto a un policía de paisano. En plena sesión, el policía se levantó, hizo sonar su silbato y los agentes irrumpieron violentamente en el local, provocando un serio tumulto. A pesar de que no pudo hallarse ningún elemento incriminatorio en el domicilio, Helen Duncan, junto con otras tres personas

sospechosas de amañar las sesiones, fueron detenidas. Días más tarde, comparecieron ante el juez de Portsmouth.

En la vista preliminar, se relató ante el tribunal el desarrollo de la sesión en la que se había producido la redada, con la consiguiente detención de la señora Duncan y sus asistentes. A las preguntas del juez, los policías admitieron que no se había encontrado ninguna sábana ni ningún otro artículo de *atrezzo* destinado a simular las supuestas apariciones. Aun así, pese a la endeblez de la acusación, el juez denegó la solicitud de fianza y la médium fue trasladada a Londres para ser juzgada allí, quedando recluida preventivamente en la prisión de Holloway.

Ante las dificultades evidentes para procesar a Duncan, la acusación dudó acerca de qué cargo sería el más indicado. En su primera comparecencia en Portsmouth, fueron acusados según la añeja *Vagrancy Act* de 1824.

Pero los que deseaban retirar de la circulación a la molesta médium eran conscientes de que el caso, planteado en esos términos, podía desplomarse como un castillo de naipes. Por tanto, consiguieron transferirlo al *Old Bailey*, el principal tribunal criminal de Londres, en donde el caso quedó en manos de un juez que había demostrado en más de una ocasión su docilidad con el gobierno, y un jurado compuesto de ciudadanos escogidos con una imparcialidad un tanto dudosa. Seguramente para evitar relacionar a la médium con la revelación de secretos militares, lo que podría ser contraproducente en un momento tan decisivo de la guerra, la acusación se formalizó, de manera tan insólita como sorprendente, en dos cargos basados en la Witchcraft Act de 1735, la Ley de Brujería.

Tomando como referencia jurídica esa antigua ley, los demandados fueron acusados, por ejemplo, de pretender «ejercer o utilizar una forma de prestidigitación mediante la cual, a través de la intermediación de Helen Duncan, los espíritus de personas fallecidas parecerían estar presentes». Para acabar de redondear la ofensiva contra la médium y sus asistentes, también les fueron imputados dos cargos más, en este caso basados en la *Larceny Act* —Ley del Hurto—, acusándoles de tomar dinero «a cambio de la falsa pretensión de que eran capaces de realizar las apariciones de los espíritus de personas fallecidas y que, de buena fe, intentaban conseguirlo sin truco ni engaño». Igualmente, se añadieron tres cargos más referidos a «daño público», que contenían delitos comunes.

Los espiritistas quedaron consternados por la aplicación de la Ley de Brujería con el fin de llevar adelante la acusación de una médium tan famosa, lo que interpretaban como un ataque contra todos aquellos que practicaban el espiritismo, estigmatizándolos.

La acusación creía firmemente que Helen Duncan era una estafadora y, pese a la falta de pruebas, no se dio un respiro para demostrar que la médium era una farsante. Para explicar los ectoplasmas que los presentes veían formarse surgiendo de su boca, el fiscal aseguró que se trataba de tela vaporosa que Duncan tragaba y luego regurgitaba. La defensa intentó obtener una declaración médica sobre la posibilidad

de que esa hipótesis fuera cierta, así como una radiografía que demostrara que la médium poseía un estómago normal, incapaz de ocultar nada que pudiera ayudarle a representar ese efecto, pero el juez no lo permitió.

El juicio, que comenzó el 23 de marzo de 1944, duró una semana. Numerosos testigos dieron fe en el estrado de lo que ocurría en las sesiones de Helen Duncan, afirmando que habían podido contactar con sus seres queridos ya fallecidos, y que habían recibido respuestas que sólo ellos podían conocer, lo que demostraba que las apariciones eran reales.

Además de las declaraciones de los testigos, la defensa ofreció a los miembros del jurado la posibilidad de que Helen Duncan realizara ante ellos, en una sesión a puerta cerrada, una demostración real de sus poderes como médium. El juez declinó el ofrecimiento y pidió, en cambio, que Duncan fuera llamada como testigo. Pero la defensa replicó que ésta no podría testificar, puesto que ella permanecía en trance durante las sesiones espiritistas y que, por tanto, no podía saber lo que estaba sucediendo. El juez tuvo que admitir este razonamiento. Finalmente, quizá más para saciar su curiosidad que por conceder a Duncan una oportunidad de salvarse, ofreció a los miembros del jurado la posibilidad de que la médium llevara a cabo su demostración pero, después de algunas discusiones, el ofrecimiento fue rechazado.

El jurado tardó veinticinco minutos en acordar un veredicto. Como era de prever, los acusados fueron declarados culpables de los dos cargos basados en la Ley de Brujería. Sorprendentemente, al jurado se le relevó de la obligación de dar un veredicto sobre los otros cargos. El secretario del Tribunal pasó entonces a relatar los antecedentes de Helen Duncan. Antes de pronunciar la sentencia, el juez dijo que el veredicto no se refería al hecho de «si eran o no posibles manifestaciones auténticas de ese tipo, pues este tribunal no tiene nada que decir acerca de cuestiones tan abstractas».

El tribunal consideró el caso como de fraude sin ningún tipo de atenuantes y sentenció a Helen Duncan a nueve meses de prisión. Los alguaciles se la llevaron entre protestas y gritos. En cuanto a los demás acusados, las penas oscilaron entre los cuatro meses de prisión y una multa de cinco libras.

Las sociedades legales inglesas y escocesas, tanto juntas como por separado, expresaron su disgusto por el abuso y la «parodia de justicia» que se había representado en el tribunal londinense, pero nada pudo salvar a Duncan de la cárcel. El recurso de apelación presentado ante la Cámara de los Lores fue desestimado.

Helen Duncan cumplió la condena en la prisión de Holloway. El movimiento espiritista, molesto por el veredicto, solicitó que se modificara la legislación para evitar acusaciones de este tipo. Muchos de los seguidores de Helen Duncan estaban convencidos de que había sido condenada para detener la filtración de información secreta en tiempos de guerra.

Cuando salió de la cárcel el 22 de septiembre de 1944, Helen Duncan anunció que no iba a llevar a cabo más sesiones espiritistas, pero su propósito de enmienda no

duró mucho. Al poco tiempo ya estaba realizando nuevas sesiones aunque, en este caso, sin que la policía se lo impidiese. Posiblemente, la marcha favorable de la contienda ayudó a relajar la presión sobre sus *peligrosas* actividades.

Después de la guerra, ya sin riesgos de que pudiera revelar información secreta, Duncan continuó ejerciendo como médium. En 1951, la arcaica Ley de Brujería, impropia de la Justicia británica del siglo XX, fue abolida y sustituida ese mismo año por la *Fraudulent Mediums Act* —Ley de Médiums Fraudulentos—. Sin duda, el eco del juicio de Helen Duncan constituyó el motivo último de esta modificación legal. Duncan ya no podía ser acusada de bruja, pero sí de embaucar a sus clientes arrogándose el poder de contactar con los espíritus de los difuntos.

Esgrimiendo esa nueva ley, en 1956 las fuerzas de seguridad hicieron una redada en una sesión que Duncan estaba realizando en Nottingham. La policía llamó a la puerta de la casa particular sin mandamiento de registro, siguiendo la presunta denuncia de dos oficiales que habían asistido previamente a una de sus sesiones. Apresaron a la médium, la registraron y tomaron fotografías de la estancia, pero no lograron encontrar ninguna evidencia de que se estuviera cometiendo un fraude.

No obstante, al interrumpirse bruscamente la sesión, Duncan regresó de su trance demasiado rápido. La médium se sintió muy mal y alguien avisó a un médico. El galeno que acudió al lugar le administró unos tranquilizantes, pero ese remedio le agravaría los síntomas. Más tarde, se hallarían dos quemaduras en el estómago. Duncan se sentía tan enferma tras ese traumático episodio que regresó a Escocia junto a su familia y fue ingresada en un hospital, donde falleció al cabo de dos días, el 6 de diciembre de 1956. Tras el desenlace, sus seguidores creyeron que había sido víctima de un complot para acabar con su vida.

A partir de 1957 los supervivientes del *Barham* y sus familiares, reunidos en la *HMS Barham Survivors Association*, se reunirían cada año en Portsmouth, eligiendo esta ciudad como homenaje a Helen Duncan, un nombre que quedó para siempre unido al del acorazado. En una ocasión, a una de estas reuniones acudió Von Tiesenhausen, el comandante del submarino. El marino alemán había sobrevivido a la guerra y fue hecho prisionero; después emigró a Canadá, en donde trabajó como decorador, falleciendo en el año 2000.

Cinco décadas después de la muerte de Helen Duncan, sería su nieta la que lucharía por limpiar su nombre de la acusación de revelar secretos militares. Mary Martin ya intentó restaurar el honor de su abuela en 1999, presentando una petición al Ministerio del Interior, sin lograrlo. Martin manifestó públicamente: «Era tan injusto, era totalmente inocente, fue ridículo incluso que la llevaran ante un tribunal».

Al parecer, el primer ministro británico, Winston Churchill, era favorable a la médium en su enfrentamiento con la Justicia de enero de 1944. Pero el premier británico no hizo nada por revocar la sentencia, a todas luces injusta. Aun así, siendo él nuevamente primer ministro tras ser reelegido en 1951, se revocó la Ley de Brujería.

Churchill sentía simpatía por los espiritistas, ya que él mismo creía en los poderes paranormales o, al menos, en la existencia de un sexto sentido. Por ejemplo, en su autobiografía recordaba cómo se dejó llevar por la intuición para escapar con éxito de sus captores tras ser hecho prisionero durante la guerra anglo-bóer. Igualmente, gracias a esas premoniciones logró escapar de la muerte durante la Segunda Guerra Mundial en más de una ocasión.

El estadista británico sintió profundamente lo que le había ocurrido a la espiritista, aunque es de suponer que Churchill antepuso los intereses de la defensa nacional sobre sus simpatías personales. Lo que está probado es que, tras conocer el veredicto, Churchill escribió un memorándum a su secretario, Herbert Morrison, quejándose de los abusos cometidos por el tribunal y calificando de «obsoleta tontería» los cargos contra la acusada de brujería[53].

Parece ser que el propio Churchill visitó a Helen Duncan en la prisión, y que allí le prometió que aboliría la Ley de Brujería, pero todo son especulaciones. Seguramente se tardará en conocer los motivos por los que la médium fue juzgada y condenada, puesto que toda la documentación relativa a este enigmático caso continúa clasificada como secreto.

Las amistades peligrosas del duque de Windsor

En 1936, la opinión pública británica centraba toda su atención en una historia de amor, la del rey Eduardo VIII y la divorciada norteamericana Wallis Simpson. El desenlace de este episodio de la historia contemporánea es bien conocido; tras meses de especulaciones e intrigas políticas, el monarca británico abdicó en diciembre en favor de su hermano, Jorge VI, para casarse con la mujer que amaba.

Lo que se ignoraba hasta que apareció revelado a la luz pública en noviembre de 1995 es que Eduardo VIII, duque de Windsor tras su renuncia, estuvo a punto de traicionar a su país en favor de la Alemania nazi, supuestamente movido por el rencor y por el deseo de recuperar el trono a toda costa. Esta información fue publicada por los diarios *The Observer* y *The Guardian*, y fue objeto de un documental de la cadena de televisión Channel 4. Los testimonios que demostraban esa circunstancia procedían de informes desclasificados pertenecientes a embajadores y espías que habían estado al servicio del Eje.

La explosiva revelación, que no mereció ningún comentario de la Casa Real, no sólo echaba por tierra un mito romántico de la historia británica del siglo XX, sino que arrojaba graves acusaciones contra un miembro de la monarquía, que los medios no dudaron en adjudicarle el título de «el rey traidor». Como era de esperar, los defensores del buen nombre del duque de Windsor acusaron de falta de rigor a los autores de la investigación.

Los reportajes publicados en la prensa partían de la hipótesis de que Eduardo VIII

estaba fascinado por Hitler antes de la Segunda Guerra Mundial. Entre otras cosas, *The Guardian* citaba un informe secreto del embajador alemán en Londres, redactado después de haber mantenido con Eduardo VIII «francas» conversaciones: «Una alianza germano-británica es para él una necesidad urgente y una línea directriz de su política exterior».

Los partidarios del duque alegaban que sus simpatías proalemanas, e incluso pronazis, nunca fueron un secreto. Al contrario, eran compartidas por muchos políticos, empezando por Lloyd George, que había sido primer ministro durante la Primera Guerra Mundial.

Según un articulista de *The Times*, «después de ser testigo de los horrores de la Primera Guerra Mundial, el duque de Windsor no podía soportar la idea de otro conflicto». «Equivocadamente —proseguía el artículo—, creyó que la conciliación con Hitler garantizaría la paz y, como a tantos otros, el anticomunismo le impidió ver el espanto del régimen nazi».

El documental de Channel 4 repasaba también el viaje que los duques de Windsor hicieron a Alemania en octubre de 1937, rompiendo la promesa de retirarse de la vida pública después de la abdicación y desmintiendo a quienes les imaginaban «de balneario en balneario, cada vez más morenos y más aburridos». El 11 de octubre de 1937 los duques de Windsor llegaron a Berlín, donde fueron recibidos como monarcas con todo tipo de lujos y agasajos. Adolf Hitler cumplimentó a la pareja con entusiasmo. Visitaron un centro de entrenamiento de las SS y un campo de concentración, cuyas siniestras torres fueron descritas como almacén de carne para los prisioneros. En dos ocasiones cenaron en Múnich con el lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess. Su hijo, Wolf-Rudiger Hess, aseguraba en exclusiva para el documental que los dos hombres hablaron de «un nuevo orden mundial» y que Hess expuso la posibilidad de que Eduardo regresase al trono británico. La pareja mostró en todo momento su admiración por el Tercer Reich e hizo públicos sus deseos de que Alemania y Gran Bretaña se uniesen en un frente común contra el bolchevismo. En suma, el viaje supuso un gran espaldarazo propagandístico para los nazis.

El duque de Windsor siguió inmiscuyéndose en los asuntos internacionales. En la primavera de 1939 habló por radio desde la ciudad francesa de Verdún —donde habían muerto más de un millón de soldados durante la Primera Guerra Mundial— pidiendo una negociación de paz. Gracias a las presiones de la familia real británica, la emisión nunca llegó a oírse en Gran Bretaña.

Jorge VI se vio en la necesidad de poner coto a las andanzas de su hermano Eduardo. Se le adjudicó el grado de general de división, con la misión de servir de oficial de enlace con el mando francés de París. Pero no sirvió de nada, puesto que el duque de Windsor siguió relacionándose con sus amigos nazis. De hecho, alertó a los alemanes acerca de las deliberaciones secretas de los aliados en relación con los planes bélicos de Hitler. En febrero de 1940, el embajador alemán en La Haya comunicó por telegrama a Berlín lo siguiente: «El duque de W. ha dicho que el

Consejo de Guerra de los Aliados ha dedicado una sesión exhaustiva a hablar de la situación que se plantearía si Alemania invadiese Bélgica».

A finales de mayo de 1940, Eduardo y Wallis estaban en Biarritz. Churchill, que había sido amigo de Eduardo, se había distanciado mucho de él, y ordenó, en su calidad de primer ministro, que los duques regresasen a Gran Bretaña, pero éstos no se dieron por enterados. Los alemanes avanzaban por territorio francés y, mientras, los despreocupados duques se habían instalado en un castillo en Niza. Los ingleses estaban inquietos por el destino de sus duques, pues podían caer en cualquier momento en manos de los invasores germanos.

Así pues, Churchill comunicó a Eduardo de forma tajante que él y su mujer tenían dos opciones entre las que deberían escoger de inmediato, porque Francia iba a caer de un momento a otro: o bien se iban a Gibraltar o a España. Probablemente, Eduardo consideró que el Peñón iba a ser para él como una prisión, pues allí se le podía controlar fácilmente, por lo que prefirió la opción española.

La pareja se trasladó entonces a Madrid, hospedándose en el hotel Ritz. Franco les acogió tan calurosamente como había hecho antes Hitler. Eduardo, a juzgar por lo que dijo después el embajador alemán, seguía adelante con su campaña en favor de la paz con Alemania: «Windsor se ha manifestado en términos muy duros contra el primer ministro Churchill y contra esta guerra».

Pero en aquella época Madrid estaba infestado de agentes alemanes, tanto del Abwehr como de la Gestapo. Churchill era consciente de ello, por lo que comenzó a presionar para que Eduardo regresase a suelo británico o, al menos, que se fuera a Lisboa, ya que Portugal era un país en el que los alemanes se movían con mayor dificultad debido a la tradicional amistad luso-británica. El primer ministro inglés no se equivocaba en sus temores; Eduardo estaba, efectivamente, en contacto con agentes alemanes, a los que transmitió las presiones de que estaba siendo objeto para abandonar España.

El 2 de julio de 1940, ante la insistencia de Churchill, los duques de Windsor marcharon a Lisboa. El gobierno español les rogó que volvieran y puso a su disposición un palacio en la pintoresca localidad malagueña de Ronda, pero nada pudo hacer para convencer a sus invitados para que regresasen.

En Portugal se produciría el momento más peligroso, mientras la pareja ducal se alojaba en Cascais, muy cerca de Lisboa, en la villa del banquero germanófilo Ricardo Espirito Santo. Al parecer, Eduardo estuvo entonces a punto de cambiar de bando, guiado por el espejismo de un regreso a Inglaterra del brazo de Wallis Simpson como reina. Sus relaciones con los nazis eran por entonces tan estrechas que consiguió que la Gestapo proporcionara un salvoconducto a su sirvienta para que recogiera las pertenencias que habían tenido que abandonar en la invadida capital francesa.

Churchill le había telegrafiado a Portugal ordenándole que regresara a Gran Bretaña y ofreciéndole el cargo de gobernador de las Bahamas. A lo largo de casi

cuatro semanas, en medio de continuas idas y venidas entre las embajadas de España, Gran Bretaña y Alemania, Eduardo le tuvo con un corazón en un puño, negándose a embarcar en el *Excalibur*, el barco que debería traerle de vuelta a Inglaterra.

Cada bando luchó denodadamente por ganarse el alma vacilante del duque de Windsor. En Alemania se comenzó a trazar un plan para lograr ese objetivo. El ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Joachim von Ribbentrop, llamó al SS *Obersturmbannführer* y jefe del contraespionaje de la Gestapo, Walter Schellenberg, y le encargó que fuera a buscar a los duques de Windsor a Lisboa, pues, según le explicó, eran vitales para trazar un futuro acuerdo de paz con Gran Bretaña. El plan consistía en trasladarles a España o Suiza, es decir a un país neutral, pero en el que pudieran estar controlados por Alemania. Para convencer a Eduardo, Schellenberg le diría que los británicos habían urdido un plan para asesinarles a él y a su mujer. Como argumento complementario, Schellenberg contaba con el ofrecimiento al duque de 50 millones de francos suizos.

El 27 de julio de 1940, Walter Schellenberg se encontraba ya en Lisboa. Allí se entrevistó con Eduardo e intentó convencerle para que abandonase Portugal, pero el duque se mostró temeroso de la reacción de Churchill en el caso de seguir desobedeciéndole. Pidió a Schellenberg cuarenta y ocho horas para que él y Wallis lo pensaran.

Pero en el *impasse* apareció Walter Monckton, un alto cargo del Ministerio de Información británico y antiguo amigo de Eduardo. Churchill conocía los planes alemanes gracias al sistema de descodificación Ultra y había enviado a Monckton para que insistiese ante Eduardo para que aceptase marchar a las Bahamas. Con la ayuda de un agente japonés amigo, Schellenberg trató de evitar su salida e incluso se planteó la posibilidad de secuestrar al duque, pero los ingleses no estaban dispuestos a dejarse arrebatar esa valiosa pieza. Mientras los agentes británicos en Lisboa neutralizaban un posible golpe de mano de Schellenberg, los duques de Windsor partían el 1 de agosto en el *Excalibur* con rumbo a las Bahamas.

En 1945 Eduardo dimitió como gobernador de las islas. Pero las pesadillas relacionadas con las peligrosas relaciones del duque de Windsor con los nazis no acabarían todavía. Al año siguiente, durante el Proceso de Nuremberg, Von Ribbentrop pidió que Eduardo VIII compareciera en el juicio, una petición que, obviamente, fue rechazada por el tribunal. Tras la guerra, los duques se fueron vivir a Estados Unidos y después a París. Eduardo falleció en 1972 y Wallis en 1986.

Según las investigaciones periodísticas, la Casa Real británica se ha encargado de preservar la reputación del duque de Windsor, ocultando documentos sumamente peligrosos de caer en manos equivocadas; Eduardo VIII debía pasar a la historia como un romántico capaz de renunciar al trono por amor, no como un traidor capaz de llegar a un acuerdo con los enemigos de su país para salvaguardar sus intereses personales.

El sobrino inglés de Hitler

Alexander, Louis y Brian son tres hermanos de nacionalidad norteamericana. El primero de ellos nació en 1949, el segundo en 1951 y el tercero en 1965. Hay un cuarto hermano, nacido en 1957, pero que falleció a los 32 años. La madre, Phillys, de origen alemán, es viuda y reside en Long Island.

Ésta podría ser una familia más, pero hay un hecho que hace que no lo sea. El padre se llamaba William Patrick Hitler.

La sombra del apellido Hitler ha perseguido de tal modo a esa familia que ha obligado a todos sus miembros a cambiarlo. Una investigación llevada a cabo a finales de los noventa reveló la existencia de estos descendientes indirectos del dictador germano. En la actualidad, los tres hermanos ocultan celosamente su origen familiar y viven en el más absoluto anonimato.

Su padre, William Patrick Hitler, era el sobrino de Hitler, hijo de Alois, hermanastro del dictador por parte de padre. Pese a su parentesco, prácticamente no existía relación personal entre ambos.

Alois había conocido en 1909 a la que sería su mujer, Brigid Dowling, en Dublín. Aseguró que se dedicaba al «negocio de los hoteles», aunque en realidad era camarero. La familia de Brigid no acabó de ver con buenos ojos al joven austríaco, que contaba entonces con 27 años, por lo que la pareja escapó a Liverpool. Nueve meses después de la fuga nació William Patrick. La boda se había celebrado poco antes de que Brigid diese a luz.

La familia de la joven irlandesa no se había equivocado en su apreciación sobre Alois. De carácter autoritario, un aspecto que compartía con Hitler y que seguramente tenía que ver con la severidad de su padre común, a los tres años de matrimonio abandonó a su mujer y a su hijo, marchándose a Alemania.

Brigid declararía años más tarde al diario *The Times* que Alois se comportó con ella de forma violenta. Hasta en cuatro ocasiones se vio obligada a marcharse de casa, para escapar de sus agresiones. En las declaraciones al prestigioso rotativo británico afirmó: «Alois era muy cruel. Me decía que, o me doblegaba a su voluntad, o acabaría conmigo».

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, Brigid creyó que Alois había fallecido en la guerra, pero quiso comprobarlo poniéndose en contacto con el consulado británico. Para sorpresa suya, su todavía marido, que residía en Hamburgo, se había casado de nuevo. Alois le pidió que le concediese el divorcio, pero Brigid se negó. Le amenazó con acusarle formalmente de bigamia, lo que obligó a Alois a prometerle el pago de una pensión para que no lo hiciera.

La promesa de Alois no llegaría a cumplirse nunca, pero en 1929 invitó a su hijo, que contaba ya con 18 años, a visitarle en Berlín. La fama de Hitler ya había llegado a Gran Bretaña, por lo que el joven llegó con la ilusión de conocer a su tío.

Así pues, en el verano de ese año, William Patrick visitó a su padre y a la mujer

con la que él se había casado, que tenían un restaurante en el suburbio berlinés de Charlottenburg. «Pasó ese verano con nosotros, aprendiendo el idioma y las historias de la familia Hitler. Tenía todo el derecho del mundo a conocerlas», recordaba un pariente después de la guerra. Durante esa visita, William Patrick conoció a su tía Angela, también hermanastra del futuro dictador.

Pero, una vez allí, le sobrevino la primera decepción. Acompañado de su padre, acudió a un congreso del Partido nazi en Nuremberg, en el que intervenía Hitler. Tuvieron que guardar cola junto a miles de personas llegadas de toda Alemania para poder entrar en el recinto y, aunque intentaron reunirse después con él, el líder nazi no quiso recibirles.

En la segunda visita que William Patrick realizó a Alemania, en 1930, sí que tuvo la oportunidad de conocer personalmente a su tío. El encuentro fue en casa de su padre e, inesperadamente, Hitler se mostró amable y de buen humor.

Sin embargo, las relaciones entre tío y sobrino sufrirían un repentino congelamiento en 1933. Hitler había sido nombrado canciller y este hecho supuso un giro brusco de las relaciones del dictador con sus parientes. Consciente de que cualquier cabo suelto en sus relaciones familiares podía poner en peligro su vertiginosa carrera política, decidió abrir cortafuegos que impidiesen alguna incómoda revelación. El hecho de que William Patrick hubiera comenzado a acudir a los medios de comunicación británicos, presentándose orgullosamente como «el sobrino de Hitler», reafirmó a Hitler en su propósito.

En la familia de Hitler abundaban los puntos oscuros. El principal era su posible origen judío. Según se creía entonces, el padre de Hitler, hijo ilegítimo de Maria Anna Schicklgruber, no era hijo de Johann Georg Hitler, el hombre que le dio sus apellidos y al que se le atribuía la paternidad del pequeño Adolf, sino que era hijo de un joven miembro de la familia judía en la que trabajaba como empleada Maria Anna. Es decir que, según esta versión, el abuelo paterno de Hitler era judío.

Los historiadores han investigado esta posibilidad y no han hallado elementos que lo puedan confirmar. Incluso se ha comprobado que en la localidad en la que trabajó la abuela de Hitler no había ninguna familia judía. Sin embargo, Hitler se esmeró en destruir los archivos que podían haber aportado alguna luz en el asunto, por lo que no se puede descartar que sea cierto.

Pero no sólo existía este motivo de preocupación en el árbol familiar de Hitler. Entre sus parientes se habían dado varios casos de suicidio y trastornos mentales[54]. Si esto trascendía a la opinión pública, Hitler podía encontrarse ante una situación incómoda, al ser él el máximo defensor de la pureza racial. Por lo tanto, para evitar quedar en evidencia, el líder nazi prefirió mantener a sus parientes lo más lejos posible.

Uno de los que sufrió esta intento de Hitler de borrar sus vínculos familiares fue William Patrick. Nombrado ya canciller, recibió a su sobrino pero tan sólo para decirle que entre ambos no existía ningún lazo de parentesco. La reunión se llevó a

cabo en una habitación de hotel. Cuando entró en la *suite*, William Patrick se encontró a su tío Adolf vestido con un elegante traje, junto a su padre Alois y a su tía Angela, mirando a través de un enorme ventanal hacia la calle.

Lo que ocurrió allí se conoce indirectamente por la versión que la madre de William Patrick escribió muchos años después, reflejando la versión de su hijo, por lo que hay que mantener las lógicas reservas. Hitler intentó convencer al joven de que su padre había sido adoptado, mientras que el propio Alois permanecía en silencio ante la negación de su hermanastro, probablemente a la espera de obtener alguna ventaja de ello.

Ante el escepticismo mostrado por William Patrick, al que no se le escapaba el gran parecido existente entre su padre y su tío, Hitler sufrió un violento ataque de nervios. Para comenzar, Hitler afirmó: «Estoy rodeado de idiotas. Están destruyendo todo lo que he construido durante estos años con mis propias manos». Primero acusó de criminal a su hermanastro, echándole en cara su bigamia, y luego se encaró violentamente con su sobrino: «¿Qué le dijiste a los diarios? ¿Quién te autorizó a hablar de mis asuntos privados?», le espetó.

Mientras William Patrick miraba atónito a su tío, su padre le explicó que un corresponsal de la prensa norteamericana había llamado a Múnich exigiendo hablar personalmente con Hitler. Querían saber si era cierto que tenía un sobrino en Londres.

«Me hacen preguntas personales a mí. ¡A mí!», continuó Hitler —siempre según la versión de Brigid—. «Nadie debe hablar de mis asuntos personales en los diarios. Yo nunca he dicho una palabra, y ahora aparece un sobrino para contar todos los detalles miserables e insignificantes que ellos quieren saber». Tal como era habitual en él, estalló en un alud de gritos y puñetazos en la mesa, e incluso amenazó con suicidarse si alguien desvelaba su vida privada…

William Patrick explicó más tarde a su madre que Hitler abandonó la habitación a grandes zancadas, agitando los puños en el aire. El joven no se dejó impresionar por este despliegue de exaltación histérica y se marchó de la reunión decidido a aprovecharse de sus lazos familiares con el dictador nazi. Pensó en que, si para él era tan importante alejarlo de su vida, era debido a que tenía muchas cosas que ocultar. Así pues, con la ayuda de su madre, recabó toda la documentación y los testimonios que probaban su parentesco y se dispuso a chantajear a Hitler.

El primer paso fue una carta que William Patrick envió a su tío, en la que le exigía que le proporcionase un medio de vida. La existencia de esta carta es real, puesto que fue encontrada 66 años después entre las pertenencias de su tía Angela.

Hitler le llamó y mantuvo con él una entrevista en la que le reprendió severamente. No estaba dispuesto a practicar ningún tipo de favoritismo con su familia, le dijo, pero aun así le entregó una suma de 500 marcos, creyendo que el osado joven se daría por satisfecho.

Pero William Patrick no estaba dispuesto a conformarse con esa cantidad y le exigió un cargo político bien retribuido. Hitler, contrariado, acabó encargando a su

lugarteniente, Rudolf Hess, que le encontrase un empleo y se desentendió del asunto. Por su parte, Hess dejó la petición en manos de un subalterno, que nunca llegaría a ocuparse de él.

El sobrino de Hitler, cansado de esperar, buscó trabajo en la casa automovilística Opel, en donde desempeñó el oficio de mecánico y más tarde de vendedor. Casualmente, uno de sus clientes era un periodista del periódico del Partido nazi, que denunció el hecho de que William Patrick se aprovechaba de su apellido para vender coches. Hitler, avergonzado, no acudió en ayuda de su sobrino y la empresa lo despidió.

La realidad es que la actitud del joven no era la más adecuada si se quería mantener su relación familiar con el Führer lejos de la atención pública. Según contó más tarde otro pariente del dictador, Hans Hitler, que visitó a Alois en Berlín a principios de 1934, en un bar encontró a un hombre que, por sus aires de grandeza, pensó que se trataba de un artista consagrado o incluso una estrella de cine. Al cabo de unos minutos, descubrió con sorpresa que era William Patrick, que, con unas cuantas cervezas de más, se jactaba ante todos de haber vuelto a Berlín «para establecerme en el Reich de mi tío».

En octubre de 1937, desengañado y resentido por su pobre aventura alemana, regresó a Inglaterra. Allí llevaría una vida desordenada y sin futuro. En marzo de 1938 volvió a Alemania, en donde siguió frecuentando los bares, rodeado de amistades poco recomendables.

Mientras tanto, su tío, que entonces comenzaba a adueñarse de Europa al anexionar Austria para el Reich, no podía permitir tener siempre sobre él la espada de Damocles de un familiar díscolo dispuesto a provocarle algún escándalo. Además, es posible que en su mente albergase ya la posibilidad de un próximo enfrentamiento armado con Gran Bretaña; en ese caso, el hecho de tener un sobrino inglés no podía suponerle más que problemas.

William Patrick vivía en un apartamento de una sola habitación en un barrio obrero de Berlín, pero de vez en cuando realizaba algún viaje a Gran Bretaña. En una de esas ocasiones, durante una visita a Londres, se presentó con un bigote hitleriano y peinado hacia un lado para posar cruzado de brazos para el *Daily Express*. La sesión fotográfica iba acompañada de las siguientes declaraciones: «Soy el único descendiente legal de la familia Hitler. Debo llevar este gesto en la sangre, porque a medida que pasa el tiempo me sorprendo haciéndolo cada vez con más frecuencia».

Ese lamentable espectáculo terminó por colmar la paciencia de Hitler, por lo que llamó a William Patrick para dejar zanjado el asunto de una vez por todas. Le exigió que renunciase a su nacionalidad británica y adoptase la ciudadanía alemana, conminándole a que llevase una vida más respetable. En caso de que no aceptase, le expulsaría del país para siempre.

Parece ser que el joven aceptó quedarse en Alemania, creyendo que, ahora sí, su tío le prestaría la atención adecuada. El paso del tiempo volvió a demostrarle que su

apellido no le iba a suponer ningún tipo de ventaja en la Alemania nazi, sino más bien todo lo contrario.

Por el contrario, su padre, mucho más realista, no se había creado ninguna expectativa sobre la magnanimidad de su hermanastro y decidió ese mismo año abrir un restaurante en Berlín, aprovechando su experiencia como camarero.

El 1 de febrero de 1939, el sobrino de Hitler huyó de Alemania a través de la frontera holandesa, ayudado por un colaborador. Según explicaría más tarde al FBI, su huida fue debida a la persecución a la que la Iglesia católica era sometida, algo con lo que él, ferviente católico, no podía transigir. Sin embargo, los informes del FBI revelaban que el concepto que tenían de William Patrick no era demasiado positivo; se aseguraba que, en el caso de que su tío le hubiera concedido poder y dinero, lo más probable es que se hubiera abrazado el nazismo sin ningún tipo de reparos.

¿Por qué William Patrick se vio forzado a salir de esa manera de Alemania? Aún conservaba la nacionalidad británica, por lo que no hubiera tenido ninguna dificultad para tomar un barco hacía su país. Las razones que le obligaron a escapar son un misterio, pero se barajan dos posibilidades. Una sería que no le quedó otra opción al intentar chantajear a Hitler amenazándole con explicar a la prensa que su abuelo paterno era judío. Esa revelación, sea cierta o no, hubiera supuesto un terrible golpe al Führer, en unos momentos en los que la población judía estaba siendo sometida a todo tipo de vejaciones y discriminaciones legales. Si hubo ese intento de chantaje, es posible que la vida del joven pasase a correr un serio peligro.

También cabe la posibilidad de que, cansado de esperar unas prebendas que nunca llegaban, el joven se hubiera puesto al lado de los servicios secretos británicos. Quizás, en un momento en el que temía verse descubierto, William Patrick tuvo que poner tierra de por medio.

De regreso a Londres, dejó de presentarse como un admirador de su tío, pasando a calificar a éste de demente. Además, denunció que la Gestapo le había torturado para que renunciara a su ciudadanía británica y se convirtiera en súbdito del Reich, a cambio de un puesto clave en el gobierno.

Al ver que las perspectivas para ganarse la vida en Gran Bretaña tampoco eran muy halagüeñas, el problemático sobrino acabó emigrando a Estados Unidos en marzo de 1939, acompañado de su madre.

Llegó a su nuevo país con un contrato bajo el brazo de la William Morris Theatrical Agency, con la que había llegado a un acuerdo para impartir conferencias sobre la controvertida personalidad de su tío. La revista *Time* anunció su llegada con una nota inspirada en el mundo del boxeo, titulada «Hitler vs. Hitler», mientras que en un diario apareció un extenso artículo con fotos y reproducciones de certificados de nacimiento, con el título «Por qué odio a mi tío».

William Patrick, ilusionado por la posibilidad que se abría ante él de obtener por fin fama y dinero, abrigaba también la intención de escribir un libro, que llevaría el previsible título de «Mi tío Adolf». Pronto fue conocido por el diminutivo de su

nombre, Willy.

Su madre también trató de utilizar su parentesco, en este caso por matrimonio, con los Hitler. En 1936 ya había acudido por sorpresa a Berchtesgaden, en donde Hitler rehusó recibirla. Brigid le pidió dinero en una carta, pero Hitler no accedió a esa exigencia. Por lo tanto, al llegar a Estados Unidos junto a su hijo, no tuvo ningún reparo en afirmar: «La horca es poco para Hitler. Deberían matarlo lentamente».

Madre e hijo pasaron los dos años siguientes entre Estados Unidos y Canadá, impartiendo conferencias y haciendo públicos los recuerdos familiares. Por ejemplo, William explicaba una visita a su tío Adolf en el Berghof, en 1936: «Me condujeron hasta el jardín, donde Hitler tomaba el té junto a un grupo de mujeres muy hermosas. Cuando me vio, se paró inmediatamente y se dirigió hacia mí, restallando un látigo con el que arrancaba las flores a su paso», recordaba William a la revista *Look*, en 1939.

Para mantener la atención del público, que comenzaba a dar muestras de falta de interés por ellos, sacaban a la luz nuevas revelaciones, incluyendo episodios de crueldad, incesto o sadomasoquismo y repetidos intentos de dominar al mundo por parte de su tío Adolf. Sin embargo, la agencia que les había llevado a Estados Unidos consideró que el filón estaba ya agotado y rescindió el contrato.

Aunque William Patrick alcanzó un acuerdo con otro representante, Harold R. Peat, su estrella declinaba irremisiblemente. La opinión pública comenzó a tener la certeza de que su odio a Hitler procedía más bien del hecho de que no le hubiera concedido sus favores, en lugar de estar motivado por un desprecio sincero hacia el dictador. El propio Peat confió al FBI que Willy «sería leal al gobierno nazi y a Hitler si el Führer le hubiera conseguido un puesto de mucho dinero». Su madre había intentado vender sus historias personales a alguna productora de Hollywood para que las plasmase en una película, pero sus propuestas fueron acogidas con indiferencia.

Finalmente, durante su estancia en Estados Unidos, tal y como le había pasado también en Alemania, el apellido Hitler le estaba acarreando más inconvenientes que beneficios.

En octubre de 1940, mientras residía en el barrio neoyorquino de Queens, acudió a alistarse en la delegación militar más cercana. Con sus casi dos metros de altura y sus noventa kilos de peso, Willy era más que apto para el servicio, pero fue rechazado oficialmente «porque su tío estaba combatiendo en el Ejército alemán» (!). Según se publicó en la prensa, cuando el oficial encargado de tramitar su alistamiento vio su apellido, le dijo: «Encantado de conocerle, señor Hitler, mi nombre es Hess».

William Patrick, ya acostumbrado a contar con los medios de comunicación para alcanzar sus propósitos personales, se quejó en el *Herald Tribune* afirmando que «conozco bien Alemania, y creo que sería un buen piloto». Si lo aceptaban —aseguró —, estaba dispuesto a cambiarse el apellido: «Sólo cuesta cincuenta centavos, y Hitler es un apellido indeseable».

El 3 marzo de 1942, envió una carta al presidente Franklin D. Roosevelt

pidiéndole que revocara la decisión de la Junta de Reclutamiento y que le permitiera poder alistarse en el Ejército norteamericano. En su misiva, William Patrick explicaba a Roosevelt que, por culpa de su singular parentesco, estaba atravesando una situación difícil, asegurándole que deseaba «entrar en combate tan pronto como sea posible para poder ser aceptado por mis amigos como uno más en esta batalla por la libertad».

El FBI, que hasta ese momento, inexplicablemente, no había prestado ninguna atención al joven, le citó para entrevistarle. Durante la reunión, William Patrick tuvo que explicar con detalle toda su trayectoria vital, que fue exhaustivamente comprobada. Al final, el FBI dictaminó que el sobrino del Führer no representaba ningún peligro para la seguridad nacional y que «no estaba involucrado en ninguna actividad subversiva». En octubre de 1942, rodeado de una nube de fotógrafos, el sobrino de Hitler, que en ese momento tenía 33 años, se alistaba en la Marina norteamericana, dispuesto a luchar contra los ejércitos de su tío.

William sirvió durante la guerra en el Cuerpo Médico de la Marina, resultando herido en una ocasión. Al licenciarse de la Marina, en febrero de 1946, concedió su última entrevista. En el muelle de Boston, ante los reporteros, afirmó que cambiaría de apellido y que pasaría a disfrutar de «una vida tranquila». Allí expresó su deseo de pedir la ciudadanía norteamericana y visitar a su madre en Manhattan.

Los archivos del FBI sobre William Patrick y su madre no contienen datos sobre su servicio militar o las actividades posteriores a la guerra. Tampoco existen pruebas de que se hubiera puesto en contacto con su padre después de 1945. Precisamente en verano de ese año, Alois Hitler fue detenido por viajar con un pasaporte falso, y entregado a las autoridades británicas. Alois, tras ser puesto en libertad, optó por cambiarse el apellido —a partir de entonces se llamaría «Hiller»— y abrir un bar en Hamburgo. Para redondear sus ingresos, se dedicó a la provechosa industria de la venta de retratos firmados por Hitler, que él mismo se encargaba de falsificar. Falleció en 1956.

El sobrino de Hitler también había decidido cambiar su apellido por «Hiller», pero poco más tarde lo cambiaría de nuevo para reiniciar su vida. Aunque, por motivos obvios, no se hizo público el nuevo apellido escogido por William Patrick, años después se descubrió que éste había escogido el apellido Stuart-Houston. Se desconoce el motivo que le llevó a elegir precisamente éste, pero para los historiadores no pasó desapercibido el hecho de que fuera muy similar al nombre de un ideólogo británico que defendía posiciones antisemitas, y que contó con la simpatía y la admiración de los jerarcas nazis: Houston Stewart Chamberlain.

A partir de ese momento, la vida de William Patrick se convierte en un misterio del que tan sólo podemos ir recogiendo algunos retazos que van marcando su biografía. Se casó con una chica, Phyllis Jean-Jacques, que había conocido en Alemania en 1930 y con la que había conseguido reunirse en Estados Unidos poco antes de comenzar la guerra. En cuanto a su vida profesional, William aprovechó los

conocimientos adquiridos durante su estancia en el Cuerpo Médico de la Marina para establecer un pequeño laboratorio de análisis de sangre para hospitales.

William Patrick Hitler murió el 14 de julio de 1987, a los 76 años. Fue enterrado en el cementerio de Coram, Nueva York. En su lápida no figura ningún nombre, aunque está situada al lado de la de su madre, fallecida en 1969[55]. Su mujer, Phyllis, murió el 2 de noviembre de 2004.

William y Phyllis tuvieron cuatro hijos, que, aunque ya tenían el nuevo apellido, se vieron marcados de una forma u otra por su vínculo de sangre con el dictador. Como amarga anécdota, uno de ellos inició una relación con una muchacha de origen judío. Considerando que tenía la obligación moral de revelarle su parentesco con el dictador nazi, le comunicó esta circunstancia a la familia de su novia. Ni que decir tiene que la relación se rompió ese mismo día…

Las investigaciones que se han llevado a cabo sobre la familia aseguran que los tres que siguen vivos, Alexander Adolf, Louis y Brian William, permanecen solteros. Tan sólo se casó el tercero, Howard Ronald, pero tras cuatro años de matrimonio, cuando la pareja se planteaba ya tener hijos, un accidente de automóvil en 1989 segó su vida y acabó con la posibilidad de que viniese al mundo una nueva generación de los Hitler.

Los tres hermanos viven en el anonimato, las únicas fotos que se poseen de ellos proceden de los anuarios escolares y no han concedido jamás una entrevista. El abogado que representa a la rama norteamericana de la familia Hitler explicó las razones: «Temen ser tratados como parias o que algún loco intente hacerles daño. Es muy duro estar siempre ocultando su verdadera identidad al mundo. Si ellos salieran a la luz pública, ¿qué clase de vida podrían esperar?».

Pero el 24 de abril de 2006 apareció una noticia en el *New York Times*. Según el rotativo, los tres hijos de William Patrick habían decidido escribir un libro sobre la historia de la familia, un proyecto editorial para el que ya habían contratado un abogado y a un agente.

De todos modos, pese a que ese libro podría proporcionarles algunos réditos económicos a su relación de parentesco con el dictador, el fantasma de Hitler parece transmitir su maléfico influjo a todos los miembros de su familia como si de una maldición se tratase. Al parecer, los hermanos sellaron un pacto por el que se comprometieron a no tener descendencia. De este modo, si ninguno cambia de opinión, la rama norteamericana del hombre más pernicioso del siglo XX se verá definitivamente extinguida con ellos.

Los auténticos diarios falsos de Mussolini

Cuando Mussolini fue capturado por partisanos italianos, el dictador llevaba consigo, entre otras pertenencias, cinco agendas. En ellas estaban escritos lo que más

tarde sería conocidos como los «auténticos diarios falsos» del Duce.

Esa desconcertante expresión para denominar los documentos se debe a que, por un lado, eran anotaciones realizadas por el propio Mussolini, por lo que son «auténticos». Pero esos diarios, escritos de su puño entre entre 1943 y 1945, los quiso hacer pasar como si hubieran sido escritos entre 1935 y 1939. Por lo tanto, se trata de una falsificación confeccionada por el mismo autor.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial se conocía que existían estos diarios, pero nadie sabía su paradero. Periódicamente han ido apareciendo falsificaciones de estos «auténticos diarios falsos», como en 1957 o en 1967, cuando supuestos poseedores intentaron venderlos a varias editoriales. Más suerte tendrían los que consiguieron vender un falso diario de Hitler al *Sunday Times* en 1983, aunque poco después se demostraría el engaño.

La existencia de los diarios de Mussolini fue de dominio público en 1994, tras ser publicada por la prensa italiana, pero nadie pudo dilucidar en dónde se encontraban. No sería hasta febrero de 2007 cuando el senador Marcello Dell'Utri, condenado a varios años de cárcel por actuar de enlace entre los poderes públicos y la mafia siciliana, manifestó haber visto los cuadernos de Mussolini con sus propios ojos. Según el senador, pudo examinarlos durante dos horas y experimentó una gran emoción. Sobre la cuestión más relevante, el paradero de los diarios, Dell'Utri reveló que se encontraban en manos de un notario de la localidad suiza de Bellinzona. El político aclaró que él no era el propietario y que se había limitado a verlos.

A partir de ese momento, Dell'Utri mostró fotocopias de los documentos, pero esos papeles no impresionaron a los historiadores. Según los expertos, al tratarse de un montaje del dictador, los textos no sirven para descifrar las claves de los distintos episodios de ese trascendental período de la historia europea.

El gran interrogante es saber por qué Mussolini escribió esos diarios y qué pretendía con ello. Los historiadores no se ponen de acuerdo y hay quien afirma, como el británico Dennis Mack Smith, que los escribió en los últimos años con la intención de ganar dinero vendiéndolos en América. Cuando salgan finalmente a la luz, quizá podamos despejar esas incógnitas.

Bingham, el rebelde

El gobierno norteamericano no se mostró todo lo diligente que cabría suponer para salvar a aquellas personas perseguidas por el terror nazi. De acuerdo con *Foreign Service*, revista editada por los profesionales del servicio exterior de Estados Unidos, en su edición de junio de 2002, «el Departamento de Estado había emitido una serie de directivas internas para restringir la inmigración. Por ejemplo, los refugiados debían probar su solvencia financiera para que no se convirtieran en una “carga pública”».

Pero no todos los diplomáticos estadounidenses cumplieron con estas directivas. Por ejemplo, Hiram Bingham IV *Harry* (1903-1988), era el vicecónsul de Estados Unidos en Marsella, ciudad controlada por el régimen pronazi de Vichy; de 1940 a 1941, contrariando expresas órdenes de su gobierno, expidió visados que salvaron a más de 2500 judíos y enemigos políticos del Tercer Reich.

La rebeldía de Bingham le valió ser castigado y transferido en 1941 a Argentina, por orden directa del secretario de Estado, Cordell Hull. Poco tiempo después, su carrera diplomática quedó truncada cuando intentó que Estados Unidos involucraran a las Naciones Unidas en la búsqueda de criminales de guerra escapados a América Latina. Falleció, olvidado, en 1988.

Pero la historia se encargaría no sólo de rehabilitar su nombre sino también de reconocer su acto de valentía. El 27 de junio de 2002, el secretario de Estado Colin Powell entregó un premio póstumo a Bingham: «Honramos la memoria de Harry Bingham IV, que arriesgó su vida y su carrera para ayudar a escapar de Francia a Estados Unidos a más de 2500 judíos y otros perseguidos que estaban en la lista de la muerte de los nazis».

Feng-Shan Ho, el Schindler chino

En 1997 falleció en la ciudad norteamericana de San Francisco Feng-Shan Ho a la provecta edad de 96 años, quien había sido cónsul general de China en Viena entre 1937 y 1945.

El nombre de Ho no era en absoluto conocido, y su obituario no mereció figurar en los periódicos. Pero su hija, Manli Ho, periodista del *Boston Globe*, sabía que la figura de su padre sí que merecía ser conocida. Sus investigaciones a lo largo de muchos años le habían revelado que su progenitor era un auténtico héroe, pero no podía hacer públicas estas revelaciones hasta su muerte, por deseo expreso de su padre.

Feng-Shan Ho había nacido el 10 de septiembre de 1901 en la localidad rural de Yiyang, provincia de Hunan. Su padre murió cuando él tenía siete años. Fue educado junto a sus tres hermanas en un asilo misionero para pobres. De joven aprovechó los beneficios de una educación liberal en la Universidad de Yalein. Viajó a Alemania y en 1932 obtuvo el doctorado en Economía Política en la Universidad de Múnich. Tres años más tarde se unió al servicio exterior de la China nacionalista. Debido a su excelente dominio del idioma alemán fue destinado a la capital austríaca en 1937.

En marzo de 1938 Austria fue anexionada a Alemania. Tras el *Anschluss*, la tercera comunidad judía más grande de Europa —alrededor de 185 000 personas— se vio súbitamente bajo un régimen radicalmente antisemita. La mayoría de los judíos austríacos, unos 120 000, residían en Viena. Poco antes de cumplirse un mes de la ocupación nazi, los primeros judíos del país centroeuropeo fueron deportados a los

campos de Dachau y Buchenwald. La gran esperanza para los judíos de Austria era el diplomático chino.

A diferencia de otros diplomáticos, Ho emitía visados a Shanghai a todos los que se acercaban tratando de escapar del régimen nazi, a pesar de la prohibición expresa del embajador chino en Berlín, Chen Jia, quien deseaba estrechar el vínculo entre su país y Alemania. Ho le respondió que el Ministerio del Exterior había ordenado mantener una política liberal. Alterado por la respuesta de su subordinado, Chen Jia envió a Viena a un agente de la embajada con el pretexto de investigar el rumor de que el cónsul estaba vendiendo visados, una práctica prohibida. El enviado llegó por sorpresa pero, al no encontrar evidencia alguna sobre la falsa acusación, tuvo que regresar a Berlín con las manos vacías.

Aunque los visados no eran indispensables para entrar a Shanghai, al hallarse entonces bajo ocupación japonesa, esos documentos eran fundamentales para los judíos que deseaban huir de los nazis. Muchos de los ayudados por Ho viajaban a Shanghai en barco desde Italia o por avión desde la Unión Soviética. Otros utilizaban sus visados para escapar a los más diversos destinos como Palestina, Filipinas, Gran Bretaña, Estados Unidos e incluso Cuba.

Los beneficiados por las acciones de Ho recordarían años más tarde que estuvieron peregrinando durante meses por consulados y embajadas para conseguir visados de salida para ellos y sus familias, hasta que Ho les proporcionó los documentos salvadores. Incluso en una ocasión, un judío llamado Karl Doron pudo ser rescatado tras su traslado a Dachau gracias a un visado emitido por el consulado chino, y que le permitió escapar junto a su familia a Palestina.

En diciembre de 1938, 7000 judíos cruzaron la frontera hacia Italia y Suiza. Muchos de ellos portaban visados chinos. Sólo durante los tres primeros meses de sus funciones como cónsul general, Ho emitió 1200 visados. Su hija estimó que fueron varios miles los judíos salvados por su padre.

Al finalizar su período en Viena, Ho pasó el resto de la Segunda Guerra Mundial involucrado en la lucha de su país contra Japón. En 1949, con los comunistas en el poder, se unió al bando nacionalista y continuó trabajando en el cuerpo diplomático en Taiwan. Tras desarrollar una extensa carrera diplomática, Ho se retiró en 1973 a San Francisco.

Ho nunca quiso hablar de su acción humanitaria, pero su hija consiguió extraerle información. A partir del recuerdo de una pequeña frase pronunciada por su padre mientras ella era niña, tras un incidente con la Gestapo por ayudar a un amigo judío a escapar, Manli Ho comenzó a atar cabos y finalmente emprendió una vasta labor de investigación. Ho vivió sus últimos años en San Francisco tras jubilarse en 1973, precisamente cerca de algunos de los que él había salvado y que ignoraban la identidad de su vecino.

Gracias al trabajo de su hija se conoce hoy la encomiable labor del diplomático chino, para el que todos los elogios llegaron después de su muerte. Ho recibió a título

póstumo la medalla «Justo entre las Naciones», la más alta distinción civil concedida por Israel a las personas que salvaron judíos del exterminio nazi.

En mayo de 2008 se celebró en el Congreso de Estados Unidos la exposición «Sobre los rastros de un fénix: El Doctor Feng-Shan Ho y la salvación de judíos austríacos», con el fin de honrar su figura y perpetuar su memoria.

El japonés que salvó mil vidas

Tal como se ha referido, el norteamericano Hiram Bingham o el chino Feng-Shan Ho fueron algunos de los diplomáticos que durante la Segunda Guerra Mundial emprendieron extraordinarias gestiones con riesgos personales para sí mismos con el fin de salvar a los perseguidos por el régimen nazi. Otro ejemplo es el del diplomático japonés Sempo *Chiune* Sugihara, vicecónsul en Lituania, que también ayudó a miles de judíos a escapar de los nazis. Su apodo, Chiune, significa «mil vidas», en referencia al número de personas que salvó de la muerte, pese a que ese número es simbólico, puesto que fueron muchas más.

Sempo *Chiune* Sugihara nació el 1 de enero de 1900 en Yaotsu. El apellido original de sus padres era Iwais, muy común en esas tierras. Cuenta la leyenda que cuando el padre de Sempo, Mitsugoro Iwais, cumplió el servicio militar en Manchuria y Siberia en 1895, contrajo tuberculosis. Fue entonces que recibió el cuidado especial de un oficial llamado Kosui Sugihara y, en gratitud, le ofreció convertirse en su hijo adoptivo, una costumbre de esos años. Pero algunos familiares atribuyen el cambio de nombre a una razón más prosaica; un Sugihara tenía más posibilidades de recibir la correspondencia adecuada que docenas de Iwais.

En marzo de 1939, *Chiune* Sugihara fue enviado a Kaunas para abrir un servicio consular. Kaunas era la capital de Lituania en ese momento, un país de enorme importancia estratégica al estar situado entre la Unión Soviética y Alemania. Sugihara apenas se había asentado en su nuevo puesto cuando los ejércitos germanos invadieron Polonia y una ola de refugiados judíos se movilizó hacia Lituania. Consigo llevaban escalofriantes historias acerca de las atrocidades alemanas cometidas con la población judía.

Lituania, hasta el momento en el que estalló la contienda, había sido un enclave de paz y prosperidad para los judíos. Cuando los alemanes invadieron Polonia y pusieron en marcha la persecución de los judíos polacos, los hebreos lituanos creían encontrarse a salvo de lo que estaba ocurriendo en el vecino país. Los refugiados explicaban que estaban siendo asesinados en masa, pero los judíos de Lituania pensaban que se trataba de exageraciones.

Las cosas comenzaron a cambiar para peor el 15 de junio de 1940, cuando los soviéticos invadieron Lituania. Era ya demasiado tarde para huir hacia el Este. Irónicamente, los soviéticos permitirían a los judíos polacos emigrar fuera de

Lituania a través de la Unión Soviética, pero sólo si podían obtener ciertos documentos.

En ese terrible contexto, Sugihara se convirtió en el centro de un desesperado plan de supervivencia. El destino de miles de familias dependía ahora de su humanidad. El ejército alemán avanzaba rápidamente hacia el Este. En julio de 1940, las autoridades soviéticas ordenaron a las embajadas extranjeras que abandonaran Kaunas. Casi todas obedecieron de inmediato. Sugihara, en cambio, logró extender su estancia otras tres semanas.

Exceptuando a Jan Zwartendijk, el cónsul honorario holandés, *Chiune* Sugihara era el único cónsul extranjero que quedaba en la capital lituana. El tiempo corría muy rápido para los refugiados; fue entonces que a algunos polacos se les ocurrió un plan, posiblemente la última oportunidad de escapar. Descubrieron que dos colonias de Holanda en el Caribe, las islas de Curaçao y Guyana Holandesa, no exigían visados demasiado rigurosos para ingresar. Además, el cónsul holandés les comunicó que había obtenido una autorización para sellar sus pasaportes con permisos de entrada.

Pero los refugiados tenían ante sí el mayor obstáculo. Para llegar a estas islas, los refugiados necesitaban atravesar la Unión Soviética en dirección al Pacífico, cuyo cónsul accedió a dejarlos pasar bajo una condición; además del permiso de entrada holandés, necesitarían obtener un visado de tránsito del consulado japonés, ya que para llegar a las islas debían atravesar territorio nipón.

A finales de julio, Sugihara y su familia amanecieron con una multitud de refugiados polacos reunidos fuera del consulado. Desesperados ante la inminente llegada de los nazis, los refugiados sabían que su única escapatoria los llevaba al Este. Sempo se sintió tocado por la urgencia de los refugiados. Sin embargo, no contaba con el permiso oficial de su gobierno para emitir cientos de visados. Las tres veces que Sugihara solicitó autorización para emitir visados recibió la misma negativa del Ministerio del Exterior en Tokio.

Sugihara discutió entonces la cuestión con su esposa e hijos. Debía tomar una difícil decisión. Había sido educado bajo la estricta y tradicional disciplina japonesa; por un lado, estaba limitado por la obediencia pero, por el otro, debía ayudar al necesitado. Sabía que si desafiaba las órdenes de sus superiores podría ser despedido y deshonrado, y probablemente nunca más trabajaría para su gobierno. Esto repercutiría en la situación económica y en el honor de su familia. Temió por la vida de su esposa, Yukiko, y por las de sus hijos pero, finalmente, el diplomático obedeció al mandato de su conciencia. Firmaría los visados sin contar con el permiso de Tokio.

Durante veintinueve días, desde el 31 de julio hasta el 28 de agosto de 1940, Sempo Sugihara y su mujer Yukiko pasaron interminables horas escribiendo y firmando visados a mano. Confeccionaron más de trescientos visados por día, cantidad que normalmente significaba un mes completo de trabajo para todo un consulado. Con el fin de no perder un solo minuto de tiempo, Sugihara decidió no hacer una pausa ni siquiera para comer. La gente aguardaba el permiso de tránsito

haciendo fila durante el día y la noche. Cientos de postulantes se transformaron en miles. Sugihara trabajaba contrarreloj; sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que lo forzaran a cerrar el consulado y abandonar Lituania.

El diplomático nipón continuó emitiendo documentos incluso hasta el momento de la partida del tren que lo llevaría desde Kovno hasta Berlín, el 1 de septiembre de 1940. Cuando el tren dejó la estación, le entregó su sello oficial a un refugiado, quien así podría salvar a otros judíos.

Una vez que recibían sus visados, los refugiados no tardaban en trasladarse a Moscú en tren, y de ahí a Vladivostok en el ferrocarril transiberiano. Desde allí, la mayoría continuó hacia Kobe, Japón, ciudad en la que se les permitió permanecer por varios meses. Según el testimonio de los refugiados, las autoridades japonesas de inmigración se mostraron permisivos en la revisión de los visados de tránsito. Luego fueron enviados a la ciudad china de Shanghai, que entonces se hallaba bajo dominio nipón.

Miles de judíos polacos con los visados de Sugihara sobrevivieron bajo la protección del gobierno japonés en Shanghai. Alrededor de seis mil refugiados huyeron a Japón, China y otros países en los meses siguientes; habían logrado escapar del Holocausto.

A pesar de su desobediencia, el gobierno de Tokio pareció encontrar en la actitud de Sugihara un ejemplo a seguir. Sin embargo, por motivos desconocidos, en 1945 fue destituido del servicio diplomático. Su carrera estaba terminada. Tendría que empezar otra vez de cero.

En un principio solo encontró trabajo de media jornada como traductor e intérprete. Después logró abrirse paso en el pujante mundo de los negocios del Japón de la posguerra y durante sus últimos veinte años trabajaría como director de una compañía exportadora con negocios en Moscú.

En Israel, los actos de Sugihara fueron reconocidos públicamente en 1969. Su mujer y su hijo mayor, Hiroki, se encargarían de dar a conocer los detalles de la excepcional labor humanitaria que llevó a cabo durante aquellos dramáticos años. Sugihara fue honrado también con la distinción de «Justo entre las Naciones» un año antes de su muerte, en 1986.

La salvación vino de El Salvador

De entre las personas que lograron salvar a más judíos del Holocausto, destaca un personaje casi desconocido, José Arturo Castellanos, cónsul de El Salvador en Ginebra. Entre 1942 y 1944, Castellanos emitió sin autorización de su gobierno certificados gratuitos de nacionalización salvadoreña, según unos documentos de la cancillería salvadoreña que fueron hechos públicos en 2007.

El mérito de Castellanos es que emprendió esta acción pese a haber sido

advertido, ya desde 1938 —cuando era cónsul en Hamburgo—, de no proporcionar visados a judíos sin autorización del Ministerio de Relaciones Exteriores[56]. Pero en 1942, ya en su destino de Ginebra, Castellanos obvió esta orden y tramó el plan junto con el empresario judío George Mantello, a quien contrató como primer secretario del consulado y quien le había pedido sacar de su familia de Hungría. En el consulado contaba con la ayuda de varios estudiantes, quienes colaboraban en escribir esos certificados.

Los visados comenzaron por extenderse en pocas cantidades, pero llegó un momento en que la demanda se hizo muy numerosa. Los documentos eran expedidos en blanco y enviados a los barrios judíos, o lanzados en las cercanías de los trenes en las estaciones de los deportados. El certificado lo único que garantizaba era que el portador de ese documento era ciudadano de la República de El Salvador, pero era suficiente para que su afortunado poseedor adquiriese inmunidad ante los nazis. Hubo personas que para garantizar su libertad y su seguridad colocaron en sus casas, especialmente en ciudades de Hungría y Rumanía, banderas de El Salvador. Esa acción pudo haber salvado la vida de entre 40 000 y 45 000 personas.

Tras el triunfo de las fuerzas aliadas, Suiza informó a Estados Unidos que había miles de judíos con certificados salvadoreños en varios países de Europa. Estados Unidos preguntó a El Salvador y el gobierno del país centroamericano validó la documentación, en medio del asombro de las potencias vencedoras. De este modo se reconocía la maniobra ideada por el cónsul salvadoreño.

Sin embargo, la meritoria acción de Castellanos fue rápidamente olvidada, hasta que el escritor judío Leon Uris, autor del libro *Éxodo*, rescató la memoria del diplomático en 1975. José Arturo Castellanos murió dos años después, el 19 de junio de 1977 a la edad de 86 años.

Desde entonces, la vida del héroe salvadoreño ha quedado plasmada en libros y documentales[57], aunque no se llevaría a cabo un estudio exhaustivo hasta mayo de 2007, cuando el gobierno salvadoreño abrió una comisión de investigación para conocer todos los pormenores de esta encomiable acción humanitaria.

El Tren de la Libertad Leica

En la actualidad, las cámaras fotográficas Leica son las más deseadas por los aficionados y los profesionales de la fotografía; aunque han pasado con éxito a la era digital, siguen asociadas a una imagen romántica de la fotografía, propia ya de otro tiempo. Las cámaras Leica han pasado por las manos de los fotógrafos más famosos, como Robert Capa, Henri Cartier-Bresson, Sebastião Salgado o Helmut Newton, convirtiéndose en una singular herramienta creativa y elevando esa marca a la categoría de mito.

Pero la marca Leica tiene en su historia un Capítulo que es digno de

reconocimiento; su gran impulsor, Ernst Leitz II (fue su padre quien creó la empresa), se enfrentó al todopoderoso Tercer Reich, salvando la vida a cientos de judíos. Este episodio no sería conocido por el gran público hasta 2002, cuando Frank Dabba Smith, un rabino norteamericano residente en Londres, publicó el libro *The Greatest Invention of the Leitz Family: The Leica Freedom Train* (El invento más grande de la familia Leitz: El Tren de la Libertad Leica).

Pero retrocedamos a principios del siglo XX, cuando Oskar Barnack, un ingeniero alemán aficionado a la fotografía, se cansó de cargar con los pesados y complicados instrumentos fotográficos de la época y se propuso inventar una cámara portátil y fácil de usar.

Barnack era empleado de la empresa óptica Carl Zeiss y se pasó a la fábrica Leitz, que había sido fundada en Wetzlar en 1869. Barnack trabajaba entonces en un exposímetro para cámaras de cine y descubrió que, con algunas modificaciones, su invento serviría para lograr un negativo fotográfico de mayor calidad para una pequeña cámara fotográfica. Había nacido la cámara Leica (Leitz Camera).

La Leica fue la pionera de las cámaras de 35 mm. En realidad, no fue exactamente la primera cámara fotográfica que usó película de 35 mm, pero fue la primera en ser ampliamente publicitada y comercializada con gran éxito. Se trataba de un producto preciso y sumamente eficiente, y además presentaba una rompedora estética minimalista.

En 1933, el año de la llegada de Hitler al poder, Ernst Leitz II advirtió la tremenda preocupación que se instaló entre sus trabajadores judíos, por la deriva furiosamente antisemita que iba tomando el régimen nazi. Cuando en 1935 fueron promulgadas las Leyes de Nuremberg, por las que se restringían los movimientos de los judíos y se limitaban sus actividades profesionales, a Leitz llegaron las llamadas desesperadas de sus trabajadores judíos, pidiendo su ayuda para poder salir del país junto con sus familias, así como de algunos asociados.

Los trabajadores de la empresa Leitz sabían que ésta no podía hacer oídos sordos a sus justificadas peticiones de auxilio. El comportamiento humano formaba parte de la tradición de la empresa, pues con el primer Leitz los obreros ya contaban con pensiones, licencias por enfermedad y seguro de salud. Con la institución de esos derechos, la empresa se garantizaba también la fidelidad de unos trabajadores en los que se invertían muchos años de formación.

Así pues, los empleados hebreos acudieron a Leitz, quien se puso de inmediato a idear un sistema para hacerlos salir del país. Para ayudar a sus trabajadores y colegas judíos, Leitz estableció discretamente lo que ha sido conocido entre los historiadores del Holocausto como «El Tren de la Libertad Leica», una forma encubierta de ayudar a judíos a abandonar Alemania con el pretexto de tratarse de funcionarios de Leitz con misiones asignadas en el extranjero.

De este modo, empleados, vendedores, miembros de sus familias, y amigos de miembros de sus familias fueron «asignados» a oficinas de venta de Leitz en Francia,

Gran Bretaña, Hong Kong y Estados Unidos. Además, reclutaba a jóvenes judíos de Frankfurt y Darmstadt, los formaba en la fabricación de sus cámaras y los enviaba también al extranjero. Al llegar a su destino, los refugiados recibían una pequeña ayuda económica hasta que lograban encontrar un empleo. Con esta migración llegarían a esos puntos de acogida diseñadores, técnicos en reparación, vendedores y expertos en publicidad.

Las actividades de Leitz se intensificarían después de la *Kristallnacht* de noviembre de 1938, durante la que fueron incendiados comercios regentados por judíos y sinagogas a lo largo y ancho de toda Alemania. Al poco tiempo de esa negra jornada, «empleados» alemanes de la empresa Leitz desembarcaban del transatlántico *Bremen* en Nueva York y de allí se dirigían directamente a las oficinas de Leitz Inc. en Manhattan, donde rápidamente les encontraban empleos en la industria fotográfica.

Mientras el «Tren de la Libertad Leica» marchaba a toda máquina, Ernst Leitz II y su hija Elsie mantenían buenas relaciones con los jefes nazis, para evitar que les expropiaran su empresa. El plan ideado por Leitz llegó a su cota máxima de actividad en 1938 y principios de 1939, llegando a enviar grupos de refugiados a Nueva York cada pocas semanas.

Pero el 1 de septiembre de 1939, con la invasión de Polonia, todas las fronteras de Alemania quedaron cerradas. La guerra había comenzado, pero para ese entonces cientos de judíos amenazados habían ya logrado escapar de los nazis. Sin posibilidad de continuar con el mismo sistema de huida, la familia Leitz tuvo que operar de forma clandestina, facilitando las fugas a través de la frontera suiza.

Las actividades de la empresa continuaron en tiempo de guerra. Es posible que las autoridades sospechasen de lo que Leitz y su familia se llevaban entre manos, pero el Tercer Reich no podía permitirse el lujo de cerrar un tipo de industria, el de instrumentos ópticos de precisión, tan necesario para el esfuerzo bélico.

La compañía pasó a fabricar sistemas ópticos para el Ejército alemán. También el gobierno nazi necesitaba divisas con urgencia y el mercado más grande para productos ópticos era Estados Unidos, así que, hasta que el gigante norteamericano entró en guerra, Alemania siguió exportando allí los productos fabricados por Leitz.

A pesar de esa relativa inmunidad, justificada por las circunstancias, los miembros de la familia Leitz y algunos empleados de la compañía sufrieron una estrecha vigilancia. Un ejecutivo de alto nivel, Alfred Turk, fue encarcelado por ayudar a los judíos y sólo pudo ser liberado tras pagar un gran soborno.

Elsie acabaría siendo hecha prisionera por la Gestapo cerca de la frontera suiza, cuando trataba de ayudar a unas mujeres judías a escapar de Alemania. Fue interrogada con dureza y todo hacía pensar que acabaría recluida en un campo de concentración, pues ésta era la pena que se aplicaba a los acusados de ayudar a los judíos a escapar. Después de tres meses de detención, Leitz consiguió rescatar a su hija, seguramente tras recibir sus captores alguna sustanciosa compensación

económica.

La hija de Leitz también tuvo que sufrir el acoso de la Gestapo cuando intentó mejorar las condiciones laborales de unos 800 prisioneros ucranianos asignados para trabajar en la fábrica.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la empresa salió adelante, no sin dificultades, y la cámara Leica se convertiría en un icono de la historia de la fotografía. Pero la familia Leitz no deseaba hacer ninguna publicidad de sus loables esfuerzos para salvar a sus trabajadores judíos. Sólo después del fallecimiento del último descendiente directo de Leitz, el «Tren de la Libertad Leica» fue sacado a la luz.

Cinco años después de la aparición del libro de Frank Dabba Smith, el nieto de Ernst Leitz ofreció también su visión de ese episodio en un libro titulado *Ernst Leitz II: el pionero de la Leica*.

En el libro de Knut Kühn-Leitz se recogía el testimonio de Paul Rosenthal, quien huyó a Estados Unidos con la ayuda de Leitz. En 1933, Rosenthal, hijo de una empleada de Leitz, fue detenido por ser judío. Al enterarse de ello, Leitz llamó por teléfono al funcionario responsable y le dijo: «Si no libera inmediatamente al señor Rosenthal, mis empleados y yo recurriremos a la fuerza». Rosenthal fue inmediatamente liberado.

Paul Rosenthal fue uno de los cientos de judíos que habían sobrevivido gracias a la familia Leitz. Al contrario que la mayoría de sus compatriotas, el sentido del deber de esta familia con sus semejantes se impuso al terror que emanaba del totalitarismo nazi y actuaron conforme a sus principios, sin temor a las terribles consecuencias que ello les podía acarrear. Con su actitud, Leica no sólo se ha forjado como un mito de la fotografía, sino también como un símbolo de generosidad y solidaridad.

Sanz Briz, el Ángel de Budapest

El aragonés Ángel Sanz Briz, nacido en 1910, fue un joven diplomático del gobierno franquista que cumplió una misión como encargado de negocios de España en Budapest entre 1943 y 1944. Lo que hizo en ese breve lapso de tiempo le supondría pasar a la historia como héroe de la humanidad.

Tras estudiar la carrera de Derecho, ingresó en la Escuela Diplomática en 1933, finalizando sus estudios poco antes de comenzar la Guerra Civil española. Cuando se inició ésta, se alistó en las tropas franquistas. Finalizada la contienda, obtuvo su primer destino como encargado de negocios en El Cairo. En 1942 obtuvo su segundo destino, también como encargado de negocios, pero en la embajada española en Hungría. En esos momentos, el país magiar era aliado de Alemania, pero conservaba una cierta independencia, lo que hizo que no pusiera en práctica las medidas de exterminio de los judíos que ya estaban en marcha en la Europa ocupada por los nazis.

Sin embargo, la tranquila vida funcionarial de Sanz Briz como encargado de negocios en la capital húngara cambió completamente cuando Alemania tomó el control de Hungría, al invadir el país en marzo de 1944. Inmediatamente tras la invasión, el propio Adolf Eichmann, el encargado de diseñar y coordinar el sistema de traslado de los judíos a los campos de exterminio, acudió a Hungría para supervisar el asesinato masivo de los miembros de la comunidad judía del país, que constaba de unas 750 000 personas.

Horrorizado por los planes nazis, Sanz Briz se decidió a actuar por propia iniciativa. Sin que mediara una orden de su gobierno, Sanz Briz utilizó todos los recursos posibles para evitar que miles de personas fueran conducidas a las cámaras de gas. Tras comunicar a Madrid los detalles de la vasta operación criminal que se estaba llevando a cabo en Hungría, obtuvo del gobierno español el permiso para proporcionar documentos españoles a los judíos sefardíes que pudiese encontrar, y negociar con las autoridades húngaras —que en realidad no eran más que títeres de los ocupantes nazis— el traslado a lugar seguro de dichas personas. Curiosamente, como cobertura legal para esta operación de rescate se utilizó un decreto de 1925 del dictador Miguel Primo de Rivera; el que ese decreto hubiera sido derogado en 1931 fue hábilmente ocultado.

Sanz Briz procedió a proteger las vidas de los judíos, usando sus contactos con otros diplomáticos y su influencia en las autoridades locales. Pero el que sería después conocido como el Ángel de Budapest —jugando con su nombre de pila— no estaba solo en su labor humanitaria. Sanz Briz trabajó en colaboración con el sueco Raoul Wallenberg, detenido y desaparecido en 1945 cuando estaba en manos del ejército soviético, el Nuncio Apostólico Angelo Rota, el cónsul suizo Carl Lutz y muchos otros diplomáticos que conformaban una suerte de red clandestina de salvación para los judíos.

Entre sus más fieles colaboradores se encontraba Jorge Perlasca, un amigo italiano que se autodesignaría embajador de España en Budapest cuando Sanz Briz fue obligado a abandonar la misión a fines de 1944 y que gracias a ese engaño salvó a miles de la deportación a los campos de exterminio.

Trabajando sin pausa, y provisto de una determinación y coraje encomiables, Sanz Briz emitió miles de cartas de protección que garantizaban inmunidad a sus portadores. Cuando era interpelado por las autoridades pronazis de Budapest o por el mismísimo Adolf Eichmann, argumentaba que se trataba de documentos para ser entregados sólo a judíos sefardíes, a quienes el gobierno de Franco les reconocía su derecho a la nacionalidad española. En realidad, los judíos sefardíes residentes en el país magiar eran muy pocos, pero el diplomático español convenció a las autoridades de que eran muchos más, para poder salvar así a un número mayor. Sólo una minoría de los aproximadamente 5200 judíos que salvó Sanz Briz eran de origen español.

En el libro de Federico Ysart *España y los judíos durante la Segunda Guerra Mundial*, publicado en 1973, el propio Sanz Briz explicaría el sencillo truco, anclado

en la larga tradición de la picaresca española, que empleó para conseguir salvar a miles de personas. Las autoridades húngaras le concedieron la posibilidad de salvar solamente a doscientas familias, para lo que le asignaron la capacidad de emitir pases de protección, una suerte de pasaportes que les daban inmunidad diplomática numerados del 1 al 200.

Sanz Briz, agradeciendo la concesión, aceptó esta limitación sin rechistar y dio órdenes a la embajada para que preparasen los salvoconductos, pero el número de poseedores de esos pases de protección no se iba a limitar a dos centenares, sino que serían tantos como fuera posible. El truco consistía en ir creando series que iban del 1 al 200; por ejemplo, del pasaporte número 100 había varios: de la serie A-1, de la A-2, de la A-3… El engaño era perfecto, pues podía extenderse hasta el infinito pero, para reducir el número de series, el diplomático reinterpretó el cupo concedido y comenzó a aplicarlo no a los individuos sino a las familias. Es posible que las autoridades acabasen protestando por esa interpretación abusiva, pero Sanz Briz sabía que entre la llegada de las protestas, sus explicaciones y una nueva asignación de documentos iba a pasar un tiempo precioso. En este caso, el tiempo corría a favor de los judíos protegidos por el español.

Como ejemplo, el texto de uno de esos pases de protección era como sigue:

«Certifico que Mor Mannheim, nacido en 1907, residente en Budapest, calle de Katon Jozsef, 41, ha solicitado, a través de sus parientes en España, la adquisición de la nacionalidad española. La legación de España ha sido autorizada a extenderle un visado de entrada en España antes de que se concluyan los trámites que dicha solicitud debe seguir».

Por supuesto, el tal Mor Mannheim no tenía ningún familiar en España, pero aquel hombre y su familia pudieron escapar de los trenes que conducían a los campos de exterminio gracias a ese documento falso, fechado en Budapest el 14 de noviembre de 1944.

Sin embargo, esa proliferación de salvoconductos creaba otro problema, el de la cantidad. Los nazis sospecharían algo si veían demasiados judíos «españoles» por la calle. Sanz Briz utilizó entonces unas casas que tenía alquiladas en la misma capital para que pudieran esconderse. Sólo podían salir un rato por las mañanas, y nunca todos a la vez. La embajada se encargaba de alimentarles, atenderles médicamente y de mantener alejados a los nazis. Para garantizar esa inmunidad, el diplomático mandó colocar en cada uno de los edificios una llamativa placa en húngaro y alemán que decía «Anejo a la Legación de España. Edificio extraterritorial». Este nuevo truco funcionó también a la perfección; ninguno de estos edificios «oficiales» fue violado. Los judíos permanecían ocultos en las casas hasta que Sanz Briz conseguía un transporte para Suiza, España o cualquier otro país en donde pudieran estar a salvo de sus perseguidores.

Aunque se sabe que Sanz Briz utilizó el soborno con algún nazi destacado para que no interfiriese en su tarea, desconocemos si las autoridades alemanas

descubrieron la estratagema del diplomático español. Cabe la posibilidad de que sí sospechasen algo, pero hay que tener en cuenta que los hechos sucedieron en la segunda mitad de 1944, cuando los apoyos internacionales para el Tercer Reich disminuían a cada momento, y es posible que el gobierno de Berlín prefiriese simular que no sabía nada para que no se enfriasen aún más las relaciones con España.

A finales de noviembre de 1944, el gobierno español, ante la inminente caída de Budapest en manos del Ejército soviético, ordenó a Sanz Briz abandonar el puesto y trasladarse a Suiza. Pero, tal como se ha apuntado, el diplomático español no abandonó a «sus» judíos, gracias a la inestimable ayuda de un valeroso italiano, Giorgio Perlasca, que había sido delegado oficial del gobierno de Mussolini en Budapest. Tras la rendición de Italia, Perlasca fue hecho prisionero, pero pudo escapar tras recibir un pase médico, obteniendo asilo en la embajada española. Allí pasó a ser «Jorge Perlasca», con iguales derechos que cualquier ciudadano español. Al poco tiempo comenzó a colaborar con las acciones de rescate emprendidas por Sanz Briz, Cuando este último tuvo que abandonar Hungría, Perlasca hizo creer al Ministerio del Interior húngaro que Sanz Briz lo había nombrado su sucesor.

Perlasca se autonombró entonces embajador de España, y en un papel con membrete oficial redactó su designación como representante del gobierno de Franco. Entregó el documento falso a las autoridades de la Cancillería húngara que, sorprendentemente, lo aceptaron sin reservas. Acto seguido, puso bajo su custodia a los miles de refugiados ocultos en las casas españolas y negoció con los nazis —es decir, recurrió al soborno— para bajar de los trenes que conducían a Auschwitz a la mayor cantidad posible de judíos, *naturalizándolos* sefardíes en la misma estación[58].

Por su parte, a su regreso a Madrid, Sanz Briz no fue felicitado por su actuación en Budapest, ni recibió ningún tipo de reconocimiento oficial. Seguramente, el joven diplomático no necesitaba de ningún tipo de parabién, pues tenía la íntima satisfacción de haber salvado de una muerte cierta a varios miles de seres humanos. Sanz Briz continuó con brillantez su carrera diplomática: fue destinado a San Francisco, Washington, Lima, Berna, Bayona, Guatemala, La Haya, Bruselas y Pekín, en donde fue embajador. En 1976 fue destinado a Roma como embajador de España ante la Santa Sede, donde falleció el 11 de junio de 1980.

La figura de Sanz Briz ha permanecido prácticamente ignorada por los españoles. Como suele suceder, el reconocimiento le llegaría desde el exterior; en 1991, el Museo del Holocausto Yad Vashem de Israel distinguió su acción y reconoció a sus herederos el título de Justo entre las Naciones, inscribiendo su nombre en el memorial del Holocausto. También en el extranjero, el 16 de octubre de 1994 fue descubierta en Budapest una placa en su memoria frente al Parque San Esteban, en una de las casas que sirvió de refugio a centenares de judíos.

En España, Sanz Briz sigue siendo casi desconocido, aunque algunas iniciativas recientes pueden ayudar a situarlo en el lugar que le corresponde. En el 2000, el periodista Diego Carcedo publicó un libro dedicado a su figura[59] y, por otro lado, su

rostro y nombre ilustraron un sello conmemorativo de una serie dedicada a los derechos humanos.

Pero Sanz Briz no fue el único diplomático español que se la jugó por una causa tan justa como arriesgada. En Berlín, en la mismísima capital del Tercer Reich, José Ruiz Santaella arriesgó su vida para ayudar a los judíos alemanes perseguidos. En Sofía, Juan Palencia desafió a las autoridades nazis salvando a 600 judíos búlgaros, hasta que fue declarado persona *non grata* y expulsado del país. En París, Bernardo Rolland de Miota consiguió librar a 2000 judíos de la furia antisemita del Gobierno de Vichy y trasladarlos al Marruecos español. Desde el consulado en Burdeos, Eduardo Propper de Callejón ayudó a cientos de judíos a cruzar la frontera, emitiendo visados. En Atenas, Sebastián Romero Radigales sacó 500 judíos del país heleno; para ello tuvo que enfrentarse agriamente con el embajador alemán. En Bucarest, José de Rojas puso todo su empeño en la protección de los sefardíes, mandando colocar en las puertas de sus casas un cartel que decía «Aquí vive un español».

Gracias a esos diplomáticos españoles, varios miles de judíos, fueran o no de origen sefardí, pudieron salvar la vida. Estos héroes anónimos contrastan con la inacción del gobierno de Franco a la hora de librar a los españoles republicanos de su deportación a los campos de concentración nazis, cuando no su colaboración activa con las autoridades del Tercer Reich para proceder a su implacable represión.

Los diplomáticos españoles poco pudieron hacer para disminuir el escalofriante balance de seis millones de judíos exterminados. Probablemente, hubieran deseado salvar muchísimos más, pero como dice el Talmud: «Quien salva la vida de un hombre, salva al mundo entero».

Rotblat, el científico desertor

Sir Joseph Rotblat, científico británico de origen polaco, murió el 31 de agosto de 2005 a los 96 años. Rotblat apenas era conocido del gran público hasta que en 1995 recibió el Premio Nobel de la Paz por su lucha contra las armas nucleares.

En su discurso de agradecimiento al premio con el que fue honrado, afirmó: «Mientras existan arsenales de armas nucleares existe la posibilidad de que se usen. Nuestro objetivo es la completa eliminación de estas armas».

«Los científicos son responsables del impacto que su trabajo tiene en la sociedad. En nuestros días, la ciencia juega un papel primordial en el mundo y está en condiciones de decidir el destino de la humanidad», dijo también ese día.

Rotblat sabía perfectamente de lo que hablaba, puesto que había participado en el Proyecto Manhattan, impulsado por el gobierno norteamericano con el objeto de conseguir la bomba atómica.

Nacido el 4 de noviembre de 1908 en Varsovia, en el seno de una próspera familia judía, Rotblat vivió una infancia feliz, ilustrada y llena de comodidades hasta que la

Primera Guerra Mundial y el auge del antisemitismo arruinaron el negocio familiar. Empobrecido hasta la miseria, se puso a trabajar de electricista y a estudiar ciencias por su cuenta.

Aunque su familia quería aprovechar su privilegiado intelecto para convertirle en rabino, su inteligencia le valió una beca para estudiar en el Departamento de Física de la Universidad de Varsovia, donde llegó a ser director del Instituto de Física Atómica.

En 1939 se instaló en la Universidad de Liverpool. Dos días después de que Rotblat saliera de Varsovia, dejando allí a su mujer enferma con la intención de que viajara a Inglaterra en cuanto se repusiera, Hitler invadió Polonia. La mujer del científico murió en el gueto de la capital polaca, pero años después el espionaje británico consiguió localizar y enviar al Reino Unido a varios familiares de Rotblat que éste creía muertos, ganándose así para siempre su fidelidad al Reino Unido.

La bomba nuclear, de cuyas posibilidades destructivas fue consciente cuando trabajaba en el Laboratorio Radiológico de Varsovia, marcó su existencia. En 1985, Rotblat rememoró: «Mi primera reflexión fue tratar de olvidarme de todo eso, como una persona que trata de ignorar los primeros síntomas de una enfermedad mortal. Mi temor era que alguien intentase poner esa idea en práctica».

Este científico trabajó en Los Álamos junto a los otros hombres de ciencia encargados de llevar adelante los trabajos. Pero Rotblat abandonó en secreto Los Álamos en 1944, cuando descubrió que el espionaje norteamericano había llegado a la conclusión de que la Alemania de Hitler no estaba en condiciones de fabricar la bomba. Además, el militar que dirigía el Proyecto Manhattan le comentó de manera trivial que el verdadero objetivo de la bomba nuclear no era parar los pies a Hitler, sino establecer el dominio de Estados Unidos sobre la Unión Soviética, lo que fue decisivo para que Rotblat decidiese desertar.

Su acción le llevó a ser acusado de espía soviético. No pudo entrar de nuevo en Estados Unidos hasta los años sesenta. Tras colaborar en su fabricación mientras pensó que serviría para derrotar a Hitler, consagró su vida a estudiar los beneficios de la medicina nuclear y combatir la existencia de la bomba.

Capítulo 6

Secretos inconfesables

Para ganar una guerra es necesario concentrar todo el potencial del país en la consecución de ese objetivo. De este modo, en muchas ocasiones, es también necesario sacrificar la verdad en aras de alcanzar la suprema meta de derrotar al enemigo. Esto es lo que sucedió en muchas ocasiones durante el conflicto de 1939-1945.

Una vez finalizada la contienda, las potencias vencedoras prefirieron cubrir con un manto de silencio esos episodios cuyo desvelamiento podían arrojar dudas sobre los métodos empleados para imponerse al adversario. En cierto modo, se trataba de episodios inconfesables que era necesario disfrazar u ocultar, y que el paso de los años ha permitido recuperar para conocimiento de los historiadores. Pero todavía quedan por desclasificar muchos de estos hechos vergonzantes que recuerdan que es difícil sostener y ganar una guerra manteniendo las manos limpias.

Dictadores pacifistas

Los archivos del Instituto Nobel de Noruega, el organismo que concede el Premio Nobel de la Paz, guardan más de una sorpresa; por ejemplo, la documentación sobre la candidatura de Josif Stalin, el máximo dirigente de la Unión Soviética, a recibir este galardón.

En efecto, el ministro de Asuntos Exteriores noruego en 1945, Halvdan Koth, nominó a Stalin para que optase al premio, por «sus esfuerzos para finalizar la Segunda Guerra Mundial». Ese año el Premio Nobel sería para el secretario de Estado norteamericano Cordell Hull. La candidatura del *zar rojo* fue también presentada en 1948, con el mismo éxito, por mediación de Wladislav Rieger, un catedrático checo.

Si es sorprendente que se valorase la posibilidad de honrar con ese distinguido premio al dictador soviético, es aún más sorprendente saber que Adolf Hitler estuviese a punto de ser propuesto para recibirlo.

En 1939, el parlamentario socialdemócrata sueco E. G. C. Brandt nominó al autócrata nazi para el Nobel de la Paz. Brandt alegó, entre los méritos para recibir tal galardón, que «Hitler era el líder del Partido Nacional Socialista de Alemania» (!). Pero, según los archivos noruegos, esta nominación fue retirada en una carta fechada el 1 de febrero de 1939, el mismo día en que oficialmente se cerraba la admisión de propuestas.

Si, por esos caprichos del destino, Hitler hubiera resultado finalmente elegido, se hubiera producido una significativa paradoja. Seis meses después de hacerse público que el premio quedaba desierto, el 9 de abril de 1940, las tropas hitlerianas invadían Noruega y su capital, Oslo, precisamente el lugar en donde se hubiera entregado el premio al dictador germano.

El traslado a Canadá del Tesoro inglés

Uno de los secretos mejor guardados de la Segunda Guerra Mundial fue el del traslado del tesoro del Banco de Inglaterra a Canadá, para ponerlo a salvo ante el peligro de invasión que vivía Gran Bretaña en el verano de 1940.

La decisión se había tomado tras la caída de París en manos alemanas, el 14 de junio de 1940. En una reunión secreta del gabinete, Winston Churchill propuso transportar a un lugar seguro la mayor parte de los fondos del Estado, que sumaban unos siete mil millones de dólares de la época.

El motivo era impedir que pudieran caer en manos del Tercer Reich si las tropas alemanas llegaban a desembarcar en Gran Bretaña. Si esto sucedía, el Imperio británico podría continuar luchando contra Alemania, aunque fuera desde sus dominios, respaldado por esas cantidades que le permitirían poder adquirir los medios para proseguir el combate.

Se eligió el Banco de Canadá para que se hiciera cargo de la salvaguarda de todos esos valores y se iniciaron los trabajos previos para el traslado de los fondos, que no se presentaba nada fácil, debido a la amenazadora presencia de submarinos alemanes en el Atlántico.

De todos modos, lo más importante era mantener toda la operación en el más estricto secreto. En unos momentos en los que Churchill animaba a toda la población a resistir al invasor, si se descubría que el tesoro británico era sacado del país la moral podía resquebrajarse.

Pero el traslado no afectaría tan sólo a las reservas en lingotes de oro, sino que incluiría los valores extranjeros en posesión de los ciudadanos británicos. Antes de la caída de Francia, el gobierno británico ya había dispuesto la entrega de estos documentos por los particulares en las oficinas de Hacienda. En una medida de dudosa legalidad, pero forzada por las especiales circunstancias que atravesaba la nación, Churchill decidió el traslado de estos valores a Canadá, naturalmente sin pedir permiso a sus legítimos propietarios. Para denominar este precioso cargamento se eligió un nombre que no hacía honor al contenido de las cajas: *fish* (pescado).

Para transportar el primero de estos lotes se eligió el crucero británico *Emerald*, que zarpó del puerto escocés de Greenock el 24 de junio de 1940. Hasta allí habían sido transportadas por ferrocarril las cargas de oro y valores que debían embarcarse rumbo a Canadá.

En total, las bodegas del *Emerald* acogieron 2229 cajas, conteniendo cada una cuatro lingotes de oro. El peso resultante era tal, que las vigas de hierro que sostenían las plataformas llegaron a curvarse. En otros departamentos del buque se acumulaban las 488 cajas de títulos, obligaciones y acciones de los ciudadanos británicos, cuyo valor se aproximaba a los quinientos millones de dólares.

El panorama que le esperaba al *Emerald* no podía ser peor. Se habían localizado dos submarinos alemanes patrullando por la zona que debía atravesar el crucero.

Aunque iba acompañado del destructor *Cossack*, entre otros buques menores encargados de las funciones de escolta, el peligro de un ataque por parte de los U-Boot era muy cierto.

Además, todas las previsiones meteorológicas indicaban la llegada de mal tiempo. No se equivocaban los pronósticos, y en cuanto el convoy perdió de vista la costa norte de Irlanda se encontró con fuerte oleaje y potentes rachas de viento que zarandeaban los barcos sin cesar, provocando constantes mareos en las tripulaciones, pese a su amplia experiencia.

El estado del mar obligó al destructor y los otros barcos de escolta a ralentizar la marcha, por lo que el capitán del *Emerald* decidió arriesgarse a continuar su camino en solitario, manteniendo su rumbo en línea recta, para llegar lo más pronto posible a Canadá.

Al amanecer del cuarto día de travesía, el *Emerald* atracó por fin en el puerto de Halifax. Allí esperaba un tren especial, vigilado por la policía y por funcionarios del Banco de Canadá. Rápidamente, se comprobó uno a uno el contenido de las cajas y a las siete de la tarde de ese mismo día ya estaba el cargamento camino de Montreal.

El destino final del tesoro inglés era un edificio de granito de 24 pisos que pertenecía a la *Sun Life Assurance Company*, que ocupaba toda una manzana, en la céntrica *Dominion Square*. El inmueble disponía de tres pisos subterráneos a prueba de intrusos. El más profundo de ellos sería el elegido para albergar el cargamento. A partir de ese momento, el recinto sería conocido oficialmente como «Depósito de Valores del Reino Unido».

La entrada del cargamento en el edificio se llevó a cabo de madrugada, una vez cortadas las calles próximas para evitar la presencia de testigos. Un ramal de la vía férrea llegaba hasta la parte trasera del edificio, lo que fue aprovechado para trasladar las cajas directamente desde el tren, todo ello vigilado por la Policía Montada del Canadá.

Una vez alojado el cargamento en el sótano, se procedió a una última comprobación para asegurarse de que ningún valor se había quedado por el camino. La compleja operación había culminado un éxito; el *pescado* había llegado a su destino.

Pero hubo un suceso que estuvo a punto de dar al traste con todas estas precauciones. Unos días después, una terrible tormenta cayó sobre Montreal, lo que provocó unas inesperadas filtraciones en el sótano. Los lingotes no se vieron

afectados por la presencia del agua, pero las cajas que contenían los documentos sí que estuvieron a punto de resultar dañadas. Cuando se descubrió la inoportuna inundación, el agua alcanzaba ya medio metro de altura, mientras que las cajas estaban almacenadas sobre unas planchas situadas a 65 centímetros del suelo. De inmediato se pusieron en funcionamiento unas bombas de extracción y en poco tiempo el sótano quedó seco. El susto había sido mayúsculo, puesto que si las cajas hubieran estado a nivel del suelo, la mayoría de documentos habrían resultado deteriorados. Aunque lo más difícil hubiera sido explicar a sus propietarios lo que hacían sus títulos y obligaciones en un húmedo sótano en Canadá…

A partir de la llegada del *Emerald* se sucedieron nuevos envíos desde Gran Bretaña. El 8 de julio de 1940 se organizó el convoy con el cargamento más valioso de toda la historia, por la enorme cantidad de lingotes de oro y monedas que transportaba en las bodegas de los barcos que lo conformaban. Un total de cinco barcos (el *Revenge*, el *Bonaventure*, el *Monarch of Bermuda*, el *Sobieski* y el *Batory*, estos dos últimos de bandera polaca) se reunieron frente a las costas escocesas para poner rumbo al continente americano, protegidos por cuatro destructores. Los buques llegarían sin novedad a Halifax, sin haber tenido ningún encuentro en su ruta atlántica con los submarinos alemanes que se encontraban al acecho.

Una anécdota reseñable de este convoy fue la rotura de una caja que contenía miles de monedas, que se esparcieron por la bodega del *Revenge*. Una vez recogidas, se volvieron a contar y se comprobó que no se había perdido ni una sola. En el mismo barco se produciría también otro hecho curioso. Al desembarcar las cajas que contenían los valores y acciones, faltaban tres de ellas. Los guardias buscaron las cajas por todo el *Revenge*, sin resultado. Cansados de la infructuosa búsqueda, entraron en la cantina del barco para almorzar antes de proseguir con su labor. Allí le explicaron al camarero el motivo de su preocupación y éste les comentó que en el almacén en donde se guardaban las botellas de *whisky* había tres cajas con las que tropezaba continuamente, sin saber qué es lo que hacían allí. Rápidamente, los guardias entraron en el almacén y, en efecto, allí se hallaban las tres valiosísimas cajas que estaban buscando.

Cinco trenes especiales fueron necesarios para transportar el valioso cargamento desde Halifax hasta Ottawa. Si la carga del *Emerald* fue alojada en Montreal, el tesoro transportado por los cinco barcos se guardó en los sótanos de la sede del Banco del Canadá en Ottawa, en Wellington Street.

Curiosamente, toda esta carga viajó sin seguro, porque ¿qué compañía hubiera estado dispuesta a asegurar un transporte de cientos de millones de libras en lingotes de oro? Si las autoridades británicas se ahorraron el exorbitante precio del seguro, a lo que sí que tuvieron que hacer frente fue a la abultada factura que les presentó la empresa encargada del transporte, la *Canadian National Express*, que fue la más alta de su historia: un millón de dólares de la época.

En los tres meses posteriores continuaron llegando a Canadá barcos cargados de

oro y valores, procedentes de Gran Bretaña. Curiosamente, aunque los submarinos alemanes lograron hundir un total de 134 buques aliados y neutrales en su travesía del Atlántico, ni uno solo de los barcos que transportaba parte del tesoro inglés fue atacado por los U-Boot, que dejaron pasar una oportunidad irrepetible para golpear la capacidad económica del enemigo.

Aunque el cargamento ya estaba a salvo en Montreal y Ottawa, el trabajo no había finalizado. Comenzó una ingente labor de clasificación de los valores bursátiles y obligaciones, que eran de dos mil tipos distintos. Se confeccionaron paquetes individualizados para cada poseedor, en los que se reunían todos sus títulos. Para ello se emplearon más de cien kilómetros de cuerda. Como es de imaginar, surgieron infinidad de problemas a la hora de cotejar las acciones pertenecientes a cada inversor, por lo que se tuvieron que enviar a Londres un total de 6000 notas solicitando información adicional.

Casi de inmediato se procedió a la venta de parte de estos valores en el mercado estadounidense. Para ello era necesario cortar los cupones que constaban en los títulos, por lo que había un equipo de secretarias que se dedicaba exclusivamente a esta rutinaria labor. En noviembre de 1940 ya se habían canjeado acciones por valor de 335 millones de dólares.

Los propietarios recibían los fondos obtenidos por esta venta según los precios del mercado, pero tenían que aceptar el pago en libras esterlinas. Por su parte, el gobierno británico empleaba los dólares que obtenía en estas transferencias para la compra de material de guerra a Estados Unidos.

A principios de 1941, los fondos obtenidos por la venta de los valores negociables estaban próximos a acabarse. Las necesidades de Gran Bretaña para continuar la guerra en solitario eran cada vez mayores, por lo que se comenzó a plantear la posibilidad de tener que vender los lingotes de oro. Sin embargo, los norteamericanos comprendieron que debían proporcionar todas las facilidades para que los ingleses siguieran resistiendo, por lo que en marzo de 1941 promulgaron la Ley de Préstamo y Arriendo, por la que se concedía la posibilidad de que el gobierno de Churchill pudiera comprar a crédito. Gracias a esta decisión de Roosevelt, el tesoro británico permaneció íntegro durante todos los años que duró la contienda.

Pero lo que impresiona más de esta colosal operación de traslado de tal cantidad de oro y valores es que se consiguió mantenerla en el más impenetrable secreto. Aunque participaron en ella directamente unas seiscientas personas, sin contar los miles de marineros o estibadores que fueron necesarios para su transporte, la operación no llegó a ser conocida por los servicios secretos alemanes ni por la población civil británica. Es posible que se tratase del secreto mejor guardado de toda la Segunda Guerra Mundial.

Los marineros que formaban la tripulación de los barcos no sabía nada oficialmente sobre el cargamento, pero no les cabía ninguna duda de lo que transportaban. Esto les hizo albergar la ilusión de que se cumpliese una antigua

tradición de la marina de guerra británica, que consistía en repartir entre la tripulación de un barco que transporta oro en barras la milésima parte de su cargamento, una vez que se llegaba al puerto de destino.

Por ejemplo, en el caso del *Emerald*, de cumplirse esta tradición, la tripulación hubiera tenido que ser premiada con nueve lingotes de oro. Sin embargo, la ilusión de los marineros quedó en nada, puesto que, desgraciadamente para ellos, esta antigua norma fue derogada por ley poco antes de que se iniciase el traslado del oro.

Esta operación de traslado del oro y los valores custodiados por el Banco de Inglaterra no fue la única que se llevó a cabo durante la contienda; otros países también llevaron a cabo acciones para proteger su patrimonio ante la amenaza de invasión. Por ejemplo, el gobierno francés, poco antes de la caída de París en manos alemanas, envió también a Canadá cerca de tres mil toneladas de oro, tras hacer escala en Casablanca. Por el contrario, el plan del gobierno belga para poner a salvo el oro de la nación fracasaría, acabando éste en poder de los alemanes[60].

La puesta a salvo del patrimonio británico, como hemos visto, sí que fue un éxito. Pero el gobierno de Londres ya tenía experiencia en ese tipo de operaciones. Justo antes de que Gran Bretaña entrara en guerra con Alemania, entre el 23 de agosto y el 2 de septiembre de 1939, los tesoros artísticos y otros objetos históricos de la National Gallery londinense fueron trasladados al norte de Gales. Allí, cerca de la pequeña localidad minera de Manod, fueron almacenados en un túnel excavado a seiscientos metros de profundidad. Se cuidaron al detalle las condiciones atmosféricas, manteniendo la temperatura y la humedad estables a 18 °C y un 40 por ciento respectivamente. En ese túnel estuvieron durante toda la conflagración, a salvo de los bombardeos, retornando a Londres en 1945.

Pero en este asunto relativo a la protección de los bienes británicos aún existe un último secreto; el destino de las Joyas de la Corona. Hasta hoy, el lugar en el que fueron ocultadas durante la Segunda Guerra Mundial sigue sin ser desvelado.

Coventry, un trágico dilema

Para un gobernante nunca es fácil tomar decisiones. Pero es aún más difícil en tiempo de guerra, puesto que una decisión equivocada puede suponer la muerte de muchas personas. El problema es todavía más grave cuando, se tome la decisión que se tome, nada puede impedir la pérdida de vidas humanas; la única disyuntiva entonces es decidir quiénes morirán y quiénes vivirán. Supuestamente, el primer ministro británico Winston Churchill tuvo que enfrentarse a una encrucijada de estas terribles características.

El motivo de ese dilema sería la ciudad de Coventry, situada en el condado de Warwick, en el centro de Inglaterra. En 1940, Coventry era una pequeña pero próspera ciudad industrial de 125 000 habitantes. Allí se encontraban un buen número

de fábricas que abastecían el esfuerzo militar británico, como Daimler, Dunlop, GEC, Humber, Armstrong Whitworth, entre otras, que producían desde bombarderos hasta vehículos blindados y gran cantidad de accesorios para uso militar. La existencia de esta industria de enorme importancia estratégica convertía a Coventry en un blanco para la aviación alemana.

Antes de tener como objetivo esas fábricas, la Luftwaffe atacó el cercano aeródromo de Ansty el 25 de junio de 1940. Algunas de las bombas empleadas en ese ataque cayeron sobre las colinas de la ciudad, causando 16 muertos. Días después, una bomba caería sobre el teatro de la ciudad, destruyéndolo por completo, aunque sin provocar víctimas. En octubre, los bombarderos germanos trataron de destruir las fábricas, sin mucho éxito, pero causaron la muerte de civiles en edificios próximos.

El 8 de noviembre, la RAF decidió bombardear la ciudad de Múnich, causando miles de muertos entre la población civil. En represalia, los alemanes decidieron intensificar el bombardeo de Coventry. Así pues, la noche del 14 de noviembre de 1940, se llevó a cabo una vasta operación de castigo con el poético nombre de «Sonata de Claro de Luna». Se utilizarían 449 bombarderos, que iban a arrojar sobre la ciudad inglesa 150 000 bombas incendiarias, 1400 bombas con 503 toneladas de alto explosivo y 130 minas marinas lanzadas en paracaídas, durante dos días consecutivos. Al atardecer de ese día, los primeros aviones comenzaron a despegar con su carga mortífera desde sus bases en Francia.

Para localizar su objetivo, los aparatos contaban con la tecnología más avanzada. No necesitaban mapas ni compases; cada avión seguía la ruta marcada sintonizando un haz de radiofrecuencia, que se interrumpía si el avión se desviaba de la ruta. Cuando los aviones se aproximaban a la ciudad, un segundo haz de radiofrecuencia marcaba la posición correcta para iniciar el bombardeo, que era puesto en marcha al cruzar un tercer haz de radiofrecuencia.

A las siete de la noche las sirenas alertaron a la población y veinte minutos más tarde comenzaron a disparar las baterías antiaéreas. Los aviones marcadores lanzaron sus bengalas en paracaídas, que señalaron el perímetro del blanco. Luego siguieron bombas incendiarias que marcaron con fuego el área de bombardeo. A las siete y media, la segunda oleada de bombarderos descargó sus bombas. La lluvia de bombas continuó hasta las dos de la madrugada.

El balance del bombardeo de Coventry fue desolador. Murieron 550 personas y varios miles resultaron heridas a consecuencia directa de las explosiones y por el fuego provocado por las bombas incendiarias. Las llamas fueron alimentadas por la rotura de las conducciones de gas. Todas las fábricas resultaron destruidas y unas cinco mil casas quedaron reducidas a ruinas humeantes. La red de transporte público quedó devastada. La catedral de San Miguel quedó también destruida, convirtiéndose su imagen en el símbolo del martirio sufrido por la ciudad.

La destrucción padecida por Coventry no alcanzaría los estremecedores límites de otras ciudades que fueron bombardeadas posteriormente, como Hamburgo, Colonia,

Dresde o Tokio, pero en ese momento supuso un auténtico trauma. De hecho, Coventry cuenta con el honor de que de su nombre derivase un verbo, *coventrizar*, que fue utilizado profusamente por los británicos para designar el destino que le esperaba a las ciudades alemanas cuando quedaban señaladas para ser bombardeadas.

El bombardeo de Coventry quedó grabado a fuego en la historia de la Segunda Guerra Mundial como símbolo del horror. A lo largo de los años, esa pequeña ciudad consolidó su *título* de ciudad mártir. Pero en 1974, inopinadamente, Coventry se vería en el centro de la controversia; según las revelaciones de un antiguo miembro de los servicios de Inteligencia británicos, más que ciudad mártir, Coventry debía ser considerada como la «ciudad sacrificada».

Se trataba de Frederick Winterbotham, capitán de grupo en el SIS (Secret Intelligence Service). Winterbotham estaba a cargo de la seguridad y la comunicación de las señales descifradas mediante la máquina *Enigma* en Bletchley Park, una misión que recibía el nombre en clave de «Ultra», y que ha sido ampliamente tratada en el Capítulo dedicado a ese artefacto codificador alemán. En 1974, Winterbotham se decidió a romper su silencio con un libro no autorizado, *The Ultra Secret*.

Al hallarse toda la documentación relativa a este tema clasificada como alto secreto, Winterbotham se vio obligado a recurrir únicamente a su memoria. En su libro hacía una revelación explosiva:

«Sobre las 15.00 horas del 14 de noviembre, alguien debió de equivocarse y, en vez de una ciudad con el nombre codificado, se deletreó Coventry (…). Ocurrió unas cuatro o cinco horas antes de que se produjera el ataque (…). Pregunté al secretario personal de Churchill si me podría llamar cuando se hubiera tomado una decisión, porque si Churchill decidía evacuar Coventry, la prensa y, de hecho, todo el mundo, sabría que estábamos informados del ataque y debía tomarse alguna contramedida para proteger la fuente de información.

»Al final se decidió alertar solamente a todos los servicios: bomberos, ambulancias, policía, guardias, y tener todo preparado para encender las luces de señuelo. Ésta es la clase de decisiones terribles que deben tomar los altos mandos en tiempos de guerra. Incuestionablemente, era la correcta, pero me alegro de no haber tenido que tomarla yo».

De estas palabras de Winterbotham, se desprendía claramente que la dimensión de la tragedia podría haberse minimizado si la ciudad hubiera sido evacuada pero que, ante esta opción, Churchill prefirió mantener la capacidad de descifrar las comunicaciones germanas. Si los espías alemanes advertían que, pocas horas antes de atacar Coventry, la ciudad era evacuada, rápidamente transmitirían a Berlín el aviso de que los británicos tenían la capacidad de interceptar y descifrar los mensajes, por lo que el sistema militar de comunicaciones sufriría algunas variaciones para impedirlo. De este modo, los británicos perderían esa ventaja tan importante, que podía resultar decisiva para adelantarse a las operaciones emprendidas por los alemanes y prepararse adecuadamente para afrontarlas en las mejores condiciones,

como en la batalla de Kursk en julio de 1943, cuando gracias a Ultra pudieron poner en guardia a sus aliados soviéticos. Por tanto, según Winterbotham, el primer ministro sacrificó la vida de ese medio millar de compatriotas en el objetivo de ganar la guerra.

Dos años después de esta extraordinaria revelación, otro autor, Anthony Cave Brown, incidía en la tesis del sacrificio de Coventry, afirmando en su libro *Bodyguard of Lies*:

«¿Acaso no podrían haber evacuado a la gente más humilde, a los ancianos y a los enfermos de los hospitales? Churchill se negó a hacerlo; no debían hacerse evacuaciones ni darse avisos».

Según Brown, los descifradores británicos avisaron a Churchill del ataque a Coventry con 48 horas de antelación, un tiempo más que suficiente para organizar la evacuación de la ciudad.

Otro autor, William Stevenson, en una obra publicada también en 1976, *A Man Called Intrepid*, daba por cierta la misma hipótesis, y señalaba:

«Churchill conocía el nombre del objetivo (Coventry) minutos después de que Hitler tomara la decisión (…). Si los ciudadanos no eran avisados, miles de ellos morirían o sufrirían las consecuencias».

Pero ¿es cierto que Churchill sabía que Coventry iba a ser bombardeada? Si nos atenemos a la historia oficial del Servicio de Inteligencia británico durante la Segunda Guerra Mundial, escrita por F. H. Hinsley y publicada en 1979, no se descifró nada que pusiera sobre aviso de la posibilidad de un ataque aéreo inminente, y mucho menos que se identificara Coventry como objetivo. Al parecer, esta afirmación dejaría resuelta la controversia, pero es difícil pensar que la versión oficial pudiera ser otra.

Es posible que la clave del asunto radique en el testimonio de un científico, R. V. Jones, que en 1977 dijo conocer con exactitud lo que había ocurrido, pues él había participado directamente en los acontecimientos. Al parecer, los descifradores británicos consiguieron averiguar que los alemanes tenían previsto realizar un gran bombardeo durante la noche del 14 al 15 de noviembre, pero no lograron identificar el objetivo, que podía ser Birmingham, el área de Londres o la propia Coventry. Cuando los alemanes comenzaron a efectuar las pruebas de transmisión de su sistema de guiado, sobre las 13.00 horas, quedó claro que el objetivo era Coventry. Supuestamente, esta información debió pasar a manos de Churchill.

Pero Churchill no ordenó ninguna evacuación porque, según R. V. Jones, el primer ministro confiaba en las contramedidas electrónicas de la RAF para interferir los haces de radiofrecuencia alemanes, una operación que recibió el nombre de *Cold Water* (Agua Fría). Aunque la misión parecía sencilla, pues estaba todo planificado al detalle, un inexplicable error técnico hizo que los emisores de interferencias lo hicieran en una frecuencia que no coincidía con la utilizada por los alemanes. Jones se lamentaba del error ocurrido:

«Quien fuese el responsable de la modulación o estaba sordo o era muy descuidado, y además nadie comprobó las medidas que éste había tomado. Yo estaba tan indignado que dije que quien hubiera cometido ese error debía ser fusilado».

Si aceptamos la versión de Jones, sería cierto que Churchill conocía con antelación el bombardeo previsto sobre Coventry, pero no sería verdad que el *premier* británico sacrificó la ciudad para salvaguardar la descodificación de las comunicaciones del enemigo, ya que confiaba en que las interferencias de la RAF conseguirían desorientar a los bombarderos germanos.

También cabe la posibilidad de que la versión de Jones fuera una elaboración para conciliar el inquietante testimonio de Winterbotham con la protección de la figura histórica de Churchill.

Pero hay otros testimonios que se contradicen con los anteriores, lo que ha contribuido a arrojar todavía más confusión sobre el asunto. Por ejemplo, el descifrador Stuart Milner-Barry confirmó que las comunicaciones alemanas previas al bombardeo eran descifradas, pero el caso de Coventry fue atípico: «No conocimos cuál era el objetivo de aquella noche hasta que era demasiado tarde; de hecho, hasta donde recuerdo, esperábamos un ataque muy fuerte sobre Londres».

Un investigador, Stephen Budiansky, afirmaría que «la ruptura de *Enigma* sí que proporcionó un aviso del ataque, pero los blancos mencionados eran Londres y la zona Farnborough-Maidenhead-Reading, unos 70 kilómetros al oeste de la capital, y la fecha de la operación era el 15 de noviembre». Respecto a la respuesta inglesa, Budiansky añadiría:

«La Inteligencia disponible para Churchill el día 14 de noviembre le convenció de que Londres era realmente el objetivo, e incluso canceló un viaje fuera de la ciudad, explicándole a un ayudante que no iba a pasar una pacífica velada en el campo mientras la metrópoli era fuertemente atacada. Churchill escrutaba el cielo, impacientemente, desde el tejado del Ministerio del Aire, esperando que apareciesen los bombarderos alemanes, cuando comenzó el ataque a Coventry…».

Peter Calvocoressi, quien al igual que Winterbotham y Milner-Barry, trabajó en Bletchley Park, es terminante en sus afirmaciones. En su libro *Top Secret Ultra* se mostró tajante a la hora de derribar la hipótesis del sacrificio de Coventry:

«Tres días antes del ataque, un mensaje, revelado por Ultra, dio una lista de frecuencias y otros procedimientos para una operación denominada “Sonata de Medianoche”. No se daba fecha, no se especificaba objetivo alguno… a partir de otras evidencias disponibles se creía que los objetivos eran Londres y sus alrededores».

El más radical en demoler la versión de que Coventry fue sacrificada para mantener el secreto de Ultra sería el anteriormente referido Stephen Budiansky, quien aseguró:

«Coventry ha sido crucificada dos veces: una por los aviones alemanes y otra por aquellos que han extendido la leyenda de que la carnicería infligida a sus ciudadanos

durante el raid del 14 de noviembre de 1940 fue un sacrificio porque el ataque era conocido de antemano, pero no se avisó por temor de comprometer los preciosos secretos de Ultra. Puesto que esa acusación es totalmente falsa, constituye una burla para aquellos que murieron o sufrieron».

Como vemos, las versiones existentes sobre lo sucedido aquel 14 de noviembre de 1940 no sólo difieren entre ellas, sino que son contradictorias entre sí. Sea como fuere, la verdad es que todavía desconocemos los detalles de este polémico episodio y es probable que todavía pasen algunos años más hasta que podamos conocerlos.

Los Estados Unidos de América del Sur

A mediados de 1941, el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt era un firme partidario de entrar en la guerra. Su aliado natural, Gran Bretaña, resistía a duras penas los embates de las fuerzas del Eje, mientras que su aliado circunstancial, la Unión Soviética, ante el avance alemán lanzado ese verano, estaba más cerca de desmoronarse que de derrotar a las tropas invasoras. Mirando al oeste, la expansión del Japón imperial por el Pacífico amenazaba la esfera de influencia estadounidense.

Roosevelt se encontraba con la dificultad de vencer las reticencias de sus compatriotas a entrar en la contienda. Aún estaba fresco el recuerdo de la intervención norteamericana en la Primera Guerra Mundial, y estaba muy presente que aquella acción no había servido para sellar una paz definitiva en el viejo continente. Así pues, los estadounidenses preferían mantener una posición aislacionista.

Pero el inquilino de la Casa Blanca estaba dispuesto a arrastrar a su país a la guerra. Con el objetivo de preparar a la opinión pública para una decisión de ese calibre, el 27 de octubre de 1941 pronunció un discurso en que se pudieron escuchar estas palabras:

«Hitler ha dicho muchas veces que sus planes de conquista no se extienden a través del océano Atlántico. Pero yo tengo un mapa secreto realizado por el gobierno de Hitler que muestra sus planes para un nuevo orden mundial».

En efecto, Roosevelt contaba con un curioso mapa en el que los alemanes habían diseñado las nuevas fronteras que tendría América del Sur una vez que hubiera caído en sus manos. En ese mapa, que fue ampliamente difundido por la prensa, podía verse cómo Sudamérica era dividida en sólo cinco países: Argentina, Brasil, Chile, Guyana y Nueva España o *Neuspanien*. El resto de países quedaba repartido entre ellos.

Guyana englobaría las tres guyanas —la francesa, la británica y la holandesa—, y estaría tutelada por el gobierno colaboracionista francés de Vichy.

El futuro país de Nueva España sería el resultado de reunir Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá. Por tanto, el canal de Panamá pasaría a encontrarse bajo dominio alemán.

Chile se anexionaría Perú y una parte de Bolivia. Un detalle curioso es que Chile quedaba cortado a la altura del puerto de Antofagasta para permitir un pasillo que uniera el norte de Argentina con el océano Pacífico.

Argentina vería ampliado su territorio con Uruguay y Paraguay.

Brasil se anexionaba la parte de Bolivia que no había quedado bajo dominio chileno.

El mapa mostraba el siguiente título: *Luftverkehrsnetz der Vereinigten Staaten Süd-Amerikas Hauptlinien*. (Rutas aéreas en los Estados Unidos de América del Sur. Líneas principales), indicando así que los nazis consideraban el subcontinente como un espacio unificado susceptible de ser reorganizado según su criterio. Obviamente, este plan suponía una clara amenaza para los intereses norteamericanos, e incluso el nombre elegido por los alemanes —Estados Unidos de América del Sur— suponía en cierto modo una provocación.



Según este mapa, la Alemania nazi pretendía reorganizar políticamente América del Sur en caso de ganar la guerra. Después de la contienda se descubrió que el mapa era una falsificación de los servicios secretos británicos.

La existencia de ese mapa, supuestamente arrebatado a un espía alemán en Buenos Aires tras sufrir éste un accidente de automóvil, demostraba que Hitler albergaba planes de expansión en el continente americano. Las intenciones nazis no fueron pasadas por alto en Sudamérica, lo que supuso una disminución del apoyo al Tercer Reich en algunos de estos países y un incremento de la colaboración con el vecino norteamericano, el único que podía garantizar que los nazis se mantuvieran alejados.

Según Roosevelt, esas unidades políticas —excepto Guyana— no serían más que estados satélites de la Alemania nazi. Cada una de ellas pasaría a estar gobernada por un *Gauleiter*[61], tal como sucedía en Europa con Polonia o Checoslovaquia.

El célebre mapa permanecería como una muestra del expansionismo nazi trasladado al otro lado del Atlántico, pero en 1985 dos investigadores, John Bratzel y Leslie B. Rout, descubrieron que ese documento no era más que una falsificación confeccionada por los servicios secretos británicos, que sería profusamente utilizada por el presidente Roosevelt para sus fines intervencionistas[62].

Un ataque anunciado

El grado de conocimiento que tenían los Aliados sobre el ataque japonés a Pearl Harbor, que tendría lugar el 7 de diciembre de 1941, es todavía hoy objeto de debate entre los historiadores. Para unos, el *raid* aéreo sobre la base naval situada en Hawai cogió desprevenidos por completo a los norteamericanos, mientras que, para otros, existían signos inequívocos de que los japoneses planeaban el ataque, lo que hubiera permitido impedirlo.

El hecho de que los tres portaaviones norteamericanos —el *Enterprise*, el *Lexington* y el *Saratoga*— se encontrasen ese día casualmente fuera de la base ha abonado la hipótesis de que el presidente Roosevelt conocía la inminencia del ataque y que no lo impidió, ya que de ese modo dispondría del *casus belli* perfecto para que su país entrase en la guerra, tal como él deseaba, imponiéndose así a los sectores aislacionistas.

Aunque el supuesto conocimiento previo del ataque a Pearl Harbor no es más una especulación, la documentación que ha venido siendo desclasificada desde el final de la Segunda Guerra Mundial parece apuntar en este sentido. Por ejemplo, el 1 de junio de 1979 se levantó el secreto sobre un informe relativo a los avisos que lanzó el ministro plenipotenciario peruano en Tokio, Ricardo Rivera Schreiber, al gobierno de Washington, alertando de la operación que estaban planeando los japoneses.

Rivera tenía una larga y exitosa carrera diplomática a sus espaldas, iniciada en 1917. En sus inicios fue cónsul en Bolivia, y posteriormente se desempeñó como Secretario de la delegación peruana en la Sociedad de Naciones, Encargado de Negocios en Gran Bretaña —en donde Jorge V le confirió la dignidad de «Sir»— y

en Holanda y, a partir de 1936, embajador en Japón y China.

En enero de 1941, desde su puesto en la capital nipona, tuvo noticias de que las fuerzas militares japonesas estaban planeando un ataque por sorpresa de grandes proporciones a la flota norteamericana. Fiel a sus simpatías proaliadas, Rivera Schreiber comunicó formalmente esta información a su colega Joseph Grew, representante de Estados Unidos en Japón, quien el 27 de ese mismo mes envió el siguiente mensaje cifrado a su Secretaría de Estado: «Mi colega del Perú se ha enterado por varios conductos, inclusive uno japonés, que se está preparando un ataque sorpresa a Pearl Harbor, para el caso de un conflicto entre el Japón y Estados Unidos».

En las Memorias de Cordell Hull[63], secretario de Estado del presidente Roosevelt, se relataban estos hechos. Cordell Hull subrayaba que al día siguiente de la recepción de este cable, él lo comunicó a los departamentos de Guerra y Marina. El mensaje llegó al almirante Kimmel, comandante de la flota norteamericana en el Pacífico y a la sección del Servicio Secreto Naval pero, por razones que hasta hoy se desconocen, no mereció el crédito necesario para movilizar una alerta.

La advertencia del diplomático peruano no consistiría únicamente en ese aviso, producido diez meses antes de la acción. Según la documentación desclasificada en 1978, Rivera Schreiber tuvo acceso a una información crucial, como era la fecha en la que se debía proceder a la segunda fase de la operación. El diplomático peruano comunicó a los norteamericanos que el almirante Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de la Flota Combinada, había remitido el siguiente mensaje a las flotas navales y aéreas: «A las 00.00 del 21 de noviembre, repito 21 de noviembre, efectuar segunda fase de la preparación para abrir hostilidades».

A pesar de la meridiana claridad de este aviso, el gobierno de Washington no mostró ningún tipo de reacción, perdiendo así la oportunidad de salvar las vidas de los 2330 marineros que fallecieron en el ataque, además de los 18 barcos que resultaron hundidos.

Concluida la guerra, a Perú le quedó la satisfacción que la Comisión Investigadora del Senado de Estados Unidos, en su informe de 1945, resaltara en elogiosos términos los servicios prestados por el embajador Rivera Schreiber a Estados Unidos y a la causa de las potencias aliadas.

Campo de concentración en Costa Rica

Al día siguiente del ataque de los japoneses a la base naval estadounidense de Pearl Harbor, sucedido el 7 de diciembre de 1941, el gobierno de Costa Rica declaró la guerra a Japón[64]. Como los japoneses habían atacado territorio de Estados Unidos, les afectaba el acuerdo tomado por los países del continente americano para romper las relaciones diplomáticas con aquel país que agrediese a alguno de los

aliados en la región.

Lo que más sorprendió fue la posterior declaración de guerra del país centroamericano a Alemania, pues el gobierno de Berlín aún no había declarado la guerra al de Washington. Mientras muchos países latinoamericanos mostraban simpatías con los gobiernos fascistas europeos, Costa Rica fue una excepción. Era la segunda vez que el diminuto Estado costarricense, de 51 100 kilómetros cuadrados, hacía semejante declaración de hostilidad a los germanos. La vez anterior había sido en 1918, durante la Primera Guerra Mundial, pero Costa Rica nunca combatió en la práctica frente a tropas de Alemania.

El gobierno costarricense permitió a Estados Unidos establecer un aeródromo en la isla de Cocos. Pero fue el 2 de julio de 1942 cuando Costa Rica se dio cuenta de que, en efecto, estaba en guerra con Alemania. En la bahía de Puerto Limón, a 140 kilómetros al norte de la capital, el mercante *San Pablo* resultó hundido a consecuencia de una violenta explosión. Resultaron muertos 23 miembros de la tripulación y otros veinte fueron heridos. El estallido fue tan grande que toda la ciudad quedó de repente sin fluido eléctrico.

Casi de inmediato, corrió el rumor de que la nave había sido blanco de un torpedo lanzado por un submarino nazi. En la capital, San José, se levantó una protesta popular; el incidente fue aprovechado por algunos sectores para cometer saqueos y tropelías contra ciudadanos alemanes.

Se desconoce la naturaleza de la explosión sufrida por el *San Pablo* y no se puede afirmar o descartar que fuera atacado por un submarino germano. Pero la realidad es que a partir de ese momento los alemanes que residían en Costa Rica vieron conculcados todos sus derechos. Hubo expropiaciones, confiscándose las plantaciones de café y los bienes bancarios.

Pero lo más grave fue el establecimiento de un campo de concentración para aislar y controlar a los ciudadanos de origen teutón. El gobierno de Rafael Ángel Calderón Guardia creó ese campo de concentración en las cercanías de donde hoy se levanta el Estadio Nacional, en San José.

El recinto tenía una extensión de unas dos manzanas. Allí, y sólo por el hecho de ser alemanes, fueron recluidas varias decenas de familias que residían en Costa Rica. También fueron internados en este campo algunos italianos y japoneses.

Testigos de la época han señalado que esas personas estuvieron recluidas en condiciones infrahumanas. No hay una cifra precisa de cuántas personas soportaron ese encierro que se prolongó a lo largo de cuatro años. En los últimos meses, ante los graves problemas de salud e higiene que suponía esa concentración de personas, algunos fueron enviados a Estados Unidos. Al final de la guerra todos ellos fueron liberados, pero a muchos no se les devolvieron sus propiedades confiscadas.

Censura militar

El gobierno norteamericano, una vez comenzada la guerra, estableció un rígido sistema de censura. A lo largo de casi cuatro años, un total de 15 000 agentes se encargaron de abrir cartas, escuchar conversaciones telefónicas, revisar películas y material para ser publicado o difundido por radio, con la misión de descubrir mensajes en clave para el enemigo.

Según el testimonio de aquellos que trabajaban en este cometido[65], al principio albergaban sentimientos de culpabilidad por escudriñar los asuntos ajenos, pero tardaron poco en darse cuenta de la absoluta necesidad de ejercer la censura. Eso se hizo patente inmediatamente después del ataque japonés a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941; una de las primeras cartas que la censura oficial abrió al establecerse en Honolulu describía con todo detalle los resultados del ataque. El destino de la carta, por una ruta indirecta, era Japón.

La censura era doblemente útil. No sólo evitaba que llegara al enemigo cualquier clase de información, sino que en muchos casos proporcionaba valiosas revelaciones sobre las actividades del enemigo. Por ejemplo, entresacando un fragmento de una carta de negocios, un párrafo de otra y así sucesivamente, un censor llegó a reconstruir una ruta comercial japonesa que permitió a la US Navy hundir siete barcos mercantes, esperándolos en un lugar en el que estaba previsto su paso.

Los ejemplos de la utilidad de esa censura son abundantes. Una conversación grabada permitió desmantelar una red de traficantes de quinina, tan necesaria para los soldados que estaban destinados en las regiones tropicales. Un telegrama censurado descubrió en La Habana a un espía alemán que se hacía pasar por comerciante de tejidos y recibía dinero misteriosamente a través de diversos bancos. Una vez detenido, se le juzgó, se confesó culpable y fue fusilado. Del centenar de espías del Eje en territorio norteamericano que fueron encarcelados y declarados culpables, la censura desempeñó un papel importante en la mayoría de estos casos.

Los inicios de la oficina de censura fueron muy modestos. Cuando el jefe de esta organización empezó su trabajo, sólo contaba con una sala prestada en un edificio gubernamental en Washington. La oficina llegaría a contar después con noventa edificios distribuidos por todo el país y colaboraría de forma activa con Gran Bretaña y Canadá, estableciendo la primera red mundial de censura de guerra.

La mayoría de censores debían ser peritos en alguna disciplina. Se necesitaban criptógrafos y traductores, especialistas en materias técnicas, legales y financieras. Incluso se tuvieron que utilizar los servicios de expertos en filatelia, pues en ocasiones los sellos contenían mensajes en clave.

El que una carta estuviera escrita en un idioma extranjero no suponía un problema insalvable para la oficina de censura. Un profesor de la Universidad de Columbia era capaz de identificar un centenar de lenguas y un grupo de lingüistas podía leer taquigrafía en trescientos idiomas. Entre las lenguas con las que tuvieron que lidiar estos especialistas se encontraba el criollo que se habla en Haití, el papiamento de la isla de Curaçao, el japonés romanizado por los portugueses o el indostaní en sistema

Braille (!).

Diariamente, un millón de cartas y paquetes postales pasaban por las manos de los censores. El correo aéreo sólo podía detenerse 24 horas y el ordinario 48. La correspondencia procedente del gobierno norteamericano y de los gobiernos aliados, o dirigida a ellos, no tenían que abrirla, pero debían examinar minuciosamente los sobres, ya que los agentes enemigos falsificaban incluso sobres del Departamento de Estado y de la Casa Blanca. Toda la correspondencia era confrontada con una *lista negra* en la que figuraban los enemigos conocidos y los sospechosos. Había en ella unos 100 000 nombres. Si tenemos en cuenta que entonces no existían los ordenadores, nos podemos hacer una idea del ímprobo trabajo que suponía llevar a cabo este control.

En cuanto las cartas a examinar llegaban a la oficina de censura, éstas eran transferidas de inmediato a las mesas de lectura. Cada censor tenía una lista de las materias que interesaban especialmente a las distintas secretarias de estado: finanzas a la del Tesoro; negocios a la de Comercio; condiciones laborales a la del Trabajo; actividades sospechosas al FBI, etc.

La lectura de las cartas interceptadas permitieron localizar lugares en donde se había almacenado caucho o estaño, materias de gran importancia en tiempo de guerra. Una pista descubierta por un censor llevó hasta un barco mercante que había zarpado hacia Argentina con un cargamento de zinc; el buque fue capturado en medio del océano y obligado a regresar a puerto. Otra carta descubrió que una compañía establecida en Nueva York estaba enviando miles de toneladas de chatarra de níquel a Suecia para producir acero que seguramente acabaría en Alemania. Otra más dio a conocer un plan germano para vender un millón de botellas de champán en España y tener depositados en bancos extranjeros unos seis millones de dólares.

Las informaciones de interés nacional podían aparecer en cualquier misiva, para un censor especialmente atento. Por ejemplo, una madre alemana escribió a su hijo residente en Estados Unidos que cuando regresara a su país podría ir a su trabajo en tren. Esta inocente frase revelaba la existencia de una nueva línea de ferrocarril, recientemente construida. A raíz de su descubrimiento gracias a la carta, fue inmediatamente bombardeada.

En las fronteras y aeropuertos del país se censuraban todos los papeles que llevaban los pasajeros de aviones y trenes. Una mujer que fue detenida ocultaba en una cesta de flores un importante mensaje revelando la fecha de salida de un navío. En otro mensaje interceptado, escrito con tinta invisible, un agente nazi se quejaba de que sus actividades se habían paralizado debido a la censura a la que se sometía a los viajeros. Las inspecciones de la oficina de censura también permitían descubrir contrabando, como en una ocasión, cuando se descubrieron diamantes ocultos en bombones de chocolate.

El mayor problema para los censores eran los mensajes en clave o escritos con tintas especiales. Se inspeccionaban a fondo todas las cartas que contenían números

extraños, símbolos o expresiones inusuales, y aquellas escritas en papel que había sido secado o raspado. Las raspaduras eran ya indicios posibles de fibras de papel alteradas por la tinta invisible.

Las cartas sospechosas, incluidas las que guardaban alguna relación con la *lista negra*, eran enviadas a la División de Operaciones Técnicas o TOD, según las siglas en inglés (Technical Operations Division). Ése era el nombre deliberadamente ambiguo del laboratorio de Washington que se dedicaba a descifrar claves y tintas secretas. Sólo una docena de personas tenía acceso a ese lugar, en el que cada carta era analizada escrupulosamente, raspándola con cepillos que contenían reactivos capaces de hacer visible toda clase de tinta invisible. El papel era analizado también con luz ultravioleta. De este modo se descubrió que los alemanes habían encontrado el modo de reducir una página entera, mecanografiada en clave y fotografiada, a un minúsculo punto oculto en un sobre o a un signo de puntuación de la máquina de escribir dentro de un texto inocente.

Se descifraron miles de claves, desde las más burdas a las más sofisticadas, y de entre ellas unas 4600 merecieron un estudio pormenorizado del FBI y otros servicios de espionaje. En ocasiones, las más difíciles de detectar eran las más sencillas; un mensaje tan inocente como «mi madre llegará el 8 de abril, le compraré rosas», podía significar que un convoy partiría el 20 de mayo cargado con munición.

Pero los censores, con la práctica, llegaron a interceptar muchos de estos mensajes llamados de código «abierto». Para ponerlo un poco más difícil a los espías, cada telegrama que salía de Estados Unidos era enviado por teletipo a una de las doce estaciones telegráficas con que contaba la oficina; si surgía alguna duda sobre el contenido, éste era examinado de nuevo y se procedía a alterar alguna palabra. Por ejemplo, si alguien transmitía «orquídeas por valor de cinco dólares», se cambiaba por «flores por valor de cinco dólares», puesto que los nombres de las flores podían ser una clave.

De hecho, cualquier palabra podía tener un significado oculto. En una ocasión, un censor cambió «nuestro padre ha muerto» por «nuestro padre falleció». Al poco tiempo llegó un telegrama de respuesta que decía «¿nuestro padre ha muerto o falleció?», lo que ponía al descubierto el carácter secreto del mensaje.

Gracias a la labor de los censores, se interceptó cerca de medio millar de cartas del espionaje enemigo de importancia decisiva. Por ejemplo, una red de seis espías alemanes fue descubierta después de analizar una carta de apariencia inocente, enviada desde Europa a una señora hospedada en un hotel de Nueva York. En la misiva apareció, escrita en tinta invisible, una serie de instrucciones para proporcionar dinero a esos agentes. La dama no fue detenida de inmediato, sino que se continuó leyendo su correspondencia para recopilar más datos sobre esa red y proceder después a su detención.

En otra ocasión, fue la propia torpeza del espía el que puso al FBI tras su pista. Una mujer concibió un ingenioso plan de comunicación con Japón a través de la

neutral Argentina. Haciéndose pasar por un exportador de muñecas, sus mensajes eran del tipo «estamos reparando tres muñecas inglesas», lo que significaba que tres barcos ingleses estaban siendo reparados, o por ejemplo, cuando hacía referencia a «muñecas siamesas» se refería a portaaviones. Estos mensajes lograron pasar el control de los censores, pero la mujer cometió dos errores. El primero fue firmar algunas cartas con nombres de otras personas que también se dedicaban a la exportación de juguetes y el segundo fue equivocarse al escribir la dirección argentina a la que debían llegar las cartas. Cuando éstas fueron devueltas llegaron a sus supuestos remitentes, y éstos las entregaron al FBI, descubriéndose así la trama. La aprendiz de espía se confesó culpable de eludir las normas de la censura postal, lo que le supuso una multa de 10 000 dólares y diez años de prisión.

El mayor éxito de los censores fue evitar la propagación de ciertas noticias que hubieran podido ser aprovechadas por el enemigo. Gracias también a la colaboración de la radio y la prensa escrita, se consiguió impedir que llegara a los japoneses cualquier indicio sobre los efectos de un arma tan insólita como peligrosa para la moral de la población civil. Esa arma era un globo de papel cargado con bombas y lanzado en mitad del Pacífico cuando los vientos soplaban hacia la costa norteamericana[66]. Los japoneses esperaban que provocaran incendios en los tupidos bosques del noroeste y abatieran psicológicamente a los civiles, al ver su territorio atacado. Uno de esos globosbomba, al ser encontrado en Oregón por unos escolares, causó la muerte de seis personas. Aunque los guardias forestales hallaron 334 de estas bombas, el silencio al respecto fue tan efectivo que los japoneses quedaron convencidos de que ninguno había logrado llegar al continente. El resultado fue que los japoneses cancelaron el proyecto, lo que supuso una victoria que hay que anotar en exclusiva a la censura informativa.

Pero la censura no se limitaba al tráfico postal o telegráfico. Para revisar conversaciones telefónicas internacionales, los censores se colocaban unos audífonos y tomaban asiento con un lápiz en una mano y un interruptor en la otra, a fin de cortar instantáneamente a cualquiera de los interlocutores.

Esta censura, en todas sus formas, fue asombrosamente eficaz. En total se interceptaron más de un millón de cartas y telegramas peligrosos, aunque en la mayoría de ocasiones no se desprendía que hubiera intención de poner en peligro la seguridad nacional conscientemente. Algunos, incluso, daban las gracias a los censores cuando interrumpían sus llamadas telefónicas para advertirles que fueran más cuidadosos.

Aunque hoy día, el establecimiento de estas medidas de control de las comunicaciones privadas probablemente encontraría una gran contestación, en aquel momento la población norteamericana aceptó de buen grado esas interferencias gubernamentales, en aras de conseguir la victoria en la guerra que se estaba desarrollando.

Los correos diplomáticos

Durante la Segunda Guerra Mundial, lo mismo que antes de la contienda, las comunicaciones breves y urgentes entre la Secretaría de Estado norteamericana y sus embajadas y consulados por todo el mundo se redactaban en clave y se enviaban instantáneamente por cable o radio. Pero las órdenes e informes detallados y las más importantes y rigurosamente confidenciales, así como los mapas y planos secretos, debían entregarse en mano a sus destinatarios para evitar que el enemigo pudiera descifrar los mensajes.

Como dijo un embajador que ocupaba un puesto muy delicado, «lo que puede hacer nuestra ciencia electrónica puede deshacerlo la ciencia electrónica de otros países. Me siento más seguro cuando uno de nuestros hombres lleva la correspondencia secreta». Y es aquí en donde entran en escena los correos diplomáticos, unos agentes cuya única misión es entregar un mensaje a su destinatario, pasando por encima de cualquier obstáculo.

En los años cincuenta comenzó a conocerse este episodio de la guerra secreta, que había sido de vital importancia para el buen funcionamiento del engranaje de la diplomacia norteamericana[67].

La efectividad de este tipo de correo sería incontestable. Durante la Segunda Guerra Mundial, el servicio de los correos diplomáticos norteamericanos nunca dejó de entregar un solo mensaje, excepto los muy pocos que quedaron destruidos en desastres aéreos y naufragios.

Los mensajes sumamente secretos se llevaban en las llamadas «valijas fuertes de mano», bajo llave y selladas, que el correo debía llevar siempre consigo, o tener en toda ocasión al alcance de la mano. Dormían por lo general con la valija, dura como una piedra, por almohada, o con una pierna metida en el asa, para que nadie pudiera tocarla sin despertarlo. En los hoteles cuyas habitaciones carecían de cerraduras de seguridad y sólo tenían cerraduras rudimentarias, era frecuente que los correos amontonasen contra la puerta una barricada de muebles para evitar la entrada de intrusos durante la noche. Para los compartimentos del tren disponían de un cierre portátil ingeniosamente construido que aseguraba las puertas de los coches-cama sin estropearlas.

El contenido de la valija tenía que ser destruido, según el reglamento, cuando el correo creyese que el aeroplano en el que viajaba iba a estrellarse, o el buque a naufragar, y se viese en peligro de muerte. En cierta ocasión, uno de esos correos se encontraba en un aeroplano que volaba sobre una tupida selva sudamericana. El piloto se había perdido, los tanques de combustible estaban vacíos y parecía inevitable que el avión fuera a estrellarse contra el suelo. Ante esa negra perspectiva, el correo se decidió a romper el sello inviolable de su valija, la abrió y empezó a rasgar en pedazos muy pequeños los documentos secretos ante la consternación de los pasajeros y tripulantes. Pocos minutos después, como por milagro, apareció una

franja de tierra llana y despejada de árboles donde pudieron aterrizar. Es de suponer que aquel correo se vería después en aprietos para justificar su decisión de destruir los documentos.

El caso paradigmático de las dificultades que debía afrontar un correo para entregar su valija sería el de Horton Telford. En otoño de 1940, Mussolini tenía planes expansivos a costa de Grecia, con la mirada puesta en Turquía. El gobierno norteamericano intentaba detener los previsibles acontecimientos, en forma de una declaración de guerra de Italia a Grecia, por medio de presiones diplomáticas. Con el fin de que sus diplomáticos en Atenas y Ankara tuvieran información de primera mano del gobierno de Washington, Telford fue enviado a esos dos países con instrucciones sumamente secretas del secretario de Estado, Cordell Hull.

Telford se había hecho cargo de las valijas en Berna. En cuanto el avión que lo llevaba a Roma tomó tierra en la capital italiana, desde donde debía tomar otro avión hacia Atenas, supo de la noticia de que Italia había declarado la guerra al país heleno. A partir de ese momento, el contenido de su valija era aún más comprometedor. Como los aviones que se dirigían a Grecia estaban detenidos, Telford tomó un tren para Venecia. Allí, mediante soborno, obtuvo pasaje para un barco que cruzaba el Adriático en dirección a la costa yugoslava y luego llegó por ferrocarril a la frontera con Grecia. Los guardias de frontera griegos le permitieron pasar, pero el tren para Atenas debía tomarlo a veinte kilómetros de allí, en un pueblo al que se llegaba por un camino montañoso. En cuanto llegó a la estación apareció un grupo de aviones italianos que bombardearon la vía, y Telford tuvo que permanecer agazapado con su valija en una zanja llena de agua de lluvia. Por fin, empapado y aterido de frío, subió a un tren y llegó a Atenas con sus documentos secretos.

Pero en la capital helena Telford no pudo descansar, pues en la embajada le ordenaron que saliera sin pérdida de tiempo para Estambul. Al menos, el correo podía contar con un vehículo de la embajada, con el que debía cubrir los 650 kilómetros que le separaban de la frontera con Turquía, en donde debía tomar un tren. Pero a sólo 30 kilómetros de la frontera el automóvil se quedó atascado en el barro; Telford tuvo que hacer el resto del camino en una carreta de bueyes. Cuando por fin llegó a Estambul, dijo al cónsul norteamericano mientras le hacía entrega de la valija: «He tropezado con algunas dificultades».

Otro caso destacable fue el del correo Henry Coleman. Este agente era portador de documentos muy delicados de Washington a Londres, cuando el barco en el que estaba atravesando el Atlántico fue torpedeado por un submarino alemán. La Secretaría de Estado, al tener conocimiento del ataque, dio por perdido al agente y su valija. Pero cuatro días después se presentó en la embajada norteamericana en Londres un individuo tembloroso con la piel amoratada. Se trataba de Coleman. Relató que había logrado sobrevivir al hundimiento de su barco, siendo rescatado por un barco de carga noruego, que le había desembarcado en Escocia. El hombre, que ni siquiera se había cambiado de ropa, ofrecía un aspecto lamentable, pero el estado de

la valija, de la que no se había separado en ningún momento, era perfecto.

Los correos diplomáticos tenían que cumplir a rajatabla su estricto reglamento, en el que se prescribía desde lo que había que decir a un funcionario de aduanas hasta lo que tenían que comer y beber la víspera de emprender su misión.

Por ejemplo, sobre la actitud a seguir en los transportes públicos, el *Manual del Correo Diplomático* explicaba: «Puede ocurrir que individuos del público viajero intenten trabar conversación con usted y le pregunten por su itinerario y su cometido. Es menester dar respuestas completamente evasivas y poner fin cuanto antes a esas conversaciones». Un piloto comercial estadounidense que había llevado a muchos correos por diversas rutas aseguró sin dudar que «son los tipos menos amistosos del mundo».

Ese reglamento incluía también obligaciones indicadas por el sentido común, como llevar un despertador que funcione bien o presentarse en aeropuertos y estaciones con suficiente antelación. Perder un medio de transporte, a menos que después se alegasen circunstancias extraordinarias, era considerado una falta muy grave.

Los correos tenían también que respetar una disposiciones muy rígidas sobre el abuso de la inmunidad diplomática oficiosa de la que gozaban. Tenían estrictamente prohibido llevar, además de los imprescindibles efectos personales, otra cosa que la correspondencia encomendada. Debían rechazar la petición de cualquiera, incluso un embajador, para llevar un regalo, una carta o cualquier otra cosa aparte de la valija. Lo más grave era utilizar el viaje para comprar artículos, aunque se tratase de un par de medias o una caja de puros; estaba castigado con el despido inmediato y deshonroso.

Aunque pueda sorprender, los correos nunca iban armados. Tradicionalmente, los correos diplomáticos han gozado siempre de una cierta inmunidad, y en tiempo de guerra se siguió con este proceder. Dependían de su intuición para evitar situaciones de peligro y de su habilidad para sortear alguna posible emboscada. De hecho, ningún mensajero diplomático norteamericano pudo ser atacado por un agente enemigo.

También puede sorprender la juventud de los correos. La edad de la mayoría oscilaba entre los 25 y los 30 años. El agente que aceptaba dedicarse a esta peligrosa misión debía comprometerse a mantener su soltería al menos durante un año después de su nombramiento, pero muchos de ellos aplazaban el matrimonio hasta el final del período de servicio, conscientes de que transportar valijas por todo el mundo no era compatible con la vida familiar.

Los correos con una buena hoja de servicios podían dimitir en cualquier momento, lo que no era visto con malos ojos por la Secretaría de Estado, pues contaba con ellos para empleos de mayor envergadura. Un par de años como correo podía ser el trampolín perfecto para iniciar una brillante carrera en el servicio exterior.

Red de espías

El 14 de agosto de 2008, por primera vez en su historia, el gobierno de Estados Unidos reveló una lista con los nombres de los miles de norteamericanos que se unieron como espías a la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS). Ese día, el gobierno divulgó cientos de miles de documentos que incluían las identidades de los cerca de 24 000 espías y empleados que trabajaron para la OSS durante la Segunda Guerra Mundial.

Los Archivos Nacionales pusieron ese día a disposición del público 216 paquetes de documentos que incluían películas de reconocimiento aéreo de territorios enemigos, propaganda, instrucción en el empleo de armas y equipos especiales, y 750 000 páginas entre las que se contaban las solicitudes de empleo en la OSS.

La identidad de quienes trabajaron para la OSS se había mantenido en secreto durante más de seis décadas. La lista de empleados de la OSS incluía algunos nombres que adquirieron después de la guerra relevancia en Estados Unidos, entre ellos Allen Dulles y William Casey, quienes serían posteriormente directores de la CIA. También aparecían los nombres de Arthur Goldberg, quien llegaría a ser magistrado del Tribunal Supremo, el jugador de béisbol Moe Berg, el historiador Arthur Schlesinger y el actor cinematográfico Sterling Hayden.

Los archivos identificaban como empleados de la OSS a John Hemingway, hijo del escritor Ernest Hemingway; a Kermit Roosevelt, hijo del presidente Theodore Roosevelt, y a Miles Copeland, el padre del batería de *The Police*, Stewart Copeland. Según la documentación desclasificada, entre quienes trabajaron para la OSS se cuenta Aline Griffith, más conocida por su título de condesa de Romanones, espía que trabajó en Madrid.

Las fichas desclasificadas mostraban sus respuestas al cuestionario en la solicitud de empleo, sus diferentes puestos y algo de las misiones que realizaron. De algunos de los que aparecían en la lista ya se conocía su colaboración con los servicios secretos norteamericanos pero, en el caso de otras miles de personas, la divulgación de su trabajo con la OSS constituyó una verdadera revelación. Muchos de los exempleados de la OSS ya fallecieron, y otros nunca revelaron, ni siquiera a sus familiares, la labor que cumplieron durante la Segunda Guerra Mundial.

La CIA se opuso durante décadas a la divulgación de estos documentos pero en 1981, cuando William Casey asumió la dirección de esa agencia, ordenó que el material se transfiriera a los Archivos Nacionales. No obstante, tuvieron que pasar 27 años más hasta que el gobierno estadounidense procediera a su desclasificación.

Tecnología IBM al servicio del Holocausto

En 1937, en plena época de esplendor del Tercer Reich, Alemania era el segundo

cliente de IBM, después de Estados Unidos. La tarjeta perforada de IBM, precursora de las computadoras[68], desempeñó un papel importante en áreas que iban desde la puntualidad de los trenes alemanes hasta el programa de rearme de Hitler, pasando por la confección de censos, que constituían un elemento clave para la política racista nazi.

La tecnología de IBM brindó a los nazis una poderosa herramienta de control social. Pocas semanas después del ascenso de Hitler al poder, en 1933, el director de la subsidiaria alemana de IBM, Willy Heidinger, proclamó que las máquinas ayudarían al Führer a mantener la «pureza» y la «salud» de la política alemana. Thomas J. Watson, el fundador de IBM, aceptó en junio de 1937 una distinción: una medalla que Hitler creó para extranjeros «que demostraron ser dignos del Reich alemán». La medalla, en la que la esvástica tenía una presencia destacada, confirmaba la contribución de IBM a la automatización de la Alemania nazi.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, IBM ya entregaba a Alemania más de mil millones de tarjetas perforadas por año. Las relaciones amistosas entre IBM y el Tercer Reich se deterioraron en junio de 1940, cuando Watson le devolvió a Hitler su medalla con la explicación de que ya no podía seguir apoyando «la política de su gobierno». Al año siguiente, Watson perdió el control de la subsidiaria alemana de IBM, la Dehomag, que pasó a manos de Willy Heidinger, miembro del partido nazi.

Pero en 2001, el historiador Edwin Black, en base a documentos desclasificados, reveló que la tecnología de esa empresa contribuyó a facilitar el Holocausto al permitir que Hitler automatizara la persecución a los judíos mediante la creación de listas de grupos destinados a la deportación a campos de exterminio.

En sus conclusiones, recogidas en un libro publicado ese año[69], se aseguraba que, después de que IBM perdiera el control sobre las operaciones en Alemania en 1941 y Watson devolviera su medalla, la misma tecnología se siguió usando en Auschwitz y otros campos nazis con el fin de registrar los ingresos y hacer un seguimiento de los trabajos forzados.

El libro explicaba cómo «la tecnología de IBM contribuyó a que las cifras del Holocausto alcanzaran niveles verdaderamente fantásticos». Según Black, precisamente hijo de supervivientes del Holocausto, éste «habría tenido lugar con o sin IBM, pero el Holocausto tal como lo conocemos, el Holocausto de las cifras impresionantes, es el Holocausto de la tecnología IBM, ya que permitió a los nazis trabajar en otra escala, con más velocidad y eficiencia». Si bien no hay pruebas de que IBM supiera que sus máquinas se utilizaban en lugares como Auschwitz, Black sostuvo que la empresa se lucró con las actividades de su subsidiaria Dehomag.

Las conclusiones de Black, establecidas tras una investigación que se prolongó a lo largo de tres años, dieron entonces lugar a un acalorado debate. Algunos historiadores avalaban la tesis de Black de que IBM y su subsidiaria alemana desempeñaron un papel importante en la persecución nazi. Otros, en cambio, insistieron en que la tecnología IBM no fue decisiva en la organización del

Holocausto. El debate no se dio por cerrado y posiblemente continuará generando controversia hasta que se dilucide la implicación de la tecnología de la empresa en el exterminio masivo llevado a cabo por los nazis.

Hitler, en la silla eléctrica

El 31 de diciembre de 2005 fueron desclasificados por el gobierno de Londres unos documentos que pueden dar una pista fiable sobre lo que le hubiera esperado a Adolf Hitler si hubiera sobrevivido a la guerra y su destino hubiera quedado en manos de Winston Churchill.

En el caso de que el dictador alemán, «la encarnación del mal» según lo definió en una ocasión Churchill, hubiera caído en manos británicas, no hubiera podido esperar ningún tipo de condescendencia, al menos en lo que dependiese del *premier* británico. Churchill estaba convencido de que juzgar a Hitler y a otros dirigentes nazis tras la contienda sería una farsa y que en su lugar debían ser tratados como delincuentes y ser ejecutados de forma inmediata.

Esto es lo que se desprende de esos documentos, en los que se incluyen unos apuntes tomados por Norman Brook, viceministro del Gabinete de Guerra británico, durante las reuniones de ese consejo entre 1942 y 1945. «Ejecutemos a los principales criminales como vulgares delincuentes», dijo Churchill durante una de esas sesiones, poniendo sus objeciones a un tribunal de guerra, que en su opinión sería un proceso de burla grotesco.

En una de las sesiones del Gabinete, en diciembre de 1942, Churchill se refirió al líder nazi como «el principal resorte del diablo» y aseguró: «Si Hitler cae en nuestras manos, desde luego que lo ejecutaremos». Según los documentos, el primer ministro británico sugirió, incluso, la silla eléctrica como modo de ejecución para Hitler.

Aunque en aquellos años la pena de muerte era aplicada en el Reino Unido mediante la horca, Churchill ironizó con que se podría conseguir una silla eléctrica en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo, aprobada por el Congreso estadounidense en 1941 para proveer suministros de guerra a las naciones aliadas.

El asunto volvió a tratarse en una reunión del Gabinete británico de abril de 1945, en la que Churchill afirmó que cualquier juicio al que se sometiera a Hitler sería «una farsa». «Tan pronto como se admita un juicio justo, se sucederán todo tipo de complicaciones», afirmó el gobernante inglés, quien se mostró partidario de ejecutar de forma sumaria a otros jerarcas nazis, como el jefe de las SS, Heinrich Himmler. Más adelante comprobaremos cómo esta declaración de intenciones del primer ministro británico pudo haberse plasmado en una acción concreta.

Objetivo: Asesinar a Heisenberg

Durante la Segunda Guerra Mundial, el científico alemán Werner Heisenberg dirigió el fracasado proyecto germano para construir una bomba nuclear. Con ese objetivo trabajó junto a Otto Hahn, uno de los descubridores de la fisión nuclear, en la construcción de un reactor nuclear, pero no pudo desarrollar un programa eficaz para obtener armas nucleares. No se sabe si dicho fracaso se debió a una carencia de recursos o a no querer poner ese tipo de armas en manos de los nazis.

Heisenberg había nacido en Würzburg en 1901. En 1923 se doctoró por la Universidad de Múnich. Un año después marchó a Copenhague para trabajar con Niels Bohr y regresó a Alemania en 1925. En 1927 fue nombrado Profesor de Física Teórica en la Universidad de Leipzig y dos años después ya estaba impartiendo conferencias en Estados Unidos, Japón y la India. En 1932, Heisenberg obtuvo el Premio Nobel de Física por su teoría de mecánica cuántica, que había elaborado cuando tenía apenas veintitrés años.

Una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, fue nombrado director del Instituto Káiser Guillermo de Berlín para dirigir el proyecto nuclear germano. En una visita a Suecia, Heisenberg reveló a Bohr los trabajos sobre energía atómica que estaba llevando a cabo, lo que supuso la ruptura de la amistad entre ambos científicos; Bohr marcharía a Estados Unidos para trabajar en la construcción de la bomba atómica, antes de que pudieran obtenerla los nazis.

Los detalles del programa atómico alemán durante la contienda no se conocen, lo que ha dado lugar a numerosas especulaciones. Quizá se sepan cuando sean hechos públicos los informes relativos a este asunto que quedaron en poder de los Aliados.

Después de la guerra, Heisenberg y otros destacados físicos del proyecto nuclear alemán fueron recluidos en Gran Bretaña, en un recinto conocido como Farm Hall, situado en la ciudad de Godmanchester, cerca de Cambridge, estrechamente vigilados y espiados por los servicios de Inteligencia militar aliados. Sus conversaciones fueron grabadas y puntualmente comunicadas al general Groves, director del proyecto Manhattan. Tampoco se conoce el contenido de estas conversaciones.

Lo que sí quedó al descubierto a principios de 1993 es que, durante la contienda, la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) norteamericana planeó el asesinato de Heisenberg, a sugerencia de los científicos que trabajaban en el Proyecto Manhattan. Según esos documentos desclasificados cincuenta años después de los hechos, se produjeron varios intentos para acabar con la vida del físico alemán, pero todos ellos fracasaron, ya fuera debido a una descoordinación temporal o simplemente a la mala suerte.

Exonerado de culpas, a Heisenberg se le permitió regresar a Alemania en 1946 y fue designado director del prestigioso Instituto Max Planck de Física y Astrofísica en Göttingen. En 1948 viajó a Cambridge para dictar unas conferencias y en 1950 fue invitado a Estados Unidos. Paradójicamente, el país que había intentado segar su vida una década antes le recibiría de forma calurosa, un recibimiento que se repetiría cuatro años más tarde.

El científico teutón desempeñaría la dirección del Instituto Max Planck hasta 1970. Heisenberg murió el 1 de febrero de 1976 en su casa de Múnich.

La invasión de Bujaruelo

En el año 2002, el diario *El Heraldo de Aragón* llevó a cabo una investigación periodística sobre la actitud del régimen de Franco con aquellos que trataban de escapar de la Alemania nazi huyendo a través de las rutas que atravesaban el Pirineo aragonés[70]. Según el rotativo, unos trescientos extranjeros fueron detenidos y encarcelados en la prisión de Jaca entre 1942 y 1944, para después internarlos en el campo de concentración de Miranda de Ebro (Burgos).

En el curso de esa investigación, el periódico aragonés tuvo acceso a un documento histórico inédito que prueba que las tropas alemanas llegaron a ocupar territorio español, concretamente la pequeña localidad oscense de Bujaruelo, cercana al Parque Nacional de Ordesa, en junio de 1943.

Esta información permaneció reservada durante el franquismo. No es de extrañar, puesto que el informe confidencial de las autoridades españolas indicaba textualmente que se había producido «un incidente bochornoso en el paraje situado entre Torla y el Balneario de Panticosa». Según el documento, «una patrulla alemana de vigilancia de frontera entró en España y llegó hasta las casas de Bujaruelo y, con el pretexto de buscar a unos franceses huidos, verificó un minucioso registro en todas las casas del poblado. Todo esto fue presenciado por los carabineros del puesto de la localidad sin que opusieran la más mínima resistencia a tal atropello».

En efecto, los soldados alemanes registraron el pueblo de Bujaruelo de arriba abajo. No obstante, los germanos se comportaron correctamente en todo momento. Al poner fin a la acción, los miembros de la Wehrmacht y de la Guardia Civil tomaron un café en la terraza de un mesón.

Los alemanes estaban buscando a dos miembros de la Resistencia a los que seguían la pista desde el lado francés. Los dos franceses huían de la patrulla germana conducidos por un español, Miguel Pintado, que se dedicaba a llevar a escondidas cartas de la Resistencia al lado español, por lo que era conocido como «el cartero de Bujaruelo». Pintado tenía amigos en los pueblos fronterizos franceses y había sido convencido por los que formaban parte de la Resistencia para realizar esta arriesgada labor. Ya en territorio español, Pintado simplemente debía franquear la carta y depositarla en un buzón o, en algunos casos urgentes, llevaba él mismo la misiva a Sabiñánigo, en donde la entregaba al cónsul francés, Robert Lamit, que estaba en contacto con la Resistencia.

El día en cuestión, Pintado tuvo que ayudar a huir a sus amigos franceses; pero cuando éstos se encontraban ya en territorio español, creyendo que estaban a salvo pues no pensaban que sus perseguidores se iban a atrever a cruzar la frontera,

advirtieron que la patrulla alemana seguía tras ellos.

Pintado y sus amigos tuvieron que apretar el paso. Atravesaron Bujaruelo y siguieron hacia el pueblo de Torla. Como se ha indicado, los alemanes no pasaron de Bujaruelo, por lo que los perseguidos pudieron esquivar el encuentro con las tropas germanas.

Cuando ocurrió este insólito incidente, tan sólo media docena de carabineros vigilaba el paso fronterizo montañoso de Bujaruelo, en el que apenas existe un mesón que data del siglo XII y una iglesia derruida en honor a San Nicolás. Al otro lado de la frontera tenían a las tropas alemanas de la Brigada de Montaña de Baviera, que se habían distribuido a lo largo de la línea de separación en noviembre de 1942, cuando el Tercer Reich ocupó definitivamente Francia. Hasta entonces estos pasos fronterizos estaban vigilados por gendarmes franceses, al encontrarse en la zona libre del gobierno de Vichy.

No obstante, los alemanes, salvo en Canfranc —como estación internacional de jurisdicción hispano-francesa—, no penetraron en territorio español. Por ejemplo, en El Portalet se instalaron en el hotel Baresse, justo en el lado francés de la frontera. De hecho, fueron desalojados de allí por un grupo de guerrilleros españoles integrados en la Resistencia francesa. Ocurrió en agosto de 1944 y los miembros de la Brigada X de guerrilleros, capitaneados por el canfranero Ricardo Sánchez, lograron arrestar a medio centenar de soldados germanos que estaban en el puesto fronterizo.

Pero aquel día, con la incursión alemana en Bujaruelo, los alemanes no tuvieron reparos en cruzar la frontera y ocupar ese pequeño poblado pirenaico altoaragonés, una acción que el régimen de Franco se encargaría de mantener oculta.

El barco de Roosevelt, torpedeado

El 14 de noviembre de 1943, el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt se encontraba cruzando el Atlántico en el USS *Iowa*, de camino a la conferencia interaliada que debía celebrarse en Teherán. Su destino era el puerto de Mers el-Kebir, en África del Norte, para desplazarse después hacia la ciudad persa por vía aérea. En esta reunión, en la que se encontraría con sus homólogos de las otras dos grandes potencias, Winston Churchill y Josif Stalin, estaba previsto que se sentasen las bases de la victoria aliada, cada vez más próxima.

Era fundamental que el viaje presidencial a través del Atlántico se mantuviera en el más absoluto secreto. Si los alemanes descubrían que Roosevelt se hallaba en una situación tan vulnerable, en medio del océano, un solo torpedo sería suficiente para imprimir un giro inesperado a la contienda. Por tanto, el gran temor de la delegación norteamericana era ser descubiertos por un submarino germano. Aunque en esos momentos la ofensiva de los sumergibles nazis había descendido en intensidad, gracias a las medidas antisubmarinas, no era descartable una acción aislada de algún

U-Boot que patrullase por la zona en busca de alguna víctima.

Ese día, de repente, los marineros que estaban en la cubierta del USS *Iowa* contemplaron aterrorizados la estela blanca de un torpedo que se dirigía hacia el buque. Sonaron las alarmas, la tripulación acudió a sus puestos de combate y el barco inició una brusca maniobra para esquivar el pez metálico. El giro se efectuó con suficiente rapidez y el torpedo pasó de largo, estallando a unos cien metros del buque. La fuerza de la explosión fue tan grande que el USS *Iowa* resultó zarandeado por la onda expansiva. Un oficial llegó a gritar «¡Dios, nos han dado!», convencido de que el torpedo había impactado en el casco.

Afortunadamente para Roosevelt y la tripulación del USS *Iowa*, por muy poco se había logrado evitar la tragedia. De inmediato se iniciaron los preparativos para lanzarse a la caza del submarino alemán responsable del ataque. Sin embargo, la sorpresa sería mayúscula cuando se descubrió que ningún sumergible había participado en la acción; sorprendentemente, el torpedo procedía de un barco norteamericano. En efecto, el destructor USS *William D. Porter*[71] —conocido entre sus tripulantes como *Willie Dee*— había disparado accidentalmente uno de sus torpedos mientras llevaba a cabo un simulacro.

Pero ése no era el primer incidente en el que el *Willie Dee* se veía envuelto. Dos días antes, el 12 de noviembre, se le encomendó como primera misión ubicarse en la desembocadura del río Potomac y aguardar instrucciones para sumarse a la escolta de protección del Iowa, junto a otros dos destructores y dos portaaviones ligeros. A primera hora de ese día, los barcos recibieron la señal para partir; cuando el capitán del *Willie Dee*, Wilfred Walter, ordenó «Atrás despacio» para sacar al mar su barco, se produjo un estruendo de madera resquebrajándose. Walter y sus oficiales se abalanzaron a la borda afectada y descubrieron que no era su nave la que se estaba dañando. Inexplicablemente, el ancla del destructor se había enganchado a un buque mercante vecino y le había arrancado algunos elementos de la cubierta, como barandas y botes salvavidas.

Tras ofrecer las pertinentes disculpas al mercante, y emplazarle a que reclamase la indemnización a la Armada, el viaje pudo iniciarse. Pero la mala suerte, o la incompetencia de su tripulación, siguió cebándose en el destino del buque. Poco después de que el convoy se concentrara en alta mar, y mientras cruzaban el mar de los Sargazos, una gran explosión sacudió las aguas y una enorme columna de agua llamó la atención de los vigías. Inmediatamente todos los barcos tocaron a zafarrancho de combate e iniciaron maniobras evasivas temiendo la presencia de un submarino germano, hasta que el *Willie Dee* informó de que el culpable no había sido ningún U-Boot. Una de sus cargas de profundidad se había soltado y caído al agua, sin tener el seguro puesto, tal como era preceptivo.

El viaje prosiguió sin novedad hasta que una gran borrasca vino a cruzarse en la ruta del convoy. En medio de la tormenta, una repentina ola de enormes proporciones barrió la cubierta del *Willie Dee*, llevándose consigo a un marinero. Debido a las

características especiales de la misión, el convoy no pudo detenerse, pues hubiera podido atraer a algún submarino alemán poniendo así en peligro la vida del presidente, así que el hombre caído al agua no pudo ser rescatado. Este dramático accidente generó comentarios poco halagüeños entre las tripulaciones de los otros barcos, que ya comenzaban a temer que el destructor fuera portador de mala suerte.

Pasada la tormenta, el *Willie Dee* siguió empeñado, contra su voluntad, en convertirse en protagonista negativo del viaje. El destructor sufrió un fallo en sus máquinas e hizo que la formación tuviera que ralentizar su velocidad para no quedar desprotegidos. El almirante Ernest J. King llamó al capitán Walter a bordo del *Iowa* y le reprochó la lamentable actuación que estaba teniendo su buque, dejando de muy mal humor al capitán cuando retornó a su buque.

El 14 de noviembre, con el convoy navegando al este de las Bermudas, el capitán del *Iowa* debió pensar que era necesario organizar algún tipo de entretenimiento al presidente para amenizar el largo viaje transatlántico. Así pues, decidió ofrecer al presidente Roosevelt y sus asistentes una demostración de las defensas antiaéreas del acorazado.

Roosevelt, en su silla de ruedas, ocupó un lugar preeminente en cubierta y los cañones del *Iowa* comenzaron a disparar contra una serie de globos meteorológicos lanzados para que sirvieran de blanco. Desde el *Willie Dee*, situado a unos cinco kilómetros de distancia, Walter y sus hombres contemplaban el espectáculo. Deseosos de causar una buena impresión que los rehabilitase de tan mala imagen, vieron una oportunidad cuando algunos globos escapados a la atención de los artilleros del *Iowa* fueron arrastrados por el viento hacia el *Willie Dee*.

El capitán Walter ordenó entonces zafarrancho de combate y sus artilleros abrieron fuego contra los globos. Al mismo tiempo, Walter ordenó al resto de la tripulación llevar a cabo un simulacro de ataque con torpedos. Al recibir la orden, los marineros Lawton Dawson y Tony Fazio comenzaron a simular el lanzamiento de los torpedos, para lo cual era necesario retirar los detonadores de las cargas explosivas que expulsaban los torpedos de sus tubos. Para llevar a cabo el simulacro, los encargados de «lanzar» los torpedos necesitaban hacer sus cálculos sobre un blanco real. Lo habitual era utilizar para ello cualquier barco cercano, y el objetivo más cercano en este caso era el *Iowa*.

Cuando los marineros Dawson y Fazio estuvieron listos para el simulacro de lanzamiento de torpedos, el oficial de cubierta ordenó «¡Fuego el uno!» y los torpedistas «dispararon» el primer torpedo. Obviamente, como correspondía a un simulacro, el torpedo no salió de su tubo. Después de dejar pasar unos segundos para simular el tiempo que en un disparo real se hubiera invertido en comprobar si el rumbo del torpedo era el previsto, el oficial ordenó «¡Fuego el dos!» y, después de una nueva pausa, ordenó «¡Fuego el tres!». Pero esta vez se oyó claramente un chapoteo y el torpedo salió disparado del tubo, ante el asombro —primero— y el horror —inmediatamente después— de los oficiales del puente. ¡Acababan de lanzar

un torpedo contra el barco presidencial!

El puente del *Willie Dee* se convirtió en un torrente de órdenes y contraórdenes tratando de confirmar lo que todos temían que estaba ocurriendo. El torpedo necesitaría unos dos minutos para alcanzar su blanco; un tiempo muy corto para que un acorazado como el *Iowa* pudiera esquivarlo fácilmente.

No había un segundo que perder si se quería evitar la tragedia. El capitán Walter ordenó inmediatamente que se advirtiera al *Iowa* de que un torpedo iba directo hacia él, pero como había órdenes estrictas de mantener silencio de radio para no atraer a los submarinos, el mensaje tenía que transmitirse con el telégrafo marino en Código Morse. Debido a las prisas y la inexperiencia, el joven marinero encargado de la transmisión primero informó que había un torpedo en el agua alejándose del *Iowa*, y después, cada vez más desesperado, en lugar de recomendar al *Iowa* que pusiera sus máquinas en «todo atrás» señaló que el *Willie Dee* se había atascado en «marcha atrás a toda máquina», sembrando la inquietud en el *Iowa*, cuyos oficiales no alcanzaban a comprender lo que el destructor trataba de decirles.

Ante la poca traza del marinero con el telégrafo marino, y sin tiempo para hacer un nuevo intento, el capitán decidió por su cuenta y riesgo romper el silencio de radio y gritó: «¡Torpedo en el agua! ¡*Iowa*, caiga a estribor! ¡Emergencia! ¡A estribor, *Iowa*, caiga a estribor!».

Fue en ese mismo momento cuando los vigías del acorazado advirtieron la estela del torpedo: «¡Torpedo por la amura de estribor! ¡No es un simulacro! ¡Torpedo por la amura de estribor!». El *Iowa* cayó abruptamente a estribor y aceleró a toda máquina, mientras su artillería abría fuego desesperadamente contra el torpedo.

En el acorazado sonaban todas las sirenas de alarma y los tripulantes corrían a sus puestos de combate. Pronto la estela del torpedo fue visible desde el puente, y el *Iowa* viró a estribor, escorando de forma tan pronunciada que la silla de ruedas de Roosevelt comenzó a deslizarse hacia la borda amenazando con caerse al mar. Los guardaespaldas del máximo mandatario norteamericano tuvieron muchas dificultades para retenerla en la cubierta. Uno de ellos, para proteger la vida del presidente, llegó a disparar con su pistola al torpedo que se acercaba.

Afortunadamente, el *Iowa* logró virar a tiempo y el torpedo explotó en su estela. Más tarde Roosevelt hizo una anotación en su diario sobre el incidente: «Lunes, demostración de artillería. El *William D. Porter* nos lanzó un torpedo por error. Lo vi, falló por unos 1000 pies (unos 300 metros)».

Como se apuntaba, en un primer momento se pensó que el *Iowa* estaba siendo atacado por un submarino alemán. Pero pronto se comprobó que el torpedo procedía del Willie Dee. A bordo del destructor, todos respiraron con alivio al ver cómo el barco presidencial lograba esquivar el torpedo, hasta que vieron que las grandes torretas del *Iowa* giraban y sus nueve piezas de 16 pulgadas (406 milímetros) les apuntaban a ellos. Poco después el *Iowa* pedía por radio explicaciones sobre lo ocurrido. «Hemos sido nosotros» fue todo lo que acertó a contestar un compungido

Walter. A bordo del acorazado, el almirante King estaba furioso, y no sería descabellado pensar que su deseo en ese momento hubiera sido abrir fuego contra el barco que había estado a punto de enviarles al fondo del mar.

Después de celebrar una reunión de urgencia con su tripulación, sin que se hallase una explicación válida a lo ocurrido, el capitán Walter se vio en la nada envidiable tesitura de tener que convencer al almirante King que todo había sido un inexplicable error. Sin embargo, sus esfuerzos tuvieron escaso éxito y el destructor fue expulsado del convoy.

El *Iowa* y el resto de la escolta continuaron su histórico viaje a África del Norte, mientras que el USS *William D. Porter* fue enviado a la base naval estadounidense en las Bermudas. Toda su tripulación, incluido el capitán Walter, fue arrestada por los marines. Durante varios días, todos los marineros y oficiales fueron interrogados uno a uno, pues se sospechaba que pudiera haber algún saboteador entre ellos.

Los tripulantes fueron sometidos finalmente a un consejo de guerra. En él se pudo establecer que, efectivamente, se había producido un error humano, al no retirar el detonador de uno de los tubos lanzatorpedos. Como atenuante figuró que los oficiales y marineros eran inexpertos en maniobras navales; hay que tener en cuenta que buena parte de los marineros no tenía más de dieciocho años.

De todos modos, el tribunal consideró que el incidente no podía quedar impune. Por tanto, el marinero Dawson, que tenía sólo veintidós años, fue condenado a catorce años de trabajos forzados por negligencia. Por suerte para él, cuando Roosevelt fue informado de la sentencia, otorgó un perdón presidencial al joven y ordenó a la Marina que no infligiese ningún otro castigo a Dawson, dado que todo había sido un error y nadie había sido perjudicado.

Aunque quedó demostrado que no se había tratado más que de un accidente, el capitán Walter vio truncada su carrera militar, siendo transferido a un despacho en una base naval. La tripulación en su conjunto, pese a haber resultado también inocente, no se libró de ser castigada. El barco fue enviado en pleno invierno a una misión de vigilancia de un año de duración en las gélidas islas Aleutianas, cerca de Alaska.

Se intentó mantener el incidente en el más absoluto secreto, pero los rumores sobre el suceso se extendieron. La consecuencia es que, cuando del USS *William D. Porter* se cruzaba con otro buque de guerra estadounidense en su camino a las Aleutianas, padecía bromas del tipo «¡No disparen! ¡Somos republicanos!», (Roosevelt era demócrata).

Durante su nuevo servicio, la tripulación del *Willie Dee* intentó lavar su honor cumpliendo con la mayor diligencia los objetivos marcados en su misión ártica. Pero el barco parecía perseguido por una maldición; durante el descanso de unos ejercicios navales, uno de los marineros se emborrachó y se empeñó en disparar uno de los cañones del buque. Pese a la merma de sus facultades, consiguió hacer fuego con un cañón de gran calibre antes de que sus compañeros pudieran detenerlo. El cañón

estaba apuntado hacia tierra, y hacia allí se dirigió el proyectil, concretamente hacia la casa del comandante de la base de las Aleutianas, justo cuando éste estaba celebrando una fiesta para sus compañeros, acompañados de sus esposas. Afortunadamente, la explosión no alcanzó el jardín, que era el lugar en el que se estaba celebrando la fiesta, por lo que no hubo que lamentar daños personales. El que sí sufrió daños fue el prestigio del *William D. Porter*, ya bastante perjudicado por el incidente con el barco de Roosevelt.

Con la guerra en el Pacífico llegando a su fase decisiva, la US Navy decidió que incluso el *Willie Dee* era necesario para ese esfuerzo final. Con una tripulación decidida a restaurar su maltrecha reputación, el destructor dejó las frías aguas de las Aleutianas para acudir a las más cálidas de las Filipinas. Allí participó en las operaciones de Mindoro y el Golfo de Lingayen. A finales de marzo de 1945 el buque fue enviado a Okinawa, donde tenía la misión de patrullar en mar abierto para tratar de interceptar los aviones japoneses antes de que alcanzasen a los barcos más grandes.

El 10 de junio de 1945, mientras realizaba una patrulla rutinaria, el *Willie Dee* fue objeto del ataque de un avión kamikaze; el aeroplano suicida se dirigía directo al destructor mientras sus tripulantes disparaban los cañones furiosamente, intentando derribarlo antes de que impactase contra el barco. Esta vez los hombres del *Willie Dee* estuvieron a la altura de las circunstancias y lograron derribarlo poco antes de que el kamikaze alcanzara su objetivo, cayendo éste al mar.

Parecía que, por fin, la suerte del destructor maldito había cambiado, pero nada más lejos de la realidad; el avión no se había hundido, sino que, deslizándose a escasa profundidad debido al impulso que llevaba en vuelo, acabó impactando en la quilla del buque y explotando. Para suerte de su tripulación, el destructor no se hundió de inmediato, sino que su agonía se prolongó durante tres horas, un tiempo suficiente para que todos pudieran ponerse a salvo. Curiosamente, el *William D. Porter* sería el único destructor de la Segunda Guerra Mundial que resultó hundido sin sufrir ni una sola baja. A este *honor* sumó las cuatro estrellas de combate que recibió por sus servicios durante la contienda.

Pero el nombre del USS *William D. Porter* quedaría siempre unido al infortunado error de su tripulación que estuvo tan cerca de costar la vida al presidente estadounidense, un incidente que no sería desclasificado hasta 1958.

Mala puntería aliada

Antes del desembarco en Normandía, los Aliados llevaron a cabo una vasta ofensiva aérea sobre territorio francés con el objetivo de dificultar la previsible respuesta alemana. Esos ataques aéreos fueron un éxito, pero el precio que tuvo que pagar la población civil francesa no fue desdeñable.

Por ejemplo, el 13 de marzo de 1944, los bombarderos británicos atacaron el nudo ferroviario de Le Mans. Medio centenar de locomotoras y unos ochocientos vagones resultaron destruidos, pero algunas de las bombas cayeron sobre el mercado de la ciudad, matando a unos cien civiles.

La ciudad de Lille también padeció un bombardeo aliado, los días 9 y 10 de abril. El ataque de 186 bombarderos de la RAF provocó la muerte de 456 franceses y quedó destruido un centenar de casas, si bien se alcanzó el objetivo de dañar unos 2000 vagones.

Del mismo modo, Bélgica padeció la mala puntería de los escuadrones aéreos, en este caso de 22 bombarderos Halifax pertenecientes a la fuerza aérea canadiense. Fue al día siguiente del ataque británico a Lille y el resultado, desgraciadamente, fue similar; 438 habitantes de Gante perdieron la vida durante el bombardeo a las instalaciones ferroviarias de esta ciudad.

Los aparatos canadienses también fueron tristes protagonistas los días 19 y 20 de abril, cuando doscientos bombarderos intentaron destruir el nudo ferroviario de Noisy-le-Sec, cerca de París. Buena parte de las bombas cayeron sobre un área habitada próxima a las vías, muriendo un total de 464 civiles y resultando heridos otros 370. Quedaron destruidas unas setecientas casas.

Pero los daños colaterales sobre la población no se produjeron solamente durante los preparativos del Día-D. También se dieron en una fecha tan tardía como el 3 de marzo de 1945, cuando faltaban sólo dos meses para que concluyese la conflagración. En una operación aérea sobre Bezuidenhout, un suburbio de la ciudad holandesa de La Haya, más de quinientos civiles perdieron la vida bajo las bombas, cuando los bombarderos aliados erraron su objetivo: unas instalaciones de lanzamiento de bombas volantes V-2 ocultas en un bosque cercano.

Un ensayo catastrófico

El desembarco aliado en Normandía es percibido históricamente como un enorme éxito de organización, coordinación y ejecución. La realidad es que así fue; gracias a la dirección suprema de David Dwight Eisenhower, la colosal maquinaria aliada funcionó como un mecanismo de relojería y el asalto a la fortaleza europea de Hitler pudo desarrollarse casi a la perfección.

Pero esta trascendental operación no comenzaría con los mejores augurios. Durante los ensayos para el Día-D se produciría un episodio trágico, aunque permanecería archivado como alto secreto hasta 1954. Fue entonces cuando el Departamento de Estado norteamericano levantó el velo de silencio sobre ese hecho y se pudo conocer lo ocurrido en la madrugada del 28 de abril de 1944.

Unas semanas antes del Día-D, la 4.ª División de Infantería norteamericana, que tenía como objetivo alcanzar la playa denominada «Utah», había iniciado los ensayos

para que, llegado el momento, todo saliese según lo previsto. El entrenamiento se llevaba a cabo en una zona especialmente acotada en la costa del sur de Inglaterra, en Devon, al abrigo de una posible presencia de espías germanos. Era fundamental guardar un absoluto secreto sobre la preparación del desembarco.

En esa madrugada, las tropas de la 4.ª de Infantería iniciaron los preparativos para llegar a la costa en lanchas de desembarco desde unos buques de transporte situados enfrente de las playas. En el ejercicio se pondría especial atención en el traslado de vehículos desde los buques a la orilla, mediante unas lanchas especiales.

Mientras se llevaba a cabo esta operación, aparecieron unos inesperados *invitados*. Se trataba de nueve torpederas alemanas, que pudieron acercarse a los buques gracias a que los destructores que debían proteger la zona no habían podido salir del puerto por un inoportuno accidente.

Así pues, las torpederas pudieron atacar a placer a las lanchas de desembarco, que ya habían emprendido el camino a la costa cargadas de soldados. Cuando los primeros disparos alcanzaron las lanchas, la munición y las bengalas estallaron, iluminando la oscuridad. El caos resultante hizo que algunas lanchas impactasen unas con otras. El combustible derramado sobre la superficie del mar prendió y muchos hombres murieron abrasados por las llamas.

Según se pudo conocer diez años más tarde, el ataque de la nave alemana se saldó con 639 muertos. Paradójicamente, esa misma unidad, la 4.ª División de Infantería, sólo perdería 106 hombres en el Día-D[72].

Crimen y castigo en el Ejército norteamericano

Según se dio a conocer después de la Segunda Guerra Mundial, un total de 443 soldados norteamericanos (245 blancos y 198 negros) fueron condenados a muerte por crímenes cometidos en el continente europeo. De ellos, sólo 93 acabarían enfrentándose a la horca.

En todo el teatro de operaciones europeo, 109 civiles fueron asesinados por soldados estadounidenses; de ellos, la casi totalidad, 107, eran alemanes. En Francia, se denunciaron 181 casos de violación cometidos por miembros del Ejército de Estados Unidos, mientras que en Alemania el número de violaciones denunciadas ascendió a 552. Al mismo tiempo, 214 soldados norteamericanos fueron asesinados por sus propios compañeros.

Berlín, fruta prohibida

En la fase final de la contienda en Europa, un hecho sorprendente fue la detención de las fuerzas aliadas occidentales en su camino hacia Berlín, cuando la resistencia

germana era tan débil que no hubiera podido ofrecer resistencia a ese avance. Lo mismo ocurrió con Praga, que se encontraba al alcance de las fuerzas del general Patton cuando recibieron la orden de parada.

A mediados de abril de 1945, las avanzadas norteamericanas se encontraban ya a tan sólo cien kilómetros de Berlín. En ese momento, el capitán Harry Butcher, ayudante naval del general Eisenhower, acudió a su jefe para informarle de que todo el ejército estaba ya dispuesto para avanzar hacia Berlín.

Butcher le dijo que, desde los más altos oficiales hasta el último soldado, el deseo acuciante de tomar la capital estaba presente en todos ellos. Pero el capitán se quedó de piedra cuando observó cómo el jefe supremo de las fuerzas aliadas en Europa desechaba esta petición generalizada argumentando que «la toma de Berlín no sería más que un simple espectáculo». Eisenhower dio por concluida la cuestión asegurando que «no vamos a apostar carreras con los rusos, por ahora tenemos cosas más importantes que hacer».

¿Cuál era la razón de esa incomprensible actitud de Eisenhower? Para entenderla, debemos remontarnos a diez antes, cuando el general norteamericano envió un mensaje al general John R. Deane, jefe de la misión militar en Moscú, por el que se le comunicaban instrucciones para proponer a los rusos que, mientras los alemanes no se rindiesen, los frentes norteamericano y soviético tuvieran libertad de avanzar hasta que se produjese el contacto.

Pero esta propuesta de Eisenhower chocó con las protestas del subjefe del Estado Mayor ruso, el general Alexei Antonov, quien expresó su temor de que los norteamericanos penetrasen demasiado en la zona asignada a los soviéticos. Tras alguna demora, el general Eisenhower comunicó a Deane que expresase a Antonov su comprensión y que la nueva propuesta consistía en la detención de las fuerzas norteamericanas y británicas a lo largo de la orilla occidental del río Elba. Para entonces, las avanzadas norteamericanas ya habían cruzado dicha corriente fluvial y se vieron obligadas a volverla a pasar para mantenerse en la ribera occidental. Los soldados y los oficiales pensaban que el objetivo era consolidar esas posiciones seguras para organizar el asalto final a la capital berlinesa, pero estaban muy equivocados.

Lo mismo ocurriría en Checoslovaquia. Allí, el general George Patton fue obligado a retirarse hasta la línea Pilsen-Karlsbad-Budojovice, pero sus avanzadillas se encontraban realmente en las afueras de Praga. Ante la posibilidad de liberar fácilmente la capital checa, Eisenhower se mostró remiso a hacer retroceder a Patton, pero desde Moscú llegaron las protestas airadas de Antonov. Eisenhower no tuvo otro remedio que ordenar la retirada a Patton, a quien le dolió en grado sumo esa decisión. En el diario personal del impulsivo general norteamericano se podía leer al respecto: «Me sentí entonces y me siento aún mortificado porque opinaba, como sigo opinando, que debíamos haber ido hasta el río Moldau y que, si eso no les gustaba a los rusos, ¡que se fueran al diablo!».

Como se ha visto, Eisenhower estaba decidido a lanzar una ofensiva contra Berlín, pero tras la negativa de los rusos a aceptar su propuesta el general norteamericano cambió de opinión. ¿Qué sucedió entre la respuesta de Antonov y el nuevo plan ofrecido por Eisenhower? ¿Qué hizo modificar sus planes?

Se desconoce con exactitud lo que ocurrió, pero una pista importante se conocería una vez finalizada la contienda. En 1948, el hijo del presidente Franklin D. Roosevelt, Elliott, revelaría un hecho que hasta ese momento no se conocía. Durante la Conferencia de Yalta, celebrada en Crimea en febrero de 1945, Roosevelt intentó por todos los medios hacer entrar a la Unión Soviética en las Naciones Unidas. Pero el idealismo del máximo mandatario estadounidense chocaba con el líder soviético, que exigía ganancias palpables para dar ese paso. Para lograr su propósito, Roosevelt halagó a Stalin con numerosas concesiones, que fueron publicadas; el control soviético de Polonia a cambio de la celebración de elecciones libres —un compromiso que Stalin no cumpliría—, una zona propia de ocupación en Alemania, la anexión de varios enclaves en Extremo Oriente, además de 10 000 millones de dólares en reparaciones de guerra, entre otras ventajas. Pero, según desvelaría el hijo del presidente norteamericano, su padre celebró también ciertos acuerdos secretos con el dictador soviético. En uno de ellos se estableció que fuera el Ejército Rojo el que tomaría Berlín.

Es comprensible que este pacto no trascendiese, pues hubiera proporcionado a los alemanes ventaja al conocer de antemano los planes militares de los aliados, pero lo que se comprende menos es que no fuera comunicado a los principales estrategas aliados. Al parecer, a este compromiso era ajeno no sólo Eisenhower, que no tuvo conocimiento del mismo hasta el último momento, sino también Churchill. Cuando los soldados y oficiales norteamericanos clamaban por que se les ordenase marchar sobre Berlín, el primer ministro británico acuciaba al gobierno de Washington para que diera luz verde a la ofensiva. Churchill, incluso, suplicó personalmente al general Eisenhower que lanzara a sus tropas contra la capital germana, pero todo fue en vano. Berlín se convertía así en una fruta prohibida para las fuerzas aliadas occidentales.

Una vez más, Stalin se había salido con la suya. El 2 de mayo, los rusos entraron en Berlín, cuando los aliados occidentales podían haberlo hecho mucho antes. La contrapartida de ese acuerdo, la división de la capital en cuatro zonas de ocupación, sería cumplida de mala gana por Stalin, puesto que no fue sino casi dos meses después, el 3 de julio de 1945, cuando se permitió a británicos y norteamericanos trasladar reducidas guarniciones a sus respectivos sectores de la ciudad, enclavada en la zona de ocupación soviética.

Además, a los Aliados occidentales se les asignó únicamente un ferrocarril, una autopista y un estrecho pasillo aéreo; el control soviético de estas vías de comunicación provocaría tres años después el bloqueo del Berlín occidental y una grave crisis entre los antiguos aliados que a punto estuvo de hacer estallar la guerra entre ellos, un conflicto que hubiera tenido su origen en el empeño de Roosevelt en

cumplir la promesa que había hecho al *zar rojo* en Yalta.

¿Los británicos ordenaron fusilar a Mussolini?

Benito Mussolini y su amante, Clara Petacci, fueron fusilados por partisanos italianos en la tarde del 28 de abril de 1945. El Duce había sido capturado el día anterior, mientras intentaba huir a Suiza, disfrazado de soldado germano y sentado al fondo de un camión que formaba parte de una columna alemana en retirada.

En la mañana de ese 27 de abril, los vehículos habían caído en una emboscada de partisanos. Los alemanes, confiados en que el disfraz del Duce podía engañarles, llegaron a un acuerdo con ellos: los guerrilleros les dejarían continuar su camino si antes les permitían registrar la columna para evitar que escapase algún fascista italiano.

Los alemanes accedieron. Sin embargo, la casualidad quiso que uno de los encargados de hacer la inspección fuera Giuseppe Negri, que había sido tripulante de un torpedero en el que había viajado Mussolini en el verano de 1943. Negri fue registrando los camiones hasta que la cara de uno de aquellos soldados alemanes le resultó tremendamente familiar. Se acercó para verle mejor y despejó sus dudas; tenía delante al mismísimo Duce.

Negri se dirigió rápidamente al jefe de los partisanos y le gritó: «¡El “cabezón” está aquí!». Su superior no se lo creyó y pensó que se trataba de una broma. Pero Negri insistió: «¡De verdad, está aquí, en un camión, vestido de alemán!». Los partisanos acudieron y comprobaron estupefactos que, efectivamente, era él. Mussolini, viéndose perdido, no opuso resistencia a ser detenido. Su amante también fue localizada en otro vehículo de la caravana y ambos fueron trasladados a una casa de campo de la zona.

Al día siguiente, sobre las cuatro de la tarde, un hombre armado irrumpió en el caserío. Se presentó ante el Duce y le dijo que había venido a liberarle. La pareja salió de la casa y fue introducida en un vehículo en el que había dos hombres más. Todo era un engaño; en realidad se trataba del llamado «coronel Valerio», acompañado de dos partisanos. Su intención no era precisamente liberarle, sino acabar con la vida de la insigne pareja. Tras recorrer solo medio kilómetro, detuvieron el coche y les obligaron a bajar. El «coronel» los envió de un empujón hacia una tapia e intentó dispararles con su metralleta, pero ésta se encasquilló. Entonces recurrió a la pistola que llevaba en el cinto y les disparó, dándoles muerte.

Éste es el relato de los hechos. No obstante, las versiones sobre los dramáticos últimos momentos del Duce son también variadas. Los protagonistas de la ejecución han descrito la escena de manera muy distinta, incluso contradictoria. Pero lo que siempre parecía indudable era que la iniciativa de su fusilamiento surgió de los mismos partisanos.

Sin embargo, en 1995, un prestigioso historiador italiano, Renzo de Felice (1929-1996), desmontaba esta suposición y atribuía la decisión de matar al Duce al gobierno británico. De Felice era un investigador que dedicó gran parte de su vida a estudiar el fascismo y en especial la vida de Mussolini, como lo demuestra la monumental biografía que escribió sobre su figura entre 1965 y 1992, de más de quince mil páginas y dividida en siete volúmenes. Por tanto, no se trataba de una aventurada especulación, sino de la conclusión de un investigador de autoridad contrastada.

Según De Felice, el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, había decidido que, una vez concluida la guerra, Mussolini debía rendir cuentas de sus acciones ante las potencias vencedoras. Para apoyar esta afirmación, el historiador aportó un informe de medio millar de páginas del servicio secreto estadounidense, oculto hasta ese momento, en el que se relataban las operaciones realizadas por sus agentes para localizar a Mussolini y capturarlo con vida.

Pero en ese informe existía un dato sorprendente. Se aseguraba que la misión había fracasado, ya que el Duce había sido ajusticiado antes de que lo encontrasen por culpa de los espías británicos. De Felice afirmaba que los agentes de Churchill incitaron a los partisanos a que lo fusilaran lo más pronto posible, advirtiéndoles que los norteamericanos querían sacarlo con vida del país y quién sabe si liberarlo. Así que los partisanos comprendieron que ésa era la última oportunidad de *hacer justicia*, ya que en cuanto los norteamericanos supieran de su paradero se lo llevarían, por lo que decidieron ejecutarlo sin juicio.

Los ingleses no sólo se encargaron de azuzar a los partisanos para que acabaran con la vida del Duce, sino que también se dedicaron a confundir a los dos grupos de agentes norteamericanos que trataban de encontrarlo. Los agentes de Churchill lograron que uno de estos grupos fuera tras las huellas de un general que también trataba de huir, haciéndoles creer que se trataba de Mussolini. El otro grupo tuvo peor fortuna, ya que las indicaciones recibidas por los ingleses les llevaron a perderse en las montañas.

Pero ¿cuál era la razón por la que los británicos deseaban acabar con la vida del dictador? Según el historiador, no era conveniente que el dirigente italiano compareciese en un juicio público porque podía revelar algunos asuntos oscuros que al gobierno británico no le convenía que fueran conocidos.

En cuanto a esos supuestos secretos cuya revelación podía incomodar al gobierno de Londres, De Felice reconoció desconocerlos. No obstante, lanzó la idea de que entre Churchill y el dictador fascista podía haber existido algún tipo de entendimiento político, que habría tenido sus consecuencias en la marcha de la guerra. Según el historiador, en la maleta que Mussolini llevaba consigo cuando fue detenido por los partisanos había una parte de la comprometedora correspondencia que había mantenido con el primer ministro británico.

Los norteamericanos no sólo fueron engañados cuando iban tras la pista de

Mussolini. Una vez que fue capturado y que la noticia llegó a oídos de los agentes de Roosevelt, éstos comunicaron a los partisanos que debían entregarle el prisionero. Además, les dijeron que enviaban un avión para recogerlo. Los partisanos, presuntamente asesorados por los espías británicos, respondieron que era inútil el envío del avión porque Mussolini ya había sido fusilado.

En el documento de quinientas páginas aportado por De Felice quedaba reflejado el monumental enfado de los norteamericanos cuando comprobaron que el fusilamiento del Duce se había producido varias horas después, al examinar detalladamente los datos de que disponían. Es decir, cuando los estadounidenses reclamaron al prisionero, éste se encontraba con vida. Habían sido engañados para que los partisanos tuvieran tiempo de enviar a Mussolini al otro mundo. Su cadáver, después de ser salvajemente ultrajado, quedaría colgado por los pies, junto al de su amante, de la estructura de una gasolinera en la plaza Loreto de Milán.

Siempre según las investigaciones de De Felice, los ingleses habían conseguido su propósito de silenciar al dictador italiano. Habían sido más hábiles y más rápidos que sus aliados. Mussolini ya no podría revelar ningún secreto, ni desvelar algún vergonzante entendimiento político entre el régimen fascista y la democracia parlamentaria británica.

Himmler, ¿suicidio o asesinato?

Heinrich Himmler fue, sin duda, uno de los personajes más siniestros de la Alemania nazi. Fue uno de los primeros seguidores de Hitler, lo que le valió, unido a su incuestionable capacidad organizativa, convertirse a los veintinueve años en el SS-Reichsführer, es decir, jefe nacional de las fuerzas paramilitares del Partido Nacionalsocialista.

Con los años, Himmler fue acumulando cada vez más poder. Además de dirigir todas las fuerzas civiles del Estado, fue el máximo responsable de los servicios de seguridad y de los campos de concentración. Pero en la última fase de la contienda, al ser evidente que el Tercer Reich tenía los días contados, Himmler trató de maniobrar a espaldas de Hitler para conseguir que las potencias vencedoras le permitiesen mantenerse en el poder en Alemania. Así pues, intentó presentarse como alguien con quien se podía dialogar, y trató de borrar su responsabilidad en el exterminio de seis millones de judíos.

Según algunos investigadores, a principios de 1943, cuando el Tercer Reich daba las primeras muestras de haber llegado a su máxima expansión, Himmler ya inició los primeros contactos con los Aliados a través de intermediarios. Desde entonces, y hasta el final de la guerra, los intentos de Himmler de ganarse el favor de los Aliados serían constantes, con algunas interrupciones, aunque la falta de documentación al respecto hace que todo sean especulaciones.

Pero de lo que sí hay constancia es que en marzo y abril de 1945 se dieron conversaciones directas entre Himmler y el sueco Folke Bernadotte, presidente de la Cruz Roja. El objetivo de Himmler era frenar el avance soviético y ser reconocido por los Aliados como «jefe del Estado del Oeste». El 28 de abril, la BBC dio la noticia de las conversaciones; Hitler, furioso y sintiéndose traicionado, ordenó su arresto, pero su suicidio dos días después dejaría la situación de Himmler en el aire. Éste pensaba que aún podría tomar las riendas del Reich, pero el almirante Karl Doenitz, sucesor testamentario de Hitler, le negó algún papel en la Alemania de transición, rechazando su propuesta como el segundo hombre del gobierno. En aquel momento, Himmler vio perdida su causa y decidió desaparecer del escenario.

En vista de la situación, y consciente de que los Aliados estaban dispuestos por todos los medios a cazarle, se despidió de su médico personal Kersten y cambió su apariencia. Se afeitó su característico bigote, se rasuró la cabeza y se puso un parche negro en un ojo, intentando hacerse pasar por un gendarme de la policía militar. Himmler decidió dirigirse desde Flensburg, en donde se hallaba en ese momento, al sur de Baviera, a su casa, para desde allí emprender la fuga con unas cuantas personas de su confianza. El 10 de mayo salió de Flensburg junto a una docena de incondicionales en cuatro vehículos. Dos días más tarde tuvieron que dejar los coches y seguir a pie en dirección al sur.

Pero al intentar cruzar el puente sobre el río Oste, entonces vigilado por el Ejército británico, el grupo fue detenido. Tras ser interrogados por separado, y obtener declaraciones contradictorias, fueron arrestados. Himmler, que no fue reconocido, se hizo pasar por Heinrich Hitzinger, un sargento de la Gehaime Feldpolizei ejecutado tiempo atrás por derrotismo. Una parte del grupo fue enviado al campo de prisioneros de Westertimke, y Himmler y dos escoltas fueron enviados al campo de prisioneros de Kolkhagen, al sur de Lüneburg, adonde llegarían la tarde del 23 de mayo.

Una vez allí, Himmler despertó sospechas por lo muy ordenado de sus papeles de identidad, cosa que no era común al capturar soldados fugitivos. Además, el trío formado por él, débil, de aspecto enfermizo y mal vestido, y sus dos escoltas, fuertes y con aspecto de rudos soldados, llamó la atención del capitán Thomas Selvester, entonces al mando del campo. Finalmente, Himmler, llamado a la presencia del capitán, se identificó ante Selvester por su verdadero nombre y solicitó hablar con el general Eisenhower o Montgomery[73].

El capitán inglés informó de inmediato al cuartel general del II Ejército británico en Lüneburg, y en unas horas varios miembros del Servicio de Inteligencia se presentaron en el campo para comprobar la identidad del detenido. Una vez identificado, se decidió conducir a Himmler al cuartel general de Lüneburg, a un lugar reservado a presos de alta graduación.

A su llegada al cuartel general, se procedió a un registro exhaustivo del prisionero. A partir de aquí, las versiones de los testigos difieren. La que está

comúnmente aceptada es la que reseñó el doctor Wells —fallecido en 1975— y el mayor Norman Whittaker —fallecido en 1958— en sus respectivos diarios, y que reflejaba lo ocurrido a partir de las once menos cuarto de la noche, la hora a la que Himmler llegó al cuartel de Lüneburg:

«No se mostró arrogante —se puede leer en el diario de Whittaker—, parecía un pobre hombre que sabía que el juego había terminado. Hicimos que se lavara las manos por si escondía el veneno debajo de las uñas. Después, el doctor Wells comenzó la exploración médica».

«Me comporté con corrección y amabilidad —explicaba el doctor Wells en su diario—. Él estaba silencioso, pero cooperaba con lo que me iba pidiendo (…). En un momento dado le dije que abriera la boca (…). Pude observar entonces un objeto diminuto de color azul que sobresalía ligeramente a la izquierda de su mandíbula inferior. No era normal y comprendí que se trataba del cianuro. ¿Qué podía hacer yo en ese momento?».

«Sin esperar un momento —proseguía Wells— metí los dedos en su boca para quitarle la cápsula. Entonces Himmler, dándose cuenta de lo que estaba sucediendo, cerró la boca con fuerza, mordiéndome la mano (…). Movió la cabeza y, mirándome fijamente, como desafiándome, mordió la cápsula y respiró profundamente».

«Su cara —según el testimonio del doctor— se transformó en un gesto de dolor agudo. La vena cava sobresalió notablemente, sus ojos se desorbitaron y su cuerpo se desplomó en el suelo, cayendo hacia delante».

«El doctor —según el diario de Whittaker— gritó: “Dios mío, está en su boca. Lo ha hecho delante de mis propias narices”. El intento de mantener a Himmler con vida resultó inútil. Mientras el coronel Murphy y yo nos turnábamos para controlarle la lengua, el doctor Wells le practicaba la respiración artificial (…). A las once y catorce minutos de la noche expiró[74]».

Al día siguiente, el 24 de mayo de 1945, el cuerpo de Himmler fue expuesto sobre el suelo del salón en el que había fallecido, vestido con su camisa y unos calcetines del Ejército británico, para ser fotografiado por la prensa aliada. El cadáver permanecería en el mismo lugar hasta el 25 de mayo, para que le fuera practicada la autopsia. También se confeccionó una máscara *post mortem* que se exhibe hoy en el Imperial War Museum de Londres.

En la madrugada del 26 de mayo, el sargento Austin recibió la orden de deshacerse del cuerpo de Himmler. El cadáver fue envuelto en una red de camuflaje, atado firmemente con cable telefónico y cargado en un camión. En un lugar apartado, al pie de un árbol en un bosque situado al sur de Lüneburg, el cuerpo fue enterrado en secreto, sin dejar ninguna marca que indicara que allí había una tumba.

Ese orden de acontecimientos sería el que presentaría la versión oficial, difundida a la prensa de todo el mundo. Pero las contradicciones e inexactitudes que presenta han hecho que desde entonces hayan circulado muchos rumores sobre este episodio.

Por ejemplo, cuando aún se encontraba en su primer lugar de detención, el campo

de Kolkhagen, Himmler ya fue sometido a un registro corporal completo y minucioso, en el que no se detectó la supuesta presencia de la cápsula de veneno en su boca. La exploración fue tan exhaustiva que incluso se le peinaron sus cortos cabellos por si ocultaba algo allí. Además, tras la revisión se le ofreció té y unos bocadillos de queso, que Himmler masticó con fruición. El hecho de que también se bebiese el té sin ningún tipo de prevención y que charlase durante la comida hace pensar que difícilmente podía esconder en ese momento una cápsula de cristal en la cavidad bucal.

Por si fuera poco, hay que tener en cuenta que las cápsulas de veneno con las que contaban los jerarcas del Tercer Reich para escapar rápidamente de la vida en caso de verse perdidos, tenían unas medidas que no las hacían aptas para mantenerlas ocultas en la boca. Éstas eran demasiado grandes; medían tres centímetros y medio de largo y nueve milímetros de grosor. De tener una de estas ampollas en la boca, a Himmler le hubiera sido imposible masticar y beber con tranquilidad, y no es necesario incidir en que un objeto de este tamaño no hubiera pasado desapercibido en una exploración médica, por superficial que ésta pudiera ser.

Otro punto oscuro es que la versión oficial, remitida a la prensa, estaba firmada por el coronel Michael Murphy, jefe de los servicios secretos del mariscal Bernard Montgomery. Sin embargo, Murphy no estuvo presente en el momento en el que Himmler se quitó la vida; se encontraba en el aseo, pues sufría unos problemas de estómago. Murphy era el hombre que debía interrogarle, pero Himmler murió antes de que pudiera hacerlo.

No menos inquietante es el hecho de que el libro de registro de la compañía del cuartel general del Segundo Ejército en Lüneburg que se conserva en la actualidad no es la original. La página que contenía información acerca de lo sucedido la noche en que murió Himmler fue extraída y reemplazada por otra nueva, mecanografiada algún tiempo después.

Un detalle menor, pero que se suma a ese conjunto de datos que escapan a una explicación lógica de lo ocurrido, es que el sargento Austin, quien supuestamente se encargó de transportar el cadáver de Himmler a su fosa anónima, en realidad no sabía conducir. Esa circunstancia fue descubierta tras su muerte, en 1972.

Estas y otras contradicciones, unido a los oscuros intentos de Himmler por llegar a algún tipo de acuerdo con los Aliados desde 1943, han dado pie a muchas especulaciones, más o menos arriesgadas, sobre este enigmático Capítulo del final de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, los investigadores toparon siempre con el obstáculo de la ausencia de información, debido a que ésta se encuentra clasificada como secreto y que, en principio, no verán la luz hasta el año 2020.

Aun así, un historiador británico, Martin Allen, aseguró que en otoño de 2003 tuvo acceso a unos documentos que se hallaban en el Archivo Nacional de Kew, y que ponían en duda la versión oficial. Sorprendentemente, esos documentos no figuraban protegidos por el sello de *top secret*.

En el primero de ellos, un informe interdepartamental británico del 10 de mayo de 1945 que John Wheeler-Bennett, del Foreign Office, envió a Robert Bruce-Lockart, del Comité para la Guerra Política (Political Warfare Executive, PWE), un departamento secreto encargado de la guerra psicológica. En él, Bruce-Lockart decía a su interlocutor del Foreign Office lo siguiente:

«No podemos permitir que Himmler suba al estrado en ningún proceso futuro, ni permitir que sea interrogado por los norteamericanos. Habrá que tomar medidas, por lo tanto, para eliminarlo tan pronto caiga en nuestras manos. Piensa en ello, por favor, porque si hay que emprender alguna acción, habrá que hacerlo con cierta prisa[75]».

El segundo era un telegrama fechado el 24 de mayo de 1945, y enviado a las cuatro horas del fallecimiento de Himmler. En él se podía leer:

«Conseguimos interceptar a HH anoche en Lüneburg antes de que fuera interrogado. Conforme a las instrucciones, se tomaron medidas para silenciarlo definitivamente. Di orden de que mi presencia en Lüneburg no quedara registrada de ningún modo y podemos concluir que el problema HH está zanjado[76]».

Y el tercero era una carta interministerial, escrita pocos días después de la muerte de Himmler. En ella, Brendan Bracken, ministro para el Comité Político de Guerra, se dirigía a lord Selbone, ministro para el Comité de Operaciones Especiales (Special Operation Executive, SOE) en estos términos:

«A raíz de la buena noticia de la muerte de Little H (el nombre en clave del PWE para Himmler), creo imperativo que mantengamos una laguna informativa total respecto a las circunstancias exactas del fallecimiento de ese malvado. Estoy seguro de que, si llegara a hacerse público que tuvimos algo que ver en su muerte, ello tendría repercusiones devastadoras para la posición de este país. Estoy también seguro de que el asunto complicaría las relaciones con nuestros hermanos americanos; bajo ninguna circunstancia deben saber que eliminamos a Little H, más aún teniendo en cuenta que sabemos lo ansiosos que estaban por interrogarlo ellos mismos[77]».

Este material fue utilizado por el investigador para presentar en 2005 una tesis que causó una gran controversia, la de que fueron agentes británicos los responsables de la muerte de Himmler[78]. De esos documentos se desprendía la conclusión de que Himmler había sido asesinado por un agente británico, Leonard Ingrams, y que el asesinato había sido idea de dos altos funcionarios del Ministerio británico de Asuntos Exteriores, John Wheeler-Bennett y Robert Bruce-Lockart. A partir de ese momento, el Archivo Nacional vetó el acceso a cualquier documento referente a este caso.

Pero el asunto tomaría un cariz inquietante cuando un periodista del *Daily Telegraph* solicitó los tres documentos para que fueran analizados, a lo que accedió el Archivo Nacional. Las pruebas indicaron que esos documentos habían sido alterados de una manera burda; por ejemplo, los membretes de las cartas, supuestamente escritas en 1945, habían sido creados con un láser de alta resolución. Este dato, lejos

de dictaminar que todo se trataba de un montaje, lanzaba nuevos interrogantes. ¿Con qué objeto alguien podía haber introducido documentos falsos en el archivo?

Según el historiador, los documentos que él investigó no presentaban entonces las anomalías que posteriormente podían ser detectadas por cualquier profano. En el aire quedó la posibilidad de que alguien hubiera cambiado los documentos originales por esas rudimentarias copias para vaciar de toda credibilidad la tesis defendida por Allen.

Los enigmas en torno a la muerte de Himmler continúan, y éstos no desaparecerán hasta que toda la documentación sobre el caso vea la luz. Hasta entonces, la posibilidad de que el gobierno británico, y particularmente Winston Churchill, hubiera planeado el asesinato del Reichsführer para evitar que ante un tribunal revelase los contactos que mantuvo con los Aliados, seguirá siendo una hipótesis arriesgada e inquietante, pero ni mucho menos descabellada.

Las voces de Eisenhower y Hitler, unidas

Durante la Segunda Guerra Mundial, la técnica alemana demostró en muchos aspectos estar más adelantada que la de los Aliados, como hemos visto en otros episodios. Pese a que los científicos norteamericanos lograron adelantarse a los hombres de ciencia germanos en la carrera por obtener la bomba atómica, estos últimos demostraron poseer una inventiva superior.

Un ejemplo sería la invención del magnetofón, cuyos principios ya fueron desarrollados por los ingenieros alemanes a finales de los años treinta. Por su importancia al registrar grabaciones de audio, lo que podía tener importancia militar, fue considerado secreto de estado por Hitler.

Al finalizar la contienda, la grabadora fue descubierta por las tropas aliadas, siendo confiscados todos los aparatos y expropiadas sus patentes. El descubrimiento del magnetofón resultó tan maravilloso para los norteamericanos que de inmediato intentaron sacarle provecho, pese a que desconocían buena parte de su funcionamiento.

El general Dwight Eisenhower decidió nada más terminada la guerra dirigir un mensaje por radio al pueblo alemán pidiendo su colaboración en la nueva etapa que se abría. El Cuerpo de Señales del Ejército propuso al general utilizar el magnetofón para este cometido, grabando previamente su alocución. Eisenhower, impresionado por la novedosa máquina, accedió a la propuesta. Debido a las escasas cintas que pudieron ser encontradas, el discurso tuvo que ser grabado en una cinta previamente usada por el Ministerio de Propaganda nazi.

Unos días más tarde, todo estaba listo para el momento de la emisión radiofónica. Al encenderse la luz *On The Air*, la voz grabada de Eisenhower llegó a los aparatos de radio de la población germana pero, de pronto, mezcladas con la voz del general

norteamericano, comenzaron a escucharse fragmentos de un discurso de Adolf Hitler.

La confusión entre los oyentes al oír la voz del dictador ya fallecido fue enorme, pues creían que el discurso era en directo. Los ingenieros del Cuerpo de Señales, aún más confusos que los oyentes, no sabían lo que había podido ocurrir, pero pronto cayeron en la cuenta de lo que había sucedido. Por falta de práctica en el uso de la grabadora, habían permitido que la grabación original quedara intacta en el fondo y se pudiera escuchar nítidamente la voz de Hitler cada vez que Eisenhower hacía las correspondientes pausas. Inexplicablemente, nadie había revisado la grabación antes de ser emitida, lo que permitió que la fantasmal voz de Hitler surgiese nuevamente de los aparatos de radio alemanes.

Ante tamaño fiasco, el general Eisenhower prohibió de manera estricta que se utilizara cualquier otra cinta capturada, por lo que ordenó que todas fueran destruidas. Ike encargó al mayor John Herbert Orr (1911-1984) que desarrollase de forma inmediata una planta de fabricación de cinta magnética en territorio estadounidense. Para este proyecto contó con la colaboración de un grupo de científicos alemanes capturados, y que se avinieron a trabajar para los Aliados.

El mayor Orr recogió las investigaciones llevadas a cabo por los alemanes y estableció la fórmula básica para la producción de la cinta magnética. Orr abrió una fábrica de cintas e inició así la producción de las primeras bobinas totalmente limpias de la voz del Führer.

Roosevelt y Lucy Rutherfurd

El presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt era muy popular entre sus compatriotas. Pero una parte de esa aceptación popular se la debía al carisma de la Primera Dama, su esposa Eleanor, con la que se había casado en 1905. No obstante, lo que los norteamericanos desconocían era que la relación entre ambos se mantenía por conveniencia.

Antes de que terminase la Primera Guerra Mundial, Roosevelt inició una relación amorosa con una joven, Lucy Page Mercer. Nacida en Washington en 1891, Lucy procedía de una familia acomodada. Tenía una hermana y sus padres se separaron cuando ella contaba con 23 años. A finales de 1913, Lucy comenzó a trabajar como secretaria personal para Eleanor.

Se desconoce cuándo comenzó la relación entre Roosevelt y Lucy. Es probable que fuera a principios de 1918. Eleanor descubrió el engaño en septiembre de ese año cuando, al vaciar una maleta perteneciente a su marido, encontró unas cartas que Lucy le había escrito, y que no dejaban lugar a dudas de la clase de amistad que unía a ambos.

Ella quedó desolada después de conocer la verdad y, después de una separación temporal, le ofreció el divorcio. Pero Roosevelt no era partidario de poner fin al

matrimonio para no causar daño a los hijos que tenían en común y para que sus ambiciones políticas no se vieran disminuidas, pues por entonces un divorcio suponía un lastre casi insuperable para ascender políticamente. Se cree que también influyó la actitud de la madre de Roosevelt, Sara Delano, quien amenazó a su hijo con desheredarle si se divorciaba.

Eleanor accedió a continuar juntos, pero con la condición de que él no volviera a ver a Lucy. Aunque hubo reconciliación y el matrimonio siguió unido, la parte íntima de la relación se había roto.

En 1920, Lucy se casó con un millonario de Carolina del Sur, Winthrop Rutherfurd, de quien tomaría el apellido con que es conocida. Con él tuvo una hija, Bárbara (1922-2005). No está claro si la relación de Lucy con Franklin siguió con la misma intensidad después de contraer matrimonio, pero lo que es seguro es que Roosevelt no cumplió con su parte del trato y el contacto con su amante no se rompió.

Cuando Roosevelt tomó posesión de la presidencia por primera vez, en enero de 1933, envió una limusina a Lucy, quien se encontró con que tenía una invitación para asistir en un lugar preferente a la ceremonia. Pero, para entonces, es muy probable que Eleanor contemplase la relación extramatrimonial de su marido con indiferencia. Paradójicamente, el distanciamiento en la pareja provocado por la doble vida de Roosevelt serviría para que Eleanor pudiera realizarse por completo; a partir de entonces ella adquirió su propio papel, lo que le llevaría a ser la Primera Dama más admirada de la historia.

Durante todo el tiempo en el que Roosevelt fue presidente, éste se vio con Lucy. Cuando Eleanor se ausentaba durante unos días de Washington, debido a los frecuentes viajes que realizaba, Lucy acudía a la Casa Blanca. Otro dato sorprendente es que la propia hija de Roosevelt y Eleanor, Anna, era la encargada de concertar y coordinar las citas entre su padre y su amante.

Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt y Lucy estrecharon aún más su relación, sin que el marido de Lucy representase un serio obstáculo. El presidente se desplazaba en ocasiones a una plantación situada precisamente en Carolina del Sur, para descansar y recuperar su maltrecha salud. Durante esas estancias, Lucy siempre estaba cerca de él. Ella también acudía frecuentemente a la casa de descanso presidencial en Warm Springs, en Georgia, en donde solía pasar varios días.

En marzo de 1944, el marido de Lucy murió. Un mes más tarde, el 12 de abril de 1944, Roosevelt sufrió un derrame cerebral que le ocasionaría la muerte. Estaba pasando un día de asueto en su casa de recreo de Georgia con su amante y su prima Laura Delano, que en ese momento estaba retratándole al óleo, cuando de repente se desplomó. Lucy fue la encargada de dar la voz de alarma, pero nada se pudo hacer para salvar la vida del presidente. Con buen tino, Lucy se marchó de Warm Springs antes que apareciese allí Eleanor, que supo de la muerte de su marido por la radio

mientras viajaba en coche.

Pese a la incómoda situación, Eleanor Roosevelt supo mantener la dignidad en todo momento, especialmente durante los multitudinarios funerales. Para ella tuvo que ser muy duro digerir que la última persona con la que Franklin había estado era Lucy. Naturalmente, no trascendieron los detalles de las circunstancias en las que se había producido el fallecimiento del mandatario.

El largo romance entre Franklin Roosevelt y Lucy Mercer Rutherfurd no se conocería hasta 1966, cuando un antiguo ayudante del presidente entre 1943 y 1945, Jonathan Daniels, publicó sus memorias con el título *The Time Between the Wars*. En su obra explicaba con detalle la relación de la que él fue testigo.

Una hija de Lucy Mercer y un hijo de Roosevelt salieron a la palestra para negar el *affaire* entre sus respectivos padres, pero los historiadores comprobaron la historia y dictaminaron la existencia del romance sin ningún género de duda.

Patton y Jean Gordon

El inefable general norteamericano George S. Patton mantuvo una relación extramatrimonial con una joven, Jean Gordon. Jean era sobrina de su mujer, Beatrice Banning Ayer, concretamente hija de una hermanastra, Louise Raynor Ayer.

Patton tenía cincuenta años cuando supuestamente se inició el romance, en 1935. Patton estaba entonces destinado en Hawai y allí entabló una breve relación con su sobrina, que entonces contaba con veintiún años.

Años después, en 1944, Jean llegó a Europa como voluntaria de la Cruz Roja y quedó asignada al 3.^{er} Ejército norteamericano. Supuestamente, la relación entre tío y sobrina sería retomada, para disgusto de la mujer de Patton, que estaba al corriente del *affaire*.

Aunque se ha especulado con que entre Patton y su sobrina existía tan sólo una amistad muy cercana —probablemente para proteger el buen nombre del militar—, los comentarios del coronel Everett Hughes —amigo íntimo de Patton— en su diario no dejan lugar a dudas sobre el carácter más que platónico de la relación.

Eisenhower y Kay Summersby

Ser el máximo responsable de las fuerzas aliadas en Europa supone una carga tal, que hacen falta dos personas para sobrellevarla. Al menos, eso debió pensar el general norteamericano Dwight David Eisenhower cuando, ya entrado en la cincuentena, recabó el apoyo sentimental de una mujer perteneciente al cuerpo auxiliar femenino, Kay Summersby.

Kay Summersby Morgan nació en el condado de Cork, Irlanda, en 1908. Era hija

de un irlandés, teniente coronel jubilado de los Royal Munster Fusiliers, y madre inglesa. Cuando Gran Bretaña entró en guerra, Kay se alistó en el Cuerpo Mecanizado de Transportes británico (British Mechanised Transport Corps, MTC). Tuvo un novio que murió en el frente en 1940.

Cuando Estados Unidos entró en guerra con Alemania en diciembre de 1941, Summersby fue uno de los miembros del MTC asignados como conductores a los militares norteamericanos de alto rango. Según los testimonios, Kay era atractiva, inteligente y poseía unas preciosas piernas.

Eisenhower llegó a Londres en mayo de 1942. Nada más llegar, el general norteamericano estableció que todos los oficiales de alta graduación que tuvieran asignados vehículos con chóferes soldados, como era la norma, debían reemplazar a éstos por mujeres en servicio, y que a los soldados debían asignárseles puestos de combate. En el caso de Ike, y dada su alta jerarquía, se le asignó un Cadillac, con sus cuatro estrellas en la placa, y como chófer a la sargento Kay Summersby. Desde entonces, ya no se separarían en todo lo que quedaba de guerra, excepto durante el tiempo en el que Ike regresaba a Estados Unidos para pasar algunas semanas de descanso, en donde se reencontraba con su mujer, Mamie.

Summersby superaría pronto su papel de chófer, convirtiéndose en secretaria personal de Eisenhower, un puesto que ocuparía hasta noviembre de 1945. Además, llegaría a oficial del Cuerpo de Ejército para Mujeres de Estados Unidos (WACS), retirándose del servicio como capitán en 1947[79].

El general Eisenhower, como todo Comandante en Jefe, era un hombre rodeado de subalternos, pero solitario y agobiado con la tremenda responsabilidad que había recaído sobre sus hombros. Sin duda, sus jornadas debían ser muy tensas pues, ante cualquier problema, él era el que tenía que decidir en última instancia. Por encima de él no había ninguna autoridad militar.

Durante los meses de preparación para la gran operación del Día-D, Kay estuvo siempre al lado de Ike, quien agradecía poder conversar con ella de temas que no fueran militares. Al final de cada uno de esos días de agotador trabajo, Kay lo trasladaba a su residencia, le abría la puerta y colocaba el maletín en el sofá. Luego le saludaba marcialmente y se retiraba deseándole buenas noches.

En algunas ocasiones, el tímido Ike se mostraba caballeroso y la invitaba a tomar un trago de *whisky* Chivas Regal, su bebida preferida, y se sentaban a conversar amigablemente. Con el tiempo, Ike y Irish, como Eisenhower llamaba cariñosamente a Kay haciendo referencia a su origen irlandés, se convirtieron en buenos amigos. Sería durante una estancia en Argel cuando saltó entre ambos la chispa del amor. A partir de entonces, Kay acompañaría a Ike en todos sus viajes, ya fuera por el norte de África, Italia, Francia, Alemania o, finalmente, Estados Unidos.

Mientras Ike se encontraba en Londres enfrascado en la preparación del desembarco en Normandía, se dedicaba a escribir a su mujer sobre su solitaria vida. En sus cartas le aseguraba constantemente que dedicaba todo el tiempo a sus

quehaceres bélicos, y que se mantenía alejado de cualquier tentación.

Después de la guerra, Ike regresó a Estados Unidos. Kay le acompañó y, con la intermediación de su jefe, se convirtió en ciudadana norteamericana. La relación entre ambos era tan sólida que Eisenhower tenía intención de divorciarse de su esposa Mamie para casarse con la que hasta ese momento había sido su amante. Años después fue hallada correspondencia del general en donde él menciona esos planes e incluso afirmaba que el presidente Harry Truman estaba informado de ello.

Pero la victoria de Estados Unidos y, por tanto, el triunfo del poco carismático pero eficaz Ike, supondría también la derrota de Kay y, a la postre, el fin de relación con el que en ese momento era considerado como un héroe por sus compatriotas. Cuando los líderes del partido republicano le manifestaron que deseaban nominarlo como candidato a la presidencia, comenzaron los problemas para Eisenhower. Él les comunicó su deseo de romper su matrimonio para unirse a Kay, pero ellos le dijeron que el pueblo no le perdonaría que abandonara a Mamie, su esposa de toda la vida.

Era evidente que la América conservadora no podía contemplar con buenos ojos los devaneos de su indiscutible líder militar, por lo que Eisenhower comprendió que, si quería emprender una carrera política, su relación con Kay debía terminar. La ambición política de Ike pudo más que sus sentimientos y optó por renunciar a casarse con Kay, regresando a los brazos de su leal esposa Mamie. Nunca más volvieron a verse y el general se convirtió en el trigésimo cuarto presidente de Estados Unidos en 1952, siendo reelegido en 1956.

En 1948, Kay Summersby dejó por escrito sus experiencias durante la guerra en un libro llamado *Ike was my Boss* (Ike fue mi jefe), pero sin mencionar absolutamente nada sobre las relaciones sentimentales con su exjefe. En esas páginas confeccionó un retrato muy favorable de Eisenhower, limitándose a decir, por ejemplo, que era muy serio y responsable, poco dado a cometer locuras, y que jugaba al golf la mayor parte del poco tiempo libre que le dejaba el desempeño de la trascendental labor que tenía encomendada. También destacaba, sin duda con conocimiento de causa, que Ike era un hombre muy sensible.

Kay Summersby falleció en 1975, a los 67 años. Se había llevado el secreto de su relación con Eisenhower a la tumba, pero sus memorias, escritas en 1973 y publicadas un año después de su muerte —tal como fue su decisión— con el título *Past Forgetting: My Love Affair with Dwight Eisenhower (Olvidando el pasado: Mi historia de amor con Dwight Eisenhower*), desvelarían todo el asunto.

El libro póstumo de Kay destilaba un comprensible halo de amargura, aunque no realizaba ningún reproche a su antiguo amor. De todos modos, no sabemos si por un rastro de despecho, Kay dejó escrito en esas memorias que cuando ella y Ike trataron de consumar su amor por primera vez en un hotel de Londres, el general no respondió a lo que se esperaba de él. Según Kay, su jefe y amante se disculpó por el embarazoso hecho, pero ambos se juraron amor eterno. El segundo intento, siempre según su versión, tampoco pudo ser coronado por el éxito; Kay cuenta que se quitaron la ropa

desesperadamente, pero… que Ike no estuvo a la altura de lo que la misión exigía.

Estos chascarrillos de alcoba pueden ofrecer una imagen un tanto frívola de Kay Summersby, pero la verdad es que ella nunca hizo nada por perjudicar la carrera política de Eisenhower, cuando eso estaba en su mano, por lo que no se puede poner en duda que el amor y el aprecio que sentía por él eran auténticos.

Bormann y Manja Behrens

Martin Bormann, conocido como la «Eminencia Parda», fue secretario particular de Hitler tras su nombramiento como jefe de la Cancillería en 1941. Miembro del partido nazi desde sus comienzos, tenía una personalidad oscura, intrigante y brutal. Se convirtió en un auténtico «perro guardián» del Führer, llegando a decidir sobre quién podía verle, ganándose el odio del resto de jerarcas nazis.

Bormann murió al intentar atravesar las líneas rusas en Berlín, aunque no pudo confirmarse su fallecimiento hasta 1972, cuando se encontró su cadáver durante la realización de unas obras en la capital germana. Ese descubrimiento ponía punto y final al gran misterio que rodeó durante décadas su supuesta muerte, pues al no poderse hallar su cadáver se pensó que podía haber escapado con vida[80], probablemente a Sudamérica.

Pero existía otro misterio, de mucho menor calado pero no menos intrigante para algunos historiadores. Bormann estaba casado con Gerda Buch, con la que tuvo diez hijos, pero tenía varias amantes, una circunstancia que era conocida y admitida por su esposa. De entre ellas, la principal era una mujer de la que sólo se sabía que su nombre comenzaba por M.

Ese dato se conocía porque, aunque pueda resultar sorprendente, Bormann escribía cartas a su mujer relatando sus conquistas. Pronto destacó la presencia de M., tal como se comprobaría en 1954, cuando las conocidas como «Cartas de Bormann» fueron publicadas en Londres.

Por ejemplo, el 21 de enero de 1944, Bormann escribía a su esposa acerca de M.:

«Te imaginaste que M. sería una muchacha excepcional. No, preciosa, no es una muchacha excepcional, lo que ocurre es que yo soy un Kerl (pillo) increíble. Me enamoré locamente de ella… y la tomé a pesar de sus protestas, ya conoces mi tenacidad, contra la que M. no pudo defenderse mucho tiempo. Ahora es mía y yo me siento doble y felizmente casado. M. sufre terribles tormentos de conciencia por tu causa, lo cual es una tontería. La conseguí gracias a mi poder de persuasión».

A esta misiva, Frau Bormann contestaba el 24 de enero de 1944:

«Tendrás que procurar que M. tenga un hijo dentro de un año y al año siguiente yo tenga otro para que así siempre tengas una esposa en condiciones (die auf dem Damm ist). Luego reuniremos todos los niños en la casa del lago y viviremos todos juntos. La mujer que no esté embarazada siempre podrá ir a verte al Obersalzberg o a

Berlín para estar contigo».

Bormann pensó en introducir en Alemania la poligamia legal cuando la guerra hubiera acabado. Él era el autor del decreto que hubiera obligado a todos los miembros de las SS a tener tres esposas. Bormann calculó las enormes pérdidas de hombres alemanes durante la guerra y el excedente de mujeres en la Alemania de la posguerra: la poligamia le pareció el único método de recuperar las pérdidas en veinte o treinta años.

En las cartas dirigidas a su esposa desarrollaba su teoría, que ella aprobaba incondicionalmente, tal como se puede comprobar por su reacción ante el relato de cómo había logrado seducir a su amante.

Pero, pese a la publicación de esas cartas, se mantenía la incógnita sobre la identidad de M. Ese misterio sería resuelto por el historiador británico Trevor-Roper, que a mediados de los años sesenta descubrió que esa letra era la inicial de Manja. Se trataba de Manja Behrens, una actriz de reconocido prestigio en Alemania oriental, y que estuvo en los escenarios hasta el año 2000. La última obra que interpretó fue *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca, en el teatro Maxim Gorki de Berlín. Behrens falleció en 2003 a los 89 años.

El descanso del guerrero

Durante la Segunda Guerra Mundial, las autoridades militares hicieron lo posible por proporcionar a las tropas todo aquello que pudiera contribuir a mantener la moral alta y que ayudara a estar en disposición de combatir.

Pero una vez cubiertas las necesidades de vestimenta, comida, higiene o comunicación con los seres queridos, surgía un aspecto ante el que no se podía cerrar los ojos; los soldados necesitaban compañía femenina.

El contacto con prostitutas ocasionaba numerosos problemas. El más grave era el de las enfermedades venéreas, que obligaba a enviar a casa a muchos hombres. Pero el peligro de las enfermedades venéreas no había cogido por sorpresa a las altas esferas militares. En el Ejército estadounidense, ya durante el reclutamiento, se llevaban a cabo detenidos exámenes para detectar casos de gonorrea o sífilis.

Gracias a nuevas campañas de prevención, al reparto de preservativos y a la introducción de la penicilina a partir de 1944, la incidencia se reduciría a 56 casos anuales por cada mil hombres, aunque hay que tener en cuenta que muchos soldados norteamericanos sirvieron en escenarios en los que era bastante difícil sufrir un contagio sexual, como en el despoblado desierto norteafricano o los solitarios atolones del Pacífico. De todos modos, esa cifra, pese a suponer un descenso en comparación con la contienda de 1914-1918, era considerada todavía como demasiado elevada.

Además, cuando las tropas se encontraban en un país extranjero, el contacto con

las prostitutas locales era enormemente arriesgado; esos momentos de esparcimiento se convertían en el terreno idóneo para realizar inoportunas confesiones que acababan poniendo información confidencial en manos de mujeres que podían estar en contacto con el enemigo.

Por lo tanto, los diferentes gobiernos, conscientes de que era inútil pretender controlar la necesidad de diversión de los soldados, decidieron tomar el control de la prostitución. Así pues, se pasó a la reglamentación exhaustiva de esta actividad.

Un ejemplo fue lo ocurrido en Hawai durante la guerra. La gran proporción de soldados norteamericanos destinados en la isla en relación con la población provocó serios problemas de orden público. Cualquier mujer residente en Hawai se convirtió en objetivo de los soldados, especialmente durante los fines de semana. Por lo tanto, muchos padres de familia exigieron que se tomaran medidas destinadas a evitar la presión a la que sus hijas, o incluso sus esposas, se veían sometidas.

Por otro lado, las meretrices de Hawai, además de ser relativamente pocas, presentaban enfermedades venéreas con cierta frecuencia. Aproximadamente, un centenar de ellas tuvieron que ser hospitalizadas por este motivo durante 1943. Así pues, el propio Ejército se vio obligado a tomar medidas, encargándose él mismo del reclutamiento y el control sanitario de las mujeres que se dedicaban a este menester. Para ello, se recurrió a chicas de clase baja, todas ellas de raza blanca, de los barrios más pobres de San Francisco. En total, unos 250 000 soldados acudían a estos prostíbulos oficiales, en donde debían pagar tres dólares por cada servicio. Al principio, las mujeres estuvieron de acuerdo con el precio, pero más tarde exigieron su subida a cinco dólares, lo que fue impedido por la policía para evitar así altercados con los soldados, indignados ante ese fuerte incremento de las tarifas.

Pese al intento de regular esta actividad, los soldados y, sobre todo, los oficiales, acudían a lugares no controlados por el Ejército, en casas y apartamentos particulares de Honolulú. Muchos hoteles también proporcionaban diversiones de este tipo; el más importante era el Pink Palace, que ofrecía a los soldados sus habitaciones gratis, aunque los oficiales debían pagar un dólar.

En Europa, los soldados norteamericanos recibían cuatro preservativos mensuales, cantidad que era considerada insuficiente por los oficiales médicos. Durante la liberación de Italia, tres cuartas partes de los soldados estadounidenses tuvieron relaciones sexuales con mujeres locales; los estudios demostraron que menos de la mitad tomaban precauciones.

Uno de los lugares en el que este riesgo era más acusado era el sur de Italia. El hambre terrible que padeció la población de esta región en los últimos meses de la ocupación alemana llevó a muchas mujeres a ofrecerse a los soldados aliados a cambio de comida. Según un informe de los Aliados, de 150 000 mujeres que habitaban en Nápoles, unas 42 000 se dedicaban a la prostitución.

Por toda la ciudad del Vesubio proliferaron los burdeles improvisados, que en muchos casos no eran más que grandes salones en los que los intercambios de favores

se realizaban sin ningún tipo de intimidad. La prostitución estaba muy extendida también por las calles de la ciudad, y era frecuente encontrar algún muchacho dispuesto a ofrecer la virtud de su hermana a cambio de una lata de comida. La promiscuidad resultante provocó una violenta epidemia de gonorrea entre las tropas aliadas en el invierno de 1943-1944.

Las autoridades militares aliadas, alarmadas, reaccionaron llevando a cabo una intensa campaña de concienciación, aunque ésta no fue suficiente para que los soldados tomasen las precauciones necesarias. Esta promiscuidad se repetiría más tarde en la Alemania ocupada, ocasionando un alza espectacular en el número de casos de enfermedades de transmisión sexual.

Pero el lugar en el que los soldados norteamericanos sufrían más contagios era, curiosamente, su propio país. La prostitución abundaba en los alrededores de las bases militares y no eran pocas las esposas que buscaban consuelo para sobrellevar la ausencia de sus maridos. Se llegó a plantear una medida drástica, como era prohibir el alcohol entre las tropas, al estar relacionado con la promiscuidad, pero el presidente Roosevelt se negó a implantar de nuevo la Ley Seca.

En el caso de Gran Bretaña, en un primer momento se intentó ignorar la cuestión. Se aceptó que, probablemente, los soldados necesitarían alguna expansión sexual, pero la política oficial del Ejército británico fue la de disuadirles de que lo hicieran. Para mentalizar a los soldados de lo desaconsejable que era ese tipo de evasión, el Ejército contaba con la colaboración entusiasta de los capellanes militares. Pero, al poco de comenzar la contienda, a las autoridades militares les quedó claro que esa batalla estaba perdida de antemano, y era más adecuado plantear el problema desde el punto de vista médico.

Así pues, se permitió la existencia de burdeles a disposición de los soldados, a condición de que las mujeres se sometieran a reconocimientos médicos periódicos. Este testimonio de un soldado inglés, John Ellis, ilustra el funcionamiento de un burdel controlado por el Ejército en Trípoli:

«El Ejército, con su pormenorizada capacidad administrativa, organizó burdeles en un tiempo sorprendentemente corto y las aceras de Trípoli soportaban el peso de largas colas de hombres en fila de a cuatro, que esperaban con orden y paciencia pagar un dinero para romper la monotonía del celibato que imponía el desierto[81]».

Pero este intento de organización chocó con el capellán general del Ejército, que intervino decididamente para que se clausurasen los burdeles oficiales. El resultado de estas presiones sería desastroso puesto que, tras un corto tiempo cerrados, volvieron a abrir pero sin ese control estricto al no ser ya oficiales, con lo que las mujeres dejaron de estar bajo supervisión médica.

El general Bernard Montgomery agravaría aún más el problema, ya que ordenó cerrar los burdeles de El Cairo y más tarde los de la zona noroccidental de Europa, sin que las autoridades canadienses y norteamericanas consiguieran disuadirle.

Según John Ellis, las autoridades militares se equivocaron al tomar esa medida:

«En Delhi, por ejemplo, el Ejército frecuentaba lo que se conocía como burdel del regimiento, en un edificio cercano al Hakman Astoria. La entrada era parecida a la de un cine, con un cabo dentro de una cabina de cristal a quien cada uno daba las tres últimas cifras de su número en el Ejército y cinco rupias. El cabo entregaba entonces una nota con el número de una habitación y un "babú" indio le acompañaba hasta ella y le proporcionaba preservativos. Las mujeres estaban bien pagadas —al menos de acuerdo con las pautas indias— y una vez a la semana pasaban una revisión médica que efectuaban miembros del cuerpo médico».

Desgraciadamente, esto llegó a oídos de algunos «benefactores» de Inglaterra y se levantó una oleada de protestas. Los burdeles oficiales se cerraron rápidamente, pero esto sólo sirvió para que las prostitutas anduviesen por las calles o por otros establecimientos ilegales. En menos de tres semanas se llenaron todas las camas de la sala de enfermedades venéreas, antes prácticamente desierta, más todas las que se pudieron habilitar en la terraza[82].

La consecuencia de esta miopía a la hora de buscar una solución a las necesidades de los soldados sería la elevada incidencia de las enfermedades venéreas entre las tropas británicas en todos los escenarios de guerra, hasta el punto de que llegarían a causar más bajas que el propio enemigo. Por ejemplo, en Oriente Medio, la cifra de bajas en combate en 1941 fue de 35,5 por mil, mientras que las producidas por las enfermedades venéreas ascendió a 41,2 por mil. En Italia, el número de bajas por esta causa fue particularmente elevado, llegando a alcanzar un 68,8 por mil en 1945, mientras que las bajas en combate eran muy bajas, de sólo 9,8 por mil. Pero el escenario en el que los soldados se mostraron menos precavidos fue Birmania, ya que las bajas por enfermedades venéreas ascendieron a un espectacular 157,9 por mil.

Por su parte, el Ejército alemán se mostró más resolutivo a la hora de afrontar la cuestión. Desde el primer momento, las autoridades militares germanas fueron conscientes de que la necesidad de esparcimiento de los soldados iba a acarrear un buen número de bajas por enfermedades venéreas. La campaña de Polonia confirmó esos temores, puesto que las prostitutas locales causaron importantes contagios entre los soldados.

Más tarde, en Francia, las autoridades militares comprobaron que el peligro no estaba sólo en el contagio de enfermedades venéreas, sino en las propias mujeres francesas, puesto que no era infrecuente que algunas de ellas colaborasen con la Resistencia para obtener información. Además, la relación de los soldados con las francesas podía afectar a la solidez de los principios nazis que se habían inculcado en la tropa. Ese acercamiento a la población civil, aunque fuera a través de los servicios de una prostituta, eliminaba el necesario distanciamiento necesario para mantener el dominio y la represión sobre un país ocupado.

Por tanto, la Wehrmacht dispuso una serie de normativas para el control de la prostitución, ordenando el establecimiento de dos tipos de burdeles controlados; los de guarnición, cerca de las ciudades y destinados a los soldados acuartelados, y los

burdeles de campo, que se situaban inmediatamente detrás de las líneas para atender a los soldados del frente, mientras disfrutaban de un descanso.

Esas mujeres, denominadas en la jerga militar *Offizierdecke* (oficiales de cama), podían ser prostitutas profesionales reclutadas en Alemania y los países ocupados, mujeres convictas de crímenes civiles o políticos que preferían ese servicio a realizar trabajos forzados en campos de concentración, o bien prisioneras de guerra, la mayoría procedente de las repúblicas soviéticas ocupadas.

El funcionamiento de estos burdeles estaba totalmente reglamentado, y no había lugar para el desorden habitualmente atribuido a este tipo de establecimientos. Primero, el soldado era examinado por un oficial médico para certificar su estado de salud y recibir un pase sellado y fechado, en el que figuraba el nombre del burdel y un espacio para que la prostituta pusiera su firma y número. El soldado recibía un preservativo y una pequeña lata con desinfectante, y pasaba a esperar su turno en la fila correspondiente. Generalmente, la espera en la fila era mayor que el tiempo que el soldado pasaba con la mujer. Antes del servicio se utilizaba el desinfectante y la mujer firmaba el pase, y a la salida el soldado debía entregar al oficial médico la lata vacía y el documento rubricado. Si no se cumplían estas disposiciones, todos se exponían a severos castigos.

Este procedimiento dio buenos resultados, puesto que si se detectaba un caso de sífilis o gonorrea era fácil encontrar a la mujer enferma y localizar a los soldados posiblemente contagiados. Aun así, entre los años 1939 y 1943, en el Ejército de Tierra se registraron unos 250 000 casos de enfermedades venéreas. Por ejemplo, en Francia, durante todo el período de ocupación, las prostitutas incapacitaron a más soldados alemanes que el Ejército francés durante la campaña de 1940.

Los oficiales tenían prohibido acudir a los lugares destinados a la tropa. Para ellos se habían habilitado una serie de *hoteles* que se dedicaban en exclusiva a este tipo de actividad y en donde además podían disfrutar de comida y bebida en consonancia con su rango. Esta red, que llegaría a estar compuesta de casi medio millar de burdeles y en los que trabajarían cerca de cuatro mil mujeres, funcionó con total normalidad hasta la llegada de las tropas aliadas en su avance por Francia.

La principal fuente de contagio para la tropa era la población civil, tanto en los países ocupados como en Alemania. Los contactos que escapaban a esta estricta reglamentación de la prostitución estaban duramente penados, pero ese riesgo no desanimaba a los soldados. En realidad, era difícil aplicar esas normas, pues era complicado en ocasiones diferenciar la prostitución de una amistad fugaz más o menos interesada.

Aunque el fenómeno de la prostitución supone siempre, sin excepción, la explotación de la mujer, los países occidentales regularizaron la actividad para que se evitasen maltratos y, al menos en teoría, las mujeres tenían la posibilidad de renunciar, con la excepción de las prisioneras del Este destinadas a los burdeles alemanes.

Sin embargo, en el Ejército japonés la prostitución tomó un carácter muy distinto. En este caso no se puede en absoluto hablar de actividad voluntaria, sino sencillamente de violación masiva. Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses reclutaron miles de mujeres entre las clases más humildes de la ocupada Corea, algunas de ellas mediante engaños, pero muchas de ellas fueron raptadas. Ellas se convertirían en lo que los nipones denominaron «chicas de confort».

Estaban obligadas a atender unos cien hombres al día, por lo que cada uno de ellos disponía de tan sólo tres minutos. Si trataban de escapar de ese infierno, eran asesinadas. La gran mayoría de ellas no sobrevivirían a la guerra, muriendo a causa de enfermedades o a consecuencia de los maltratos recibidos. Se calcula que sólo una de cada diez logró regresar a su casa una vez finalizada la contienda.

Este asunto permaneció oculto durante décadas, ya que las propias víctimas prefirieron mantenerse en silencio. Pero a comienzos de la década de los noventa, grupos de defensa de los derechos humanos investigaron este caso, haciendo públicos los terribles detalles que conformaban el horror sufrido por aquellas desafortunadas mujeres.

El escándalo internacional provocado por estas revelaciones obligó en 1992 al gobierno japonés —que siempre se había mostrado reticente a reconocer ese drama— a admitir públicamente los abusos cometidos entonces por el Ejército nipón, comprometiéndose a acceder a las indemnizaciones económicas reclamadas por las víctimas.

Pese a las promesas, el gobierno de Tokio no llegó a proporcionar una compensación a ninguna de las 200 000 mujeres forzadas a trabajar en burdeles para los militares nipones, tal como requiere la Convención de La Haya, que exige una indemnización para las víctimas de violación. En 1995 se creó el Fondo para las Mujeres Asiáticas, un organismo privado con fuerte apoyo institucional, para proporcionarles apoyo económico, pero el gobierno japonés se ha seguido mostrando remiso a asumir la responsabilidad económica del Estado nipón. Este hecho es aún más grave si tenemos en cuenta que las mujeres que fueron forzadas a prostituirse son de edad muy avanzada y la mayoría están solas y sin hijos, puesto que la brutalidad física con que fueron tratadas les privó de su capacidad procreadora. Aún quedan con vida algunas decenas de mujeres coreanas, pero la última de nacionalidad china falleció el 25 de febrero de 2005, a los 94 años.

Este vergonzoso Capítulo, que forma parte de los abusos cometidos por las tropas niponas durante la contienda, se interpone cíclicamente en las siempre difíciles relaciones entre Japón y sus vecinos. Por ejemplo, en 2005, una campaña japonesa para obtener un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU provocó protestas callejeras, algunas violentas, en ciudades de China, con manifestantes que denunciaban a Tokio y demandaban compensaciones y disculpas por la guerra.

El último bombardeo de la guerra

En 1985 se desclasificaron unos documentos que hasta ese momento habían permanecidos secretos. Se trataba del informe de la última acción armada de la Segunda Guerra Mundial, efectuada a la medianoche del 14 de agosto de 1945.

Se trataba del bombardeo de la refinería de petróleo japonesa en Tsuchizaki, cerca de Akita, y situada en la costa noroeste de Japón, a unos 500 kilómetros de Tokio. Esta última misión se llevó a cabo con 143 aviones B-29 estacionados en la isla de Guam, en las Marianas, pertenecientes al 315 Ala de Bombardeo.

Mientras la Agencia de Noticias nipona Domei anunciaba al Gobierno de Estados Unidos que la rendición ocurriría en breve, se ultimaban los preparativos para esa nueva misión. Aunque, a la luz de las intenciones japonesas, esa operación se revelaba como innecesaria, no sería cancelada.

En principio, el ataque a la refinería de Tsuchizaki estaba justificado, pues el objetivo era la destrucción de los depósitos de combustible y de capacidad de refinación de Japón. Ante la posibilidad de tener que invadir el territorio nipón, el estrangulamiento del aporte de combustible era fundamental.

Los japoneses no temían un ataque contra la refinería. Ésta se encontraba tan distante de Guam (5984 km) que los mandos japoneses nunca pensaron que pudiera ser blanco de los bombarderos. Los 143 aparatos volaron en la misión más larga de la guerra desde las bases en Guam.

A las cuatro y treinta y siete minutos de la tarde del 14 de agosto de 1945, esa impresionante flota aérea se puso en camino. Teniendo en cuenta el largo trayecto, los navegantes debían esforzarse al máximo para ahorrar combustible. Después de ocho horas en el aire, los aviones localizaron el blanco por medio del radar. Era medianoche.

Las bombas comenzaron a caer sobre el objetivo; en total cayeron 953 toneladas de explosivos, en bombas de cien y doscientas libras. Tras el reconocimiento fotográfico posterior se estableció que el objetivo principal había resultado «casi completamente destruido o dañado».

Las tres unidades de que constaba la refinería quedaron convertidas en enormes amasijos de chatarra, y los depósitos de combustible quedaron destruidos en dos terceras partes. Los barracones en los que alojaban los trabajadores fueron arrasados.

Tras arrojar su mortífera carga de bombas, los aviones norteamericanos emprendieron el largo camino de regreso.

Nada más llegar a la base de Guam, los tripulantes de la misión se sorprendieron al escuchar por los aparatos de radio que el presidente Truman anunciaba que el gobierno japonés había aceptado las condiciones de rendición. En esos momentos se mezclaron los sentimientos; por un lado, una enorme alegría al ver cómo se acababa

la guerra, pero por otro una cierta desazón al comprobar cómo se habían puesto en riesgo sus vidas con esa misión no exenta de riesgos, cuando la rendición del enemigo era inminente.

La perplejidad de aquellos aviadores se ha mantenido a lo largo de las décadas. Si consideramos que la rendición era más que previsible en esa tarde del 14 de agosto, la incógnita es saber por qué razón se autorizó ese bombardeo destinado a eliminar la capacidad japonesa de refinar petróleo.

Centro de tortura en Londres

El 13 de junio de 2005, el diario británico *The Guardian* dio a conocer una sorprendente noticia, tras realizar una minuciosa investigación en documentos confidenciales procedentes de los Archivos Nacionales.

Según esa prestigiosa publicación, el Ministerio de Defensa británico construyó en Londres, con el pleno consentimiento del primer ministro Winston Churchill y los otros miembros del gobierno británico, un centro de interrogatorios para los prisioneros alemanes, en el que la tortura era un método habitual para extraerles información.

Entre julio de 1940 y septiembre de 1945, el período en el que este centro estuvo en funcionamiento, 3573 prisioneros, entre militares y civiles, pasaron por esas instalaciones, conocidas como la «Jaula». Los detenidos, de los que un tercio aceptó haber cometido crímenes de guerra, fueron golpeados hasta quedar al borde de la muerte o privados de sueño, para quebrar así su resistencia física, o amenazados con una ejecución sumaria para provocar un derrumbe psicológico.

Los *huéspedes* de la Jaula también fueron sometidos a temperaturas extremas en unas duchas especialmente construidas para esa práctica, o a intervenciones quirúrgicas innecesarias, mientras que otros fueron heridos con descargas eléctricas e instrumentos de tortura similares. Siempre según los documentos hallados por *The Guardian*, muchos prisioneros murieron allí por falta de alimentos o por no poder soportar las altas o bajas temperaturas a las que eran expuestos.

En al menos un caso, un prisionero fue condenado por crímenes de guerra y ejecutado en la horca sobre la base de confesiones logradas tras haber sido «trabajado psicológicamente».

La Jaula, cuya existencia fue sistemáticamente ocultada a la Cruz Roja Internacional, se ubicó en lo que ahora es el exclusivo barrio de Kensington Palace Gardens, el más caro de Londres. Sus casas, de una antigüedad de un siglo y medio, se levantan en terrenos que pertenecen a la Corona británica, y son morada de embajadores, magnates y príncipes. El campo de tortura ocupó lo que actualmente es un conjunto de grandes mansiones. Ese carácter exclusivo permitía establecer más fácilmente medidas para evitar las miradas de los curiosos, lo que hizo de Kensington

el lugar idóneo para albergar ese centro de interrogatorios secreto.

El centro estaba dirigido por el teniente coronel Alexander Scotland, quien había sido condecorado por sus interrogatorios a soldados alemanes durante la Primera Guerra Mundial, recibiendo la Orden del Imperio Británico. Aunque Scotland ya disfrutaba de su jubilación cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, fue reclamado por el Ejército para que aportase su valiosa experiencia en esa labor de extraer información a los prisioneros.

Scotland, que según los archivos tenía «un historial perfecto», contaba en la Jaula con una decena de oficiales a su servicio, más una docena de interrogadores e intérpretes. Además, disponía del personal de seguridad necesario, proporcionado por los regimientos encargados de la custodia del centro. Entre los documentos se hallaba el manuscrito de las memorias de Scotland, en las que se puede leer: «Si algún alemán tenía alguna información que nosotros deseáramos, se la extraería invariablemente mediante un largo proceso».

Un informe del MI5 señaló que Scotland había cometido «claras infracciones» a la Convención de Ginebra y que sus interrogatorios en la Jaula «eran completamente contrarios» a la legalidad. Por ejemplo, admitía que Scotland había forzado a los presos a arrodillarse mientras eran golpeados en la cabeza o a estar de pie por más de veinticuatro horas.

Los documentos encontrados en los Archivos Nacionales británicos calificaban el centro como «un lugar oscuro y brutal», y admitían que su existencia causaba inquietud entre los pocos oficiales británicos que conocían en detalle lo que allí sucedía. Sin embargo, el Ministerio de Defensa permitió su funcionamiento debido a la utilidad de la información obtenida o quizá porque consideraba que los detenidos merecían ese trato.

Vertido de gases en el Báltico

La preocupación por la protección del medio ambiente no era una prioridad hace seis décadas. Eso se desprende claramente por el método que emplearon los británicos para eliminar el stock de gas venenoso germano que quedó en sus manos una vez ocupada Alemania, unas 40 000 toneladas.

La solución fue tan sencilla como poco respetuosa con la naturaleza; entre 1946 y 1947 se procedió a arrojar en secreto esa enorme cantidad de gases venenosos en estado líquido al mar Báltico, incluyendo el peligroso gas Tabun.

Pero no todo el gas fabricado por los alemanes fue destruido, sino que una pequeña parte fue conservado para ser analizado. Basándose en los gases descubiertos por los científicos germanos, tanto los soviéticos como los Aliados occidentales lograrían desarrollar años más tarde agentes tóxicos más sofisticados, mejorando así su propio arsenal de armas químicas.

El **Big Bang** *de Heligoland*

La pequeña isla alemana de Heligoland se halla en el mar del Norte. En la actualidad es un lugar de vacaciones y goza de exenciones de impuestos de forma que una buena parte de la economía de la isla se basa en la venta de cigarrillos, bebidas alcohólicas y perfumes a los turistas que la visitan. No obstante, Heligoland no fue siempre un lugar tan apacible. De hecho, a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, estuvo muy cerca de ser borrada del mapa, tal como veremos.

Pero antes de conocer ese hecho insólito, es interesante repasar someramente su historia para comprender su especial idiosincrasia. La isla ya estuvo habitada en tiempos prehistóricos; se han encontrado herramientas de pedernal en el fondo del mar que rodea la isla, lo que hace también creer que ésta hubiera tenido una extensión mayor. En el año 697, el último rey de Frisia se retiró a la isla tras su derrota por parte de los Francos. En 1231 la isla pasó a ser propiedad del rey de Dinamarca. Desde entonces hasta 1714 la propiedad de la isla cambió varias veces entre Dinamarca y el ducado de Schleswig, con un período en el que el control pasó a la ciudad hanseática de Hamburgo. En ese año la isla fue capturada por Dinamarca y en 1807 tomada por los ingleses durante las guerras napoleónicas. En 1890, el gobierno de Londres cedió la isla a Alemania, en compensación por la adquisición de algunas ventajas coloniales en África a costa de los intereses germanos, como el control de la isla de Zanzíbar.

Bajo el Imperio alemán, la isla se convirtió en una gran base naval, y durante la Primera Guerra Mundial la población civil fue evacuada al continente. La primera batalla naval de la guerra tuvo lugar cerca de Heligoland nada más comenzar el conflicto. Los isleños volvieron en 1918, pero al llegar los nazis al poder la base naval fue reactivada.

Durante la Segunda Guerra Mundial los isleños pudieron permanecer allí. El 19 de abril de 1945 más de un millar de bombarderos aliados atacaron la isla, arrasándola totalmente a su paso. La población civil se protegió en sólidos y profundos refugios rocosos, por lo que la mayoría de los 128 muertos eran miembros de las baterías antiaéreas, que se habían quedado en el exterior. Los habitantes de la isla serían evacuados la noche siguiente y no regresarían hasta después de la guerra.

Poco después del regreso de la población civil, ésta volvió a ser evacuada, en este caso porque el gobierno británico decidió utilizar su isla como campo de tiro de la RAF, una circunstancia que se prolongaría hasta 1952. Pero fue en 1947 cuando se produjo un polémico suceso, que aún hoy está sujeto a controversia. El 18 de abril de ese año, la Royal Navy británica detonó 6800 toneladas de explosivos distribuidos por toda la isla con la intención de demoler las instalaciones militares de la isla, que incluían una enorme red de fortificaciones, posiciones de artillería y refugios para submarinos.

Ésa fue la versión oficial, pero según una versión muy extendida, el objetivo real

era que la isla entera saltase por los aires. El efecto sísmico de la colosal explosión permitió efectuar todo tipo de sondeos sísmicos desde las estaciones sismológicas del norte de Europa, llegándose a publicar varios estudios geológicos y sismológicos.

El estallido sería conocido como *British Bang* o simplemente *Big Bang* y entraría en el *Libro Guinness de los Récords* como la detonación no nuclear más grande de la historia. Si el objetivo era ése, hacer desaparecer la isla, los ingenieros ingleses fracasaron, se cree que a consecuencia de algunos errores de cálculo.

Cinco años después, la isla fue devuelta a las autoridades alemanas, que tuvieron que limpiar una considerable cantidad de municiones sin detonar y reconstruir las casas antes de que la isla pudiera ser habitada de nuevo.

Hugo Boss, el sastre del Tercer Reich

Hugo Boss es una de las marcas de moda más reconocidas del mundo y es símbolo de elegancia por excelencia. Pero tiene un pasado poco conocido: fue la firma que diseñó los trajes del ejército nazi y empleó a miles de trabajadores esclavos judíos para vestir a las filas hitlerianas. El creador de la empresa, Hugo Ferdinand Boss, un costurero alemán, fue el sastre del Tercer Reich.

Las SS, las SA, la Wehrmacht y las Juventudes Hitlerianas llevaron los trajes de Boss. El atractivo diseño de los uniformes fue una parte de la estrategia propagandística del nazismo. Pero esa relación con Hitler y el nazismo no le impediría convertirse años después en unas de las marcas más potentes. La documentación que certifica este hecho se encuentra archivada en Suiza.

En 1923, Hugo Boss fundó en Metzingen, una población situada al sur de Stuttgart, un pequeño taller de sastrería. En abril de 1931, cuando aún Hitler no había llegado al poder, Boss, que entonces tenía 46 años, decidió alistarse en el Partido nazi. Su número de afiliado sería el 508 889.

Tras superar algunos problemas económicos, Boss advirtió que el negocio era vestir a las fuerzas hitlerianas, y no dudó en hacerlo. En 1933, con Hitler recién ascendido al poder, Boss insertó el siguiente anuncio en un periódico local:

«Uniformes de las SS, las SA y las HJ. Ropa de trabajo, de deporte y de lluvia. La hacemos nosotros mismos, con calidad buena y reconocida y a buenos precios. Boss. Ropa mecánica y de trabajo, en Metzingen. Firma homologada por las SA y las SS. Uniformes con la licencia del Reich».

Los pedidos de uniformes comenzaron a llover sobre el pequeño taller, en el que trabajaba una veintena de personas, hasta que dos años más tarde, en 1935, Boss decidió abandonar la fabricación de ropa civil y dedicarse exclusivamente a la confección de uniformes. Seguramente, a Boss no le pasó desapercibido el dato de que entre miembros de las SS, SA y Juventudes Hitlerianas sumaban un total de tres millones y medio de uniformes, y que alguien debía de fabricarlos.

Boss adquirió también una fábrica de pañuelos. Posteriormente, en 1939, se haría con una fábrica de telas, para tener controlado todo el proceso de producción. Durante la guerra, Hugo Boss ampliará su cartera de clientes con la Wehrmacht. En el taller de Metzingen llegaron pedidos de la Sección de Vestuario (Bekleidung) del Estado Mayor (Stab), perteneciente a la Oficina de Asuntos Generales del Ejército (Allgemeines Heeresamt). Este departamento controlaba la logística del vestuario de los soldados alemanes y ordenaba las normas relativas a la uniformidad. Estas decisiones estaban perfectamente estudiadas e incluso aparecían explicadas en diversas publicaciones periódicas, como el «Boletín de Informaciones Generales del Ejército», (*Allgemeine Heeresmitteilungen*) y el «Boletín de Disposiciones del Ejército», (*Heeres-Verordnungsblätter*).

En esas publicaciones se definía la estética de los uniformes y el tipo de ropa que se debía utilizar en función del momento y de las circunstancias concretas. También se estipulaba el número de piezas de ropa que se debían entregar a cada soldado o el plazo de renovación de éstas. El pequeño taller de Metzingen se convertía así en la segunda compañía textil más importante de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante los años anteriores a la guerra, el Tercer Reich contempló el diseño y la calidad de los uniformes como un aspecto más de la propaganda política. Pero con el estallido de la contienda las prioridades pasaron a ser otras. Los enormes gastos en armamento hicieron que se resintiese el presupuesto destinado a los uniformes. Si en los años treinta los uniformes de las SS, la SA, las HJ y la Wehrmacht estaban fabricados con una mezcla de fibras y lana, durante la guerra la lana reciclada pasaría a ser el elemento básico de los uniformes. Las necesidades de vestuario del Ejército alemán nunca se pudieron cubrir completamente, debido a la escasez de materias primas. Por tanto, las tropas germanas se vieron forzadas a requisar toneladas de ropa en los países ocupados.

Pero esta escasez no afectaría a Hugo Boss. La diversidad del vestuario del Tercer Reich debía ser atendida. Por ejemplo, el vestuario tipo del militar alemán podía tener hasta ocho uniformes distintos: el de campaña, el de servicio o diario, el de guardia, el de desfile, el de presentación, el de paseo, el de trabajo, el deportivo y el de sociedad, este último solo para los oficiales.

La escasez de mano de obra durante el conflicto bélico no sería un obstáculo para el espectacular ascenso de la empresa de Boss. Éste no dudó en utilizar mano de obra de trabajadores esclavos procedentes de los países ocupados, sobre todo mujeres polacas. Entre 1940 y 1941, trabajaron treinta prisioneros franceses. Las SS facilitaron a Boss la incorporación de una veintena de trabajadores polacos procedentes de campos de concentración.

No obstante, el recurrir a los trabajadores extranjeros era una situación generalizada en la industria alemana entre 1939 y 1945. No se conoce con exactitud el trato que Boss proporcionó a sus trabajadores, pero es casi seguro que éste no

debió ser muy bueno, pues está documentado que un grupo de polacas del taller de Metzingen se declaró en huelga de hambre.

La historia auténtica de Hugo Boss ha permanecido escondida durante más de cincuenta años en una lista de cuentas bancarias suizas no reclamadas de la época del Tercer Reich. Fue en verano de 1997 cuando se hizo público que el nombre del empresario alemán figuraba en uno de los documentos. Se ha comprobado que las famosas cuentas no pertenecían sólo a familias judías perseguidas por el nazismo, sino también a personajes vinculados al régimen de Hitler, los que se habían beneficiado del nazismo.

Entre ese botín puesto a salvo en Suiza figuraban los beneficios conseguidos por Hugo Boss fabricando vestimenta militar. En una de las cuentas aparecía como titular «Hugo Boss. Uetzingen». Claramente se trataba de un error tipográfico, ya que en Uetzingen, un pueblo situado entre Hamburgo y Hannover, no figuraba ningún Hugo Boss en el registro civil, por lo que la anotación hacía referencia a Metzingen, la localidad en donde se encontraba su taller.

Además, el pasado de Hugo Boss quedó ratificado por la memoria de Albert Fischer, un viejo comunista de 88 años natural de Metzingen, que pasó cinco años y medio preso en el campo de concentración de Buchenwald a causa de sus ideas políticas. Fischer conocía suficientemente bien a Hugo Boss y no dudó en confirmar las maniobras del confeccionista textil durante los años álgidos del nazismo.

Cuando salió a la luz pública esta información, la empresa Hugo Boss argumentó que no poseían documentación de la época y que, por lo tanto, no podían hacer ningún juicio de valor. Con todo, uno de los cuatro hijos del fundador de la prestigiosa marca de moda alemana, Siegfried Boss, admitió en declaraciones a un semanario austríaco que su padre había sido miembro del Partido nazi, aunque esgrimió que ésa era una circunstancia generalizada entre los industriales alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

En los archivos suizos desclasificados se escondía también otro Capítulo destacable. Tras la derrota alemana, en mayo de 1945, Hugo Boss fue declarado por las autoridades aliadas «beneficiario» del Tercer Reich y su empresa fue calificada de «importante» en el entramado económico del régimen de Hitler, dos condiciones que comportaron que Boss perdiera el derecho al voto y una multa de 80 000 marcos. Este importe lo pagó con el dinero obtenido gracias a la venta de grandes cantidades de seda de la que utilizaba para confeccionar paracaídas, que Boss había comprado en el mercado negro durante la contienda.

Boss reconvirtió su empresa con el objeto de dedicarse a la fabricación de uniformes para los trabajadores ferroviarios y de correos, a la vez que presentaba un recurso ante los tribunales de justicia para limpiar su nombre. Sin embargo, Hugo Boss nunca obtuvo el perdón del Gobierno de la nueva República Federal de Alemania. Murió en 1948.

Tras la desaparición del fundador, Siegfried Boss y Eugen Holy, yerno del

fundador, tomaron las riendas del negocio y lo orientaron hacia «los triunfadores y los jóvenes hombres de negocios», según reza la publicidad de la marca del año 1953. Los nietos de Boss, Uwen y Jochen Holy, continuaron el trabajo con nuevas colecciones que combinaban la formalidad, el sentido de la moda y la calidad. Según aseguraba entonces el Who is Who, la imagen del joven vestido por Boss era de un hombre «moreno, abierto y deportivo, con un traje que le hace sentir cómodo, tanto en la ciudad como en el campo, o en el trabajo, el deporte o las vacaciones». Como vemos, un modelo muy diferente del que se presentaba en la década de los treinta.

En los años sesenta, la empresa Hugo Boss creció de forma espectacular, y quince años después ya era una de las firmas más usadas por los personajes más famosos. Hugo Boss se lanzó a patrocinar acontecimientos deportivos y culturales de todo tipo, consiguiendo transmitir una dinámica imagen de modernidad. En 1985 cotizó en Bolsa, hasta que en 1991, el imperio italiano de la moda Marzotto adquirió el 50,4 por ciento de las acciones. Actualmente, la empresa cuenta con 3 marcas: Hugo Boss, Boss y Baldessarini.

Pese a las revelaciones proporcionadas por los documentos suizos, la imagen de la marca no se vio resentida. La comunidad judía internacional, pese a contar con esas evidencias de colaboración con la causa nazi, no quiso incidir en el oscuro pasado de la prestigiosa marca de moda[83].

Rudolf Hess, el «hombre más solo del mundo»

La figura de Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler, siempre ha estado envuelta en la polémica. Su viaje en solitario a Escocia, cuyo objetivo era negociar una paz con Gran Bretaña, continúa siendo un misterio. Al parecer, fue una acción aparentemente no autorizada por Hitler y se han planteado posteriormente muchas y variadas hipótesis, como que había sido atraído hasta allí con engaños por el servicio secreto británico[84].

Pero los cuarenta años que el dirigente alemán estuvo encarcelado en la prisión berlinesa de Spandau también son objeto de controversia. Hess fue enviado a esa prisión el 18 de julio de 1947, después de que fuera condenado a cadena perpetua en el proceso de Nuremberg, acusado de conspiración para lanzar una guerra de agresión y otros crímenes contra la paz.

En septiembre de 2007, unos documentos desclasificados del Archivo Nacional británico en Kew arrojaron algo de luz sobre esa larga etapa en la que Hess permaneció preso de las potencias aliadas. Por ejemplo, los informes revelaron que los funcionarios soviéticos encargados de su custodia decidieron hacer pagar al antiguo dirigente nazi los crímenes cometidos, hasta el último día de su vida.

Eso es lo que se desprendía de esos documentos[85], que demostraban que los soviéticos se negaron hasta el último momento a escuchar los ruegos de los

representantes en la prisión de las otras potencias vencedoras de la Alemania nazi para que relajaran el duro régimen que habían impuesto a Hess.

Frente a los llamamientos a la compasión que lanzaron Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, los soviéticos decidieron que Hess debía «purgar hasta el último aliento los crímenes cometidos durante la Segunda Guerra Mundial». Las minutas de las reuniones entre los cuatro gobernadores, que representaban a cada uno de los cuatro aliados, muestran cómo los soviéticos estaban decididos a mantener su propia «guerra fría» en Spandau pese a la supuesta distensión entre Moscú y Occidente en los años setenta.

Los documentos publicados en 2007 presentaban a los funcionarios soviéticos como una versión siniestra de la pareja del cine cómico conocida como «el gordo y el flaco». El gobernador británico de Spandau, Bob de Burlet, escribió en mayo de 1974: «El gobernador soviético, Voitov, bajo y gordo, y su secuaz principal, Fedorov, delgado y cetrino, son un par de individuos mezquinos y huidizos que cumplen a la perfección el papel de unos siniestros Laurel y Hardy».

En contra de los deseos de los otros tres gobernadores, los funcionarios soviéticos se empeñaron en quitarle a Hess las gafas todas las noches para que no pudiese leer y se negaron a darle calcetines de invierno para que pudiese protegerse mejor del frío. Asimismo ordenaron la destrucción de todos los cuadernos en los que anotó sus pensamientos.

En febrero de 1974, cuando Hess estaba a punto de cumplir ochenta años, el gobernador británico escribió a propósito del comportamiento de sus colegas soviéticos: «La guerra fría de Spandau está dirigida tanto contra los Aliados como contra Hess». El prisionero solitario de Spandau tenía órdenes del gobernador soviético, Voitov, de levantarse cada vez que éste entraba en su celda. Los funcionarios soviéticos insistieron asimismo en censurar las cartas que Hess escribía regularmente a su esposa aunque, según el gobernador británico, esas cartas eran el único «ejercicio intelectual» que tenía el prisionero.

Sin embargo, en un memorándum británico se vertía un comentario que parecía contradecir la posición de liberar al prisionero: «Hess no mostró remordimientos y tampoco renunció a su fe nazi. Liberarlo en estas circunstancias podría estimular un *revival* nazi». En otro documento se indicaba que había civiles alemanes que le enviaban flores en su cumpleaños.

Pero los documentos que salieron a la luz en septiembre de 2007 también revelaban otra información de gran interés, que hasta ese momento había permanecido oculta. Según esos escritos, en 1974, el por entonces presidente de Estados Unidos Richard Nixon se mostró dispuesto a apoyar la liberación de Hess por cuestiones humanitarias, pero sus esfuerzos se vieron frustrados por una férrea oposición soviética. Fue éste el motivo por el que Hess, bautizado «el hombre más solo del mundo» por ser el único ocupante de la prisión, siguió encerrado tras sus altos muros.

Los archivos sobre el tema cubren el período en el que se registró una campaña a nivel internacional para liberar a Hess, a raíz de que se acercaba su cumpleaños número ochenta. Su esposa Ilse presentó incluso una solicitud formal a la Comisión Europea de Derechos Humanos y su hijo Wolf también hizo presentaciones públicas abogando por su liberación.

Los documentos pusieron al descubierto el profundo desacuerdo que existía entre las cuatro potencias que manejaban la prisión de Berlín; por lo general, los británicos, franceses y norteamericanos estaban enfrentados con los soviéticos. Entre los temas por los que discutían figuraban cómo gestionar la etapa posterior a su muerte, o cuestiones más triviales, como proporcionarle o no una nueva libreta de apuntes, destruir la vieja, dejársela o guardarla con llave.

La idea de Nixon de liberarlo fue trasladada a las autoridades inglesas, francesas y norteamericanas y resumida en un memorándum enviado por un asesor legal británico a los otros dos. El documento decía lo siguiente: «La carta dice que el presidente Nixon comparte la impresión de que existen razones humanitarias para la liberación de Hess, da cuenta de los repetidos rechazos desde 1964 por parte de la Unión Soviética para acceder a su liberación y termina con la promesa de que el gobierno norteamericano estará dispuesto a sumarse a todo acercamiento a la Unión Soviética no bien haya un indicio de que dicho enfoque podría tener posibilidades de éxito razonables». Los Aliados concluyeron que sus esfuerzos chocarían siempre contra el muro soviético.

Estos documentos de los archivos británicos incluían gran cantidad de cartas y telegramas sobre la imposibilidad de convencer a los soviéticos para que liberaran a Hess. En una carta dirigida al parlamentario británico Airey Neave, un antiguo prisionero de guerra y oficial en el proceso de Nuremberg, que hizo campaña por su liberación, calificaba a los soviéticos de «intransigentes» y señalaba que la vida de Hess era importante. Lo cierto es que Hess no fue liberado y que falleció en 1987, aparentemente ahorcándose con un cable, aunque hubo quien habló de un posible asesinato. Lo que también es cierto es que tanto su encarcelamiento como su muerte seguirán siendo objeto de todo tipo de especulaciones hasta que no salgan a la luz todas las informaciones que permanecen clasificadas.

Los últimos prisioneros

El 16 de enero de 2007, la Cruz Roja en Alemania hizo pública una lista con los nombres de 43 035 víctimas fallecidas entre 1945 y 1950 en los campos de concentración que la Unión Soviética estableció en su zona de ocupación de Alemania, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, con el fin de que sus familiares puedan identificarlas y saber qué fue de ellas. Durante seis décadas, el destino de esos hombres, mayoritariamente soldados, había permanecido clasificado como secreto

por las autoridades rusas.

En la recopilación de la información, la Cruz Roja colaboró con la organización Kampfgruppe gegen Unmenschlichkeit (Grupo de Lucha contra la Barbarie), que les hizo entrega de cerca de 900 000 fichas de prisioneros de estos campos, creados por la policía política rusa (NKVD) en su zona de ocupación.

Desde esa entidad se aseguró que, según los testimonios de los reclusos supervivientes, cerca del 60 por ciento de los presos murieron, entre otras causas, por el hambre, ya que, por ejemplo, a quien descubrían con un libro o con material para escribir se le reducía su ración diaria de alimentos a la mitad. Según los que sobrevivieron a ese infierno, no se les permitía mantener una comunicación regular con sus familias, ni explicarles el motivo de su arresto. La mitad de que los que no murieron en los campos saldrían de ellos afectados de tuberculosis.

La lista de fallecidos hecha pública por los rusos abarcaba hasta 1950, pero un número indeterminado de prisioneros continuaría internado en campos de concentración de Alemania oriental hasta una fecha tan tardía como 1959. Este «Grupo de Lucha contra la Barbarie» fue creado en la década de los cincuenta. Sus dirigentes reclamaron al régimen soviético la liberación de los inocentes, su derecho a un juicio justo, la posibilidad de que se pusieran en contacto con sus familias y unas condiciones de vida «humanas» para los prisioneros.

Sin embargo, el gobierno de Moscú negó siempre el acceso a la información sobre las personas encerradas en los campos. Con la explicación de que se trataba de elementos nazis, se encerró a esas personas en los diez campos de concentración especiales preparados por los ocupantes soviéticos, a menudo en los mismos lugares de los cuales, poco tiempo atrás, habían sido liberados los judíos y otros detenidos del nazismo[86].

Curiosamente, de los malos tratos a los alemanes en los campos de concentración soviéticos de Alemania Oriental en realidad sólo se ocupó entonces la prensa de Berlín occidental, mientras que la del resto de la República Federal Alemana hizo silencio sobre el asunto, seguramente deseando dejar atrás cualquier recuerdo del trauma de la Segunda Guerra Mundial. Pero la publicación en 2007 de esa lista de fallecidos en los campos soviéticos logró, al menos, llamar la atención sobre ese oscuro episodio de la posguerra que los soviéticos trataron de ocultar.

Epílogo

A lo largo de estas páginas hemos podido comprobar que, tal como se apuntaba en la introducción, la historia de la Segunda Guerra Mundial se va escribiendo día a día. Conforme se van conociendo hechos que hasta el momento habían permanecido ocultos, nuestra visión de este conflicto va variando. Gracias a la aparición de esos documentos, se va ampliando el conocimiento de este período histórico y vamos obteniendo respuestas pero, a la vez, van surgiendo nuevas preguntas.

Algunas de las cuestiones que el lector se planteará son: ¿Qué otras historias encierran los millones de documentos que aún hoy permanecen clasificados? ¿Qué verdades históricas comúnmente aceptadas quedarán dinamitadas? ¿Qué revelaciones sorprendentes nos proporcionarán los próximos años?

Es imposible contestar, hoy por hoy, a esas preguntas, pero sí se pueden establecer algunas reflexiones.

La primera es admirarse ante el logro que supone haber mantenido ocultas estas historias durante décadas, sin que se produjesen, en la mayoría de casos, fugas de información. Ni siquiera aquellos que las protagonizaron o que participaron de algún modo, sumando en ocasiones decenas o incluso centenares de personas, revelaron nada. Hoy día es impensable que pudiera darse algo similar, pero entonces sí que fue posible. Sin duda, ese fenómeno, por su magnitud y eficacia, requeriría un estudio particular.

Igualmente, es asombroso el hecho de que se considere todavía hoy, ya entrado el siglo XXI, que algunas de esas informaciones puedan resultar peligrosas si salen a la luz. La honorabilidad de los gobiernos y los personajes de aquella época es salvaguardada por los gobernantes actuales, impidiendo la desclasificación de los documentos que pueden poner ese honor en entredicho. ¿Qué consecuencias podría tener el conocimiento de esos hechos? Ésa es una incógnita que tardará tiempo en despejarse.

Otra reflexión interesante sería la relativa a la importancia de la gestión de la información en tiempo de guerra. Como hemos visto, las potencias en liza, especialmente los Aliados, advirtieron de inmediato que la información era un frente más, al que había que dedicarle todos los recursos necesarios. Y, del mismo modo que si se tratase de una batalla, había que luchar con todos los medios disponibles, lo que incluía, por ejemplo, sacrificar la verdad en aras de la derrota del enemigo. Durante la guerra, esa posición era lógica, pero tras la contienda dejaba de tener razón de ser. Aun así, los documentos que contradecían las verdades establecidas por los vencedores quedaron ocultos durante décadas, y muchos de ellos permanecen aún en los archivos.

Este razonamiento nos llevaría por cauces cada vez más inquietantes, pues no hay por qué pensar que los gobiernos hayan renunciado a esa exitosa estrategia de la ocultación seguida tras la Segunda Guerra Mundial, pero este aspecto ya abandonaría el terreno de la historiografía para entrar de lleno en el ámbito de la especulación.

Sin embargo, nada indica que no siga vigente, con total actualidad, la célebre y clarividente afirmación de Winston Churchill: «La verdad, a veces, es tan valiosa que debe ir acompañada por un guardaespaldas de mentiras».

Bibliografía

ALY, Götz. *La utopía nazi*. Crítica. Barcelona, 2006.

ARNOLD-FORSTER, Mark. *El mundo en guerra*. Plaza y Janés. Barcelona, 1975.

BENDFORD, Timothy. *The World War II Quiz & Fact Book*. Gramercy Books. Nueva York, 1999.

BLACK, Edwin. *IBM y el holocausto*. Atlántida. Madrid, 2001. BLANDFORD, Edmund. *Fatal decisions. Errors and blunders in World War II*. Castle Books. Edison, 1999.

BREUER, William. *Bizarre tales of World War II*. John Wiley & Sons. Nueva York, 2003.

BROOKS, Evan. *Military History's Top 10 Lists*. Nueva York, 2003.

CALVOCORESI, Peter y WINT, Guy. *Guerra total*, 2 vols. Alianza Editorial, Madrid, 1979.

CARCEDO, Diego. *Un español frente al Holocausto: Cómo Angel Briz salvó a 5000 judíos*. Temas de Hoy, Madrid, 2000.

CRAIG, William. *La caída de Japón*. Luis de Caralt. Barcelona, 1974.

CHURCHILL, Winston. *Memorias. La Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Orbis. Barcelona, 1985.

DOWSWELL, Paul. *True stories of the Second World War*. Usborne Publishing. Londres, 2003.

DUNNIGAN, James. *Dirty little secrets of World War II*. Morrow. Nueva York, 1994.

—, *Victory and deceit. Dirty tricks at war*. Morrow. Nueva York, 1995.

FEST, Joachim C. *Los dirigentes del III Reich*. Luis de Caralt. Barcelona, 1971.

FLAGEL, Thomas. *The History Buff's Guide to World War II*. Cumberland House, Nashville, 2005.

GAERTNER, Arnold. *Hitler's Last Soldier in America*. Stein & Day Pub, 1985.

GILBERT, Martin. *La Segunda Guerra Mundial. 1939-1942*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2005.

—, *La Segunda Guerra Mundial. 1943-1945*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2006.

GOLDENSHON, Leon. *Las entrevistas de Nuremberg*. Taurus. Barcelona, 2004.

GOODWIN, Doris Kearns. *No Ordinary Time*. Simon & Schuster. Nueva York, 1997.

HAYWARD, James. *Mitos y leyendas de la Segunda Guerra Mundial*. Inédita Editores. Barcelona, 2004.

HEIBER, Helmut, ed. *Hitler y sus generales*. Editorial Crítica. Barcelona, 2004.

HEPPLEWHITE, Peter. *World War II in action*. Macmillan. Londres, 2005.

JACKSON, Robert. *Unexplained Mysteries of World War II*. Eagle Editions. Londres, 2003.
—, *Commanders and Heroes of World War II*. Airlife Publishing. Londres, 2004.
JUNGE, Traudl. *Hasta el último momento. La secretaria de Hitler cuenta su vida*. Península, Barcelona, 2003.
KELLY, Brian C. *Best little stories from World War II*. Cumberland House. Nashville, 1998.
KERSHAW, Ian. *Hitler. 1936-1945*. Ediciones Península. Barcelona, 2000.
LASH, Joseph. *Eleanor and Franklin*. Norton. Nueva York, 1971. LIDDELL HART, Basil. *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Caralt. Barcelona, 2006.
LEWIS, Jon, ed. *The Mammoth Book of True War Stories*. Robinson. Londres, 2005.
LOZANO, Álvaro. *Operación Barbarroja*. Inédita Editores. Barcelona, 2007.
MCCOMBS, Don y WORTH, Fred. *World War II. 4,139 strange and fascinating facts*. Wings Books. Nueva York, 1996.
MURRAY, Williamson y MILLETT, Allan. *La guerra que había que ganar*. Editorial Crítica. Barcelona, 2002.
OFER, Dalia. *Encyclopedia of the Holocaust*. Ed. Israel Gutman. Nueva York, 1990.
OVERY, Richard. *Por qué ganaron los Aliados*. Tusquets Editores. Barcelona, 2005.
PERSICO, Joseph E. *Franklin & Lucy: President Roosevelt, Mrs. Rutherfurd and the Other Remarkable Women in His Life*. Random House. Nueva York, 2008.
POPE, Stephen. *Dictionary of the Second World War*. Pen and Sword Books. Barnsley, 2003.
POTTKER, Janice. *Sara and Eleanor: The Story of Sara Delano Roosevelt and Her Daughter-in-Law*. Macmillan. Nueva York, 2004.
REMINICK, Gerald. *Nightmare in Bari: The World War II Liberty Ship Poison Gas Disaster and Coverup*. Glencannon Press. Londres, 2001.
ROEBLING, Karl. *Great myths of World War II*. Paragon Press. Fern Park, 1985.
ROONEY, David. *Military Mavericks*. Cassell Military Paperbacks. Londres, 2000.
SCHROEDER, Christa. *Doce años al lado de Hitler*. Editorial Milenio. Lérida, 2005.
SCHMIDT, Paul. *Europa entre bastidores. Del Tratado de Versalles al juicio de Nuremberg*. Editorial Destino. Barcelona, 2005.
THORWALD, Jurgen. *Comenzó en el Vístula y acabó en el Elba*. Editorial Luis de Caralt. Barcelona, 1967.
TOLAND, John. *Los últimos 100 días*. Bruguera. Barcelona, 1970.
TREVOR-ROPER, Hugh. *Los últimos días de Hitler*. Los libros de nuestro tiempo. Barcelona, 1947.
—, *Las conversaciones privadas de Hitler*. Editorial Crítica. Barcelona, 2004.
TUNNEY, Christopher. *Biographical Dictionary of World War II*. St. Martin Press.

Nueva York, 1972.
VANDIVER, Frank. *1001 things everyone should know about World War II*. Broadway Books. Nueva York, 2002.
VV. AA. *Dictionary Hutchinson of World War II*. Brockhampton Press. London, 1997.
—, *Gran crónica de la Segunda Guerra Mundial*. Selecciones del Reader's Digest. Madrid, 1965.
—, *Historias secretas de la última guerra*. Selecciones del Reader's Digest. Madrid, 1973.
—, *Secretos de la II Guerra Mundial*. Selecciones del Reader's Digest. Madrid, 1977.
—, *Los grandes enigmas de la Segunda Guerra Mundial*. Los Amigos de la Historia. Madrid, 1969.
—, *Los grandes enigmas de la guerra secreta*. Los Amigos de la Historia. Madrid, 1970.
WASSERSTEIN, Bernard. *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*. Clarendon Press. Londres, 1979.
WILLIAMS, Andrew. *La batalla del Atlántico*. Crítica. Barcelona, 2004.
WILLIS, Resa, *FDR and Lucy: Lovers and Friends*. Routledge. Nueva York, 2004.
YAHIL, Leni. *The Holocaust: The Fate of European Jewry*. Oxford University Press. Nueva York, 1990.
ZIEGLER, Jean. *El Oro nazi*. Planeta. Barcelona, 1997.



JESÚS HERNÁNDEZ. (Barcelona, 1966), es un historiador y periodista, que se ha convertido en poco tiempo en el autor español que más libros divulgativos de la Segunda Guerra Mundial vende en nuestro país. Licenciado en Historia Contemporánea y en Ciencias de la Información, ambas por la Universidad de Barcelona, ha publicado varias obras sobre esta contienda: *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial* (2004), *Hechos insólitos de la Segunda Guerra Mundial* (2005), *Enigmas y misterios de la Segunda Guerra Mundial* (2006), *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial* (2006), *Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial* (2007) y *Todo lo que debe saber sobre la 1.ª Guerra Mundial*.

Entre otros trabajos, ha sido redactor del diario deportivo *El Mundo Deportivo* entre 1990 y 1994. Es asesor editorial del sello Tempus, editorial Roca, además de colaborador habitual de la revista *Muy Interesante*.

Tras cuatro años intentando publicar su primer libro, *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial,* y después de ser rechazado su manuscrito por 24 editoriales, en 2003 acabó autofinanciándose la edición y distribuyéndola él mismo por las librerías. El libro llamó la atención de una pequeña editorial, que decidió publicarlo. Su obra de debut alcanzaría un gran éxito, siendo reeditado en cuatro ocasiones.

El éxito alcanzado con estos trabajos centrados en el conflicto de 1939-45 se reeditó también en su incursión en la historia bélica en general: ¡*Es la guerra! Las mejores*

anécdotas de la historia militar (2005). Gracias al estilo ameno y cercano de su escritura, en la que logra aunar la rigurosidad de su formación como historiador con el lenguaje claro y directo del periodismo, unido a su conocimiento de los escenarios del conflicto, ha conseguido que cada uno de sus trabajos sea recibido calurosamente por un número cada vez mayor de seguidores.

Notas

[1] Karl Ernst Krafft, nacido en Basilea el 10 de mayo de 1900, era un experto matemático que, tras su paso por la universidad, se dedicó a la astrología. Al llegar Hitler al poder, Krafft se trasladó a Alemania y allí lograría obtener el favor de los líderes nazis más interesados en el ocultismo, como Heinrich Himmler y Rudolf Hess. El 2 de noviembre de 1939, Krafft informó al mando alemán de forma confidencial que la vida de Hitler estaría en peligro entre los días 7 y 10 de ese mes. Efectivamente, el atentado de Múnich, del que Hitler salió ileso porque abandonó el lugar unos minutos antes de que estallase el artefacto que debía acabar con su vida, tuvo lugar el día 8 de noviembre, pero nadie había tomado en serio las advertencias de Krafft. Los interrogatorios de la Gestapo probaron que Krafft nada sabía sobre el atentado.

El astrólogo suizo proporcionó estudios astrológicos a Hitler, aunque se cree que nunca llegó a reunirse con él. Su estrella personal ascendió hasta que el viaje a Escocia de Rudolf Hess, supuestamente provocado por predicciones astrológicas favorables al intento de alcanzar la paz con Gran Bretaña, desató una purga de astrólogos por orden de Hitler. Krafft no pudo escapar a la persecución y fue encarcelado durante un año, aunque, paradójicamente, se le continuaron demandando predicciones astrológicas, que en su mayoría serían acertadas. En 1944 fue encarcelado de nuevo, tras pronosticar que el Ministerio de Propaganda quedaría destruido en un bombardeo. Krafft falleció enfermo de tifus el 8 de enero de 1945 cuando era trasladado al campo de concentración de Buchenwald. <<



[2] El MI5 (Servicio de Inteligencia Militar 5) es un servicio de Inteligencia del Reino Unido que se dedica a la seguridad interna, en contraposición del MI6, que se encarga de la seguridad externa del país. Fue fundado en 1909. <<

[3] En 1966, Terence Young llevó al cine la historia de este ladrón y espía en *Triple Cross*, aunque entonces no se conocía la propuesta que hizo para matar a Hitler. Christopher Plumer interpretó a Chapman y Yul Brynner aparecía en el film como un nazi sin escrúpulos. <<

[4] Abreviatura del alemán *Unterseeboot*, «nave submarina». <<

[5] En el año 2000, Jonathan Mostow dirigió la película *U-571*, basada en este episodio. En esta versión cinematográfica, protagonizada por Matthew McConaughey y Harvey Keitel, la captura de la *Enigma* era llevada a cabo por los norteamericanos. En el film, un comando norteamericano se hacía pasar por una unidad de rescate alemana para introducirse en un submarino nazi averiado en alta mar y apoderarse de la máquina a cualquier precio, incluso sacrificando la vida de sus miembros. La cinta levantó polémica en Gran Bretaña, al arrebatar a los ingleses —aunque fuera en una obra de ficción— el mérito de haber conseguido capturar la valiosa máquina a los alemanes. <<

[6] Baur formaba parte del grupo que salió del búnker con la intención de cruzar las líneas soviéticas, en la noche del 1 al 2 de mayo de 1945. Durante la huida recibió un disparo en la pierna y fue capturado. Una vez descubierta su identidad, los rusos lo sometieron a interrogatorios para descartar la posibilidad de que hubiera sacado a Hitler de Berlín en avión. Baur fue internado en un campo de prisioneros en la Unión Soviética. Al no recibir tratamiento adecuado, la herida en la pierna empeoró hasta el punto de que fue necesario amputarla. Tras su liberación, en 1955, regresó a Alemania. Escribió sus memorias en 1971. Falleció en Múnich en 1993, a los 96 años. <<

[7] Esta información fue publicada el 11 de julio de 2005 en el diario *L’Unione Sarda*
<<

[8] Clifton James, M. E.: *I Was Monty's Double*. Hamilton and Co. 1954. Edición en español: *El doble del mariscal Montgomery*. Emecé, 1954. <<

[9] Cüppers, Martin: *Deutsche, Juden, Völkermord. Der Holocaust als Geschichte und Gegenwart* (Alemanes, judíos, genocidio. El holocausto como historia y presente). Gebundene Ausgabe, 2005. <<

[10] Buscado por los Aliados por crímenes de guerra, Walther Rauff sería capturado el 30 de abril de 1945. Entre otros cargos, se le responsabilizó por la muerte de más de cien mil personas. Dos años más tarde consiguió escapar de la cárcel y fue reclutado por los servicios de Inteligencia de Siria. En Damasco llegaría a ser consejero militar del presidente Huseini Zahim. Tras el derrocamiento de Zahim, Rauff se trasladó a Italia, para escapar después a Sudamérica, viviendo en Ecuador y Argentina. Llegó a Chile junto a su familia en 1958 y se dedicó al comercio y la ganadería. Según los documentos desclasificados por la CIA en 2001, Rauff pudo trabajar para el servicio de Inteligencia chileno. El 19 de diciembre de 1962 Rauff fue detenido, después de que la República Federal de Alemania pidiera su extradición. La Corte Suprema rechazó la demanda y Rauff fue liberado. El presidente Salvador Allende no pudo modificar la situación; en una carta amistosa dirigida al *cazador de nazis* Simon Wiesenthal, le dijo que no estaba dentro de sus posibilidades rectificar la decisión tomada por la Corte en 1962. En enero de 1984, el Ministerio de Justicia israelí pidió que detuvieran a Rauff, pero el gobierno chileno rechazó nuevamente la petición. Un mes más tarde, el gobierno alemán reclamó por segunda vez la detención del criminal nazi, a lo que el gobierno chileno respondió que sólo se abriría de nuevo la investigación sobre Rauff si se presentaban nuevas causas penales, ya que su detención no era una causa de interés público en Chile. Rauff falleció el 14 de mayo de 1984, a los 77 años. Según un informe del MI5, Rauff «no sentía ningún tipo de remordimiento por sus acciones», pues se consideraba a sí mismo «como un mero administrador técnico». <<

[11] No se puede pasar por alto la gran rivalidad histórica entre franceses y los británicos, lo que hacía temer que el desembarco aliado en territorio francés fuera interpretado no como una ayuda, sino como una agresión. A los franceses no les faltaba razón para considerar a los ingleses como enemigos; a las pocas semanas de la derrota de Francia, el 3 de julio de 1940, la armada británica atacó a los buques franceses situados en los puertos norteafricanos de Orán y Mers-El-Kebir (Argelia) y en Dakar (Senegal). El objetivo era impedir que los alemanes se apoderasen de la potente armada francesa, pero los ataques produjeron la muerte de muchos marineros galos.

En el momento en el que los Aliados tenían previsto desembarcar en África del Norte, el recuerdo de estos ataques estaba aún muy vivo en la mente de los soldados franceses, así que no se descartaba la posibilidad de que éstos vieran la oportunidad de vengar a sus compatriotas.

Al principio de la operación anfibia en las costas africanas se produjeron algunos enfrentamientos con las tropas francesas. Las fuerzas navales fueron las que ofrecieron más resistencia a los Aliados, seguramente porque tenían muy presente la afrenta sufrida a manos inglesas, pero poco a poco fueron comprendiendo que no se trataba de una invasión. Aquello era el inicio de la liberación de su país, y los soldados franceses se fueron integrando en la fuerza aliada, olvidando los episodios pasados. <<

[12] El organismo oficial que más se ha interesado por estos documentos es el Instituto de Cartografía de Andalucía. Después de dos años de negociaciones y de pagar 18 000 euros, pudo hacerse con una copia de un *dossier* de 170 mapas de esta región elaborados por los cartógrafos nazis. Este Instituto también consiguió otros seis mapas que se encontraban en unos archivos de Londres, pero se desconoce el paradero de otros 17 mapas alemanes de Andalucía. Según los expertos del Instituto, los mapas analizados incluyen una cartografía exhaustiva de Córdoba, pese a no constituir un punto estratégico, además de información de barimetría de Algeciras inédita en los mapas españoles, además de valiosísimos esquemas de vuelos por el litoral mediterráneo, con especial atención a la costa gaditana. <<

[13] Hace referencia a la liberación de Mussolini del 12 de septiembre de 1943, cuando el dictador italiano fue rescatado de su prisión en la montaña de los Abruzzos gracias a una operación aerotransportada ejecutada por Otto Skorzeny. <<

[14] El ántrax permanecería endémico en la isla, revelándose inútiles los intentos para eliminarlo por completo. No sería hasta 1986 cuando el gobierno británico consideró a la isla libre de la bacteria, tras limpiar a conciencia los focos de infección. Se llevaron toneladas de tierra en contenedores a tierra firme para ser quemadas y luego se disolvieron cerca de trescientas toneladas de formaldehído en dos mil toneladas de agua de mar, con las que se empapó el suelo de la isla.

El 24 de abril de 1990, el secretario de Estado de Defensa, Michael Neubert, se desplazó a la isla para verificar la descontaminación; sobre el terreno explicó que ya todo estaba en orden, arrancó delante de las cámaras el cartel que decía «Prohibido pasar» y envió a un grupo de ovejas a pastar con el fin de demostrar que no había peligro. Aun así, Gruinard permanece deshabitada. <<



[15] Harris, Robert y Paxman, Jeremy. *Eine hörere von den Tötens. Die unbekannte Geschichte der By C-Waffen*. Múnich, 1985. <<

[16] B. F. Skinner. *Cumulative Record*. Appleton-Century-Crofts, 1959. <<



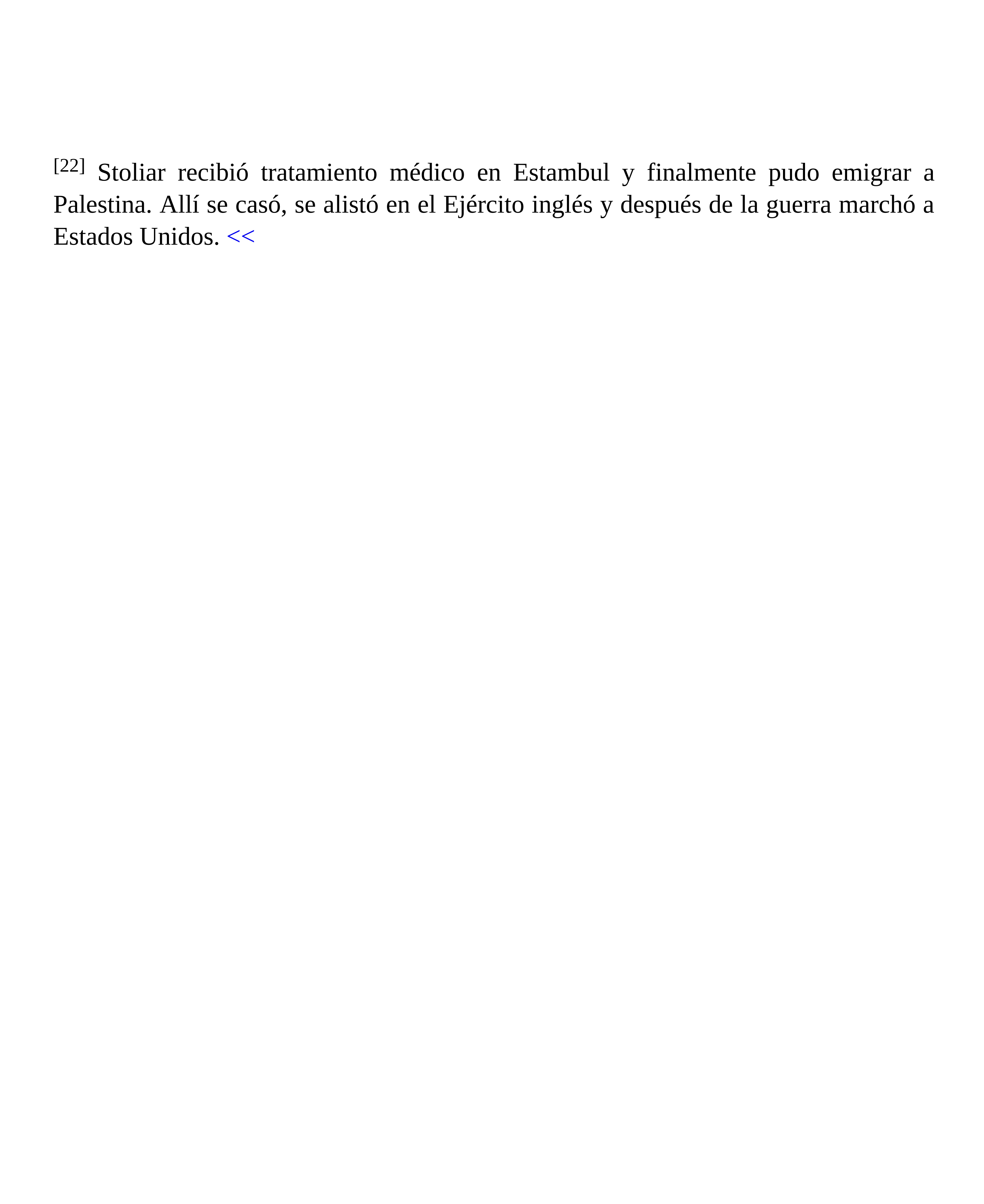
[17] *Skinner's Utopia: Panacea or Path to Hell?, Time Magazine*. 20 de septiembre de 1971. <<

[18] Esta agencia creada por decreto militar en 1942 fue disuelta en septiembre de 1945 por orden del presidente Harry Truman. La misión de la OSS consistió en el espionaje y análisis de información sobre Alemania, Japón y sus aliados y la planificación y ejecución de operaciones especiales, incluida la cooperación con los grupos clandestinos de resistencia a la ocupación alemana y japonesa. <<

[19] Su estudio sobre esta cuestión fue publicado con el título *Anthropological Intelligence: The Deployment and Neglect of American Anthropology in the Second World War*, Duke University Press, 2008. David H. Price es autor también de *Threatening Anthropology: McCarthyism and the FBI's Surveillance of Activist Anthropologists*, Duke University Press, 2004. <<

[20] Churchill, Winston: *La Segunda Guerra Mundial*. La Esfera de los Libros, 2004. Vol. 1. Pág. 538. <<

[21] A Sharp le ordenaron no comentar absolutamente nada sobre el suceso. Pese a todo, siguió siendo apto para el servicio. La naviera Cunard le daría el mando de otro buque, el SS *Antonia* y después pasó a capitanear otro barco de la misma compañía, el SS *Laconia*. Pero la suerte que le había acompañado en el ataque al *Lancastria* le abandonaría el 12 de septiembre de 1942, cuando el SS *Laconia* fue torpedeado por el submarino U-156 y Sharp se hundió junto a su navío. <<



[22] Stoliar recibió tratamiento médico en Estambul y finalmente pudo emigrar a Palestina. Allí se casó, se alistó en el Ejército inglés y después de la guerra marchó a Estados Unidos. <<

[23] Este no fue el único caso de ataque de un submarino soviético a un barco cargado de refugiados judíos. El 5 de agosto de 1944, el *Mefkure* transportaba por el mar Negro 345 judíos desde Rumanía a Palestina, bajo las banderas de Turquía y de la Cruz Roja. Fue torpedeado y hundido por el sumergible SC-215. <<

[24] Estos buques eran navíos auxiliares de carga construidos según un mismo plano por diversos astilleros norteamericanos durante la guerra y que se utilizaban como cargueros para formar convoyes. Fabricados con materiales de segundo orden, y gobernados por tripulaciones y mandos inexpertos, constituían verdaderos barcos en serie como si de coches utilitarios se tratase. Se construyeron más de 2700 de estas embarcaciones entre 1941 y 1945, con una media de 42 días de construcción, aunque el récord se lo llevó el *Robert E. Peary* con un período de construcción de tan sólo cuatro días y medio. <<

[25] Eisenhower, Dwight David: *Cruzada en Europa*. Janés Editor, 1949, pp. 234-236. <<

[26] Para conocer más detalles sobre el ataque a Bari y sus consecuencias, véase: Reminick, Gerald: *Nightmare in Bari: The World War II Liberty Ship Poison Gas Disaster and Coverup*. Glencannon Press, 2001. <<

[27] Es difícil establecer si éste fue el desastre ferroviario más importante ocurrido en Europa. Durante la Primera Guerra Mundial, el 12 de febrero de 1917, se produjo el descarrilamiento de un tren cargado de soldados franceses, cerca de la localidad de Modane. En el accidente fallecieron 543 hombres. <<



[*] Erigida por Suscripción Pública a la sagrada memoria de los Oficiales y Hombres del Servicio de Bomberos de Bombay, que perdieron sus vidas en la explosión del muelle de Bombay, cumpliendo con su deber, el 14 de abril de 1944. <<

[28] En Italia también se produjo un caso muy similar al de Oradour. En el pequeño pueblo de Civitella, dos soldados alemanes resultaron muertos y un tercero herido en un choque con partisanos, el 18 de junio de 1944. Temiendo la represión germana, los aldeanos abandonaron la localidad, refugiándose en las montañas vecinas. Al cabo de diez días, regresaron creyendo que la ira de los alemanes se había enfriado, pero no fue así. El 29 de junio, las tropas germanas rodearon el pueblo y llevaron a cabo el asesinato sistemático de todos sus habitantes. Murieron 212 personas, entre hombres, mujeres y niños, con edades comprendidas entre uno y ochenta y cuatro años. El centenar de casas de que constaba la aldea fue pasto de las llamas. <<

[29] Una fuga similar se intentó en un campo de prisioneros japoneses en Featherstone, en Nueva Zelanda. El método de huida fue el mismo que en Cowra; centenares de nipones comenzaron a saltar la valla sin importarles la previsible reacción violenta de los vigilantes. Pero éstos actuaron igual que los del campo australiano y comenzaron a disparar contra los prisioneros, matando a 48 de ellos e hiriendo a 74. <<

[30] El Concordato entre Alemania y el Vaticano fue firmado el 20 de julio de 1933, precisamente por el cardenal Pacelli —el futuro Pío XII— en representación de la Santa Sede. Por parte del Reich, el representante fue Franz von Papen (1879-1969). Curiosamente, el Vaticano intervendría tras la guerra para que Von Papen no fuera condenado por el Tribunal de Nuremberg. Esta presión sería llevada a cabo por el entonces Nuncio Apostólico en Turquía Angelo Giuseppe Roncalli —el futuro papa Juan XXIII—, quien había conocido a Von Papen en ese país mientras éste ejercía de embajador. <<

[31] La intención de Hitler de secuestrar a Pío XII ya había sido anteriormente relatada por investigadores como el italiano Andrea Tornielli. En su obra *Pío XII, el Papa de los judíos* afirmaba que Hitler ordenó a sus subordinados destruir el Vaticano, además de raptar a su insigne inquilino. Tornielli explica en su libro que el Führer montó en cólera tras la firma del armisticio entre el Gobierno italiano del mariscal Badoglio y los Aliados el 8 de septiembre de 1943, y ordenó al cuerpo de élite de las SS arrasar «a sangre y fuego» la Santa Sede. En su obra, Tornielli señalaba que el plan no llegó a cumplirse gracias a la firme oposición del oficial que debía dirigirlo: el general Wolff. <<

[32] Malaparte, Curzio: *Kaputt*. Los Libros de Nuestro Tiempo, 1947. La veracidad de este episodio no está contrastada y, para muchos, no es más que una invención del polémico escritor, que abrazó el fascismo para convertirse más tarde en comunista, situándose finalmente en el campo antibolchevique. De manera significativa, mientras que en Serbia se da por cierta esta anécdota, en Croacia se desmiente con rotundidad. <<

[33] Frattini, Eric. *La Santa Alianza. Historia del espionaje vaticano*. Espasa, 2004, p. 351. <<

[34] Frattini, Eric. *La Santa Alianza. Historia del espionaje vaticano*. Espasa, 2004, pp. 352-355. <<

[35] Carlo Falconi. *The Silence of Pius XII*. Faber. Londres, 1970. <<



[36] Esta declaración está tomada de la información publicada por el diario israelí *Haaretz* el 16 de enero de 2006. <<

[37] La relación entre el futuro papa Pablo VI y los servicios secretos estadounidenses no acabarían con el final de la Segunda Guerra Mundial. Siendo obispo, Giovanni Montini financió la construcción de un asilo en su diócesis con los fondos aportados por el banquero italiano Michele Sindona, procedentes del blanqueo de dinero de la mafia italoamericana y de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Al acceder al papado, las operaciones de blanqueo con Sindona continuarían a través del Instituto para las Obras de Religión (IOR), dirigido por el obispo Marcinckus, mientras Sindona seguía colaborando con la CIA (véase García Blanco, Javier: *Historia negra de los Papas*. Espejo de Tinta, 2005, p. 204). <<

[38] Se sabe que durante años han permanecido cuentas dormidas en bancos suizos, un país que ha sido reacio a colaborar en esclarecer ciertos aspectos de estas cuentas, pero en 1996 se comprometieron a cambiar esa actitud, gracias a las presiones que se realizaron desde el Congreso Judío Mundial, que trata de encontrar más pistas respecto de ciertas fortunas y obras de artes desaparecidas en tiempos de guerra. <<

[39] Publicada en su edición del 11 de agosto de 2006. <<

[40] El equivalente en el lado británico sería un ficticio J. Hamilton Forby, aunque en este caso sería una creación de la prensa; se trataba de un héroe de guerra que nunca existió, pero que debía de servir de ejemplo por su valor y patriotismo a los jóvenes reclutas. <<



[41] Schmidt, Paul: *Europa entre bastidores. Del Tratado de Versalles al juicio de Nuremberg*. Ediciones Destino, 2005. <<



[42] Bankier, David: *Die öffentliche Meinung im Hitlerstaat*, Berlin Verlag, Berlín, 1995. <<

[43] Stoltzfus, Nathan: *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, W. W. Norton, 1996. Esta obra de Stoltzfus, profesor de Historia en la Universidad del Estado de Florida, es la más aconsejable para conocer en detalle el desarrollo de esta protesta. En este trabajo se recogen numerosos testimonios de las mujeres que participaron en ese episodio. <<

[44] La sede de la Gestapo es hoy un extenso solar, puesto que el edificio fue derruido tras la guerra. Hoy está atravesado por un foso accesible que se abre paralelo a la calle, en la cual se conserva todavía un largo tramo del Muro de Berlín. En ese foso, abierto en 1986 y que corresponde a los sótanos del edificio, se encuentra la exposición al aire libre *Topographie des Terror* (Topografía del Terror). <<

[45] Desde su puesto de responsabilidad, Von Scheliha había ayudado a amigos polacos y judíos a escapar de los nazis. Una vez en el punto de mira de la Gestapo tras el incidente ocurrido en el Salón Kitty, Scheliha fue acusado falsamente de ser miembro de la Orquesta Roja, un grupo de opositores comunistas, y sentenciado a morir en la horca. La pena se cumplió el 22 de diciembre de 1942 en la prisión berlinesa de Plötzensee. <<



[46] Para conocer en detalle la historia del Salón Kitty, véase: Norden, Peter: *Salón Kitty*. Bruguera, 1972. <<

[47] Henry Murray sería una figura controvertida. Tras su colaboración con el OSS, regresó a la vida académica en Harvard, pero su experiencia le dejó una marca muy intensa. Allí llevó a cabo una serie de experimentos con estudiantes voluntarios entre 1959 y 1962, como el «test de estrés», que ponía a los participantes en situaciones límite, y que fueron objeto de críticas de sus colegas. Entre los estudiantes sometidos a sus experimentos estaba Theodore Kaczynski (1942), el tristemente célebre *Unabomber*, quien años después sería condenado por terrorismo; el antiguo alumno de Murray intentó luchar contra lo que entendía que eran los efectos malignos del progreso tecnológico cometiendo atentados con carta bomba, con un resultado de tres personas muertas y 29 heridas. Algunos achacaron su actitud a las secuelas provocadas por los experimentos de Murray. <<

[48] Otras características del C1F1: Punto de ebullición: 12 °C. Punto de fusión: -76 °C. Densidad relativa (agua = 1): 3.14. Solubilidad en agua: Reacciona. Densidad relativa de vapor (aire = 1): 3.18. Peso molecular: 92,5. <<

[49] El 5 de junio de 1987, la dirección del Yad Vashem en Jerusalén organizó una ceremonia en el transcurso de la cual se plantó un árbol en memoria de Friedrich Born, quien recibió a título póstumo la distinción de «Justo entre las Naciones». <<

[50] En la actualidad, la ciudad de Fürth rinde homenaje a la memoria de Max Grundig y su empresa. El antiguo edificio de administración de la compañía, en la Kurgartentrasse, alberga el Museo de la Radiodifusión. Curiosamente, en el ático de este edificio, en una torre que sobresale del tejado, residía la madre de Grundig. <<



[51] Para una historia detallada de los inicios de la compañía Adidas, véase: Smit, Bárbara: *Hermanos de sangre*, LID Editorial. <<

[52] Gaernert, Georg y Krammer, Arnold. *Hitler's Last Soldier in America*. Stein & Day Pub, 1985. <<

[53] *The Guardian*, 29 de febrero de 2008. <<

[54] En enero de 2005, unos documentos hallados por el Instituto de Medicina Forense de Múnich revelaron que una prima segunda de Hitler murió en 1940 en la cámara de gas de un sanatorio cercano a la ciudad austríaca de Linz por ser enferma mental, víctima del programa eutanásico del régimen nazi.

Según esos documentos, la mujer, Aloisia V., de 49 años, fue trasladada el 28 de noviembre de 1940 de un hospital vienés para enfermos mentales a otro centro sanitario, en la localidad de Ybbs. Posteriormente, el 6 de diciembre de 1940, murió en la cámara de gas del sanatorio de Hartheim.

Aloisia, nacida en 1891, era dos años más joven que Hitler y procedía de la línea genealógica del padre del dictador. Estuvo ingresada nueve años en un hospital de Viena por sufrir, según su expediente, «trastornos mentales esquizofrénicos con desorientación y depresión, distracción, confusiones de los sentidos e ideas locas».

Al parecer, explicaba a los médicos que tenía miedo de los fantasmas y aseguraba guardar una calavera en su cama. En una carta fechada en 1934 pedía veneno para acabar con su vida: «Seguramente hará falta una cantidad muy pequeña para liberarme de mi terrible tortura», escribió supuestamente la mujer, aunque cabría la posibilidad de que se tratase de una nota falsa para justificar así su asesinato. <<

[55] En 1979 se publicó en Londres un curioso libro titulado *Mi cuñado Adolf Hitler*. Decía ser una transcripción de un manuscrito supuestamente escrito por Brigid, la madre de William Patrick. Esas páginas están en la actualidad en poder de Gerd Heidmann, un coleccionista de documentos, reliquias y fotografías de la época nazi.

Según su propietario, el manuscrito de Brigid Hitler fue encontrado a principios de los años setenta en Nueva York. Las cuatrocientas páginas de que constaba pertenecían entonces a Edmond Pauker, un agente literario y teatral que, a su vez, las había comprado a una tal Mary Finley.

El hecho de que Gerd Heidmann resultase más tarde involucrado en el escándalo de los falsos diarios de Hitler que fueron publicados por la revista alemana *Stern* en 1983 —lo que le costó una condena de cinco años de prisión— no ayuda precisamente a conceder mucha credibilidad al manuscrito de Brigid. Aunque Heidmann dice estar seguro de su autenticidad, los expertos no piensan lo mismo.

Entre las *revelaciones* que presenta el manuscrito se asegura que en 1912 Hitler buscó asilo en Inglaterra, tratando de escapar del servicio militar, en un viaje del que ningún biógrafo del dictador ha hallado nunca el menor indicio. Como curiosidad, durante la supuesta estancia en casa de su cuñada, en Liverpool, Brigid le convenció para que recortase su mostacho, dando lugar a su pequeño bigote característico. <<

[56] Curiosamente, desde la embajada salvadoreña en Berlín tan sólo se le concedió permiso para extender dos visados, uno de ellos a Emilia Lewinsky, abuela de la becaria estadounidense Monica Lewinsky, cuya relación con el entonces presidente Bill Clinton en 1998 desataría un escándalo político. <<

[57] La acción del cónsul salvadoreño ha sido inmortalizada en el documental «Glass house», dirigido por el estadounidense Brad Marlowe y su esposa la salvadoreña Leonor Ávila de Marlowe, y en libros como *Diplomat Heroes of the Holocaust*, escrito por el belga Mordecai Paldiel. <<

[58] Giorgio Perlasca guardó en secreto su increíble aventura durante más de treinta años, hasta que un grupo de mujeres de una comunidad judía en Hungría comenzó a rastrear al diplomático español —en realidad el propio Perlasca— que había salvado sus vidas. Antes de morir el 15 de agosto de 1992 en Padova, donde había crecido, Perlasca se decidió a hacer público su valioso testimonio. Gracias a la película *Perlasca, an Italian hero*, y a libros como el del periodista Enrico Deaglio, *La Banalità del bene. Storia di Giorgio Perlasca*, la historia del falso embajador español es hoy conocida, y su figura homenajeada. <<



[59] Carcedo, Diego. *Un español frente al Holocausto: Cómo Ángel Briz salvó a 5000 judíos*. Temas de Hoy, Madrid, 2000. <<

[60] A principios de 1940, ante la posibilidad de que Alemania lanzase un ataque contra Bélgica —tal como se desprendía de algunos planes secretos que cayeron en manos de los Aliados—, el gobierno de Bruselas decidió transferir las reservas de oro del Banco Nacional de Bélgica al Banco de Francia en Burdeos, para que fueran custodiadas allí. Cuando Francia fue atacada, el gobierno belga pidió al francés que transfiriera el oro a Londres, pero el gobierno de París no tuvo en cuenta esta petición y envió por su cuenta el oro a un banco francés en Dakar (Senegal). El 9 de octubre de 1940, pese a la promesa del gobierno colaboracionista de Vichy de devolver el oro a su legítimo propietario, el ministro de Asuntos Exteriores, Pierre Laval, lo envió a Berlín. Allí fue fundido y se le grabó el águila del Reich, siendo depositado en el Banco Nacional de Suiza. El valor de ese oro era de casi 380 millones de francos suizos. A partir de ahí, la pista del oro se diluye; se cree que se vendió oro por valor de unos 218 millones de francos suizos, aunque luego el banco suizo aseguró que la cantidad de oro depositado por los nazis fue mucho menor. Finalmente, el Estado francés tuvo que hacer frente con sus fondos a a la deuda contraída con el belga, reembolsándole en 1945 el oro que le fue confiado cinco años antes. <<

[61] *Gauleiter* fue el término utilizado en el Partido nazi para los «líderes de Zona (*Gau*)», que era la forma organizativa más grande del partido a nivel nacional. Este cargo fue creado en 1922 por el mismo Hitler y definía a los jefes políticos del Partido en cada estado o región alemana. Posteriormente a 1939, también se designó un *Gauleiter* en cada región ocupada por los alemanes. <<

[62] Bratzel, John F., y Leslie B. Rout, Jr., *FDR and The «Secret Map»*. Wilson Quarterly, Washington, 1985, pp. 167-173. <<



[63] Hull, Cordell. *Memoirs*. Macmillan, 1948 (2 volúmenes). Fueron reeditadas por Reprint Services Corp en marzo de 1993. <<

[64] El texto de la Declaración de Guerra a Japón decía textualmente:

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica: de conformidad con la fracción 6 del artículo 73 de la Constitución Política y el inciso 5 del mismo y en vista de la exposición que dirige a la Cámara el Secretario de Estado en el departamento de Relaciones Exteriores, acuerda:

Artículo Único.— Autorizar al Poder Ejecutivo para que declare la Guerra al Japón y a cualquier otra potencia no americana que cometa actos de agresión o declare la guerra a una de las repúblicas americanas y prestar el consentimiento del caso para el ingreso o permanencia de fuerzas terrestres, marítimas y aéreas de dichas naciones en los puertos y zonas marítimas del país. <<

[65] Mary Knight, en declaraciones a *The Washington Post* el 3 de febrero de 1946. <<



[66] Para conocer los detalles de este plan, véase: Hernández, Jesús: *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial*. Inédita, 2004. Capítulo 2. <<

[67] Testimonio de Frederic Sondern, hijo, en *The Denver Post*, 25 de marzo de 1956, recopilado por el *Reader'Digest* de mayo de ese año en un artículo titulado «They carry our top secrets». <<

[68] La tecnología de tarjeta perforada se remonta a 1884. Herman Hollerith, un ingeniero germano-norteamericano de 20 años, creó un dispositivo para almacenar datos en tarjetas por medio de una serie de perforaciones, cada una de las cuales representaba un dato distinto, tales como edad, educación, domicilio y religión. Las tarjetas se ingresaban luego a una máquina, que cruzaba toda la información. Las máquinas de Hollerith fueron la tecnología de información más sofisticada antes del advenimiento de la era de la computación. A partir de mediados de la década de 1920, las tarjetas perforadas fueron el principal vehículo de la expansión de IBM en todo el mundo. IBM patentó la tecnología, con lo que la empresa podía alquilar máquinas a sus clientes y al mismo tiempo ejercer un estricto control sobre la provisión de tarjetas perforadas. <<

[69] Black, Edwin: *IBM and the Holocaust*. Time Warner, 2001. Edición en español: *IBM y el Holocausto*. Atlántida, 2001. <<



[70] Información de Ramón J. Campo en *El Heraldo de Aragón* del 4 de agosto de 2002. <<

[71] Era un destructor de la clase Fletcher, botado el 27 de septiembre de 1942. Fue nombrado así en honor de un célebre marino de la Guerra de Secesión, el comodoro William D. Porter (1808-1864). <<

[72] Para una descripción detallada de los hechos, véase Hernández, Jesús: *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial*, Inédita Editores, 2004. Capítulo 1. <<

[73] Las versiones sobre cómo se produjo la entrega de Himmler difieren. Por ejemplo, Karl Kaufmann, ex Gauleiter de Hamburgo, que estaba interno en el campo, aseguró que Himmler se entregó nada más llegar. Según Kaufmann, en cuanto Himmler y sus escoltas se asearon, él se desprendió de su parche y se identificó ante los que le rodeaban. El revuelo producido al difundirse la sensacional noticia, pues los hombres salieron de inmediato de sus barracas para contemplar el espectáculo, llegó a oídos del capitán Selvester, que se encontraba en su despacho, y éste ordenó que Himmler y sus escoltas fueran conducidos a su presencia. <<

[74] *After the Battle*, número 14. 15 de agosto de 1976. Página 35. <<

[75] Signatura FO 800/868. <<

[76] Este documento también figuraba bajo la signatura FO 800/868. <<

[77] Signatura HS 8/944. <<

[78] Allen, Martin: *La guerra secreta de Himmler*. Tempus, 2008. <<

[79] Las medallas obtenidas por Kay Summersby durante la guerra fueron, entre otras: La Legión del Mérito de la Mujer del Cuerpo de Ejército, la Medalla de la Campaña Europea, la Medalla de la Victoria en la Segunda Guerra Mundial y la Medalla por pertenencia al Ejército de Ocupación de Alemania. <<

[80] Para conocer todo lo referente a la muerte de Bormann, véase: Hernández, J. *Enigmas y Misterios de la Segunda Guerra Mundial*, Nowtilus 2005, pp. 205-216. <<

[81] J. Ellis. *The Sharp End of War*. Davis & Charles, 1980, p. 304. <<

[82] *Ibid*, pág. 305. <<

[83] La principal fuente de información de este Capítulo ha sido el artículo de Jordi Finestres, con la colaboración de Ferran Gallego, titulado «Hugo Boss, el sastre de las SS», publicado en la revista de historia *SAPIENS* de agosto de 2003. <<

[84] Véase Allen, Martin. *El enigma Hess*. Planeta, 2003. <<



[85] Estos documentos fueron publicados por el diario británico *The Times* en su edición del 28 de septiembre de 2007. <<

[86] En el campo de concentración de Sachsensausen, situado en las proximidades de Berlín, y entonces en la Alemania Oriental, se pueden visitar en la actualidad los barracones construidos por los soviéticos para alojar a los prisioneros alemanes, en un extenso anexo al campo de concentración original. <<